
LUCIANO
FONTENLA
DIEGO
Y BOCA
UNA HISTORIA DE AMOR
Planeta

DIEGO y BOCA

LUCIANO FONTENLA

DIEGO y BOCA

UNA HISTORIA DE AMOR

Planeta

Fontenla, Luciano
Diego y Boca / Luciano Fontenla. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9590-6

1. Fútbol. 2. Biografías. I. Título.
CDD 796.334

© 2026, Luciano Gabriel Fontenla

Todos los derechos reservados

© 2026, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1ª edición: febrero de 2026

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición en formato digital
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto451

Índice de contenido

Portada

Portadilla

Legales

Introducción

I. A primera vista. 1960-1980

II. Un largo camino a casa. Verano de 1981

III. La gloria. 1981-1982

IV. A la distancia. 1983-1994

V. El mismo amor. 1995-1997

- En la salud y en la enfermedad
- Último Eterno Retorno. 1997

VI. Tercera edad con el primer amor. 1998-infinito

Anexo fuentes

Agradecimientos

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Comienzo de lectura

A Gabriel Andrés Fontenla. Dondequiera que estés, eternas gracias por los libros, por llevarme a conocer la Bombonera, y de nada por haberte hecho hincha de Boca.

A Ámbar Kolankowsky (n. 2011), Valentino Serra Gutiérrez (n. 2013), Verona Fontenla (n. 2017) y Borja Fontenla (n. 2021). Nuestro Maradona bostero seguirá vivo mientras las nuevas generaciones lo tengan presente.

Introducción

Hubo un partido en el que Maradona se puso una camiseta de Boca debajo de la ropa de Argentinos Juniors y terminó siendo insultado y separado del plantel.

Hubo una ovación de la hinchada de Boca cuando él jugaba en Argentinos, y un dirigente xeneize que intentó comprar su pase en un entretiempo.

Hubo familiares, amigos y compañeros que lo escucharon decir que su sueño era jugar con la azul y oro.

Hubo una tarde de febrero del 81 en la que le juró amor eterno a Boca en la Bombonera.

Hubo una noche de ese mismo mes en la que le juró odio eterno a River en el Monumental.

Hubo una camiseta de Boca, considerada la más linda de la historia, de la que pocos saben que fue uno de los diseñadores.

Hubo un vuelo de Barcelona a Buenos Aires que tomó porque extrañaba a su mamá y a la Bombonera, a la que visitó dos veces en un fin de semana.

Hubo entrevistas que nunca tuvieron repercusión en Argentina y en las que juró que, después de Nápoli, volvería a Boca.

Hubo mil y un cantitos de Boca que él convirtió en canciones de cuna para sus hijas.

Hubo un deseo explícito de comprar Boca si las leyes se modificaban.

Hubo un libro de pases en el que compró un jugador para ayudar a Boca a romper un maleficio.

Hubo un partido en el que alentó a Boca en la Bombonera a pesar de que era el técnico de Racing.

Hubo un mediodía en el que pidió salir por radio para decirnos a los hinchas, antes que a los representantes y dirigentes, que estaba desesperado por volver a Boca y que aceptaba la propuesta del club.

Hubo un partido oficial que jugó con lágrimas en los ojos.

Hubo una rueda de prensa en la que pidió que la Bombonera lo insultara, así se iba del club. Y hubo una ovación que lo derritió y lo hizo cambiar de opinión.

Hubo un primer partido como jugador de Boca en el que dijo que sintió que se movía el piso.

Hubo un último partido como jugador de Boca en el que decidió su destino en el entretiempo y terminó jugando frente al televisor del vestuario.

Hubo un partido homenaje que él tiñó de azul y oro, dejando de lado jugosos acuerdos comerciales.

Hubo noches en las que se quedó a cenar en su palco cuando solo quedaba el personal de limpieza.

Hubo un jugador de Boca que, en la final contra Real Madrid, usó una remera con la cara de Maradona durante el partido para que Diego y Boca fueran campeones del mundo juntos.

Hubo una celebración en la que Maradona dijo que Boca es pueblo y que, gracias a Dios, tiene un perfume distinto al de River.

Hubo un día en el que Diego pidió tener una camiseta de Boca en su último adiós. Y hubo quien hizo que su deseo se cumpliera.

Todas esas cosas hubo una vez, en esta historia de amor entre Diego y Boca.

PARTE I
A PRIMERA VISTA
1960-1980

Cuna bostera

En octubre de 1960, Boca buscaba redimir una amarga travesía de casi dieciséis años por un desierto en el que solo había cosechado un título.

Mientras tanto, en Villa Fiorito, don Diego Maradona, delantero y entrenador del equipo barrial Estrella Roja, se preguntaba si su quinto bebé por nacer sería el primer varón con quien compartiría su pasión por el fútbol. En el vientre de Dalma Salvadora Franco retumbaba la última arenga del astro aún nonato. Las contracciones en plena madrugada fueron su primer aviso de que vendría a este mundo dispuesto a hacerse notar. Con el tiempo justo, los tres llegaron al Hospital Evita de Lanús para que, a las 7:05 horas del domingo 30 de octubre, un nuevo bostero fuera alumbrado a esta dulce tierra.

Como en tantos hogares xeneizes, el amor por los colores le llegó a Dieguito por transmisión hereditaria. Si nos propusiéramos armar un pesebre que reprodujera el nacimiento de este Jesús de pantalones cortos, el azul y el amarillo dominarían la escena. Además de la Santísima Trinidad, conformada por don Diego, doña Tota y el recién nacido, tres de sus cuatro hermanas —Ana María, Elsa y María Rosa— eran también hinchas de Boca. La oveja negra —en rigor, blanca y roja— era Rita Mabel, alias «Kity», simpatizante de River por motivos que esta religión asigna al Misterio. Incluso los tres hermanos que llegarían en los años siguientes (Raúl, Hugo y Claudia) se alinearían en el camino que conduce al templo de Brandsen 805.

Cuando Diego Armando ya era el gran Maradona y cerraba sus ojos para encontrar en su mente instantáneas de su infancia, sus primeros recuerdos ligados a Boca tenían el rostro de su padre y la voz de Bernardino Veiga, el famoso relator que transmitió la campaña del club durante treinta años, y que era el preferido de don Diego. Pelusa retuvo siempre en su memoria aquellas tardes en las

que Boca ingresaba a su casa de Azamor 523 a través de la radio. El matrimonio Maradona se sentaba a escuchar a Boca en el patio que estaba detrás de la casa y el pequeño se les unía, «siempre y cuando se quedara quieto y no se fuera a jugar a la pelota», rememora Kity, con su infinita dulzura de hermana mayor. «Mis dos padres eran muy futboleros, pero mi mamá era más efusiva que mi papá. Y Dieguito se parecía más a ella en la forma de ser y de vivir el fútbol», agrega. El impacto que generaba el andar del equipo en el hogar le quedó grabado por siempre a Diego. «Yo me acuerdo que, de chico, perdía Boca y mi casa era un velorio. Lloraban mi papá, mi mamá, mis hermanos», recordó cuando era ya adulto.

Don Diego y doña Tota se habían mudado a Fiorito desde la ciudad de Esquina, Corrientes, en 1955. Chitoro, apodo de Diego padre, era de Boca desde niño, y ahora tenía su club a pocos kilómetros de distancia. Empezó a ir a alentarlo siempre que su sacrificada vida se lo permitía. «Al principio iba a la cancha con un cuñado de mi mamá. Y después lo empezó a llevar a mi hermano. No iban tan seguido por el costo de las entradas, pero les gustaba ir especialmente a los clásicos contra River», relata Kity. Con los años, el futuro 10 xeneize comenzaría a ir a la cancha también junto a sus amigos, muchas veces ingresando gratis en el segundo tiempo cuando se abrían las puertas para preparar la salida del público.

Cuando Pelusa tenía tres años, debutó en Boca quien pronto sería el primer ídolo que compartirían los dos Diego Maradona: Ángel Clemente Rojas. Jugó su primer partido en mayo de 1963 y, apenas dos meses más tarde, llegó a la tapa de *El Gráfico* con un título similar al apodo que recibiría Diego años después: «Rojas, el nene de oro». «Mi viejo era admirador de él, casi fana, diría yo —declaró en 1981—. Recuerdo que me llevaba a la cancha y que yo también me sorprendía cuando él hacía *pin, pin,* de aquí para allá y dejaba a los contrarios en el piso». Al poco tiempo, Rojitas —o en realidad, una de sus fotos— se coló en el hogar maradoniano de Fiorito mirándolo todo desde un póster pegado en una de las paredes de la casa.

El Boca del 69, uno de los más recordados de nuestra historia, entre otras cosas porque dio la vuelta olímpica en el estadio

Monumental, caló hondo en nuestro pequeño héroe, que por entonces tenía nueve años. «Tengo un recuerdo maravilloso de ese Boca que dirigía usted, Alfredo —le dijo Diego a Di Stéfano en 1987 —». «Yo era un mocoso, no tenía todavía diez años, pero mi viejo me llevaba a la popular. Me había enamorado del Pocho Pianetti. Me acuerdo que le clavaba los ojos cuando aparecía por el túnel y lo seguía los 90 minutos».

Por esos años conoció a quien sería su gran amigo de la infancia, Gregorio Carrizo. «La primera vez que vi a Pelusita fue en el año 67, en la canchita de Estrella Roja. Él estaba jugando con amigos y llevaba puesta una camiseta de Boca», recordó Goyo, quien dos años más tarde lo llevó a la prueba en la que Diego se incorporó a los célebres Cebollitas. Sin embargo, Boca, siempre Boca, seguía presente en su vida. Al poco tiempo de comenzar a jugar en ese equipo infantil de Argentinos Juniors, varios chicos comenzaron a ser alcanzapelotas en partidos de la primera del Bicho. Era tal el talento de Diego, que Francisco Cornejo, el entrenador de los infantiles, lo mandó a que hiciera jueguitos frente al público en los entretiempos. Y así nació su *primer beso* con la hinchada de Boca…

Fue en la pausa de un duelo entre Boca y Argentinos Juniors, en los primeros años de la década del 70, en cancha de Vélez. Maradona comenzó su show de magia con la pelota. En un momento, le apuntó desde afuera del área a la cabeza de «Don Yayo», José Trotta, ayudante de Cornejo. «A la gente le llamó la atención y se empezó a reír. Don Yayo me devolvió la pelota y yo empecé con el jueguito, y la gente empezó a aplaudir. Era toda la gente: la de Argentinos, pero más todavía la de Boca… Ese es uno de los recuerdos más lindos que tengo de ellos. Creo que ahí empecé a sentir lo que siento ahora por Boca, ya sabía que algún día nos encontraríamos», recordó en su autobiografía *Yo soy el Diego.* Exjugadores de Argentinos, como José Pékerman y Juan Carlos Marenda, recuerdan que ellos se encontraban en el vestuario, se sorprendieron por la ovación y se asomaron a mirar qué ocurría.

Si bien no hay imágenes de ese primer encuentro entre Diego y Boca, durante la investigación para este libro se encontró una vinculada a otro recuerdo de la época, revelado por Maradona en

1981: «Una vez, cuando yo era un pibe que entregaba las pelotas que se iban afuera, Piqui Ferrero me dijo en cancha de Atlanta "dame la pelota, vago". Nunca lo olvidé», contó en una entrevista en *El Gráfico* en febrero de 1981.

Buscando en los archivos, en un ejemplar de la revista *Así es Boca* del 9 de mayo de 1972, se encuentra una foto que en apariencia no tiene mayor importancia. En ella se puede ver, en un plano abierto, a los jugadores de Argentinos y a los de Boca en el círculo central, saludándose tras el encuentro en el estadio de Atlanta. Y, entre ellos, se ve a dos niños alcanzapelotas del Bicho *s*aludando a Ferrero. El parecido de uno de ellos con Maradona es notorio. Desde Colombia, Claudio «el Mono» Rodríguez, exintegrante de los Cebollitas, recibe la foto a través de WhatsApp y no duda: «Los chicos de la imagen somos Diego y yo», convirtiendo esa fotografía, que durante medio siglo pasó inadvertida, en la primera conocida de Maradona junto a un jugador de Boca.

El propio Enzo Ferrero, desde Gijón, España, también recibe la imagen en su teléfono y revela que él conoció la mencionada anécdota contada por Diego, de boca del propio Maradona: «En 1981 fuimos compañeros en la Selección y él me contó sobre su recuerdo de ese día. Me dijo que él quería demorar la entrega de la pelota y que yo lo apuré», rememora.

* * *

Maradona debutó en la primera de Argentinos Juniors el 20 de octubre de 1976 contra Talleres de Córdoba. Su primer encuentro con Boca ocurrió cinco meses más tarde, pero no fue con el equipo sino con su estadio, la Bombonera, que fue el teatro de su sueño de jugar en la Selección.

César Luis Menotti lo convocó para un amistoso contra Hungría, el 27 de febrero de 1977. Diego fue al banco e ingresó en el segundo tiempo, luego de que el público pidiera por ese joven que tenía más rulos que minutos en Primera. «La de Boca es una cancha

muy buena para que juegue la Selección, porque tiene al público muy cerca», declaró tras el debut.

La primera vez que enfrentó a Boca, el 7 de agosto de 1977 en el estadio de Huracán, Maradona ingresó a la cancha con la camiseta de Argentinos y se retiró con una del Xeneize. Más precisamente, la de Mario Zanabria, uno de los jugadores que admiraba, y a quien se la cambió apenas terminó el encuentro. Se la puso sobre los hombros y caminó rumbo al túnel abrazado a Raúl, el Turco, uno de sus dos hermanitos bosteros.

Ese día, Boca le ganó al Bicho por 1 a 0 con gol del Heber Mastrángelo. La revancha de Maradona llegó tres meses después, en su primer partido contra Boca en la Bombonera, en el que hizo los dos goles con los que su equipo ganó por 2 a 1.

Primera cita fallida

El matrimonio entre Diego Armando Maradona y el Club Atlético Boca Juniors se concretó en 1981. Pero para llegar a eso, aún faltaban un par de citas en las que cada uno se iría a dormir a su casa en soledad.

Boca intentó comprar el pase de Maradona, por primera vez, en septiembre de 1978. Y derivó en una increíble historia, desarrollada en cinco días, en los que Diego lució dos veces una camiseta azul y oro, y terminó insultado por hinchas de Argentinos Juniors y sancionado por sus dirigentes, que lo obligaron a pedir disculpas públicas.

Todo comenzó en Nueva York, adonde Boca había viajado para jugar un amistoso contra Cosmos. Desde allí, el presidente del club, Alberto J. Armando, sorprendió al fútbol argentino:

> —Póngalo bien grande —le dijo a Jorge Mortola, enviado de *Crónica*—: Boca comprará a Maradona para el próximo torneo Nacional. Diego, con quien ya conversé, nos sale 250 mil dólares. Además, se haría una cláusula por la cual, en caso de que Boca lo venda al exterior, un 75 por ciento quedaría para Argentinos Juniors.

—¿Ya hubo reuniones con la gente de La Paternal?
—Mire, confórmese con lo que le dije. ¿O me va a negar que cuando en la Argentina se enteren de que Boca compra a Maradona no explotará una bomba?

La noticia fue tapa de los diarios el viernes 8 de septiembre. Rápidamente, el presidente de Argentinos, Próspero Cónsoli, salió a intentar desactivar esa «bomba» de la que hablaba Armando: «Ha sido una falta de ética. Han conversado con el jugador pasando por encima del club. Además, dan una cifra ridícula».

Ese viernes, Diego entrenó con el equipo de La Paternal, y a la salida les reveló a los periodistas que él ya tenía todo arreglado para ir a Boca. «Hasta el momento era un secreto, pero si Armando lo contó, yo voy a declarar cómo son las cosas. Hace unos quince días nos pusimos de acuerdo en el aspecto económico, y me dijo que yo podía seguir en Argentinos hasta el final del Metropolitano, y que en el Nacional pasaba a Boca».

Su ilusión por jugar en el Xeneize crecía minuto a minuto, tal como se notó en una entrevista para la televisión que le dio, por esas horas, al periodista Carlos García Malod, en la que ya fantaseaba con cómo sería su rol en el equipo del Toto Lorenzo.

—Imaginate que ya tenés el número 10 de la camiseta de Boca en la espalda —le dice Malod y automáticamente la cara de Maradona se ilumina — ¿te vas a adaptar al juego de computadora, super estructurado, de Juan Carlos Lorenzo?
—Pienso que sí, que no va a haber ningún problema, porque Zanabria, que tiene mis mismas características, se adapta perfectamente al fútbol de Lorenzo.
—Por ahí, en vez de que Lorenzo cambie a Maradona, Maradona cambia a Boca —dice Malod, y la cara de Diego vuelve a iluminarse.
—Ojalá…

Ese mismo día fue a ver a Cónsoli para pedirle que lo dejara ir. El presidente de Argentinos recibió luego a un emisario de Armando, pero respondió que el monto ofrecido era bajo y que no aceptaba tener la copropiedad del pase.

Al día siguiente, el sábado 9, Diego recibe en su casa a reporteros de la revista *Goles* y les da una entrevista mientras miran el partido de Boca contra Cosmos. Así como Alberto Armando había lanzado una bomba desde Nueva York, Diego Armando activaba otra con ese reportaje. Un explosivo con cuenta regresiva, que recién estallaría cuando los ejemplares llegaran a los quioscos, entre la noche del lunes y la mañana del martes.

Pero antes, se desataría un terremoto con epicentro en La Paternal con un hecho del que casi no hay registros.

Ese domingo 10 de septiembre, Argentinos Juniors recibía a Colón por la 29a fecha del Metropolitano. En el vestuario local, mientras se cambiaban para ir a realizar el calentamiento previo dentro de la cancha, Humberto Jorge Minutti, lateral izquierdo del Bicho, se sorprende al ver que Maradona se calza una casaca xeneize.

—¡¿Qué hacés con esa camiseta?!
—Es que me quiero ir a jugar a Boca, Berto.
—Pero no podés salir a la cancha así.
—Quedate tranquilo, arriba me pongo el buzo.

A pesar de ese recaudo, varios hinchas se dieron cuenta de que llevaba la azul y oro debajo de la ropa de su equipo. «Se enojaron, comenzaron a gritarle que se quite la camiseta, que estaba en Argentinos. Cuando volvimos al vestuario le dije: "¿Viste lo que pasó? ¡Te dije!", y me respondió que tenía razón. Era muy pibe, aún le faltaba experiencia. Y varias veces me hablaba de que quería jugar en Boca y que era el equipo que tenía la mejor hinchada», recuerda Minutti.

Antes de regresar al césped para jugar el partido frente a Colón, se quitó la remera de Boca. Pero el enojo de los hinchas se había generalizado y no tenía vuelta atrás, tal como relata Raúl Bianchi, otro zaguero que fue titular esa tarde en Argentinos: «Lo insultaron, le cantaron "ese negro de mierda no quiere jugar / que se vaya / que no vuelva nunca más" y no gritaron el gol que hizo de penal. Fue de terror. Él estaba entusiasmadísimo con irse a Boca».

El lunes por la noche llegó a manos de los directivos de Argentinos Juniors el ejemplar de *Goles* con la entrevista realizada el sábado. Se trata de un documento histórico, dado que, en su portada, muestra la primera foto de la que haya registros públicos de Maradona vistiendo una camiseta de Boca. Y, por supuesto, sus declaraciones le echaron más leña al fuego de La Paternal.

«Me queda bien, ¿no? ¿Cómo no me va a gustar jugar con la de Boca?», se enorgulleció Diego en el reportaje. Lucía la remera que había intercambiado con Zanabria el año anterior. La entrevista fue realizada por el periodista Ricardo Plazaola, quien recuerda los detalles: «Fuimos sin tener acordado hacer esas fotos. Yo llevé una camiseta de Boca que estaba en la redacción, por las dudas. Él fue muy gentil y también inocente en prestarse, tenía apenas 17 años y nosotros éramos ya periodistas avezados. Medio que lo engañamos, le hicimos sentir que era una pavada y no le dijimos que sería la tapa de la revista. Pero nosotros sabíamos que iba a generar quilombo. Al día siguiente, Cyterszpiler llamó al jefe de Redacción, César Volco, para pedirle que no se publicaran las imágenes, pero no había manera».

Sin tiempo que perder, el mismo lunes por la noche, en cuanto tuvieron la revista en sus manos, los dirigentes de Argentinos convocaron a una reunión inmediata. Y, al finalizar, se encargaron de que la decisión que habían tomado se conociera rápidamente. En la redacción de *Crónica,* sobre el filo del cierre de la edición, sonó el teléfono.

—Buenas noches, señor. Lo molestamos de Argentinos Juniors para dar una información.
—Muy bien, dígame.
—Acaba de finalizar una reunión extraordinaria de la Comisión Directiva del club, en la cual se resolvió separar del plantel profesional al jugador Diego Armando Maradona, por los motivos que son de dominio público, y hasta tanto se aclare la situación.

El periodista intentó pedir precisiones, pero del otro lado de la línea continuaron con el tono solemne, como si se tratara de una cuestión de Estado, y pusieron fin a la conversación:

—Eso es todo. Les habla Malvido, de Relaciones Públicas del club. Buenas noches.

Maradona había sido separado del club que lo vio nacer, por haber usado la azul y oro en una entrevista y en el calentamiento previo al encuentro contra Colón. A la mañana siguiente, doña Tota lo despertó con el diario en la mano y le dio la noticia. Él se fue raudamente al club y allí le preguntó al director técnico, Victorio Spinetto, si lo publicado era cierto. «Sí, Diego. Vinieron dos dirigentes hoy a decirme que estás suspendido». Fue a pedirle perdón en persona a Settimio Aloisio, por entonces presidente de la Comisión de Fútbol Profesional del club, quien quedó en hablarlo con sus colegas. Ese día no pudo entrenar y recibió un mensaje claro: la medida se levantaría únicamente si ofrecía disculpas públicas.

Pelusa, que aún era un pibe de 17 años, sintió el impacto. Visiblemente afectado, convocó a *Teleonce Informa* para difundir su pedido de perdón. Sentado en una tribuna del estadio de Argentinos Juniors, con los hombros encogidos, casi sin levantar la mirada, despeinado, y con una expresión en su rostro que evidenciaba el mal día que estaba transitando, enfrentó a las cámaras. El periodista, Humberto «Tito» Biondi, lo entrevistó con la tapa de la revista *Goles* en la mano, y comenzó el reportaje retándolo por haber posado con la camiseta de Boca.

—Diego, ¿no te parece que esto no es serio?
—Sí, no lo tendría que haber hecho. Ahora que lo veo me doy cuenta de lo que puede traer, y le pido disculpas a la gente de Argentinos Juniors. Quiero que las cosas vuelvan a ser como antes, para ver si puedo seguir jugando.
—Estamos en la misma tribuna que el otro día, en el partido con Colón, te insultó, te silbó, te abucheó. ¿Sentiste dolor?
—Sí, porque no creí que la gente de Argentinos fuera a tomar a mal el precalentamiento mío con la camiseta de Boca. Yo siempre lo hago con una camiseta debajo, y dio la casualidad que llevé la de la Selección y la de Boca a la concentración. La gente pensó que yo en el partido tenía esa remera debajo, pero no es cierto. Si estuve mal en usarla en el precalentamiento, quiero que la gente me sepa comprender, porque no lo hice de ninguna manera a propósito.

El indulto de los dirigentes de Argentinos no se hizo esperar. El equipo debía jugar ese jueves contra Estudiantes de La Plata y no podía privarse de su genio y figura. Hasta el plantel le pidió a Cónsoli que lo perdonara. La comisión directiva, además, anunció que declararía persona no grata a Alberto J. Armando.

La suspensión y la amenaza de aplicarle una multa lo habían intimidado. Llevaba apenas dos años jugando como profesional. Ser jugador de fútbol era un trabajo y un salvavidas para toda su familia, con la que acababa de mudarse a una vivienda de la calle Lascano. «Argentinos me entregó la casa, tengo que hacerle arreglos en paredes, piso y techo. Para eso necesito plata, me gustaría terminarla para festejar mi cumpleaños a fin del mes que viene», contó en esa edición de *Goles.*

Tenía muy presente a su familia y hablaba de ella en muchos de los reportajes que daba en esos primeros años. Y Boca era parte de ella. «Soy hincha de Independiente, pero como mi madre, mi padre y todos en mi casa son hinchas de Boca, me gustaría mucho jugar allí para ellos y darles una satisfacción todos los domingos», había dicho en la entrevista a Malod días antes de tener que pedir perdón. Quizás la mejor forma de sintetizar qué significaba Boca en la vida de aquel Diego-adolescente se encuentre en un video que el Diego-adulto grabó para el cumpleaños de nuestro club, el 3 de abril de 2019. Allí, sonriendo a cámara, unió a sus dos amores en una sola frase: «Boca, sos el beso de mi mamá».

Como en las más trilladas películas de drama y amor, el primer intento de unir en sagrado matrimonio a los dos protagonistas de esta historia terminó con un despechado irrumpiendo en el altar, furioso, para arruinar la boda. Y aunque todos sabemos que este guion culmina con final feliz, aún quedaban por rodar otras escenas de encuentros frustrados.

Independiente: ¿un tercero en discordia?

Seguramente a ningún lector se le habrá pasado por alto, unos párrafos atrás, la declaración de Maradona autodefiniéndose hincha de Independiente. De hecho, ese textual está tomado de un video que actualmente circula en redes sociales, especialmente impulsado por los hinchas del Rojo.

Sabemos que Diego nació hincha de Boca por herencia, y que lo fue por elección durante su niñez. Pero luego, ¿Fue hincha de Independiente? ¿O era únicamente admirador de Bochini? ¿Era hincha del Rojo aunque solo en Copa Libertadores?

En estas páginas, nos proponemos acercarnos a una respuesta definitiva a este discutido asunto. En primer lugar, con un método muy sencillo: repasar las palabras del propio Diego a lo largo de su vida, tanto dichas en tiempo presente como cuando recordó épocas pasadas. Y luego, profundizar en algunos datos que surgen de sus frases.

Por lo pronto, hay una realidad insoslayable. Desde que comenzó a dar reportajes, en noviembre de 1976, y hasta una semana antes de llegar a Boca, en febrero de 1981, se encuentran en los archivos cerca de diez entrevistas —en prensa gráfica, radial y televisiva— en las que cuenta de qué cuadro es hincha. Y en todas dice, en tiempo presente, ser de Independiente. Sin matices, ni distinciones entre ser hincha del club o de Bochini. Las únicas excepciones son un par de reportajes realizados en sus primeros meses como profesional, en los que declara ser «de Independiente y de Argentinos Juniors». Tampoco hacía distinciones entre la Libertadores y el campeonato local: «Iba a verlo en los partidos oficiales, en la Copa, en los amistosos. Los miércoles, los domingos, los viernes a la noche en los partidos televisados», afirmó en enero de 1980.

Pero igual de cierto es que, en muchas de esas entrevistas, solía agregar que toda su familia era de Boca, y en varias agregaba que por eso le gustaría jugar con la azul y oro. Horacio Pagani cuenta que, cuando le hizo su primera entrevista, en noviembre del 76, después de la charla lo llevó a su casa en su Fiat 600. «En la puerta estaban los dos hermanos jugando al fútbol, y Diego me dijo que algún día los tres iban a jugar en Boca».

Con el paso de los años, su relación con Independiente quedó para él apenas como un amor adolescente, que fue resignificando. «Yo soy bostero. Era de Independiente en la Copa, me llevaba mi cuñado y me volvía loco. Pero siempre fui de Boca. Boca es un sentimiento», dijo en 1986.

De allí en adelante, y hasta el final de sus días, relató los acontecimientos de ese mismo modo: que su vínculo con Independiente se daba por la admiración a Bochini y porque un cuñado lo llevaba al estadio de la Doble Visera. Una excepción fue en 2019, cuando recordó una cena que tuvo con el 10 del Rojo, la cual habría sido el motivo inicial por el que decía ser hincha del equipo de Avellaneda.

> —Yo no era hincha de Independiente, yo iba a ver al Bocha. Y de ahí me quedó el mote de que yo era hincha, pero yo fui a comer un asado con el Bocha y estaba tocando el cielo con las manos.
> —Vos dijiste que eras hincha de Independiente en una nota vieja, ¿dijiste eso para ir a comer un asado con Bochini? —le preguntó el periodista Matías Pellicioni—.
> —Pero claro, ¡más bien!

Entonces, repasando lo encontrado en el archivo, tenemos por un lado a Diego *autopercibiéndose* de Independiente desde sus primeros reportajes y hasta 1981, pero teniendo a Boca como parte de su familia. Luego del 81, retoma su amor monógamo para siempre. Y deja dos datos sobre cómo se dio su vínculo adolescente con Independiente: por un lado, un cuñado que lo llevaba a la cancha. Por otro, un asado con Bochini.

Comencemos por profundizar en esa comida con su ídolo. Tal como lo recordaron tanto Diego como el Bocha*,* fue organizada por Hugo Saggioratto, que había jugado en Independiente con Bochini y luego en Argentinos con Maradona. Se realizó en una parrilla ubicada sobre la calle Humberto Primo. Saggioratto la armó a pedido de Diego, que quería tener un encuentro a su ídolo. «El clima fue de una cena de amigos, y el Bocha le llevó una camiseta suya firmada

por él», recuerda hoy. Pero esa comida recién fue planeada y concretada en 1979, año en que Saggioratto llegó a Argentinos Juniors, por lo que no puede haber sido el inicio del vínculo de Diego con el Rojo, dado que ya desde el 76 se declaraba hincha.

En cambio, al ahondar sobre la otra pista que dejó, la del cuñado que lo llevaba a la cancha, encontramos la raíz de su acercamiento a Independiente, en la que también el amor familiar jugó su carta. Raúl «Colorado» Machuca, de él se trata, era diecisiete años mayor, y Diego lo quiso mucho durante toda su vida. Falleció en agosto de 2020, en plena pandemia, y Pelusa le dedicó un muy tierno mensaje en sus redes sociales. Machuca sería uno de los tres artífices principales del acercamiento de Diego al Rojo. Los otros fueron dos grandes jugadores de Independiente. Uno, ya se ha dicho, es Ricardo Bochini, por la admiración que despertó en él. El otro es Francisco «Pancho» Sá.

El Colorado y Pancho eran amigos desde su infancia en Corrientes, y compartían la pasión por el fútbol y por Independiente. Cuando Machuca se mudó a Fiorito, empezó a jugar en Estrella Roja, donde lo dirigía ni más ni menos que Don Diego. En 1971, conoció y empezó a salir con Rita «Kity» Maradona. «Por eso mi tío Diego siempre cargaba a mi mamá con que fue la primera botinera, porque se puso de novia con un jugador de Estrella Roja», recuerda entre risas Walter Christian Machuca, más conocido como «el Chino Maradona», hijo de Raúl y Kity. Ese mismo año, Pancho Sá llegó a Independiente. Y en 1972, la relación se volvió casi familiar: «Raúl vino a mi casa a proponerme que fuera padrino de su hija, Sandra. Y ahí también me contó que tenía un cuñadito que jugaba bárbaro, y me preguntó si lo podía llevar a Independiente. Pero cuando me dijo que tenía doce años le dije "!Es muy chiquito!". Por supuesto que acepté ser padrino de Sandrita, el bautismo fue en Pompeya y luego fuimos a Fiorito», recuerda Pancho Sá.

El Colorado empezó a llevar a Diego a la cancha en esos años, para ver a ese Independiente multicampeón, en el que Bochini debutó en 1972 y comenzó a destacarse en la temporada siguiente. Y no solo eso, sino que, gracias a su amigo y compadre Sá, después de los partidos tuvieron en más de una ocasión el privilegio de

acceder al vestuario de los jugadores para saludar a Pancho. «Yo recuerdo que Raúl venía siempre con un nenito, pero recién años después supe de quién se trataba. Fue en el 79, cuando coincidimos con Diego en una entrega de premios. Vino, me mandó saludos del Colorado y me contó que él era aquel cuñadito».

Aún en esos tiempos, Diego seguiría yendo también a ver al Xeneize, como en el recordado Boca-River de 1974, en el que García Cambón debutó y metió cuatro de los cinco goles de un histórico 5 a 2.

La idea de que Boca seguía siendo parte de su familia quedó también reflejada en las entrevistas realizadas para este libro. Mientras sus compañeros de Cebollitas y de Argentinos Juniors —algunos de ellos, hinchas de Boca— describen al Diego que conocieron como hincha de Independiente, sus familiares sostienen que *su Maradona* nunca dejó de ser xeneize. A partir de su llegada a Boca, en 1981, como veremos en los sucesivos capítulos, ya no habría terceros en discordia.

Segunda cita fallida

Pasados dos años de aquella foto de Maradona con la camiseta azul y oro, que derivó en el enojo de la gente de Argentinos, Boca volvió a golpear las puertas de la casa de su enamorado. Y sería la última vez que *papá Argentinos Juniors* se opondría a la boda.

Se trata de un hecho olvidado en una tarde muy recordada. Una negociación furtiva, iniciada en el entretiempo del duelo en el que Diego le metió cuatro goles a Gatti, en noviembre de 1980.

Ese año había comenzado con un intento de River por comprar su pase. Maradona, Argentinos y Barcelona habían anunciado en conferencia de prensa su pase al club catalán. Pero el gobierno dictatorial de entonces, junto a la AFA, decidió no permitir las transferencias al exterior de los jugadores que Menotti tuviera en la órbita de la Selección hasta el Mundial 82. En ese contexto, tras esa frustrada venta, River se tiró a la pileta, pero no encontró agua.

Diego siguió jugando en Argentinos. Y no solo eso, sino que poco después volvió a exhibir que su electrocardiograma futbolero vibraba por los colores azul y amarillo.

Fue el día de su cumpleaños, el 30 de octubre de 1980, cuando le dio una entrevista al periodista Saúl Pomaraz. Faltaban tres días para que se jugara un Superclásico en la Bombonera. Y, aun siendo jugador del Bicho, y teniendo fresco el interés de River por comprar su pase, dejó clara su preferencia:

> —Si el domingo pudieras ir al estadio a ver el Boca-River, ¿a qué tribuna irías? —le preguntó Pomaraz.
> —Ya lo saben todos, iría a la de Boca, por un respeto hacia mi familia. Son hinchas fanáticos, te lo puedo asegurar, este que tengo al lado mío lloraba cada vez que Boca perdía o empataba —respondió Diego, con uno de sus hermanos al lado.

Diego no fue a la tribuna aquella tarde del 2 de noviembre a ver cómo Boca le ganaba a River por 1 a 0 con gol de Perotti, sino que jugó su propio partido en Argentinos contra San Martín de Tucumán. En cambio, sí vio al Xeneize cuando lo enfrentó, apenas una semana más tarde.

Ese encuentro suele ser recordado por las famosas declaraciones cruzadas con Gatti. «Maradona es un muy buen jugador, pero tengo la sensación de que en pocos años no logrará contener su tendencia a ser un gordito», arriesgó el Loco días antes del partido. Cyterszpiler le mostró la publicación y le dijo que en venganza le hiciera dos goles. «Le voy a hacer cuatro», le respondió el Pelusa de manera premonitoria.

Pero esa tarde ocurrieron dos cosas mucho más relevantes. Por empezar, a pesar de sus cuatro goles, y del 5 a 3 final, Diego tuvo *su segundo beso* con la hinchada de Boca, después de aquel primero de inicios de los años 70, cuando hacía malabares en un entretiempo.

En un hecho histórico, la tribuna de Boca aplaudió a un jugador rival que le marcó un gol. Y no una vez, sino dos, primero cuando marcó el 4 a 2 y luego en el 5 a 2 parcial. Y tras el partido, el público xeneize comenzó a corear su nombre.

«Lo que me pasó hoy fue sensacional. Cuando la gente de Boca aplaudió mi cuarto gol me dieron ganas de llorar. La verdad es que les agradezco, ni ellos mismos saben cuánto. Un público así agranda a cualquier jugador. Les quiero agradecer por los aplausos y los felicito por el espíritu. En mi familia son todos de Boca y el respeto por ese club es especial», declaró finalizado el encuentro. Los planetas comenzaban a alinearse, movidos por una fuerza de atracción irresistible.

El segundo episodio trascendental que ocurrió aquella tarde del 9 de noviembre de 1980 fue que Boca, por segunda vez, hizo gestiones para que Maradona se pusiera nuestra camiseta.

Como si se tratara de un *casamiento de apuro,* Boca fue a pedir la mano de Dios a Argentinos en pleno entretiempo del partido que el Bicho ya iba ganando por 3 a 2, con dos goles del 10. Nuestro presidente seguía siendo Alberto J. Armando, pero ya había anunciado que no se presentaría a las elecciones del 14 de diciembre, poniendo fin a veinte años consecutivos como autoridad máxima del club. Su candidato era Miguel De Riglos. Y fue él quien, apenas sonó la campana del primer tiempo, fue raudamente al palco en el que estaba Cónsoli y le pidió hablar a solas.

—Tengo algo que decirle, pero le pido estricta reserva —murmuró De Riglos.
—Por supuesto, dígame.
—Armando y yo queremos comprar el pase de Maradona para que juegue en Boca. Lo pagaríamos nosotros, no el club. La oferta es de un millón de dólares de manera inmediata, y luego cuatro millones más.
—Llevaré la oferta a la reunión de la Comisión Directiva, pero en principio nuestra idea es no venderlo. Llámeme el jueves por la mañana.
—Necesitamos una respuesta mañana mismo.
—Anote mi teléfono.

Terminado el cotejo, a Cónsoli se le acercó un periodista y le preguntó si tenía alguna respuesta a la oferta de Boca. Él apenas sonrió y siguió de largo, creyendo que era solo un intento por sacarle información «de mentira-verdad», según sus palabras, dado

que De Riglos le había pedido reserva. Pronto comprobó que la noticia había corrido entre toda la prensa que estaba en el estadio.

«Es cierto, me hicieron una oferta, pero eso no quiere decir que vendamos a Dieguito», fue su primera respuesta, que abrió un nuevo capítulo de la novela. El propio De Riglos, aún en el Amalfitani, dio detalles a los medios: «¿Ustedes vieron el gol que nos hizo? Es un genio. Hoy le he hecho al señor Cónsoli una oferta concreta. Junto con el señor Armando, le ofrecimos a Argentinos como seña un millón de dólares al contado y 4 millones más a 30 días. Además, si Boca lo vende al exterior, Argentinos percibirá el 30% de la transferencia. Y, en caso de que nuestra agrupación no resulte electa, damos la seña por perdida. Cónsoli me pidió un par de días para estudiarlo».

El lunes, Armando anticipó el ofrecimiento que le harían a Maradona: 300 mil dólares anuales, 2.500 por partido amistoso, premio doble con respecto al resto del plantel y premio especial por cada gol. Pero Cónsoli, enojado por el estado público que tomó el tema, anunció que Argentinos rechazaba la oferta y que Diego no sería transferido hasta después del Mundial 82.

Pasados unos días, cuando parecía que el intento había fracasado, un hombre entró a la sede Argentinos Juniors en La Paternal y se acercó a la recepción.

—Mi nombre es Alberto González, soy secretario del Sr. Armando, presidente de Boca. Vengo a traer este sobre para el Sr. Cónsoli. ¿Me puede firmar que lo recibió?

Como en aquel septiembre del 78, Armando volvía a provocar una explosión en el mundo del fútbol. El sobre contenía una nueva oferta formal, que aumentaba la cifra final a 6 millones de dólares, difícil de rechazar para un club que tenía serios apremios económicos para sostener el contrato con su máxima estrella. «Que manden todas las cartas que quieran, nosotros no lo vamos a considerar», fue la respuesta definitiva de Miguel Angel Marotti, secretario del club de La Paternal. Asunto terminado, Maradona no jugaría en Boca el torneo siguiente. O, al menos, eso parecía…

Para Boca, el 80 fue un año que empezó mal y terminó peor. Había asumido Rattín como entrenador en enero, luego del inigualable ciclo de cuatro años del Toto Lorenzo. Fueron meses de pelear los últimos puestos, de tibias recuperaciones y de serios problemas económicos.

El 14 de diciembre, Martín Benito Noel se convirtió en el nuevo presidente del club y optó por Silvio Marzolini como entrenador. En una de sus primeras declaraciones, el nuevo DT tuvo palabras premonitorias: «Se acabó la época de Lorenzo, de jugar al pelotazo. También la de los jugadores estáticos, quiero incorporar profesionales que sepan manejarse en varios puestos. Y voy a dar el ejemplo de Maradona. Con todo lo crack que es, Diego no podría desarrollar su fútbol si se estacionara solo en un sector de la cancha».

En la vereda de enfrente, River volvía a la carga por el 10 de Argentinos Juniors. «Papá Noel, traenos a Maradona» tituló una revista partidaria riverplatense. E increíblemente —o no tanto, como veremos dentro de algunas páginas—, después de decirle que no a Boca, Cónsoli se mostró dispuesto a negociar con el club de Núñez por el mismo monto. «No podemos afrontar más el contrato de Maradona. River hizo una oferta por los seis millones de dólares que nos daba Barcelona. Y, si no aparece un milagro, no tendremos otra salida que vendérselo», anunció el 23 de diciembre.

Se acercaba la Navidad pero La Boca parecía estar fuera del itinerario de Santa Claus. Nada hacía pensar que el año que se avecinaba sería de felicidad eterna en esta historia de amor entre Maradona y Boca. Por lo pronto, tal como decía Cónsoli, había que lograr un milagro. Y por suerte, Dios estaba de nuestro lado.

PARTE II
UN LARGO CAMINO A CASA
Verano de 1981

Las negociaciones por el pase de Maradona entre enero y febrero desplegaron un verdadero juego de TEG, «Táctica y Estrategia de la Guerra». Un entramado de piezas que se movieron en tableros simultáneos, con presiones e intrigas que involucraron a clubes argentinos y del exterior, a funcionarios de la dictadura militar y a medios de comunicación. Con hinchas que se manifestaban en las canchas y en las calles. Y en el centro, como protagonista, un Maradona de apenas 20 años, que ya era una estrella internacional.

Para armar ese complejo rompecabezas, resulta tan necesario bucear en los archivos de la época como recolectar testimonios de las décadas que siguieron, que fueron corriendo la cortina para dejar ver qué pasaba detrás de escena. El juego de instalación de rumores y desmentidas estaba a la orden del día, y se entrelazaba con movimientos subterráneos, algunos inconfesables en aquel momento, pero que luego fueron saliendo a la luz.

El Año Nuevo llegó con una certeza: Argentinos Juniors ya no podía retener a Maradona por motivos económicos. Así lo había dejado en claro el presidente Cónsoli en diciembre.

Lo quería Barcelona, lo quería River Plate

En los primeros quince días de enero, solo Barcelona, Juventus y el Milan aparecían como posibles compradores. Las gestiones que River había iniciado en diciembre se habían diluido. Al mismo tiempo, la ratificación de la AFA de la restricción para permitirle jugar en el extranjero volvía a complicar la posible salida. Una opción era que un club europeo lo comprara y lo dejara a préstamo en Argentinos hasta el Mundial 82.

En Boca, la nueva dirigencia lidiaba con reclamos por sueldos atrasados a empleados desde octubre, con el Ministerio de Trabajo

tomando cartas en el asunto. El 15 de enero aparecen las primeras versiones de un nuevo interés de River por Maradona. Y surgen en el diario *La Razón,* con carácter de «información exclusiva». Félix Laiño, director del periódico desde 1937, era hincha de River, y *La Razón* competía en las ediciones de la tarde con *Crónica.* Estos datos serán importantes dentro de algunas páginas, dado que ambos medios estaban por protagonizar una guerra, en la que Diego sería un involuntario trofeo.

«Dirigentes de River y de Argentinos Juniors mantienen conversaciones secretas, LA RAZÓN está en condiciones de adelantar que bien encaminadas, para concretar el pase de Maradona al club de Núñez», publicó el periódico. Y al día siguiente insistió: «Pese a las desmentidas oficiales, también estamos en condiciones de informar que Aragón Cabrera —presidente de River— es muy optimista. La oferta sería de 6.000.000 de dólares, más la cesión de dos jugadores».

Ansioso por asegurarse el pase de Diego, el 22 llegó a la Argentina José María Minguella, representante del Barcelona, dispuesto a quedarse el tiempo necesario para concretar la venta al club catalán.

El «caso Maradona» se convierte, así, en una novela nacional. Cada día se informa de marchas y contramarchas, con supuestas ofertas, desmentidas y confirmaciones. El 27 de enero, Minguella anuncia que el pase al Barcelona está muy cerca de concretarse. Pero, al día siguiente, Cónsoli sorprende: «River hizo un ofrecimiento que contempla algunas variantes y una de ellas hace que la propuesta pueda superar a la del Barcelona». River tomaba la delantera en las negociaciones con las autoridades de Argentinos. La nueva dirigencia de Boca seguía sin realizar gestiones. Apenas podía ponerse al día con los sueldos atrasados. Ninguno de los principales medios que seguían el día a día del mercado de pases habían mencionado al Xeneize como posible comprador en esas semanas.

¿Quién inició entonces las gestiones entre Boca y Maradona? El propio Diego.

El miércoles 28 había tenido su primera práctica en Argentinos después de sus vacaciones en Corrientes. El periodista de Crónica,

Francisco Franconieri, lo llamó para preguntarle cómo iban las negociaciones, y publicó el diálogo en la edición matutina del día posterior, bajo el título «Quiero jugar en Boca»:

—No quiero irme del país. Y mis familiares no quieren que me vaya —respondió Diego sobre el interés del Barcelona.

—¿Y a ellos dónde les gustaría que juegues?

—Bueno, ellos son de Boca y cuando juego contra la «azul y oro» sufren, y yo también sufro.

—Pero, ¿entonces te gustaría jugar en Boca?

—Sí, quiero jugar en Boca. Cuando venía de mis vacaciones en Corrientes, pensé en ir a verlo a Noel para decirle que me compren.

—¿Creés que puede hacerse el pase?

—Yo tendría la mejor predisposición para arreglar mi ingreso a Boca.

—¿Algo más, Diego?

—Sí, en caso de que tenga que ir a jugar al Barcelona, hablé con Jorge (Cyterszpiler) para que dejemos un documento firmado dirigido a la gran hinchada de Boca, en el cual me comprometa a, cuando regrese al país, jugar gratis con la azul y oro, si fuese necesario.

Luego de esa charla con Maradona, Franconieri fue a verlo a Noel. «Me recibió con un vaso de whisky, rodeado por otros dos dirigentes, Domingo Corigliano y Antonio Moreira. Le conté lo que había dicho Maradona. Se sorprendió, pero me dijo "bueno, lo iremos a comprar entonces"».

«El pase lo inventé yo… ¡Y Boca no tenía ni un sope para pagarme! —reveló Diego en su autobiografía—. Solo faltaba que picaran los dirigentes de Boca… Y los dirigentes de Boca picaron». Efectivamente, Pablo Abbatángelo, secretario general del club, confirmó días después que Maradona quería jugar en Boca, pero agregó que «vamos a oficializar el pedido recién cuando estemos seguros de contar con el dinero. Algunos socios muy importantes se acercaron al club para decirnos que están dispuestos a poner los dólares».

A diferencia de la cita fallida de 1978, a esta altura, Diego ya dominaba el arte del *on* y el *off the record,* y las estrategias sobre

qué hacer y decir en público y en privado para lograr sus objetivos. En este caso, activar a los dirigentes de Boca y, al mismo tiempo, mantener vivas las otras negociaciones para que los xeneizes no se durmieran en los laureles.

También en la intimidad le confesaba a quien lo quisiera escuchar cuál era su verdadero deseo. «Él nos decía "no quiero ir a River, quiero jugar en Boca, hinchada como la de Boca no hay"», recuerda Daniel «Tabita» García, compañero suyo en Argentinos, y que en esos días estaba con Diego y el resto del plantel en Mar del Plata para jugar un torneo de verano. Y justamente hacia allí viajaron los dirigentes xeneizes Corigliano y Moreira, para reunirse con Maradona el viernes 30, un día después de la explosiva publicación de *Crónica.* «Nos dijo que quiere jugar en Boca y que hará todo lo posible por quedarse en el país», declaró Moreira.

Sin embargo, River seguía avanzando en un acuerdo con la dirigencia del club de La Paternal. El sábado 31, los presidentes de ambas instituciones se reunieron en el Monumental. «*La Razón* fue el único medio presente en el lugar. Y podemos adelantar que la oferta de River es más ventajosa que la de Barcelona, según le manifestó Cónsoli a los dirigentes de la banda roja», publicó ese diario al día siguiente, en un artículo cuyo título sostenía que «River hizo su oferta y Maradona podría ser millonario».

Argentinos y River se habían puesto de acuerdo. Creían que podrían convencer a Diego. No se imaginaban que, además de su preferencia por Boca, se estaba por desatar una guerra santa entre Maradona y River, que crecería con los años y que sería irreversible.

Se llama Maradona, y todas las gallinas...

En la primera semana de febrero de 1981 ocurrirían dos acontecimientos que marcarían un antes y un después en lo que Maradona sentía por River.

Hasta esos días, si bien ya había dicho en público y en privado que quería jugar en Boca, no había mostrado hostilidad hacia el club

de Núñez. Pero en esas tempranas jornadas de febrero, Maradona tendría enfrentamientos con dirigentes, jugadores e hinchas millonarios, que comenzarían a cambiar la situación para siempre.

El primero fue el 3 de febrero en el estadio Monumental. El lugar era la sede de un mundial infantil de clubes y Diego fue invitado a la ceremonia de premiación. Asistió junto a Claudia Villafañe, amigos y parientes. Pero no fue bien recibido.

«El ambiente estaba pesado contra nosotros. Cuando llegamos al palco, un tipo me dice: "Usted y su novia pasan, para el resto no hay lugar. Si quieren, vayan a la platea". A mí me cayó como una patada en el hígado, pero acepté, para no hacer más lío. Nos instalamos y al ratito nomás, un par de dirigentes empezaron a gritarme cosas: "¿Qué haces acá, ¡bostero!?" ¡Para qué…! Me di vuelta, los quería matar, nos agarramos a trompadas. Lo último que les grité fue algo que ya sabía: "¡A este club no vuelvo nunca más! Lo juro: ¡Nunca más!"», recordó Maradona en su autobiografía, editada en el año 2000. «En medio de discusiones, el dirigente Enrique Martínez y un íntimo de Aragón, de apellido Vulovic, insultaron al jugador por su simpatía hacia Boca. Un directivo de entonces recordó el episodio con una frase elocuente: "Ahí se fue todo a la mierda"», reveló el diario *Olé* en 1999.

La reunión en la que Maradona le dio el «no» definitivo a Aragón Cabrera tuvo un testigo privilegiado. Se trata de Oscar Tubio, famoso diseñador de camisetas de fútbol, autor de distintas casacas de Boca y también de la de River con el logo del león, fabricada en 1986. Y que, aun pasados cuarenta y cinco años, tiene muy fresco el recuerdo:

«Yo estaba en la oficina de Maradona y Cyterszpiler el día que ellos se reunieron con Aragón. Antes de que él llegara, Diego le decía a Jorge "yo quiero jugar en Boca". Pero Cyterszpiler le pidió que antes escucharan al presidente de River. Cuando llegó, me fui a sentar a la sala de espera. Habrán pasado cuarenta minutos hasta que Aragón sale con una cara de orto infernal. Maradona abre la puerta y me llama. Tengo grabada en mi mente la imagen que vi cuando entré a la oficina: Diego estaba saltando arriba de un sillón, como un nene, celebrando, porque había hecho caer el pase a River:

“Aragón me la dejó picando. Me dijo que yo no podía ganar más que Fillol y Passarella. Le dije que no había problema, que les aumente a ellos para que cobren más que yo”. Por eso Aragón se había ido con esa cara, se dio cuenta de que Maradona no quería ir a River. Y ahí nomás, Maradona le pidió a Cyterszpiler que lo llamara a Altounian —tesorero del Xeneize—. “!Juego en Boca, boludo, llamalo que juego en Boca!”».

En esas horas, entre el 3 y el 4 de febrero, Diego da una entrevista televisiva en la que dice que Aragón «le derrumbó la ilusión de ir a River». El video de ese breve reportaje es utilizado aún hoy por algunos hinchas de ese exclub de Primera División para intentar argumentar que Maradona era hincha de River o que su gran sueño era jugar allí. Algo que solo puede sostenerse en estos tiempos en que reina la posverdad. Si bien hasta ese entonces no buscaba enemistarse con River, ya había dicho, en público y en privado, que quería jugar en Boca. La dirigencia de Argentinos se inclinaba por la institución de Núñez, y Diego intentó y consiguió hacer caer esas negociaciones de un modo elegante.

Al día siguiente de la pelea en el Monumental, Boca le envía un telegrama a Argentinos Juniors en el que le solicita oficialmente condiciones por la transferencia de Maradona. Cónsoli decide no responderlo y critica a la dirigencia de Boca por hablar con el jugador antes que con ellos.

Y así llegamos al segundo choque de la semana entre Maradona y el *mundo River.*

El sábado 7, Argentinos Juniors y el club de Núñez jugaban un amistoso en Mar del Plata. Ese día, la mitad más uno del país desayunó con una preocupante sentencia de Cónsoli: «Se están creando falsas expectativas con el pase a Boca porque su transferencia al Barcelona es casi un hecho».

En ese contexto, aun cuando el pase a Boca todavía estaba lejos de ser confirmado, esa noche, jugadores, dirigentes e hinchas de River, le hicieron sentir a Diego su repudio por haber mostrado su preferencia por el Xeneize.

A la Madonna / a la Madonna /
Alonso tiene un hijo / que se llama Maradona.
Adonde está / que no se ve /
El Maradona que comparan con Pelé.

Los cantitos contra el 10 de Argentinos bajaban como puñales desde las tribunas de River, en esa noche de lluvia en la que Alonso marcó el único gol del encuentro. «Además, la hinchada le gritó algo discriminatorio, algo que mencionaba a Paraguay, que a Maradona le llegó. Y que le llegó de tal manera que esa misma noche le dijo a Cyterszpiler "ni se te ocurra volver a sentarte con nadie de River, arreglame el pase con Boca"», reveló el periodista Ernesto Cherquis Bialo, quien en 1981 dirigía *El Gráfico* y que fue uno de los colaboradores de Maradona en su autobiografía, en la que Diego también recordó lo ocurrido esa noche:

«Ya todo el mundo sabía que yo moría por Boca y no pararon de insultarme en todo el partido: *"¡Maradona, / hijo de puta / la puta / que te parió!"*. En realidad, yo era el tipo más feliz del mundo, había logrado lo que quería: que ellos mismos se convencieran de que yo no los quería para nada».

Dentro de la cancha, también fue una noche difícil para él, tal como explicitó en el vestuario apenas terminado el encuentro: «Todos los jugadores de River se dedicaron a perseguirme y golpearme. Me siguieron por toda la cancha y me golpearon mucho. Estoy muy deprimido».

Para completar lo que fue un ataque por todos los flancos, los dirigentes millonarios también se ensañaron con el pequeño gigante. *La Razón,* el diario de los buenos contactos con River, transcribió el siguiente diálogo que se dio en el vestuario entre los dirigentes Luis Faur y Osvaldo Di Carlo:

> Faur: ¿Viste? Dicen que Maradona estaba llorando en el vestuario y protestaba porque los de River se jugaron un partido especial contra él. Parece que quedó bastante amargado, pobrecito…
> Di Carlo: ¿Qué quería, que no lo marcaran?

> Faur: Me parece que el pibe no le tiene mucho cariño a River y no le gusta que le ganemos. ¿Él no decía que quería jugar en Boca? Que se vaya acostumbrando a cómo se juegan los superclásicos, son a muerte y sin protección de los réferis.

En un apasionado juego de opuestos, el amor entre Diego y Boca crecía con la misma fuerza que lo hacía el rencor entre él y River.

Lacoste: una bota sobre el botín

Como si estuviéramos inmersos en una de esas películas que muestran una misma escena desde la perspectiva de distintos personajes, y en las que, con cada versión, el panorama se va aclarando, los testimonios que fueron surgiendo con el paso de las décadas añadieron piezas a este gran rompecabezas que fue la llegada de Diego a Boca. Historias que se desarrollaban en paralelo a lo que se publicaba. A veces detrás de escena, a veces en túneles oscuros.

Maradona habló, en distintas entrevistas, sobre aprietes y amenazas que recibió durante el transcurso de las negociaciones e involucró a Aragón Cabrera y al tristemente célebre almirante Carlos Lacoste. «En el 81 todavía estaba Lacoste del lado de River. Y había un apriete en el que me decían que, si no firmaba para River, no firmaba para nadie», reveló en 2008. «Cyterszpiler me dijo "mirá que nos están apurando, nos van a mandar la DGI". Y yo le dije "Jorge, rompé toda posibilidad de hablar con esta gente de River, yo quiero ir a Boca», agregó en 2011.

Lacoste se había hecho conocido cuando comandó el Ente Autárquico Mundial 78, que tuvo a su cargo la organización de ese campeonato. Era primo de la esposa de Jorge Rafael Videla, en la Marina tenía buenas relaciones con Emilio Eduardo Massera y fue amigo de Leopoldo Fortunato Galtieri. Una vez finalizada la dictadura, varios testimonios graficaron cuál era su real nivel de incidencia en el fútbol argentino y en River, equipo del cual era hincha.

El Pato Fillol relató en 2018 una historia escalofriante de cuando tuvo que renegociar su contrato con el club de Núñez en 1979 e intervino Lacoste, «verdadero amo y señor de River Plate», según sus palabras. El primer apriete que recibió fue una visita en su casa de Quilmes de «dos tipos de pelo corto, bigote marcial, gesto serio y sobretodos largos», que se identificaron como agentes de la DGI y que le informaron de una supuesta denuncia contra él por evasión de impuestos y bienes no declarados. Además, contó que comenzaron a filtrarse a la prensa informaciones para «instalarlo como un mercenario», según palabras del Pato, en relación a la negociación de su contrato.

El arquero campeón del mundo terminó siendo citado por Lacoste a una reunión cara a cara en su oficina, en la cual el militar lo amenazó con hacerlo desaparecer y de la que lo terminó echando a los gritos. Las cosas no quedaron allí. Fillol, con la voz entrecortada por la emoción, contó, en una entrevista televisiva, un espeluznante episodio: «Un día estaba en casa y aparece mi viejo golpeado. Era, obviamente, esa banda de hijos de puta, que me estaban presionando para que firme. Todo eso me hizo mucho daño y ahora lo puedo contar, fue algo que me lastimó mucho en la vida». Los agresores fueron muy claros con su padre: «Convencelo a tu hijo para que arregle el contrato o la próxima vez alguno de los dos no la cuenta más», le dijeron antes de dejarlo tirado en una zanja.

Reinaldo «Mostaza» Merlo también expuso el poder que tenía el militar en River en una entrevista en 2020: «El club era dirigido por Lacoste. Él le decía a Aragón lo que tenía que hacer. En ese momento no se sabía, no se podía hablar», contó.

Lacoste era quien había decidido que Maradona, y otros jugadores importantes de la Selección, no pudieran ser transferidos al exterior hasta el Mundial 82. Y, además, hacía *gestiones* para que su destino fuera River. «Después de que publicamos en *Crónica* que él quería jugar en Boca, lo apretaron para que lo desmintiera. Porque el pase no estaba hecho, y porque Lacoste tenía acordada con Carlos Suárez Mason su ida a River», afirma Franconieri.

Las presiones de Lacoste también incluyeron a dirigentes de Boca. Así lo reflejó la declaración de Pablo Abbatángelo (h), hijo del

homónimo que en 1981 era dirigente de Boca, ante la Comisión de Trabajo por la Reconstrucción de Nuestra Identidad del Ministerio de Obras Públicas, en 2020. En su testimonio, relató un diálogo que tuvo con su padre en aquel verano de 1981. Una tarde, Abbatángelo padre llegó a la casa consternado y le reveló a su hijo detalles de un encuentro con el militar:

> Me citó Lacoste y me dijo que no quiere que Maradona vaya a Boca. Que en el único club en el que puede jugar es en River. Yo le respondí: "Bueno, dejemos que eso lo decida Diego" y él me contestó: "Eso se decide acá y ahora". Traté de cambiar de tema y me dijo: "En River o nada". Y agregó: "Si no llega a jugar en River y se lo llevan ustedes a Boca… (*dibuja con su mano la seña de hacerle la cruz*)".

Abbatángelo hijo le preguntó qué pensaba hacer. «Yo ya me comprometí a traer a Maradona. Que sea lo que Dios quiera», fue la respuesta de su padre.

Rubén Dodero, quien por entonces trabajaba en el Departamento de Educación Física de Boca, recuerda que su tío, Agustín Quartino, presidente de la Ciudad Deportiva, también había recibido amenazas: «Lo apretaron, no quería ni salir a la calle. Mi papá estaba en la Comisión de Estadio y también me contó sobre las amenazas que había recibido la dirigencia para que no compraran a Maradona». Martín Noel, hijo del entonces presidente de Boca, también recuerda los relatos de su padre en aquellos días sobre las presiones de las que era objeto. «Me contaba que Lacoste *torpedeaba* el pase y sobre las amenazas que había recibido Abbatángelo».

Luis Segura, por entonces vicepresidente de Argentinos, fue otro testigo y víctima de las maniobras de Lacoste. Fue citado por el almirante quien, sin mayores preámbulos y casi como si se tratara de una orden marcial, le dijo que Maradona debía pasar a River. «Mi viejo me ha contado esa historia decenas de veces, hasta el día de hoy —afirma su hijo Luis Fernando—. Lacoste lo trató despectivamente, lo recibió sentado en su oficina pero ni lo invitó a sentarse. Mi papá le respondió que Maradona iría a jugar adónde le

conviniera a Argentinos, y que además Diego quería ir a Boca. Y allí terminó la reunión».

La Argentina vivía su noche más oscura. Y el fútbol, sin distinción de colores o camisetas, también caía bajo las garras de la peor dictadura de nuestra historia.

Dos diarios salen a la cancha

Volviendo a los primeros días de febrero de 1981, luego del Argentinos-River en Mar del Plata, las negociaciones por el pase entran en fase de definición. Pero, primero, deberán atravesar una zona de guerra. De guerra de medios, más precisamente.

Boca le envía un segundo telegrama a Argentinos Juniors, que sigue sin responder. Y el lunes 9, el dirigente Carlos Bello anuncia que Boca ya reunió los 6 millones de dólares para el primer pago inmediato a Argentinos por Maradona. «La plata la ponen varias personas, pero sus nombres no figurarán en el contrato si este se hace. Solo estará mencionado el nombre de Boca», agrega para sumar misterio.

Lo que Bello prefirió no revelar, pero sí lo hicieron algunos medios en aquel entonces y lo confirmó Corigliano años más tarde, es que uno de los principales aportantes era Héctor Ricardo García, dueño del diario *Crónica,* uno de los más leídos del momento. García era, además, hincha y socio xeneize, y había fundado veinte años antes la revista *Así es Boca.* Y en ese 1981 vio la oportunidad de llevar a Maradona al club de sus amores. «Nos propuso darnos la plata para comprar el pase definitivo en 6 millones y medio de dólares. La condición era devolver ese dinero en seis años, obtener el 25 por ciento de un futuro pase, y el préstamo del estadio para unos recitales y eventos, que cerrarían con un partido, con Maradona como atracción», relató el ya fallecido Corigliano en el documental *Estrella 15,* en 2011. Y agregó que, ante la desconfianza inicial de los dirigentes, García «se levantó, trajo un plazo fijo del Banco Rural por 7 millones de dólares que vencía en cuatro días y lo

puso arriba de la mesa. Con la plata en la mano era mucho más fácil negociar con Argentinos».

Pero Argentinos Juniors seguía sin responder los telegramas de Boca, y Cónsoli llegó a dejar plantado a Noel en sus oficinas. La situación se encaminó cuando los dirigentes de Boca decidieron abordar al presidente de Argentinos en una reunión del Comité Ejecutivo de AFA. Lo hicieron llevando como acompañante a Enrique Ocampo, alias «Quique El Carnicero», histórico jefe de la barra de Boca, y a algunos miembros de su grupo. Cónsoli aceptó dialogar y los citó para el día siguiente en las oficinas del general retirado Carlos Suárez Mason, el represor que había tenido bajo su jurisdicción 19 centros clandestinos de detención hasta 1979 y que por aquel 1981 ocupaba parte de su tiempo manejando a Argentinos Juniors.

Allí, Boca y Argentinos acordaron la venta al Xeneize. Se haría en 9 millones de dólares, de los cuales 6 serían para el Bicho, 900 mil para Maradona por su 15%, y el resto para cubrir deudas que Argentinos tenía con la AFA y con el Banco San Miguel. El club vendedor se quedaría, además, la recaudación de dos amistosos y la cesión de cuatro jugadores de Boca.

Era tal la expectativa ante esa reunión, que se habían juntado hinchas de Boca en la puerta de la Bombonera y en La Glorieta de Quique para seguir las noticias y celebrar. En la vereda opuesta, hinchas de Argentinos realizaron pintadas e intentaron prender fuego tablones del estadio de La Paternal como forma de protesta. Afortunadamente, el viento redujo la acción a unas pocas maderas.

El mundo del fútbol se conmueve por el pase. *La Gazzeta dello Sport* pone la noticia en tapa y resalta que se trata de la compra más cara de la historia, superando a la de Pelé por parte del Cosmos. «No sé de dónde Boca consiguió tanto dinero, pero felices ellos, que así obtendrán una joya», declaró Giovanni Trapattoni, entrenador de la Juventus.

El Pibe de oro se encontraba en la habitación del Hotel Iruña de Mar del Plata junto a sus compañeros, Daniel «Tabita» García y Carlos Carrizo, cuando de pronto irrumpió Cyterszpiler.

—Ya está Diego, vas a jugar en Boca —le anunció el Rengo, que además de su representante, era su gran amigo.

La emoción se apoderó de los cuatro. «Yo me puse mal. Se nos iba un amigo a otro club y además iba a ser duro jugar contra él», recuerda García. Pero la alegría de Diego terminó contagiando al resto. Se abrazaron y gritaron tanto, que pronto el resto del plantel se sumó a la celebración. Pelusa recibió una manteada y, en pleno festejo, a uno se lo ocurrió algo más propio de un viaje de egresados que de un plantel profesional. «¡Vamos a meternos al mar!», arengó uno de ellos. «Lo debo haber propuesto yo, que era el más quilombero», rememora García. Y, como sabemos, a Maradona le cuesta mucho prenderse en las jodas… así que tardó unos dos milisegundos en aceptar. Después de todo, se trataba de un chico de 20 años que estaba cumpliendo su sueño del pibe. Diego, Tabita, Carrizo y Pedro Magallanes cruzaron corriendo el Boulevard Marítimo Peralta Ramos y fueron derecho a zambullirse en la playa Punta Iglesia.

Sin embargo, lo que parecía un final feliz, terminaría siendo apenas una tregua. La guerra mediática tenía una última batalla preparada.

«Félix Laiño, el mítico secretario de redacción de *La Razón,* sabía que su diario recibiría un golpe demoledor si la operación se concretaba. Por eso, mandó a publicar en tapa una breve noticia que aún no se había producido», reveló el periodista Daniel Guiñazú, que en aquel verano del 81 trabajaba en *Crónica.* Efectivamente, el viernes 13 febrero, el título en la portada de la edición vespertina de *La Razón* hizo volar por los aires la venta: «La Dirección General Impositiva toma cartas en el pase a B. Juniors del jugador Maradona». El artículo citaba a «fuentes vinculadas a la cúpula» de la entidad, que consideraban «como probable» que se recaben informes sobre la transferencia. La noticia, fuera cierta o no, era verosímil. *La Razón* tenía buenos contactos en la DGI y publicaba noticias sobre el organismo casi a diario. Además, semanas antes, Corigliano había denunciado que un socio de Boca había donado 50

mil dólares al club para una obra de bien público y a los dos días le había caído una inspección.

—Vengan para la oficina del diario ya mismo. Pasó algo con lo de Maradona.

La voz de Héctor Ricardo García lo decía todo. Del otro lado del teléfono, Corigliano supo que las noticias no serían buenas. Y, junto a Noel, partió raudamente al edificio de *Crónica.* «Me amenazaron de muerte, se cayó el arreglo por el pase de Diego», les soltó García, escritorio de por medio. «Lacoste y Aragón pretendían llevárselo a River», detalló Corigliano en 2011 recordando el episodio y dándole contexto a lo que ocurría.

La venta de Maradona a Boca, anunciada con bombos y platillos, se había caído, víctima de la guerra que involucraba a *Crónica, La Razón* y al almirante Lacoste. Faltaba apenas una semana para el cierre del libro de pases. Y, con el mundo del fútbol dando por hecha la operación, los hinchas festejando, y con Maradona aún secándose el agua de mar de *la ciudad feliz,* era momento de volver a empezar.

* * *

Los dirigentes de Boca salieron a buscar nuevos inversores y alternativas de organizar amistosos por el mundo para recaudar dinero, pero no encontraban la manera de garantizar los casi 10 millones de dólares necesarios para la compra. Tanta fue la angustia de aquellos días que Quique El Carnicero tuvo que ser internado en el hospital Argerich «como consecuencia de una molestia cardíaca producida por las idas y venidas del caso del "pibe 10"», según informó *Crónica.*

Luego de toda una semana de conversaciones, con la cuenta regresiva corriendo, se encontró una fórmula ganadora. Boca pagaría 4 millones de dólares por un préstamo hasta el Mundial 82, y asumiría el compromiso de ir abonando en cuotas el pase definitivo durante ese año y medio. Y, además, sumaba el traspaso de seis jugadores de Boca a Argentinos Juniors y la recaudación del amistoso de presentación.

La cesión de los jugadores se complicó hasta último momento. Todos tenían como representante a Guillermo Coppola. De hecho, esta operación fue el inicio de lo que luego sería la larga relación suya con Maradona, que comenzaría en 1986. Carlos Randazzo estuvo varios días negándose a aceptar, y fue convencido sobre la hora por el propio Diego. Los otros, cedidos en forma definitiva, fueron Osvaldo Santos, Miguel Bordón, Eduardo Rotondi, Mario Zanabria y Carlos Salinas.

La opción de compra del pase de Maradona, que Boca se comprometía a pagar en cuotas, era por otros 4 millones de dólares. Esto, como veremos más adelante, terminaría complicándose seriamente, al igual que el pago del préstamo y de lo que le correspondía a Maradona. Al mes de la firma del contrato, el ministro de Economía, Alfredo Martínez de Hoz, dejaría el cargo, poniéndole fin a su famosa «tablita cambiaria». Los números del pase se habían fijado en dólares y, en lo que quedaba del año, el precio de esa moneda se dispararía.

«Terminaron pagándome en especies. Me dieron unos departamentos que había hecho el empresario Tito Hurovich que parecían de cartón, ni papeles tenían, no los podíamos escriturar, nada. ¡No se los podíamos vender a nadie, eran un desastre!», recordó Diego años más tarde. Pero esa ya sería otra historia. El Diego, por fin, habitaría la piel que lo vio nacer.

Boca y Diego ponen la firma

El día que cambiaría nuestras vidas, incluso la de muchos que aún no habían nacido, Maradona se despertó a las 11 de mañana en su casa de la calle Cantilo, en Villa Devoto. Se había dormido poco antes de que los primeros rayos de oro irrumpieran en el azul del cielo. Jorge Cyterszpiler había mantenido reuniones hasta pasadas las 2 de la madrugada con los dirigentes de Boca, y Diego había permanecido despierto esperando a su amigo. Su sobrino Daniel López, de por entonces diez años, guarda en su memoria la imagen

hogareña de su tío calzándose una camiseta azul y oro y anunciándole a su familia, con una gran sonrisa en su rostro, que iba a firmar con Boca. Tras una ducha y un café con leche con tostadas, apenas pasado el mediodía, Maradona salió rumbo a un viaje sin retorno a la Bombonera.

Como no podía ser de otra forma, después de tanta espera, no alcanzaba con que firmara un contrato: firmó tres. Primero, el real. Luego, una copia, ante las cámaras de Canal 13, que había adquirido la exclusividad del evento y había enviado a Juan Alberto Mateyko para que lo transmitiera en vivo. Y, por último, una tercera versión frente al resto de los periodistas.

«Hace mucho que esperaba este momento, que es de enorme felicidad, porque llego a Boca, y todos saben lo que eso representa. Pero pienso que los más contentos serán mis hermanitos. Ellos son fanáticos de Boca y, cuando el equipo perdía, lloraban siempre. Ahora espero que puedan festejar», fueron las primeras palabras de Diego en la conferencia de prensa.

La Bombonera era un caos de periodistas, dirigentes e hinchas. Previo a la primera firma, hubo una reunión de una hora en la que Noel y Cónsoli terminaron de ponerse de acuerdo en la forma de pago, y en la que Maradona repasó los números del contrato. En una sala contigua, los seis jugadores de Boca que pasaban al Bicho, firmaban sus papeles junto a Coppola. Quique El Carnicero, dado de alta, asistió en representación de los hinchas y Cónsoli derramó lágrimas de emoción ante un evento que marcó la vida de todos los presentes.

Sin embargo, en medio del ruido, el protagonista del día decide generarse un momento de paz. Mientras transita por los pasillos y escaleras del estadio, de pronto sorprende a Dodero, que había sido el encargado de recibirlo y hacerlo entrar por una puerta lejana al enjambre de periodistas que lo aguardaba. «¿Puedo pasar a ver la cancha?», le preguntó Diego. Dodero lo guía al primer descanso del acceso al sector B, cerca del palco oficial, y se convierte en testigo privilegiado de una imagen para la posteridad.

Diego emerge por el acceso a la platea, y es como si esa Bombonera vacía lo diera a luz. Consciente de que vive un momento

que no olvidará jamás, se para de frente al campo de juego y abre sus brazos a un estadio sin público, saludando a la nada y a todo al mismo tiempo. A sus sueños de niño, al anhelo de su familia, a un futuro que lo uniría para siempre al club. A los arcos que se llenarían de sus goles y a las tribunas que estallarían coreando su nombre. No lo sabía aún, pero también estaba saludando al sector en el que quince años después tendría su palco eterno, con el que llegaría a fantasear con irse a dormir si un día su esposa lo echara de la casa. Y clava su mirada, sin poder verlo, en el astro mundial que se despide en 2001 y que le cuenta que él se equivocó y pagó, pero que la pelota no se mancha.

Dodero lo mira desde atrás. Un fotógrafo de *El Gráfico* retrata el momento para siempre. Antes de retirarse, apoyado en una de las barandas, Diego se arrodilla, cierra los ojos y comienza a rezar. No necesita hacerlo en voz alta: esta tarde, Dios está en la Tierra.

La Boca y Maradona, destinados a unirse

Apenas puesta la firma, Diego se dio un abrazo con el barrio de La Boca. Primero, al salir por el estacionamiento de la calle Del Valle Iberlucea, fue visto por las decenas de chicos que disfrutaban de la pileta del club, en aquel viernes de verano en el que aún no habían comenzado las clases. Y así fue como tuvo su primera sesión de autógrafos, besos y abrazos como jugador de Boca con los hinchas del barrio. De allí se fue a almorzar al restorán El Viejo Puente, en Almirante Brown y Pedro de Mendoza, junto a Coppola, Randazzo, los hermanos Cyterszpiler y Guillermo Blanco.

Maradona no había nacido ni se había criado en La Boca, pero el alma y los valores del barrio, del club, y de los hinchas, estaban hechos a su medida.

«Si debo definir con una sola palabra a Villa Fiorito, digo lucha», retrató en su libro al lugar que lo vio crecer. Las raíces humildes y trabajadoras de Maradona —y de Villa Fiorito— estaban en sintonía con las de su nuevo barrio adoptivo. Para Diego, ser la bandera de

(La) Boca, tuvo también sus costos. Dejaba de ser el patrimonio nacional que hinchas de todos los clubes iban a ver jugar en Argentinos Juniors. Es que, como decía Alberto J. Armando, los goles que más se gritan en el país son los de Boca y, en segundo lugar, los que le hacen a Boca. Somos la mitad más uno, somos el pueblo y el carnaval, y también somos el equipo más odiado de la Argentina. Y para Maradona, mientras vistiera esa camiseta, se terminaban los aplausos rivales y los espectadores neutrales.

Lo advirtió el propio Diego a poco de llegar: «Noto más agresividad en los contrarios desde que estoy en Boca. Física y verbal. Algunos me dicen "¿vos valés diez millones de dólares?". Otros me menosprecian porque salí de la villa. Se creen que diciéndome "villero" me van a ofender. Pobres de ellos…». «Ya no sos el jugador que quieren todos los argentinos», le advirtió Marzolini, ante una de sus quejas por la dureza con la que lo trataban los rivales.

Como vimos, al mismo tiempo en que llegaba al Xeneize, Diego acababa de comenzar su enemistad con River. Justamente el club que también nació en el barrio de La Boca, del que luego se mudó y con el que se creó una rivalidad de identidades que crecería con el tiempo. El bostero versus el millonario. Características que, desde ya, no representan la realidad material ni ideológica de la totalidad de los hinchas de ambos equipos. Pero que sí describen y reafirman el núcleo, la cadena de ADN, la esencia identitaria de los dos clubes.

Diego notó y abrazó enseguida esas diferencias. Así como en el 81 se sorprendió de que comenzaran a recordarle su origen *villero,* con el paso de los años continuó elaborando sobre esos contrastes. «River es cajetilla, Boca es de vaquero», resumió en 1986. «Boca es pueblo. No somos del mismo palo, no tenemos el mismo sentimiento ni el mismo perfume, somos totalmente distintos. Y gracias a Dios que somos distintos», sentenció en 2003. Hoy, Diego vigila la manzana en la que River supo tener su estadio, en Aristóbulo del Valle entre Caboto y Pedro de Mendoza, desde el mural llamado *San Diego del barrio de La Boca,* del artista Alfredo Segatori.

Esta antinomia fue resumida y condensada en una sola frase de la hinchada de Boca. Luego de la firma del contrato, de los abrazos

con los chicos de la pileta, del almuerzo en una cantina del barrio, ese viernes 20 de febrero de 1981, por la noche, Maradona jugó por primera vez con la camiseta azul y oro. Fue en un amistoso, en el que disputó el primer tiempo para Argentinos Juniors y el segundo para su nuevo club. Caminó hacia su destino en el entretiempo, pasando del vestuario visitante al local, «con una emoción tan grande que se le notaba en el rostro», según recuerda Horacio Pagani, que lo acompañó en el trayecto. Y allí, con el fantástico poder de síntesis del saber popular, la Bombonera definió dos meses de negociaciones y veinte años de vida de Diego en apenas ocho palabras:

«Maradona es de Boca porque gallina no es».

PARTE III
LA GLORIA
1981-1982

La primera pelota que Maradona tocó oficialmente en Boca no fue precisamente un pase de magia acorde a su calidad. No se trató de un caño —como en su debut en Argentinos— ni de un taco, ni de una rabona. Es más, ni siquiera intervino su pie. Fue un rebote accidental en la espalda, luego de que Mouzo intentara rechazar alto, fuerte y lejos, a los veinte segundos de comenzado el partido.

La expectativa y el recibimiento, en cambio, sí habían estado a la altura de Diego y de Boca. El partido ante Talleres de Córdoba comenzaba a las 17:30, pero dos horas antes ya no quedaban entradas. Entre 60 y 70 mil personas lograron ingresar al estadio, mientras que otras 20 mil se quedaron afuera. «Fue impresionante cómo estaba la cancha, los papelitos, yo venía de Chacarita y no lo podía creer. El túnel temblaba, parecía como en la película *Gladiador* cuando van a salir a la arena. Estaba muy nervioso, éramos muy jóvenes Diego y yo», revive, pasados 45 años, Osvaldo «Pichi» Escudero.

El 10 salió del túnel en el sexto lugar de la fila, encabezada por el capitán Brindisi. Abrazado por el aliento de todo el estadio, se persignó mirando al cielo, cruzó la línea de cal y corrió hacia el círculo central, donde lo esperaba la comisión de damas boquenses con un ramo de flores.

Las muestras de su categoría, y su primer grito de gol, no tardarían en llegar. A los 19 minutos, recibió un pase preciso de Trobbiani, gambeteó a Galván y luego al arquero, que lo derribó cometiéndole penal. Un penal que no pateó, sino que «soltó como una lágrima», tal como poetizó Víctor Hugo Morales. Tal fue la locura desatada, que la policía intentó llevarse preso a uno de los fotógrafos que ingresaron al campo de juego durante los festejos, creyendo que era

un hincha que se hacía pasar por reportero gráfico. Finalmente, los propios colegas lo salvaron de terminar en un patrullero.

Minutos después, Maradona teledirigió un pase de 45 metros, desde mitad de cancha al área rival, para que Brindisi pusiera el 2 a 0. El tercero también fue obra de su nuevo socio Miguel, luego de otra jugada suya que arrancó en mitad de cancha. El broche de oro y azul llegó en el segundo tiempo, cuando el partido atardecía. Diego soltó su segunda lágrima de penal y tuvo su primer festejo de gol frente a la tribuna que da a Casa Amarilla.

«Nunca creí que el recibimiento de la hinchada fuera así. No es la primera vez que corean mi nombre. Pero, tal vez por la acústica de esta cancha, hoy sentí como si se estuviera moviendo el piso. Esto superó lo imaginable, no sé si habrá otra hinchada que apoye tanto el jugador como la de Boca. Creo que no existe en el mundo», expresó finalizado el encuentro.

El beso de su mamá estuvo presente metafórica y literalmente esa tarde, en la que jugó por primera vez con la camiseta que siempre emparentó con el amor materno. Doña Tota, junto a don Diego, habían llegado ese fin de semana desde Corrientes para ver el gran debut. Tras el partido, el vestuario se había llenado de periodistas que le pedían al 10 su testimonio, pero su *mamma* estuvo primero. «Por favor, vengan a buscarme en cinco minutos, quiero estar aunque sea un ratito en paz con mi mamá para compartir todo esto», les rogó a los cronistas. Abrazó a su madre y temblaron juntos de la emoción, tal como describió el nuevo 10 xeneize.

Boca y Diego llevaban 90 minutos juntos. Y estaban a cinco meses y medio de dar a luz el campeonato que tanto ansiaban.

Alta costura

Maradona había anhelado vestir la camiseta de Boca desde niño. Por eso, cuando llegó el momento, se encargó personalmente de que el modelo a utilizar estuviera a la altura de su sueño. No lo convencía

el diseño que venía utilizando el club. No le gustaban los números, formados con las tres tiras de la marca, porque le parecía que no se lucían bien. Además, creía que faltaba un distintivo de Boca en el pecho, que solo tenía el logo «trifolio» de Adidas.

Puso manos a la obra y decidió llamar a un especialista en la materia. Oscar Tubio ya había diseñado camisetas para Boca durante la gestión de Alberto J. Armando. Había creado las cuatro estrellas con las letras C, A, B y J en 1978, en color azul, colocadas sobre la franja amarilla horizontal de la camiseta.

«Me pidió que volviera a poner las estrellas, pero en color amarillo y sobre la parte azul. También me preguntó qué se me ocurría para cambiar los números. Le conté que a mí me gustaban los que se usaban en el fútbol americano, así que viajé a Los Ángeles, volví con una valija llena de opciones, y terminamos utilizando los blancos de felpa», recuerda Tubio. El nuevo diseño, con esas dos innovaciones, se estrenó en la fecha 16 contra Rosario Central en la Bombonera. Y tanto le gustó a Diego, que para el póster oficial del Boca Campeón, mientras a todos los jugadores les dieron camisetas con el diseño anterior, él lució su preferida.

En definitiva, ese artista amplio espectro llamado Maradona, fue artífice en la creación de la que posiblemente sea la camiseta más linda de nuestra historia.

Diego, Brindisi y el Doble Falso 9

Estudiosos del fútbol, sus tácticas y sus estrategias, coronan a Guardiola como el contemporáneo «rey del Falso 9», a partir de un partido de su Barcelona contra Real Madrid, en 2009, en el que mandó a Messi a cumplir esa función. También aclaran que, en rigor, la estrategia ya había sido fundada por la selección húngara en 1953. Pero la historiografía del fútbol ha sido injusta con Silvio Marzolini. Dado que, en el Metro 81, nuestro míster dobló la apuesta, al aplicar la táctica del «Doble Falso 9». Así era como jugaban Maradona y Brindisi en ese glorioso equipo de Boca.

Por orden del DT, Diego y Miguel se alternaban las posiciones de volante y delantero. «No teníamos un 9 clásico, entonces los dos se alternaban para entrar al área. Y yo, que en inferiores había jugado de nueve, hacía de wing, pero me movía por todos lados», recuerda el Pichi Escudero. Tal era la sana confusión que eso generaba, que los diarios y las revistas, al dar las formaciones, no se ponían de acuerdo en quién era el volante y quién el delantero en ese 4-3-3.

Los resultados de esa disposición del gran Silvio no se hicieron esperar. Y para muestra basta un golón, como fue el segundo tanto a Talleres, con un pase de Maradona desde el círculo central a un Brindisi que ya había comenzado a correr hacia adelante y que definió de sobrepique dentro del área.

Si bien tuvo varios cambios, especialmente en la primera etapa del torneo, el equipo que se terminó consolidando tuvo una línea de cuatro, formada por Pernía, Mouzo, Ruggeri y Córdoba; un 5 de contención definido, que fue Ariel Krasouski, un volante de quite y salida, que fue el Chino Benítez, y luego la fórmula de intercambio de roles entre Maradona y Brindisi, rodeados por Perotti y Escudero.

Contrariamente a lo que muestran los pósters, el arquero que más partidos disputó, y por lejos, fue «la Pantera» Carlos Rodríguez, con 25 presencias, contra 9 de Gatti. El Loco jugó las primeras cuatro fechas y luego quedó afuera, primero por una verruga en el pie y, luego, porque no se ponía de acuerdo con la dirigencia en la renovación del contrato.

Pasadas las primeras tres fechas, y con Boca y Newell’s como escoltas de Ferro, a Diego no le quedó otra que parar de jugar por una lesión que arrastraba desde sus últimos entrenamientos en Argentinos Juniors. Estuvo cuatro partidos afuera, en los que Brindisi se calzó la 10 y lideró al equipo para que obtuviera los 8 puntos en juego y llegara a la punta del campeonato en soledad. Diego regresó justo a tiempo para una seguidilla de rivales fuertes. En Avellaneda, abrió el camino a la victoria de visitante contra el Independiente de Bochini, con el sello del Doble Falso 9. Esta vez, Brindisi le dio un pase largo casi desde mitad de cancha a Maradona, quien definió de primera dentro del área. Con ese triunfo, Boca quedó como único

puntero, a la espera de una nueva prueba de fuego que se avecinaba.

De hijo

Fue en la fecha 10 y un día 10 del mes de abril. River era considerado el principal candidato al título. Nombre por nombre, parecía imbatible. Tenía a varios campeones mundiales del 78 en sus filas, y había sumado la rutilante incorporación de Mario Kempes, con la que Aragón intentó mitigar la frustración por no haber podido contratar a Diego.

Visto a la distancia, el partido tuvo similitudes con el Argentina-Inglaterra del Mundial 86:

En ese Argentina-Inglaterra, Maradona dejó tirados en el piso a dos rivales para meter su mejor gol con esa camiseta.

En este Boca-River, también.

Ese Argentina-Inglaterra tuvo un gol con la ayuda de la mano de Maradona.

Este Boca-River, también.

En ese Argentina-Inglaterra, Diego definió el encuentro en el minuto 55, Víctor Hugo Morales compuso una banda de sonido maradoniana para la eternidad, La 12 fue la protagonista en las tribunas, la camiseta que usó volvió a ser noticia pasadas varias décadas, y fue el partido que selló su amor eterno con el pueblo que lo seguía.

En este Boca-River… caramba, qué coincidencia.

A pesar del supuesto favoritismo del equipo de Núñez, Boca llegaba en la cima de la tabla, con 16 puntos, seguido por Ferro con 14 y River con 13. En el barrio, la fiesta comenzó días antes. «¿Sabés qué increíble la cantidad de gente que había en La Boca? Iban todos a sacar entradas. Para la gente de Boca, esto es como el Carnaval. Caminaban por la calle como en aquellas noches cuando el Carnaval todavía era lindo», contó Mouzo, luego de entrenar en la

Bombonera. En junio de 1976, los feriados de Carnaval habían sido eliminados del calendario nacional, pero no del alma bostera.

El partido se adelantó al viernes, porque el domingo se corría la Fórmula 1 en el autódromo porteño, con Carlos Reutemann peleando el campeonato. En la ciudad diluvió desde temprano, las boleterías abrieron a las 9 de la mañana, y a nadie le importaron los rumores de una posible suspensión por el agua caída. El puntapié inicial estaba programado para las 21:30. El plantel de Boca llegó una hora y media antes, y fue recibido a los pies del micro por un hincha que les regaló un huevo de Pascua de 40 centímetros de diámetro. El vía crucis de River estaba en marcha.

Boca salió por el túnel al ritmo de un «¡dale Boca, dale Booo!», que pronto mutó a un «¡Maradoooo!», como prólogo a la obra maestra que vendría. La otredad salió a la cancha con Fillol; Saporiti, el Chivo Pavoni, Passarella, Tarantini; J. J. López, Mostaza Merlo, Kempes; Pedro González, Beto Alonso y Comisso. En el banco, junto al técnico Labruna, se sentaron Ramón Díaz y el Loco Houseman como posibles relevos ofensivos.

A pesar de esos poderosos nombres para el ataque, el Tano Pernía le había puesto picante a la previa. «Van a venir a defenderse», profetizó, demostrando que Boca nunca teme luchar, ni siquiera en las declaraciones. Labruna sorprendió al poner a Kempes de volante, a Comisso de puntero por izquierda, y a Alonso de 9. La predicción de Pernía fue acertada: River no salió a buscar la victoria.

Al minuto de juego, Merlo le metió un pisotón a Brindisi como anticipo de lo que vendría. El primer tiempo fue una feroz batalla, una verdadera guerra en el barro. Pernía por derecha le pegaba a todo lo que se movía, y si lo que se movía se llamaba Comisso, mejor. Los jugadores de River buscaron provocarlo durante toda la noche. «Te vamos a ir a buscar a tu casa y te vamos a romper la cara a trompadas», le decían al Tano. Krasouski raspó como todo uruguayo de bien y, de entrada, le marcó la cancha y los tapones a Kempes. Mouzo se paró casi de líbero y Ruggeri se dedicó a anular al Beto Alonso.

A los tres minutos, llegó *La Mano de Nuestro Dios.* Brindisi metió un pelotazo al área para Maradona, que le ganó en el salto a Fillol,

en una escena muy similar a la que viviría con Shilton cinco años más tarde. La pelota salió impulsada rumbo al arco vacío, e igual corrió y la estampó contra la red de zurda. Pero, a diferencia de lo que sucedería en el estadio Azteca, debió frenarse apenas salió a festejar. Ithurralde le cerró las puertas del Olimpo a su puño izquierdo. Todo seguía 0 a 0, y con nuestro 10 amonestado.

En ese primer tiempo, a los dos equipos les costó mucho crear peligro. Doña Tota, en la platea, se quedó disfónica de tanto pedir que le dieran la pelota a su hijo, que se paró de punta, con Brindisi volanteando.

Mostaza Merlo fue expulsado por pegarle una trompada a Brindisi a la altura del hígado. Luego vio la roja Escudero por una patada a Tarantini sin siquiera disputar la pelota. Perotti lesionó a Saporitti, que debió ser reemplazado. Pero una de las jugadas más violentas llegó cerca del final del primero tiempo. Maradona presionó a Passarella cerca de la línea de fondo, lo derribó lícitamente con el hombro y se llevó la pelota con el taco. El Kaiser, seguramente herido en su orgullo luego de que un pequeño de 1,65 m desparramara por el pasto al recio defensor campeón del mundo que él era, reaccionó con una violenta patada desde el piso que mandó a Maradona al córner. Para Diego, el tiempo de revancha llegaría en el complemento.

> Muchachos, entre que hay barro, y que River juega al offside, ¡dejemos de tirar paredes! Tampoco busquemos pases largos. ¡Encaren mano a mano!

Las indicaciones de Marzolini en el entretiempo dieron en el blanco. Y a los diez minutos, comenzaría a escribirse la historia grande de esta gran historia.

La alegría bostera comenzó por J. J. López (y no sería la última vez). Iban diez minutos del segundo tiempo cuando intentó, en vano, meter un gol desde unos 30 metros de distancia. La pelota rebotó en Ruggeri y salió despedida hacia mitad de cancha. Allí, el Chivo Pavoni se tiró a los pies de Maradona para disputar el balón. Fue decidido a quedarse con la pelota o con sus tobillos. Diego llegó una milésima de segundo antes, se la punteó entre las piernas y

quedó en el borde del círculo central, con el campo abierto, para iniciar él solo un rápido contraataque.

Podría haber sido el inicio de una jugada similar a la del gol imperecedero que marcaría en el Mundial 86. Pero, apenas dio dos pasos, una tremenda patada lo hizo volar dos metros hacia adelante. Era J. J., que desde atrás se había lanzado para cortar su vuelo con destino directo al corazón bostero. Ithurralde estuvo rápido en ser lento. En lugar de cobrar falta, esperó para ver si el pibe de Fiorito se reponía de esa nueva adversidad. El rugido de la Bombonera ante la patada de López fue tan potente que los micrófonos de la televisión saturaron. Y como si esa avasallante onda expansiva salida de la hinchada le diera fuerzas, Maradona se levantó como un resorte, justo a tiempo para que el árbitro alzara los brazos indicando la ley de ventaja.

Ya estaba en mitad de cancha, otra vez de pie, y con la pelota bajo su ser. El siguiente escollo se llamaba Daniel Alberto y, aunque la sangre fuera invisible, la herida de su orgullo por el choque del primer tiempo seguía abierta. Por eso, esta vez, ni siquiera se molestó en simular que quería disputar el balón. En cuanto Maradona lo superó en velocidad, con un pequeño salto le revoleó una muy sincera patada, que Diego gambeteó sin siquiera mirarlo.

Había superado ya a tres rivales y estaba llegando a tres cuartos de cancha. Ante una defensa parada en línea, decidió meter un pase en profundidad para Perotti, quien también fue derribado, pero que, mientras caía, intentó devolverle la pared. La pelota quedó a dividir en el área, entre Fillol, que salía a buscarla, y Diego, que llegaba a su encuentro. El Pato llegó antes e intentó despejar, pero su tiro rebotó en Maradona y le quedó por derecha a Brindisi, quien definió solo frente al arco. Gol de Miguelito. 1 a 0. Delirio en la Bombonera.

El autor material del gol fue el 9, el autor intelectual fue el 10 y el jurado popular comenzó a dictar sentencias. A partir de ahí, la hinchada y los jugadores, jueces y partes, protagonizaron dos espectáculos simultáneos, uno sobre el césped —o lo que quedaba de él en medio del barro— y el otro en las tribunas.

Maradooooo / Maradooooo.

Boca pasa a ser el dominador absoluto del juego, ante un River desconcertado. Labruna intenta torcer el rumbo mandando a la cancha a Ramón Díaz por Pedro González.

Seguí bailando, River, seguí bailando /
seguí bailando que te vas a enloquecer.

Apenas un minuto después de ese cambio, Perotti aprovecha una pelota regalada por Pavoni, e inicia un contraataque que culmina en el segundo gol de Brindisi, quien define solo frente al arquero. 2 a 0.

Oy oy oy oy / qué papelón /
están bailando para la televisión.

River, con pocas ideas, y *lenguaje corporal de poco convencimiento,* intenta llegar con centros y remates desde lejos.

Hijos nuestros / hijos nuestros.

Pronto, el juego brusco desaparece. River ya no tiene ánimos ni para pegar patadas.

Ya todos saben que La Boca está de joda /
y River llora / River llora.

Por el contrario, Boca crece segundo a segundo. Lo mejor estaba por venir. Faltaba nuestro gol de todos los tiempos del barrilete cósmico.

El destino tenía guardado para Carlos «Cacho» Córdoba un lugar de privilegio. Lo almacenaba en la misma cajonera en la que descansaba la *asistencia* que el Negro Enrique le daría a Maradona contra Inglaterra cinco años más tarde. Solo que, sin lugar a dudas, el 3 de Boca tuvo mucho más méritos que el volante de la Selección.

Veintidós minutos del segundo tiempo. Córdoba intercepta un ataque de Ramón Díaz cerca del área de Boca, por izquierda, y cruza toda la cancha hasta quedar como puntero derecho. «Raro en él, que no iba por derecha ni para pedir agua al banco de suplentes», dirá Brindisi años después, entre risas. Seguido por Passarella, en lugar de desbordar, Córdoba engancha para su pierna hábil, levanta la cabeza y mete un pase al corazón del área para Maradona, que viene a toda velocidad corriendo hacia la Historia.

Diego baja la pelota como si sus pies fueran el centro de gravedad de la teoría de Newton. La escena se congela. El estadio, el tiempo: todo parece detenerse. Maradona y Fillol quedan frente a frente, en un duelo digno del lejano oeste, pero trasplantado al corazón del sur de la Ciudad de Buenos Aires. El cuerpo del 10 hace apenas una mueca, un breve y sutil gesto hacia su izquierda. El Pato cae en la vil mentira, en la trampa de creer que encarará para su pierna hábil. Diego engancha para la derecha, y el arquero campeón del mundo queda primero de rodillas y luego en cuatro patas, vencido.

Que sea, que sea, que sea.

El deseo repetido tres veces no viene de la hinchada, sino del relato de Víctor Hugo Morales, pero habla por todos los presentes y por los ausentes, que revivirán ese momento por los siglos de los siglos.

Maradona ya está en el área chica, frente a los tres palos, listo para culminar su obra maestra. Pero, de pronto, le aparece un segundo arquero. Este también es campeón del mundo, pero no lleva buzo ni guantes. La Bombonera es la cuna que lo vio nacer en el fútbol. Quizás por eso, Alberto César Tarantini, luego de abrir inútilmente sus brazos para evitar el gol inevitable, termina acostado y rendido, rogando que un padre, o un *Deus ex machina* lo alce y lo rescate de ese mal sueño. El destino no lo perdona, y el Conejo no tiene más remedio que escuchar el atronador arrorró que baja desde

las tribunas, y que le hará tener pesadillas esa noche: GOOOOOOOOOOL.

En pleno éxtasis, Diego sale corriendo a festejar este 3 a 0 que le cambiará la vida. Deja tirado a un último hombre, el fotógrafo Eduardo Forte, que alcanza a retratar el momento con un flash enceguecedor antes de caer al pasto. Maradona sigue su carrera, llega al fondo de la cancha, se arrodilla, grita con su público y mira al cielo. «Me sentía en deuda con la gente de Boca, que me alentó siempre desde que llegué —dirá después del partido—. Por eso estoy feliz. Mi sueño de ser campeón se puede concretar en este mismo torneo. Quiero dar la vuelta olímpica con Boca».

A partir de ese momento, esta historia de amor se agiganta y se hace eterna.

* * *

Así como la camiseta que Maradona utilizó contra Inglaterra en México 86 reapareció décadas después, lo mismo ocurriría con la azul y oro de ese Boca-River.

La de Argentina del Mundial fue subastada en 2022 por Steve Hodge, el jugador inglés con quien la había cambiado.

La casaca azul y oro que se empapó de sudor de Dios y gotas del cielo volvería a ser noticia, de la mano de Carlitos Tevez, a los pocos días del paso a la inmortalidad de Diego. Aquel 25 de noviembre de 2020, el plantel de Boca se encontraba en Brasil para jugar contra Inter de Porto Alegre por Copa Libertadores. El partido se suspendió por la conmoción de la noticia.

Se jugó una semana más tarde y Boca lo ganó 1 a 0 con un gol del Apache. Su celebración quedó grabada para siempre. Bajo una lluvia torrencial, que parecía evocar la noche de abril de 1981, se sacó la camiseta oficial para revelar, debajo, la reliquia, el manto sagrado. «Siempre lo volví loco para que me dé la camiseta del 81. Para mí es la mejor. Decidí usarla en homenaje a él, y tuve sensaciones que nunca imaginé. No se puede expresar con palabras, es la mejor que usé, lejos. No podía jugar mal, esa camiseta te hace

jugar bien», contó Carlitos. Agregó que tenía la camiseta enmarcada y que rompió el cuadro para llevarla a Brasil y mostró que en la etiqueta podía leerse, escrito a mano, «10-4-81». Una fecha que marcó un antes y un después en esta historia de amor.

La nueva vida de Diego y Boca

Las vidas de los dos protagonistas de esta historia cambiaron rápidamente a partir de febrero de 1981.

Para ese Boca, la llegada de Maradona fue el renacer de la esperanza de volver a ser campeón argentino. La última vez había sido con la recordada final ganada a River en el Nacional del 76. Era también una nueva colina ganada en la proyección internacional de Boca, que había comenzado con la famosa gira por Europa de 1925 y que tenía como logros más recientes las Libertadores y la Intercontinental de la era del Toto Lorenzo. El arribo de Pelusa fue noticia en todo el mundo y su apellido quedaría inseparablemente asociado a Boca. La unión también impactaría dentro de la Argentina, como vaticinó Marzolini luego de ganar el campeonato: «La compra de Maradona va a ser la hazaña máxima de estos dirigentes. El club ya tiene 20 mil socios más. Y lo más importante: por él, hay miles de pibes en todo el país que se hicieron fanáticos de Boca. El club ya se aseguró la hinchada del año 2000», predijo Silvio.

Para Diego, el impacto de jugar en Boca fue instantáneo. «Pasé de una vida a otra. Yo era famoso ya, pero nunca imaginé que ponerme la camiseta de Boca iba a significar para mí un cambio tan grande. Desde esa época es que yo no puedo ir a comer a un restaurante sin que se rompa algo, o se amontonen doscientas mil personas, o me pidan cuatro mil autógrafos», describió en su autobiografía.

Donde no hubo transformaciones fue en lo humano, según el testimonio de sus compañeros de Boca. Aquella joven superestrella

que era Diego se incorporó muy bien en un plantel con varios jugadores que ya eran glorias del club.

«Fue bien recibido por todos. Siempre fue muy querido en el fútbol. No era un chico de los que se esconden pero tampoco vanidoso. Era uno más, se integró rápidamente», recuerda Pancho Sá. «Era humilde, solidario con sus compañeros y motivador. Antes de cada partido recorría el micro, iba arengando a cada uno. Y apenas llegó nos dijo "vengo para ser campeón"», agrega Roberto Passucci.

Diego sí tuvo una diferencia con varios de sus compañeros, que hicieron pública, y en la que Marzolini terminó laudando a favor del 10. Esa diferencia no era personal, sino futbolística y se había convertido en un gran tema de conversación nacional.

«Todavía estoy de contramano en este equipo. Necesito un poco más de tiempo para adaptarme. En Argentinos Juniors, todos me daban la pelota, la tocaba más seguido. Ahora me siento perdido. Algunos compañeros hasta me la roban de los pies», sostuvo en una entrevista en las primeras fechas del torneo.

Algo muy similar le dijo, en la intimidad, a Roberto Mouzo.

> —Vos venís con la pelota, me mirás y se la das siempre a Miguel (por Brindisi). No lo puedo entender —se quejó ante el legendario defensor xeneize.
> —Pero no te la doy porque vos estás siempre con dos gorilas encima. Te quiero cuidar. Si te la doy y te la sacan, te expongo.
> —Estás equivocado, vos tirámela igual que yo me los saco de encima.

El diálogo, evocado por el propio Mouzo muchos años después, coincide con el relato de otros compañeros. El asunto se terminó de resolver en el entretiempo del encuentro que Boca le ganó 4 a 0 a San Lorenzo, en la segunda rueda del torneo. Diego le pidió a Marzolini tener una conversación a solas con sus compañeros, en la que quedó todo aclarado. «La orden de Silvio en la charla técnica fue que me den la pelota aunque me llegue cuadrada y con la marca encima», declaró Maradona tras ese partido.

La casa estaba en orden. Pero para llegar al ansiado campeonato, faltarían librar algunas batallas.

Camino al título

El sueño de Boca y de Maradona de dar juntos una vuelta olímpica avanzó a paso firme hasta la fecha 25, en un torneo Metropolitano de 34 jornadas. Sin embargo, los cuatro empates consecutivos que siguieron le permitieron al Ferro de Carlos Griguol igualar al Xeneize en la cima del campeonato.

El último de esos empates de Boca, contra Argentinos como visitante, marcó el inicio de una semana complicada, con episodios que quedarían en la historia. Maradona no jugó contra el Bicho, debido a una cláusula que le impedía enfrentar a su anterior club. Además, ese día, los hinchas se enojaron con Marzolini por disponer un esquema más defensivo que el habitual. El fin de semana siguiente, el rival sería Estudiantes en la Bombonera.

El martes *Clarín* comentó, casi al pasar, un hecho que sería la precuela de otro, de mucha mayor repercusión, que ocurriría cinco días más tarde: «Un grupo de simpatizantes intentó el domingo ingresar a los vestuarios para dialogar con Marzolini. Fueron convencidos por los dirigentes auriazules de desistir de su actitud. De todas formas, cuando se retiraban del estadio de Vélez, aseguraban que hoy, antes de iniciarse la práctica de Boca en La Candela, estarían presentes».

Boca entrenó a puertas cerradas y no recibió las visitas anunciadas. Sin embargo, distintos episodios fueron enrareciendo el clima. Marzolini dispuso el regreso de Gatti para el siguiente duelo, contra Estudiantes, quitándole el puesto a Carlos Rodríguez tras veinticinco fechas como titular. «Esto me duele mucho, me molesta porque pareciera que, de manera indirecta, se me hace responsable a mí por el bajón de Boca», declaró la Pantera, quien además decidió no ir al banco de suplentes.

Por su parte, Pernía faltó a los entrenamientos debido a un conflicto con la dirigencia por una deuda, lo que llevó al DT a marginarlo del equipo. Y para colmo, Brindisi no se recuperó de una lesión, por lo que Boca recibiría a Estudiantes sin su as de bastos. En definitiva, el equipo había pasado, en pocas semanas, de liderar el

campeonato con comodidad, a compartir la cima con Ferro y a tener complicaciones en su frente interno.

Y así fue como, a pocas horas del choque contra el Pincha, el caos y el orden se condensaron en el puño de acero del único jugador de Boca que no ingresa al campo de juego.

Esta es La 12, sí señores

El sábado 18 de julio, en la concentración del plantel en La Candela, el día comenzó de un modo inocente, cándido. Los integrantes de Los Parchís, el grupo musical infantil español, fueron de visita al predio. Conversaron con los jugadores y se fueron felices, especialmente, por haber conocido en persona al célebre Diego Maradona. Faltaban apenas 24 horas para el trascendental partido contra Estudiantes y la semana había sido difícil, pero reinaba la calma.

Nada hacía presagiar lo que vivirían en horas de la noche.

Terminada la cena, los jugadores se dedicaban a lo que más se acostumbra a hacer en las concentraciones: matar el tiempo. El Mono Perotti hablaba con su familia desde el teléfono de la cocina, sentado sobre la fría superficie de una mesada de mármol. A su lado, el mejor jugador del mundo esperaba su turno para llamar a su novia, Claudia. Ambos, despreocupados, no habían advertido que el resto del lugar ya había sido copado por algo muy parecido a un operativo comando.

De un tirón, uno de los (¿cuarenta? ¿cincuenta?) barrabravas que habían ingresado, arranca el cable del teléfono. «Me ordenaron que cortara, y como me negué, tiraron del cable», recuerda Perotti.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó Maradona.
—Con vos, nada.
—¡¿Cómo nada?! Acaban de romper el teléfono.
—Júntense todos que les queremos hablar.

Mientras eso ocurría, otro grupo de *hinchas caracterizados* ya se había encargado de cortar la luz en las habitaciones. Los jugadores se fueron acercando al salón principal, ante los llamados a los gritos. Mientras llegaban, José Barritta, alias el Abuelo, que justamente en esas semanas disputaba la conducción de la barra con Quique El Carnicero, sacó un arma, la apoyó sobre la mesa de ping pong, y tomó la palabra.

—Nosotros los alentamos en todos lados, nos jugamos todo, nos bancamos los palazos de la policía, y acá el equipo no funciona.
—Pero pará… —intentó intervenir el 10.
—Vos cállate, que con vos no es. Justamente, uno de los problemas es que no te pasan la pelota.

Perotti también intentó hablar, pero los referentes lo callaron para protegerlo. El enojo estaba enfocado en los más experimentados. Tanto Sá como el Ruso Ribolzi intentaron hablar para defender al grupo, pero fueron cortados en seco por los barras. A Sá le enrostraron un episodio de un partido del año anterior, en el que lo habían silbado y él había respondido festejando un gol agónico mostrándoles la camiseta. «Yo les dije un par de cosas que no les gustaron, pero ellos no querían dialogar», revela Pancho.

—No vinimos a conversar. Ganen mañana, porque si no, nos vamos a volver a ver, y no me hago responsable por lo que pueda pasar —cerró el Abuelo.

Mouzo alcanzó a decir algunas palabras. «Les dije que se quedaran tranquilos, que íbamos a salir campeones y que a Diego nadie lo tiraba al bombo, que era el mejor jugador del país. A mí me respetaban porque era el capitán. Ahí se quedaron un poco más tranquilos, pero Barritta seguía con eso de que había que ganar como sea, porque si no iban a volver», recordó el legendario defensor.

El hecho fue relatado con detalles por varios de los jugadores durante las décadas siguientes. Sin embargo, en aquel momento, tuvo escasa repercusión. Apenas *Diario Popular,* dos días después,

con la victoria contra Estudiantes ya consumada, y bajo el título «El cónclave surtió efecto», dio una versión *disneylandizada* del suceso:

> Se movilizaron las fuerzas vivas de Boca, y el sábado por la noche se reunieron con el plantel y el cuerpo técnico. Un grupo de cuarenta hinchas dialogaron con los miembros del equipo a los efectos de manifestarles su adhesión y su incondicional apoyo por la campaña que venían cumpliendo. No obstante, deslizaron que en la cancha había que poner «algo más» si se pretendía salir campeón. Los jugadores reconocieron que estuvieron bajos en sus últimas actuaciones y prometieron rendir a la altura de las circunstancias.

Al día siguiente, antes del partido, los titulares y los suplentes tenían preparados unos buzos amarillos, con una letra en azul asignada a cada jugador, y que juntos formaban la frase «Gracias Número 12». De hecho, Krasouski llegó a dar una entrevista luciendo el suyo —le había tocado la letra N—. Sin embargo, a último momento, se canceló la acción.

La situación vivida por los jugadores el sábado no había sido precisamente agradable. Y, como tantas veces en su vida y en su carrera, Maradona reaccionó ante las adversidades como Dios manda: gambeteando. Y eso fue lo que hizo ese domingo contra Estudiantes apenas sonó el silbato inicial, en la primera jugada. Los diarios y los relatos de testigos y compañeros de Diego no se ponen de acuerdo en si gambeteó a cuatro, a cinco o a seis rivales, antes de enfrentar al arquero Vidallé, picar la pelota y mirar cómo se iba a centímetros del palo.

En la siguiente acción, Gatti salió fuera del área a cortar un pase, pero quedó pagando. Y, si no fuera porque Mouzo la salvó en la línea, hubiera sido la chispa que le faltaba al incendio.

Afortunadamente para todos, el Loco, que había sido ovacionado en cuanto pisó el césped, tuvo su revancha. A los 38 minutos, volvió a salir del área para anticipar un pase a Patricio Hernández, luego esquivó en velocidad a Trama y, como si fuera una carrera de postas, le dejó la pelota a Perotti en la línea de mitad de campo, contra los palcos. El Mono empezó a correr, dejó a dos rivales en el camino, se metió en el área, y con un tiro cruzado puso el 1 a 0 para

Boca. Un gol creado por los dos jugadores que volvían a ser titulares ese día. Una victoria que traía alivio, aun cuando Ferro venció esa tarde a Racing y seguía compartiendo la punta con Boca, faltando cuatro fechas.

En la siguiente, en el Cementerio de los elefantes, Maradona volvió a aparecer en las difíciles.«El gol que más recuerdo de ese campeonato es el que hizo Escudero contra Colón, pero por la jugada de Diego —recordó Perotti décadas más tarde—. Le dan la pelota desde un lateral, le pegan una patada por la cintura, él cae, da una vuelta carnero, se levanta y tira un centro que lo deja solo al Pichi. Nunca entendí cómo un cristiano normal, con dos piernas, después de esa tremenda patada, se levanta y tira un centro mejor que cualquier wing de la época».

En Caballito, Ferro había empatado con Talleres y quedaba un punto por debajo de Boca, justamente a una semana de verse las caras en la Bombonera. Se venía una virtual final, a todo o nada.

Un manto sagrado y mágico

Ferro Carril Oeste cumplía esa semana 77 años de vida. Nunca había salido campeón, y su plantel estaba frente a la gran oportunidad de entrar en la historia grande del club. Si ganaban el partido contra Boca, y los dos restantes, darían la primera vuelta olímpica.

Aun así, uno de sus jugadores titulares durmió, durante la semana previa, y los meses previos, cada noche, con una camiseta de Boca con el 10 de Maradona en la espalda. Así de grande era ya el *Dieguito bostero* de apenas 20 años.

Julio César Jiménez, de él se trata, era un delantero uruguayo seis años más grande que Pelusa, que había llegado a Ferro en ese verano del 81. En la primera rueda, logró cambiar la camiseta con el Pibe de Oro. Y, una vez que hubo visto a Maradona, enamorado quedó: «Junto con Graciela Alfano, es lo más grande que tiene Argentina. Es único en el mundo. Yo lo admiro mucho. Es más, para dormir, de noche, me pongo la camiseta de él, para ver si me

contagio… Quizás, de tanto usarla, se me pega algo de él» confesó pasados pocos días del encuentro.

No fue la única camiseta de Boca de Maradona que fue noticia en la previa de ese duelo decisivo ante Ferro. Edson Arantes do Nascimento posó esa semana con una camiseta de Boca que le envió Diego. «Pelé nos atendió en su bello departamento del East Side en Nueva York. Una sonrisa de sincera alegría le brotó apenas supo que Maradona, personalmente, le había entregado a *El Gráfico* su camiseta para que posara con ella», describió el artículo de esa revista.

En aquellos tiempos, aún había buena relación entre el mejor jugador de la historia y Pelé. Diego varias veces había declarado su admiración, al igual que esta vez, cuando le preguntaron qué sintió cuando vio las fotos y leyó sus declaraciones: «Es un orgullo. Leí lo que dijo de la hinchada de Boca, y es totalmente cierto. Entrar a la Bombonera cuando está repleta produce algo distinto. Sentís que podés gambetearte a los once contrarios y hacer el gol».

Boca tenía que ganar la cuasifinal contra Ferro que se venía. Y el Olimpo del fútbol estaba de su lado.

* * *

Fue una de esas tardes en las que La Bombonera, más que llena, desbordaba largamente su capacidad. Las entradas habían volado en cuanto se habían puesto a la venta. Las imágenes que se conservan muestran a las populares abarrotadas y a todo el estadio sin un solo centímetro libre, incluido el sector al que se le decía «la jaula», ubicado a los costados de los bancos de suplentes y alambrado de piso a techo.

Aquel Ferro de Carlos Griguol se destacaba por su buen funcionamiento colectivo, sin grandes estrellas en su plantel. En el primer tiempo, los verdes contaron con las chances más claras, pero ambos se fueron al descanso con las manos vacías de goles. La segunda mitad mantuvo la tensión, y un ida y vuelta en el que los de Caballito siempre parecían estar más cerca.

Jiménez, el que dormía con la camiseta azul y oro de Maradona, venía siendo el mejor de Ferro. Aun así, a los 25 minutos del segundo tiempo, Griguol, decidió sustituirlo por no cumplir las órdenes que le había dado. El uruguayo se retiró haciendo gestos que insinuaban que el DT estaba loco, mientras era reemplazado por un joven Alberto Márcico. «De tanto usar la camiseta de Maradona para dormir, quizás se me pegue algo de él», había dicho Jiménez, y en la Bombonera mostró talento y rebeldía. ¿Casualidad?

Parecía que el encuentro terminaría sin festejos. Hasta que Maradona y la hinchada de Boca decidieron, cada uno a su manera, desafiar las leyes de la física.

Primero fue el turno de Diego. Recibió el balón en mitad de cancha sobre la izquierda, superó a Arregui y, lanzado en una carrera en diagonal hacia la derecha, hizo girar su pie zurdo sobre su propio eje y metió un magistral pase largo para Perotti. Un movimiento de tobillo que mandaría a cualquier ser humano normal a una guardia traumatológica. Pero que, en su caso, fue un pase de magia que valió un campeonato. «Estaba corriendo para un lado y le pegó de cachetada para el otro, desde una posición que los demás mortales no podemos comprender cómo lo puede hacer. Aún hoy no entiendo cómo hizo», se sigue asombrando Perotti.

Diego, por su parte, siempre que recordó esa jugada, resaltó su similitud con el pase que le dio a Burruchaga en el tercer gol contra Alemania en la final del 86. Hasta el color de la camiseta rival coincidía. Perotti recibió ese pase en profundidad, esquivó una terrible patada de Gómez, y definió con un tiro cruzado, ante la desesperada salida de Barisio.

Lo que vino de inmediato fue el segundo desafío a las leyes de la física de aquella tarde. En este caso, de los hinchas de Boca que ocupaban la popular baja del arco que da a Casa Amarilla.

¿Cómo puede producirse una avalancha en un lugar donde no cabe un alma? ¿Cómo pudieron moverse en simultáneo esos siete mil cuerpos, si la superficie de las suelas de sus zapatos era igual a la del cemento de la tribuna? ¿Hacia qué espacio vacío se desplazaron?

Caos y éxtasis. Desahogo y locura. Grito y sofoco. Un infierno encantador, el pogo más grande del mundo. Todo eso se desató en la bandeja Socios Norte baja. Hasta los trece paravalanchas de acero habrán levantado sus brazos gritando el gol, porque nada hicieron para evitar ese efecto dominó humano.

Perotti arranca a festejar hacia el codo que une tribunas y plateas, ajeno al descontrolado festejo que deja a sus espaldas: «Yo salí corriendo con el mismo impulso que traía del gol y no me di cuenta de la avalancha, recién tomé noción cuando lo vi por televisión. Y no volví a ver algo así en esa cancha».

Mientras el Mono *c*elebra frente a los hinchas, tirándoles besos, Brindisi lo toma de la cabeza, lo tira hacia atrás y le habla al oído. «Lo agarré del pelo y lo traje, porque pensé que, si seguíamos ahí, podía haber una desgracia. No me lo voy a olvidar nunca más en mi vida, pensé que podía ser una tragedia. La cancha se venía encima», recordó Brindisi. «Te juro que cuando Perotti hizo el gol, el piso de la cancha temblaba. Tuve miedo y alegría a la vez. Fue algo que jamás había visto, y eso que hace muchos años que estoy aquí», contó José María Suárez apenas finalizado el encuentro.

Cacho Saccardi se encontraba en el vestuario visitante, ubicado justo debajo de esa tribuna. Había salido de la cancha con la cabeza ensangrentada por un choque con Ruggeri, y contó cómo vivió el momento de la avalancha, sumergido en la plataforma continental de la pasión bostera. «Yo estaba acá cuando se produjo el gol, parecía que esto se venía abajo. ¡Cómo gritaron!», declaró antes de irse del estadio, aún sin haber visto por televisión las imágenes del alud humano.

La victoria, que dejaba a Boca y a Maradona golpeando las puertas del Cielo, fue cubierta por cerca de doscientos periodistas, de setenta medios de distintas partes del mundo. Incluso Frank Sinatra, quien aterrizó en Buenos Aires con el partido apenas terminado, lo vio por la noche en su suite del piso 23 del hotel Sheraton. «Quiero ver a Maradona», pidió, según testigos.

Boca le sacaba tres puntos de ventaja a Ferro, faltando solo dos fechas. En la siguiente, Central esperaba en Rosario, y el cierre sería en La Boca contra Racing. El título parecía estar a solo un trámite de

distancia, pero aún faltaba sufrir un poco más. Después de todo, esto es Boca.

Errare maradonum est

> Quisiera hundirme en la tierra. Nunca me pasó nada igual. Es el día más triste de mi vida, soy el responsable de que no hayamos podido ganar el campeonato. Tengo ganas de llorar, de pegarle trompadas a la pared. Disculpame, no quiero hablar.

Diego Maradona era el mejor jugador del mundo, había llevado a Boca a las puertas de un campeonato que lo gambeteaba desde hacía cinco años y, aun así, se encerró una hora en el baño del vestuario para llorar en soledad. No podía perdonarse haber errado un penal que le hubiera permitido a Boca coronarse esa tarde contra Central en Arroyito.

Cuando salió, se refugió en su familia y emprendió con ellos el regreso a Buenos Aires en una combi, sin siquiera mirar por la ventana. La imagen de la caravana de hinchas de Boca que volvían a casa con las manos vacías lo mortificaba. Tan al borde tenía sus emociones, que antes de salir de Rosario se bajó a pelear con dos personas que lo reconocieron y lo insultaron en un semáforo. Los policías que intervinieron estuvieron a punto de llevar a Diego a declarar a la comisaría.

Rosario Central, que era el campeón argentino vigente por haber ganado el Nacional en diciembre del año anterior, estaba lejos de su mejor nivel. Sin embargo, sorprendió a Boca con un gol a los diez minutos del segundo tiempo. Mientras tanto, Ferro le ganaba 3 a 0 a Huracán, por lo que la diferencia volvía a ser de apenas un punto.

La chance del penal para Boca llegó a los 32 minutos del segundo tiempo, tras una falta a Perotti dentro del área. Con el empate, Boca sería campeón. Maradona, el especialista, el infalible, el que ya había pateado siete penales durante ese torneo sin errar ninguno, esta vez vio que el travesaño le devolvía la pelota por sobre su cabeza. «Defraudé a todos los chicos que creían que era

imposible que yo fallara un penal. Cuando volvíamos por la ruta y vi las lágrimas de mi mamá, de mi hermano el Turquito, y de Claudia, se me vino el alma abajo».

La única buena noticia vino desde Caballito, porque Huracán remontó la goleada parcial, y terminó empatándole 3 a 3 a Ferro. El título, que había estado a doce pasos, ahora estaba a seis días de distancia.

Coronados de gloria vivamos

Faltaban minutos para que el equipo saliera a la cancha a jugarse la vida y ganarse la eternidad contra Racing. En el vestuario, Marzolini escribe diez nombres en la pizarra y comienza la charla técnica.

> —Disculpe, Silvio. Le faltó anotar un jugador. Falta Passucci —lo interrumpe Maradona.
> —No, vamos a jugar con estos diez —respondió Marzolini ante la sorpresa de todos—. Yo hoy no quiero que juegue Carrasco en Racing. Así que vos, Roberto, tampoco vas a jugar. Tu tarea es anularlo.
> —¡Ah, perfecto! ¡Sacrificamos al peón pero matamos al rey! —respondió Passucci riéndose.

Mientras la broma del Tano distendía los ánimos en el vestuario, afuera, la Bombonera explotaba. El partido comenzaba a las 15:30, pero las populares estaban repletas desde el mediodía. Y el consultorio médico del club ya había atendido a varias de las más de 200 personas que necesitaron auxilio por desmayos, golpes y deshidratación, en un día caluroso de invierno. «*Si se va Maradona / se van a la B / Para nunca más volver*», cantaban los mil hinchas de Racing presentes, que descenderían dos años más tarde.

Comenzado el encuentro, el soldado Passucci se tomó muy en serio la misión asignada por el General Marzolini de anular a Carrasco. «Le hice un hombre a hombre tremendo. Él tenía el pelo largo y le empecé a soplar en la nuca y se le abría. Le molestó tanto que me tiró un codazo y lo echaron», recuerda el gran Roberto.

Iban apenas veinte minutos, pero la tarjeta roja a Carrasco era ya la cuarta expulsión de la tarde. Con nueve jugadores de cada lado y su misión cumplida, Passucci se acercó al banco y encaró a Marzolini.

—¿Y ahora qué hago, Silvio? ¿Puedo jugar?
—Movete por la derecha, Roberto.

Y así nació la jugada que derivó en el gol de Boca. Cuando el primer tiempo se acercaba a su fin, el ya liberado Passucci, en posición de ocho, metió un cambio de frente que le llegó a Brindisi en la puerta del área. Miguel levantó la cabeza y, con un sutil pase, dejó a Maradona mano a mano con Vivalda. El arquero lo derribó, y le dio la chance de rehacerse del penal errado en Rosario una semana antes.

«*Maradoooo Maradooooo*». Grito de guerra, catarsis coral, voz de aliento de una hinchada que le decía que aquí no ha pasado nada. Que, aunque errar es humano, a él también le estaba permitido. La Bombonera lo alentó mientras acomodaba la pelota. Esta vez, Diego le pegó a lo Maradona: suave, a colocar, al palo opuesto al elegido por el particular damnificado.

Boca mantuvo esa mínima ventaja casi hasta el final del encuentro. A los 43 minutos del complemento, un cabezazo de Roldán pone el 1 a 1. A los 44 minutos, Passucci es expulsado por una falta fuerte (rarísimo en él…). Faltaba un minuto, más lo que descontara el árbitro. En Vicente López, Ferro goleaba a Platense, con lo cual, si Racing convertía un gol más, el campeonato se definiría en un desempate entre Boca y los de Caballito.

A los 47:20, los corazones se detienen. José Orlando Berta, que había jugado en Boca pero ahora vestía la camiseta de Racing, recibe la pelota, apunta al arco y dispara. La mitad más uno del país contiene la respiración. El remate sale desviado. Sería la última acción del campeonato. Pasados unos segundos, el silbato de Abel Gnecco le puso fin al partido y principio a la Historia.

La fiesta

Aquella ceremonia de febrero, sellada con firmas en un sobrio papel contractual, tuvo su gran celebración en el campo de juego en este inolvidable 15 de agosto de 1981, apenas sonó el pitazo final.

La Bombonera se convirtió en el salón de la fiesta. Doña Tota, la Raulito, don Diego, los Bomberos Voluntarios de La Boca, Pedrín el fainero, los familiares de sangre y los hermanos de la vida; Villa Fiorito y La Boca; todos cantaron, bailaron, se abrazaron y rieron, en la cancha y en las calles.

El primer invitado en entrar al campo de juego fue Huguito Maradona, el hermano menor del 10. Había vivido el tramo final del partido sentado en el borde del túnel. Y, con la energía propia de sus doce años, fue el primero en salir corriendo para abrazar a Pelusa apenas sonó el silbato. «Se me acercó abriéndose paso a los empujones entre la gente para abrazarme y llorar. Nunca lo había visto así. Le dedico el campeonato a él y a mi mamá, ellos dos sufrieron mucho y se merecen esto. Y, por supuesto, a la hinchada de Boca, la más grande del mundo», declaró Diego.

Detrás de los hermanos Maradona, quien esperaba para dar su «abrazo del alma» era Víctor Dell" Aquila, un hincha que había sufrido la amputación de sus brazos de niño, y que se hizo conocido por una célebre foto tomada por Ricardo Alfieri apenas terminó la final del Mundial 78.

El cotillón le puso color a la celebración con las sombrillas, los bombos, y un enorme barrilete —terrenal, no cósmico— que carreteó por toda la cancha intentando remontar. En mitad de cancha, sobre el costado de los palcos, Maradona fue alzado por dos personas que lo trasladaron hasta la cabecera que da a Casa Amarilla. Uno de ellos era un ignoto hincha, llamado Jorge Paredi. Sin saber que sus vidas se cruzarían, Víctor Hugo Morales narraba la escena desde la cabina de radio El Mundo, cerrando su primera temporada como relator en Argentina. Treinta años más tarde, el 30

de octubre de 2021, Paredi, como intendente de Mar Chiquita, y Víctor Hugo, como invitado de honor, inaugurarían juntos el monumento a Maradona más grande del mundo. Una estructura de hierro y hormigón de 13 metros de altura, ubicado en el parque municipal El Diego de Santa Clara del Mar.

Por primera vez, Quique Ocampo tuvo la entrada prohibida a la Bombonera. Ese día se cristalizó el cambio de mando en La 12 en favor del sector liderado por José Barritta. Hubo cantitos y reparto de volantes contra el Carnicero. Pero, fuera de eso, todo transcurrió en paz.

Gatti y Rodríguez se fundieron en un interminable abrazo en cuanto terminó el partido. «El campeonato es tuyo», le susurró al oído el Loco a la Pantera. Las fuerzas del orden les impidieron acceder al campo de juego a decenas de hinchas, que tuvieron que quedarse en el foso.

Maradona no terminó la fiesta vestido con la ropa con la que ingresó. Finalizado el encuentro, cambió su camiseta con Berta, quien días más tarde fue fotografiado luciéndola.

En el vestuario, Diego atendió a la prensa sumergido en una gran bañadera. «¿No me van a electrocutar con los cables dentro del agua, ¿no? A ver si me muero justo hoy». A la hora de sentarse a cenar, el plantel celebró en Castello Vecchio, una cantina de La Boca, ubicada en Pedro de Mendoza y Necochea. Cantó Violeta Rivas, tomaron la palabra Marzolini y Mouzo y, ya entrada la madrugada, Maradona siguió celebrando en la mítica Cantina de David, de Córdoba y Jorge Newbery.

Maradona y Boca, por el mundo

En los seis meses siguientes a obtener el campeonato, el equipo encaró diversas giras alrededor del planeta, intercaladas con los partidos por el torneo Nacional que se disputaba en la segunda parte de ese 1981.

En Argentina, el dólar había comenzado el año cotizando a unos dos mil pesos y, luego de sucesivas devaluaciones y un desdoblamiento cambiario, llegaría a diciembre con la divisa financiera superando los doce mil. La crisis pegaba fuerte en el fútbol argentino, en el que varios clubes tenían fijados contratos en dólares con sus jugadores. El de Boca y Maradona no era la excepción.

Más allá de esas motivaciones de origen, los viajes sirvieron para comprobar y potenciar la fama y el reconocimiento internacional que, tanto el club como su figura, habían alcanzado.

En lo deportivo, esos largos periplos fueron una máquina trituradora de piernas, y Diego estaba obligado por contrato a disputar todos los partidos completos. Vuelos interminables, múltiples conferencias de prensa, asedio constante de fans y de periodistas… Todos estos ingredientes terminaron por dinamitar el rendimiento del equipo, que pagó los platos rotos de las giras.

La balada de Diego y Boca

En 1969, los Beatles editaron «La balada de John y Yoko», una canción compuesta por Lennon, que narra las aventuras y desventuras de su luna de miel. Relata un itinerario accidentado, choques con la prensa y profundas reflexiones existenciales. La canción fue prohibida en distintas radios de Gran Bretaña y Estados Unidos, debido a sus referencias a Cristo y a la crucifixión. Sin embargo, ninguna censura logró frenar su éxito.

Lennon la definió como «una mezcla entre un artículo periodístico y una canción folk». Aquí su letra se entrelaza, en un juego de coincidencias, con los apuntes de viaje de esta otra luna de miel, en esta *Balada de Diego y Boca.*

Standing in the dock at Southampton Trying to get to Holland	Parado en el muelle de Southampton Tratando de llegar a Holanda

or France The man in the mac said, «You've got to go back» You know, they didn't even give us a chance.	o a Francia El hombre con impermeable dijo, «Se tienen que volver» Ni siquiera nos dieron una oportunidad.

Así como a Lennon no le permitieron viajar de Southampton a Holanda por no tener la documentación requerida, a nuestro artista también deberían haberle prohibido la entrada a Milán. Pero, en el aeropuerto, volvió a quedar demostrada la importancia de llamarse Maradona.

Mientras toda la delegación presentaba sus pasaportes, Diego se dio cuenta de que había perdido el suyo. Quien salió en su auxilio fue Gaetano Morazzoni, presidente del Milan y parlamentario italiano, quien consiguió que rápidamente le hicieran un documento provisorio, válido hasta que el consulado gestionara un duplicado del pasaporte.

Los diarios locales anunciaban con entusiasmo el arribo de «Boca y Maradona», de «El rey y su equipo». El Milan, que contaba con Baresi y Tasotti en la defensa, se puso en ventaja a los 21 minutos. Antes de que terminara el primer tiempo, Maradona empató con un soberbio tiro libre, y le dio el primer aviso al norte de Italia de que el sur también existía. Ya en el segundo tiempo, Brindisi selló una memorable victoria en el estadio Giuseppe Meazza, una de las grandes catedrales del fútbol.

Finally, made the plane into Paris. Honeymooning down by the Seine	Finalmente tomamos el avión a París. Luna de miel a orillas del Sena.

París fue una fiesta, dentro y fuera de la cancha. El amistoso fue promocionado como «El primer tango de Maradona en París» y como la llegada de «El príncipe en el Parque de los Príncipes», ya

que era la primera vez que Diego visitaba Francia. Tuvo una buena actuación y metió el último gol de la victoria final por 3 a 1 ante PSG.

El puntapié inicial estuvo a cargo del cantante Jairo, quien invitó a Astor Piazzolla a compartir la experiencia con él. El genial bandoneonista no era futbolero, pero se sintió atraído por el fenómeno Maradona. «Estábamos lo más tranquilos cuando, de pronto, Diego hizo uno de esos movimientos elegantes, plásticos, increíbles. Astor se paró y se puso a gritar como loco: "¡Sos Nijinsky! ¡Sos Nijinsky!"», recordó Jairo.

A la medianoche, Diego y el plantel fueron al Lido de París, tradicional cabaret, al que solo se podía acceder vistiendo corbata… o sin ella, pero portando el apellido Maradona.

Peter Brown called to say, «You can make it okay You can get married in Gibraltar, near Spain».	Peter Brown llamó y nos dijo, «Pueden hacerlo bien Pueden casarse en Gibraltar, cerca de España».

En el primer viaje al exterior, Maradona se unió a la delegación en Zaragoza, España, ya que venía de jugar con la Selección ante Barcelona y Fiorentina. Todo el equipo sintió el cansancio y fue superado claramente por el local en el estadio La Romareda. Valdano selló el 2-0 final y, tras la victoria, se permitió hacer una de más: «Hoy Zaragoza jugó apenas la mitad de lo que normalmente juega», dijo, sugiriendo que nos habían hecho precio…

Drove from Paris to the Amsterdam Hilton Talking in our beds for a week The news people said, «Say what you doing in bed?» I said, «We're only trying to	Manejamos desde París hasta el Ámsterdam Hilton Hablamos en la cama por una semana Los periodistas dijeron, «¿Qué están haciendo en la cama?»

get us some peace».

Les dije, «Solo buscamos un poco de paz».

Pasar una semana en cama hubiera sido el gran sueño de todo el plantel, especialmente durante el agotador tour de enero del 82. La seguidilla de partidos y viajes que enfrentaron sería hoy inconcebible en cualquier equipo profesional del mundo.

El colmo se dio en el tramo final, con cuatro partidos en seis días disputados en Tokio, Ciudad de México, Guatemala y Mar del Plata. Maradona, por supuesto, jugó todos los encuentros completos. Durante la gira, necesitó ser infiltrado varias veces y, entre otros esfuerzos, debió realizar gran parte del viaje de veinte horas entre Los Ángeles y Hong Kong con hielo en la rodilla.

Saving up your money for
a rainy day
Giving all your clothes
to charity.

Ahorrando dinero para
un mal día
Donando toda tu ropa
por caridad.

En este *magical mistery tour,* Boca cobraba entre 90 y 120 mil dólares por amistoso. Cada jugador percibía entre mil y dos mil dólares por encuentro, más 30 dólares diarios de viáticos, con la excepción de Diego, que rondaba los dieciocho mil de cachet.

El club había entrado en una situación económica muy preocupante. Llegó a deber tres meses de sueldos y premios al plantel. El Banco Central le cerró las cuentas bancarias por librar cheques sin fondos, hubo pedidos de intervención, e innumerables peleas y renuncias dirigenciales. Fue el preludio a la gran crisis de los años posteriores. Tal era la necesidad de generar recursos que, en Hong Kong, aun cuando Boca ganó por 2 a 0 contra el Seiko, el club aceptó realizar una competencia de diez penales por equipo. Si ganaba, Boca obtenía cinco mil dólares extra, de los cuales 2.500 se dividirían entre todos los jugadores. La Pantera Rodríguez atajó cuatro, el equipo ganó 7 a 5, y todos terminaron contentos.

Varias anécdotas reflejan la característica generosidad de Maradona con sus compañeros. A Ruggeri lo sorprendió en una escala en Dakar regalándole el reloj que más le había gustado en el *free shop.* A Passucci le ofreció el dinero que le faltaba para terminar su casa, algo que Roberto no aceptó, pero siempre recordó y valoró. Y, más allá de su situación personal, sus reclamos a los dirigentes por los pagos atrasados siempre incluían a los de sus *coequipers.*

Last night the wife said,
«Poor boy, when you're dead
you don't take nothing with you
but your soul»
Think!

Anoche la esposa dijo,
«Pobre muchacho,
cuando morís no te llevás nada
más que tu alma»
¡Pensá!

Esos viajes, tan agitados como interminables, llenos de muestras de amor, de asedio y de cansancio, también le dieron a Diego tiempo para reflexionar. En diversas charlas y entrevistas, algunas en pleno vuelo, expresó la necesidad de encontrar algo de calma en su agitada vida.

«Cuando viajamos a Costa de Marfil me senté con él en el avión —recuerda Passucci—. Cuando apagaron las luces y ya todos dormían, me dice: "Che Passu, no puedo dormir. La verdad, estoy sufriendo mucho". Y me cuenta que le estaba haciendo daño tanta fama, que había perdido la privacidad, que no podía ir al cine ni a comer con la familia».

«Quiero subir a un colectivo y andar sin apuro. Como cuando iba en el 49 desde Nueva Pompeya hasta Las Malvinas. No me importaría vender el BMW o el Mercedes para comprar un 125… Te juro: cambio todo, la fama, los autos, todo por la tranquilidad», le confió a Guillermo Blanco, periodista de *El Gráfico,* mientras el avión sobrevolaba el continente africano.

Los viajes muchas veces lo ponían sensible. «En una sobremesa en Japón, mi hermano empezó a recitar versos de Héctor Gagliardi, poeta y letrista de tango. Diego se emocionó, empezó a moquear. A

la noche se lo volvió a cruzar a mi hermano y le preguntó si recordaba otros versos para recitarle», recuerda Pablo Abbatángelo.

The newspaper said, «She's gone to his head They look just like two gurus in drag.	El diario dijo, «Ella se le subió a la cabeza Parecen dos gurús travestidos».

«Como si fuera Zulma Faiad o Thelma Tixou, llegó el fenómeno de las canchas, Diego Armando Maradona, que con sus aires de vedette pretendió apantallar a todos». Con frases como esas recibió una parte de la prensa a Maradona en México. El desencadenante principal fue un incidente ocurrido en el aeropuerto: algunos periodistas habían logrado burlar al personal de seguridad y se colaron en el avión, cuando el plantel de Boca aún se encontraba en sus asientos. Maradona se negó a realizar declaraciones en esas circunstancias, lo cual no cayó bien entre los cronistas.

Donde sí habló fue en la cancha. Tras dar el puntapié inicial junto a Verónica Castro —que lucía una camiseta de Boca— Diego abrió el marcador de la victoria 2 a 1 frente al América.

Christ, you know it ain't easy You know how hard it can be.	Cristo, sabés que no es fácil Sabés qué difícil que puede ser.

«Diego es asediado de día y de noche, a la hora del almuerzo, la merienda o la cena. Está en boca de todos. Aparece por la radio, en la televisión, en los diarios. Repiten su nombre los taxistas, el conserje del hotel, los empleados bancarios. Todo el mundo habla de él. Y todo el mundo lo acosa», describió el enviado del diario *Crónica* a Zaragoza.

En Tokio vio su cara empapelando la ciudad y los niños le pedían rulos de su cabellera.

Agotó entradas en Hong Kong con diez días de anticipación.

En Los Ángeles, se encontró con que aparecía en la revista *People,* que lo mencionaba como «el próximo Pelé».

En Costa de Marfil, la policía no pudo impedir que unas cinco mil personas saltaran los cercos del aeropuerto y llegaran hasta las escaleras del avión, al grito de «Dié-gó, Dié-gó».

Después de su paso por Río, la camiseta de Boca se puso de moda en la ciudad, y los fabricantes debieron triplicar la producción.

The way things are going	Así como van las cosas
They're gonna crucify me.	Ellos me van a crucificar.

En aquellas giras, no solo los hinchas de fútbol buscaban acercarse a Diego. La política también le extendía su brazo.

En Guatemala, fue recibido por el general Fernando Romeo Lucas García, que había ganado la presidencia tres años antes en medio de denuncias de fraude. Antes del partido, los organizadores recibieron amenazas que anunciaban la detonación de bombas en el estadio Mateo Flores.

En Malasia, el sultán Ahmad Shah, que era fanático del fútbol y presidía la federación local, bajó ceremoniosamente desde su palco al campo de juego del estadio Merdeka, con los jugadores de Boca y del Selangor esperándolo, formados al pie de la escalera.

—*Are you Maradona?*
—Sí.
—*Do you speak English?*
—No.

Aunque ese diálogo con Maradona fue breve, el sultán consiguió el apretón de manos con el jugador que tanto admiraba y la foto que tanto le servía.

En Costa de Marfil, luego de la visita del equipo, el embajador argentino, Ricardo Pillado Salas, elevó una nota formal al Ministro de Relaciones Exteriores de la dictadura, Oscar Camilión, en la que se

quejaba por la mala predisposición de Maradona ante sus requerimientos.

Al mismo tiempo, destacaba que a pesar de que el viaje de Boca había sido organizado por el club Stade d'Abidjan, él había aprovechado políticamente la ocasión, en un evento al que asistió el plantel: «Más de trescientas personas tuvieron la oportunidad de apreciar la calidad de nuestras carnes y vinos […] permitiéndome acceder a los medios de difusión y presentar la real imagen del país, contrarrestando la campaña de difamación que se ha adoptado en ciertos sectores de la prensa europea», escribió en un documento privado, que luego se filtró a la prensa.

En ese viaje, Maradona, con casi 21 años de edad, anunció que quería dejar el fútbol. De regreso a Buenos Aires, ratificó su decisión: «Estoy cansado, quiero largar. Tengo menos paciencia, estoy más nervioso, pierdo la alegría. Quisiera que se deje de hablar tanto de Maradona. Por el momento pienso en cumplir el contrato con Boca y después dejo».

Afortunadamente, con el correr de los días cambiaría de opinión. Pero, parafraseando a Lennon, Maradona comenzaba a ser «más popular que Jesús». Y esa balada también le traía melodías tristes.

Boca (y Diego) contra todos

Los últimos meses de Diego en Boca fueron, por decirlo de alguna manera, agitados. No hubo peleas maritales, faltaba más. De hecho, el amor entre el pueblo xeneize y su ídolo no dejó de crecer. Pero, alrededor de esa pareja feliz, se desataron múltiples batallas y contratiempos, tales como:

Altercados entre los dirigentes de Argentinos y de Boca por el pase del 10.

Una disputa de Maradona con Menotti, que lo marginó de la Selección, y en la cual todo Boca se puso del lado de su ídolo.

La eliminación temprana de Boca, en cuartos de final del Nacional 81, en medio de un escándalo que llegó a la comisaría 24.

Peleas de Diego con árbitros y jugadores rivales que derivaron, por ejemplo, en que se fuera expulsado en el último partido oficial que jugaría en Boca hasta su regreso, catorce años después.

El torneo Nacional 1981, disputado entre septiembre y diciembre, tuvo un formato muy distinto al del Metropolitano. Participaron 28 equipos, divididos en cuatro zonas de siete clubes cada una. Los dos primeros de cada zona avanzaban a los cuartos de final. Toda la fase de eliminación directa, desde cuartos hasta la final, se jugaba en series de ida y vuelta. La principal novedad en el plantel xeneize fue el regreso de Ricardo Gareca, tras jugar seis meses a préstamo en Sarmiento de Junín. En ese Nacional, se destacó como segundo goleador xeneize con 8 tantos, detrás de Maradona, que convirtió 11.

Para Boca, el torneo fue accidentado por donde se lo mire. Y no solo por los viajes que se intercalaron en el primer mes de competencia.

Empezó el torneo con el pie derecho, ganándole a Unión en la Bombonera. Pero siguió con el pie izquierdo o, en realidad, sin su gran pie izquierdo. Maradona había viajado con su papá a Las Vegas, desde Río de Janeiro, luego del amistoso con Flamengo. El motivo era presenciar una gran pelea entre Ray Sugar Leonard y Tommy Hearns. Por esa razón, no jugó la segunda fecha contra Atlético en Tucumán, que nos ganó por 1 a 0.

La fecha siguiente era la «interzonal», en la que River visitaría la Bombonera.

* * *

—Diego, ¿vos fuiste al vestuario del árbitro Ithurralde a llevarle una camiseta de River después del partido?

Habían pasado varias horas desde la derrota por 3 a 2 en el superclásico, en la soleada mañana del domingo 27 de septiembre. Maradona intentaba sacudirse la bronca en su quinta de Moreno, con su familia y amigos. Pero la pregunta de Pablo Llonto, para el diario *Clarín,* le volvió a acelerar las pulsaciones.

—No, a darle una camiseta no. Iba decidido a decirle un montón de cosas. Estaba muy loco, pero lo pensé y bien, y Silvio me ayudó a calmarme.
—¿Pensás que toda la culpa de la derrota la tiene Ithurralde?
—Si hubiera dirigido con justicia, ganaba Boca.

Diego había abierto el marcador con uno de sus mejores goles xeneizes. Un tiro desde fuera del área, casi pegado al lateral que da a los palcos, sorprendiendo a Fillol y a todo el que estuviera viendo el partido. River lo dio vuelta. Gareca puso el 2-3. Sobre el final, Gallego derribó al 10 de Boca dentro del área, pero el árbitro no sancionó penal. Ithurralde tuvo que salir del estadio en un patrullero que lo fue a buscar hasta la puerta de salida del árbitro.

«No me caben dudas de que hay una campaña para perjudicar a Boca, lo sentimos dentro y fuera de la cancha. En los últimos partidos nos están tirando a matar. Se preocupan solamente por Boca, porque salió campeón, porque tiene a Maradona y por todo lo que significa el club», declaró Diego días más tarde.

El miércoles, nuevamente en la Bombonera, Boca cayó ante Instituto. Encadenaba ya tres derrotas consecutivas, pero faltaba algo peor. Apenas dos días más tarde, se le detectó una afección cardíaca a Marzolini, que debió ser operado y guardar dos meses de reposo. Asumió la conducción su ayudante, Horacio Bongiovanni.

El equipo enderezó el rumbo en los siguientes partidos, pero Diego fue noticia por un entredicho con Menotti, en el que el *mundo Boca* fue el único que se puso de su lado.

Ocurrió al regreso de la gira por Costa de Marfil en la que tuvo ganas de dejar el fútbol. Le pidió al DT de la Selección no participar de la concentración para los amistosos que se avecinaban, pero Menotti no se lo permitió y lo marginó del plantel.

Los medios criticaron a Maradona, y publicaron encuestas en las que los hinchas de la Selección no lo apoyaban. Y los jugadores de la albiceleste respaldaron al entrenador. «Menotti planteó las reglas de juego hace seis años y siempre fueron respetadas, así que no se pueden hacer concesiones», argumentó el Tolo Gallego. «Diego es un jugador importantísimo, pero no nos olvidemos de que el Mundial 78 pudimos ganarlo sin él», recordó Héctor «Chocolate» Baley.

En cambio, donde sí encontró apoyo fue en Boca. Con su gran mano tendida, el Loco Gatti pidió comprensión: «Hay que entenderlo. Es muy peligroso estar asediado por todo el mundo cuando solo se tienen 20 años». Mouzo también salió a defenderlo: «Lo comprendo porque soy amigo de él y la vida que hace es terrible. Nunca está con su familia». Y, como no podía ser de otra manera, encontró una voz de aliento en ese sagrado lugar en el que las cuerdas vocales hacen latir la tierra.

Ahí está / Ahí lo ve / Para Menotti que lo mira por TV.

La Bombonera vibró con ese canto de guerra, en defensa de su ídolo. Boca empezó perdiendo contra Atlético de Tucumán, lo empató con un gol de cabeza suyo, y lo dio vuelta con un zurdazo de Gareca. «Le agradezco a toda la hinchada de Boca por el apoyo que me brindó» se despidió Maradona.

Al final, Diego se reconcilió con Menotti y con la Selección. La pipa de la paz se fumó justo a tiempo. El domingo siguiente, Boca y Maradona se enfrentarían a River, que contaba con varios referentes del equipo nacional, como Kempes, Passarella, Gallego, Fillol y Tarantini. El partido se disputaría en el Monumental y era la revancha de la fecha interzonal en la que Maradona se había enojado con el árbitro.

«A mí la gente de River no me interesa»

—Lo vas a errar. El partido ya termina, lo vas errar y ganamos.

Van 47 minutos del segundo tiempo y Maradona está parado a doce pasos del arco de River y de la chance de empatar. Gallego pasa a su lado, y le habla para intentar que se ponga nervioso. El árbitro, Teodoro Nitti, les avisa a los jugadores que ni intenten ir al rebote: luego del penal se terminará el encuentro.

—Dale, pateá de una vez, así lo errás y festejamos —insiste el Tolo.

La tarde había sido complicada para Boca en el Monumental. En el primer tiempo, River se había puesto en ventaja. Diego había descontado con un tiro libre sencillamente perfecto, al ángulo. A los diez minutos de la segunda parte, River se puso 2 a 1. Pero claro, aún faltaba este penal en tiempo de descuento.

El crack xeneize no le presta atención a las provocaciones de Gallego. En su cabeza solo hay una preocupación: los nervios que debe tener su mamá, sentada en una de las plateas del Monumental. Su zurdazo sale cruzado, inatajable, frente a un Fillol que elige el otro costado.

Con la garganta llena de gol, sale corriendo y gritando hacia la platea de River, tal como había hecho en el primer festejo de la tarde. Da su clásico salto agitando el puño, gira y se arrodilla mirando a la popular de Boca. En el vestuario, le preguntarán el porqué de las celebraciones de cara a la hinchada rival.

—Grité los goles exclusivamente para la hinchada de Boca y para mis compañeros. No tenía ningún motivo para gritárselo a la gente de River, por algo muy sencillo: a mí la gente de River no me interesa.

Dijo, y nos conquistó. La identidad bostera de Maradona se reforzaba con cada paso de sus botines, pero daba grandes saltos en cada superclásico.

El primer adiós

La noche del miércoles 2 de diciembre de 1981, la Bombonera se pareció más que nunca al Coliseo romano. Pero no precisamente por sus virtudes arquitectónicas. Boca jugaba la ida de los cuartos de final del Nacional contra Vélez, y el encuentro culminaría con 6 expulsados y otro incidente que acabó en la comisaría 24.

—Perdoname, Roberto, te confundí con Ruggeri. Le quise pegar a él.

La aguda voz de la disculpa era inconfundible, incluso para un Mouzo aún aturdido por el golpe, y que se revolcaba de dolor por el codazo recibido.

—En serio, Roberto. No te quise pegar a vos. Era para Oscar.
—¡Pero si igual Ruggeri no te hizo nada! —replicó Mouzo, defendiendo a su compañero.
—¡Cómo que no! ¡Me mató a patadas todo el partido!

El hombre de la V en el pecho y de calva prematura se inclinaba en su súplica ante Mouzo, sin imaginar que décadas después sería él quien haría inclinar al mundo entero ante Boca Juniors. Lo que tampoco sabían Carlos Bianchi ni Roberto Mouzo, era que estaban participando del último partido oficial de Maradona en Boca en catorce años.

El primer tiempo había terminado sin goles ni tarjetas rojas. En el segundo, el juez Espósito comenzó a expulsar de a dos jugadores por vez, uno de cada equipo. Primero se fueron Cacho Córdoba y Larraquy. Luego, el Chino Benítez y Segovia.

A los 36 minutos, llegó el fin de la primera *Era Maradona* en Boca en partidos oficiales. En una discusión, nuestro 10 puso su mano en la cara de Moralejo. Y, aunque ninguno de los dos merecía ser expulsado, el árbitro tenía la mano caliente. Diego tuvo que vivir desde el vestuario el inesperado final del encuentro. A los 41 minutos Vélez se puso en ventaja con gol de Bujedo, pero Ruggeri y Perotti, sobre la hora, le dieron la victoria final a Boca.

El duelo tuvo un tiempo extra en la comisaría ubicada en Pinzón y Almirante Brown, a raíz de un incidente entre Brindisi y Juan Domingo Patricio Cabrera, el mismo al que Maradona le tiró un caño en la primera pelota que tocó en su debut en primera división, en 1976. Habían discutido en pleno partido, y Miguel le había fracturado la nariz de una trompada. Cabrera siguió jugando con el tabique roto, pero pasada la medianoche hizo la denuncia formal, que obligó a Brindisi a ir a declarar al día siguiente.

La violencia de esa noche privó a Boca de contar con su gran estrella en el partido de vuelta. Y Boca lo pagó caro. La revancha la

ganó Vélez por 3 a 1, con goles de Carlos Bianchi —a quien pronto llamaríamos «Carlitos»—, Jorge Comas —a quien pronto llamaríamos «Comitas»— y Roldán. De esa forma, Boca quedó eliminado del Nacional, en diciembre de 1981.

Tras ese encuentro, llegarían las mencionadas giras por Perú, Ecuador, Norteamérica y Asia. De regreso, Maradona jugaría sus últimos amistosos de este ciclo en Boca, en la Copa de Oro de Mar del Plata. El último, con una derrota ante River con gol de Ramón Díaz, el 6 de febrero de 1982.

«Dios quiera que no», respondió Diego cuando le preguntaron si ese torneo de verano podía ser lo último que jugara con Boca. Pero la sensación de despedida ya flotaba en el ambiente. La 12 llevó un mensaje en forma de bandera: «Gracias Maradona por todas las satisfacciones que nos das». Y en el vestuario, tras el último partido, se despidió de sus compañeros. «Nos dio un abrazo, nos agradeció, nos deseó lo mejor y nos dijo que se iba a tratar de cumplir el sueño de ganar el Mundial», recuerda Passucci.

Si bien el contrato nupcial entre Diego y Boca tenía vigencia hasta junio de ese 1982, Menotti había pedido tener a los jugadores de la Selección cuatro meses antes del Mundial de España. La AFA se lo había aprobado con el único voto en contra del Xeneize. Maradona se sumó al equipo nacional el 14 de febrero, por lo que este primer capítulo de su romance con Boca finalizó el Día de los Enamorados.

Poco antes de que se iniciara el Mundial, en junio, se trasladó desde la concentración de la Selección en Alicante hasta Barcelona, para firmar su contrato y ser presentado en su nuevo equipo. El club catalán pagó cerca de 6 millones de dólares a Argentinos Juniors y otros 2 millones a Boca, poniendo fin a varios meses de reclamos judiciales entre las dos instituciones argentinas.

En esa primera etapa en nuestro club, Diego jugó en total 40 partidos oficiales, en los que metió 28 goles. Participó, además, de 30 amistosos en los que convirtió 18 tantos. En el Metropolitano 81, fue el máximo anotador del equipo con 17 goles. Pero, más allá de las estadísticas, haber cumplido su sueño del pibe selló su amor por Boca para siempre.

PARTE IV
A LA DISTANCIA
1983-1994

El océano que separó a Maradona de Boca durante algo más de una década, no hizo más que agigantar la pasión de cada reencuentro.

Diego siguió los partidos de Boca a la distancia de todas las formas posibles por entonces, declaró su amor por el Xeneize en entrevistas con medios de todo el mundo y tuvo furtivos reencuentros con su club enamorado en cada visita a la Argentina.

El primero fue en abril de 1983. Había llegado al país por primera vez tras su transferencia al Barcelona. Fue una visita misteriosa y envuelta en rumores.

Solo sus seres más cercanos estaban al tanto de que arribaría a Ezeiza ese lunes 18 de abril. La prensa se enteró cuando él ya estaba en su casa de Villa Devoto. Intentaron entrevistarlo, hicieron guardia en la puerta, pero Diego no hizo declaraciones. Las versiones sobre los motivos del viaje iban desde un casamiento exprés con Claudia, hasta la firma de papeles por negocios. Al final, rompió el silencio y terminó con los rumores: «Vine porque hace nueve meses que no veía a mi mamá y por otra cosa que es prioridad: quiero ir a ver a Boca, a respirar el clima de la Bombonera y gritar los goles del Flaco Gareca». El amor siempre es más fuerte. Tanto extrañaba a la Bombonera, que ese fin de semana no la visitó una vez, sino dos. El síndrome de *bosterium tremends l*e estaba generando la única abstinencia sana de su vida.

El sábado fue al entrenamiento del plantel en el estadio. Saludó a todos, desde el quiosquero hasta los dirigentes, reencontrándose con cada rincón de su mundo. Se quedó conversando con sus excompañeros y sintió ese cosquilleo anticipatorio de lo que ocurriría al día siguiente.

Barcelona le había dado permiso para quedarse en Buenos Aires hasta el sábado, pero ya sabemos que Diego cumple más con sus deseos que con las reglas. Y su deseo era ver a Boca, que jugaba contra Racing por el torneo Nacional. Los dirigentes organizaron

que, como invitado de honor, llegara en helicóptero al césped de la Bombonera, pero él se negó. «No quería quitarles protagonismo a los muchachos. Tampoco quería salir al campo de juego encabezando la fila, pero ellos me insistieron», aseguró con humildad.

Fue el primero en salir del túnel, vestido con un jogging y buzo azul y verde. Y la Bombonera explotó al corear su nombre. Caminó lentamente hacia el centro del campo, rodeado por jugadores, dirigentes, auxiliares y fotógrafos. Respiró hondo y saludó a todo el estadio. El rugido de la hinchada era, ahora, un juramento:

Si hace falta la guita, la vamo' a buscar /
y Dieguito / y Dieguito volverá.

«Por un instante me traicionó la emoción y casi se me escapa una lágrima. Sentir el afecto de tanta gente me sensibilizó, como hacía mucho no me sucedía. Me llevo el cariño de esta hinchada, que me acompañará para siempre. Y la ilusión de que algún día pueda pisar otra vez este campo con la azul y oro».

Esa semana había llegado al país otro joven jugador, de nombre Enzo Francescoli, que a sus 21 años se incorporaba por primera vez a River. La revista *Estadio* le propuso a Maradona hacer una entrevista conjunta, que se realizó en la esquina de Larrea y Arenales, antes de que Maradona ingresara a Radio Rivadavia. Sobre el final del reportaje, Pelusa le dio un claro mensaje al uruguayo: «Solo te pido que no le hagas goles a Boca, porque es lo más lindo de Argentina».

Operativo retorno

El primer intento de concretar el regreso de Maradona a Boca se realizó en mayo de 1984. El mundo se enteró por una información exclusiva del diario *La Nación,* que la publicó en su tapa, y que tuvo

amplia repercusión en Barcelona. Según el artículo, el Diez estaba dispuesto a poner dinero de su propia empresa para volver.

Diego no estaba cómodo en el club catalán. Cuatro días antes había jugado la final de la Copa del Rey contra Athletic de Bilbao, que terminó con la famosa imagen de Maradona durmiendo de un rodillazo en la cara a Miguel Ángel Sola, un suplente del rival. Se daba por hecho que sería sancionado con una larga suspensión.

«Maradona señaló su deseo de volver a vivir en su país y de jugar nuevamente en Boca Juniors, según le adelantó a *La Nación* una fuente responsable», afirmó el diario en su portada. Mientras la prensa de España lo negaba, en la República de La Boca la ilusión crecía. «Luego del congreso de la FIFA en Zúrich, viajaré a Barcelona para resolver el caso», le dijo el entonces presidente de nuestro club, Domingo Corigliano, al diario que había dado la primicia.

Los problemas económicos de Boca generaban desconfianza sobre el futuro de la negociación. La versión de *La Nación* indicaba que el club pondría cuatro millones de dólares, la empresa Maradona Producciones, otros cuatro, y de esa forma llegarían a los ocho que requeriría el Barcelona. Mientras tanto, el 25 de mayo, Boca celebraba un aniversario de La Bombonera jugando por primera vez en su estadio tras nueve meses de clausura.

El desenlace no tardó en llegar. Corigliano, al regresar de su reunión con Diego en Barcelona, trajo consigo una noticia alentadora, pero conjugada en tiempo futuro: «Maradona volverá a Boca, posiblemente en 1986». El sueño debía aguardar. Y el Nápoli lo esperaba con los brazos abiertos.

Questo è Boca

La presentación de Maradona en Nápoles fue una multitudinaria expresión de amor a primera vista. Apasionada e ilusionada, esa ciudad hermana del barrio de La Boca lo recibió con una canonización futbolística, no bien Maradona puso un pie en el

estadio. Ochenta mil personas concurrieron para verlo patear una pelota y dedicarles sus primeras palabras. Pero a él nada de eso le resultaba desconocido.

Por la noche, se tomó un avión con destino a Buenos Aires. Y en Ezeiza dejó claro que, después de jugar en el Xeneize, ninguna muestra de amor lo podía sorprender: «Fue algo impresionante, pero no hay que olvidarse que yo jugué con la camiseta de Boca y eso es algo que queda grabado para siempre», les dijo a los periodistas, envuelto en un tapado de piel de color blanco. «Cada vez que levantaba la mano, parecía un gol de Boca» agregó para describir el impresionante recibimiento del día anterior.

Bandera de un sur olvidado, Maradona fue allí la cara de un sentimiento que iba mucho más allá del fútbol. «En Nápoles era fácil sentirme como en mi casa, aunque fuera una ciudad de locos, muchas cosas me hacían acordar a mis orígenes y también a La Boca».

Encima, su debut con la camiseta celeste fue ni más ni menos que contra River, en un amistoso en el estadio San Paolo, que el club italiano utilizó para pagar una deuda por el pase de Ramón Díaz. No era un superclásico, pero en algo se pareció. Cuando los jugadores de River estaban formados para el saludo inicial en mitad de cancha, aparecieron tres gallinas —vivas— delante de ellos. Todo adornado por «una gran bandera de Boca en el sector del Comando Ultra de la popular B», tal como lo detalló Natalio Gorin en su crónica para *El Gráfico.* Los diarios italianos también retrataron la escena de las gallinas con curiosidad, pero sin mayor información sobre los responsables. ¿Quién habrá sido el autor intelectual de la aparición de los plumíferos? Por si hiciera falta confirmarlo, la respuesta llega cuarenta años más tarde, por vía telefónica desde Nápoles. Salvatore Carmando, fisioterapeuta que trabajó en el club italiano desde 1974 hasta 2009, ríe sonoramente cuando se le pregunta si recuerda el episodio y si fue ideado por Maradona. «Sí, lo recuerdo, fue una broma que hizo un hincha del Nápoli, no recuerdo su nombre, a pedido de Diego».

Con el tiempo, el Diez identificó al hincha de su nuevo club con el bostero, en contraposición con el de River. «El hincha de Boca

dramatiza, llora, canta, igual que el napolitano, es igual. Como el de River es cajetilla, nosotros somos de vaquero, ¿viste?», le describió a Daniel Arcucci en la Navidad de 1985. Y reforzó esos conceptos con la ayuda ni más ni menos que del Beto Alonso, en una entrevista conjunta al año siguiente:

—River y Boca son el esmoquin y el vaquero. ¿Cuándo viste en una revista a un jugador de Boca con esmoquin? De River sí, lo ponen al Beto, a Pumpido, al Bambino Veira… Esa es la diferencia —opinó Diego.
—Al hincha de River no lo sacás ni loco un domingo de la quinta para ir a ver un partido. Eso hay que reconocerlo —concedió Alonso.

Para Diego, además, esa esencia bostera se trasladaba al campo de juego, tal como reflexionó en 1991 al hablar de Blas Giunta. «Me emociona verlo jugar. No podría estar en otro club que no fuera Boca. Hay jugadores y jugadores. Algunos tienen que jugar en River, como el Beto Alonso, por el toque, la calidad. Otros tenemos que hacerlo en Boca, donde nos matamos por la camiseta».

Boca, mi buen hermano

El amor de Maradona por Boca y por su familia seguían yendo de la mano, y se convirtieron en un sueño conjunto, a partir de mayo de 1985.

«Quiero volver a jugar en Boca con mis hermanos», declaró en una entrevista que copó la tapa de *Clarín.* «Ya nos juramentamos con el Turco y con Lalo que vamos a formar el terceto. En 1989, cuando termine mi contrato con el Nápoli. Está decidido», sentenció ante un Horacio Pagani que se mostró incrédulo:

—Eso se parece más a una fantasía que a una realidad. ¿Cómo haría Boca para comprar tu pase?
—Arreglaremos de cualquier manera. Yo quiero ir a Boca por la camiseta, y mis hermanos también. Quiero devolverle a mis viejos esa montaña de afecto que nos dieron. Y para ellos sería una alegría incomparable.

—¿Y de dónde te salió este fanatismo por Boca? Antes no era así, habías dicho que querías jugar en Estados Unidos para despedirte del fútbol.
—El fanatismo me empezó después de que pasé por ahí. Quiero volver a sentir el grito de esa hinchada. Es algo muy distinto, que no tiene precio.

«¡Hasta habían creado un cantito los tres hermanos!», recuerda Guillermo Coppola mientras busca en su memoria la letra de la canción. «Decía "*vamos a volver los tres / vamos a volver los tres*", pero no recuerdo cómo seguía», agrega, al tiempo que realiza llamados a colaboradores de entonces para encontrar ayudas a su memoria. Finalmente, gracias a un artículo de Daniel Arcucci en *El Gráfico* de 1985, se reconstruye la letra completa:

Vamos a volver los tres / vamos a volver los tres /
quedate tranquilo River / que los Maradona /
te vamo' a coger.

En 1986, tras el Mundial, cuando negociaba un nuevo contrato con Nápoli, Diego llegó a plantearle al presidente, Corrado Ferlaino, que solo firmaría en caso de que le permitiera venir un año a préstamo al Xeneize con sus hermanos. Mientras tanto, en esos meses, Lalo debutó en la primera de Boca y jugó cinco partidos, entre amistosos y oficiales.

Maradona ganó su primer *scudetto* con el Nápoli el domingo 10 de mayo de 1987, contra Fiorentina. Sin embargo, en los días previos, su cabeza también estaba puesta en Boca. Así lo reflejó en *El Gráfico* Ernesto Cherquis Bialo, quien fue invitado por Diego a la cena de festejo de cumpleaños de su hermana Mary, en Nápoles, dos días antes del partido en el que se consagraría campeón de Italia:

Fue una noche de cantos y anécdotas. La mayoría de los cantos de los hermanos Maradona formaron parte del repertorio de la hinchada de Boca y, en un 90 por ciento, dedicados a River. Cuando los Maradona entonan estribillos con sentido boquense, las venas del cuello se inflaman, al borde del estallido.

Boca, mi buen amigo

El domingo 21 de julio de 1985, Boca enfrentaba a Vélez en la Bombonera. Maradona vivía el partido desde la platea, cuando de pronto ve que, a su alrededor, la gente le hace gestos y le señala el alambrado que dividía su sector de la segunda bandeja popular que da a Casa Amarilla. Desde allí, un grupo de integrantes de La 12 le estaban pidiendo que se acercara y le mostraban dos presentes que tenían para él. Mientras recorre esos metros, saludando a la gente que cruza a su paso, un cantito empieza a sonar con fuerza:

En el Día del Amigo /
te queremos saludar / Maradona, Maradona /
te queremos de verdad.

*C*uando llega a destino, recibe una plaqueta y un diploma en honor a la jornada que celebra la amistad. «Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando empezaron a corear lo del Día del Amigo. Ellos saben que están en mi corazón», declaró luego del partido. La hinchada de Boca cantó por él en varios momentos de la tarde. Boca se puso en ventaja a los doce minutos con un gol de Graciani a un joven arquero rival, de apellido Navarro Montoya. El encuentro terminó 2 a 2, pero todo el estadio se fue con la misma sonrisa que Diego.

Un socio de Boca, de la cima del mundo a la Bombonera

El 2 de abril de 1986 Maradona fue oficialmente registrado como afiliado al club, con el número 13.353.

Levantó la Copa del Mundo en el estadio Azteca de México el 29 de junio. Días más tarde, el 9 de julio, se jugaba un superclásico en la Bombonera, por Copa Libertadores. La dirigencia de Boca decidió

organizar un homenaje a los campeones de ambos planteles, antes de que comenzara el encuentro. Por el lado del visitante, recibirían una plaqueta Héctor Enrique, Pumpido y Ruggeri. De nuestra parte, Tapia, Olarticoechea y el bonus track del mejor del mundo.

La organización fue sencillamente desastrosa, pero no por eso dejó de ser una hermosa tarde de sentimiento xeneize. Cuando los jugadores ya estaban en el campo de juego, y se acercaban a recibir las distinciones, Maradona apareció por el túnel del local, vistiendo jeans y suéter. En medio de un caos total, caminó hacia mitad de cancha, y luego hacia las tribunas que dan a Casa Amarilla. Tal fue el desorden y el tumulto que, tras saludar a su hinchada, metió un pique corto para volver hacia el túnel y ubicarse en la platea. Recién allí pudo recibir la plaqueta, de manos de Antonio Alegre.

No hubo locutor ni conductor que organizara el evento. Los equipos se formaron para cantar el Himno Nacional, pero el sistema de altoparlantes falló. Mientras la hinchada de River comenzó a entonar las primeras estrofas, la de Boca siguió cantando por Maradona. Es que, en la Bombonera, la patria es el Diego.

Maradona acababa de convertirse en un símbolo nacional. Había salido al balcón de la Casa Rosada con la Copa del Mundo, para cantar de frente al pueblo argentino. Aun así, esa tarde de superclásico en La Bombonera, no *careteó* neutralidad, y lo vivió como lo que era: un hincha de Boca. Un periodista de *Crónica* vio el partido cerca de él y dio detalles en su artículo del día siguiente:

> Coreó al unísono con la hinchada aquello de «muchas veces fui preso y muchas veces lloré por vos, yo a Boca lo quiero, lo llevo adentro del corazón». Se prendió en otros cánticos mientras doña Tota apuraba otro faso. Después, se sumó al clásico «Sí, sí señores, yo soy de Boca…». Gesticula, mueve los dedos, no sabe cómo sentarse, habla con Claudia, guarda silencio cuando todos cantan aquello de «Vale 10 palos verdes, se llama Maradona». Pero River empata y el hincha Diego lo sufre y protesta: «¡Fue posición adelantada!». El segundo tiempo lo vivió haciendo fuerza por Boca, amagando con bailar al ritmo de los cantos de la hinchada y moviendo los brazos como cualquier habitante del tablón.

Al retirarse del estadio, contó lo que había sentido esa tarde: «Estaba loco por entrar a la cancha, yo quería jugar este partido. ¿Te imaginás? Después de ganar el Mundial, yo quería la camiseta de Boca, la pelota y salir a la cancha a jugar contra River. ¡Hubiera sido lo máximo!». «Hubiera sido lo máximo», decía el hombre que acababa de ser tapa de todos los diarios del mundo levantando el trofeo más codiciado en el universo de los deportes.

Vayas adonde vayas

«Siempre que jugaba Boca estaba pendiente desde Nápoles. En esos tiempos en que no había internet ni celulares, igual se enteraba por teléfono», cuenta Claudia Villafañe. Fernando Signorini recuerda el día en que pasó a buscarlo para ir a entrenar y Diego no podía más del sueño. «Se había quedado hasta la madrugada escuchando un partido importante de Boca por teléfono. Le había pedido a uno de sus hermanos en Buenos Aires que acercara el tubo a la radio. ¡Tenía los ojos como el dos de oro!», relata con una sonrisa el hombre que supo cuidar cuerpo y alma de nuestro ídolo.

Richard Tavares, aguerrido defensor xeneize de esos tiempos, conoció en primera persona cuán informado estaba Diego sobre la actualidad de Boca. En junio de 1988, cuando llevaba pocos meses jugando en el club, fue invitado a la boda de un amigo que se casaba con la hermana de Claudia Villafañe. «A mí me daba mucha vergüenza ir a hablarle. En un momento, mi amigo me dice que Diego me quería conocer. Yo no le creí, le dije que se dejara de joder. En ese instante, Diego me toca el hombro por detrás y me dice "¡Cómo no voy a querer conocerte, fiera!". Me empezó a preguntar cosas de Boca con un nivel de detalle impresionante. Me nombraba jugadores lesionados para saber cómo estaban, me consultaba por juveniles que apenas estaban comenzando. Poco después fue a un palco de la Bombonera, se sacó el reloj que llevaba puesto y me lo arrojó, de regalo».

Al día siguiente de esa boda, Diego fue nuevamente tapa de *Clarín* declarando sus deseos de volver a Boca. Y no era algo que solo declarara cuando estaba en su país. Por esos años también se lo dijo a *France Football* en dos entrevistas distintas, a la revista *Guerin Sportivo,* a la televisión chilena, y lo reiteró en el programa de TV que el propio Diego conducía en Nápoles, llamado *Superstar 10.*

Uno de los casos más resonantes fue en plena serie final de la Copa UEFA de 1989 entre Nápoli y Stuttgart. La tapa de los diarios llenó de preocupación a los napolitanos. «Maradona prepara la fuga», tituló *La Gazzetta dello Sport.* «Rotundo mensaje a un diario argentino: "Quiero jugar en Boca Juniors. Ferlaino quiere ser más importante que yo, le he dicho que me voy". Boca admite que muchos empresarios se están moviendo y que espera a Maradona luego de la final de la UEFA del jueves», publicó ese periódico, uno de los más importantes de Italia. Los dirigentes de Boca tantearon a empresarios que hicieran posible el desembarco, pero la crisis hiperinflacionaria que vivía Argentina no ayudaba.

Finalmente, Maradona salió a aclarar que cumpliría su contrato con el Nápoli hasta 1993. «Me quedo en Nápoles, pero nadie puede prohibirme que siga soñando y dándole rienda suelta a este que llevo acá, pintado de azul y oro, y que de tanto en tanto se vuelve loco», le dijo a la revista *El Gráfico* mientras se levantaba la remera y se señalaba el corazón.En el mismo artículo, el periodista Bruno Passarelli, desde Italia, contó otra intimidad bostera de Maradona: «Está enfermo de nostalgia, de melancolía. A su amigo Carlos «Pato» Onofrio, en fugaz viaje a Buenos Aires, le pidió que a su regreso le trajese una camiseta de Boca y varios casetes de tango».

Algo similar ocurrió años más tarde, cuando jugaba en Sevilla. «Me llama un día desde España y me dice que estaba harto de que le dijeran sudaca, y me pidió que le arme una camiseta con sus dos pasiones argentinas: Boca y la Selección», recuerda Oscar Tubio. Ante ese pedido, el diseñador creó una que combina ambas casacas, mitad y mitad en forma diagonal.

«Quiero comprar Boca»

El título impacta e inundó las tapas de los diarios. La frase no pasó a la historia, ni quedó en la memoria de las grandes sentencias maradonianas. La intención no prosperó. Pero lo cierto es que, poco después del Mundial de Italia 90, Diego Maradona anunció que, si se concretaba un proyecto gubernamental que permitiría la privatización de las instituciones del fútbol, él quería ser el dueño del club de sus amores.

Corría el mes de septiembre de 1990. Carlos Menem llevaba poco más de un año como Presidente de la Nación. La ola privatizadora llegaba con su espuma a amplios sectores de la economía. El 14 de ese mes, el por entonces ministro de Salud y Acción Social, Alberto Kohan, anunció la intención de permitir que los clubes se conviertan en sociedades anónimas. «El gobierno está analizando el cambio de encuadre jurídico», aseguró.

Un mes más tarde, Diego tuvo una estadía en Argentina en la que fue noticia día a día y siempre vinculado a Boca.

Fue al teatro a ver a Sergio Denis, que presentaba su disco *Solo el amor.* Y, a la salida, habló *solo de amor:* «Moriré jugando con la camiseta de Boca. Es un juramento que le hice a la hinchada, aunque no pueda confirmar cuándo».

Anunció que no jugaría más en la Selección, ante el ciclo de Alfio Basile que se avecinaba. Agregó que al equipo nacional volvería como entrenador. «Pero primero quiero adquirir experiencia con los juveniles y, antes que nada, volver a jugar en Boca. Eso me quita el sueño».

El día en que emprendió la vuelta a Nápoles, lanzó la bomba: «En caso de que los clubes de Argentina pasen a ser sociedades anónimas, como en Italia, yo compraría a Boca Juniors». De más está decir que su intención no era la búsqueda de un negocio, sino acercarse aún más al equipo que amaba —de hecho, Diego nunca se manifestó a favor de la privatización de los clubes de su país—. La repercusión fue grande, pero duró poco. «No pasó de una expresión

de deseos, ni él ni quienes trabajábamos con él movimos ninguna ficha para avanzar con eso», recordó Daniel Bolotnikoff.

La iniciativa del gobierno tampoco prosperó. Ni falta que hacía: Diego y Boca se pertenecen.

Las buenas ya van a venir

El año 1991 marcó a fuego la biografía de Maradona. Atravesó algunas de las peores experiencias de su vida. Y, en esas circunstancias, Boca y la Bombonera fueron su refugio de felicidad.

El Xeneize cumplía diez años sin ser campeón argentino. La última conquista, justamente, había sido el Metropolitano de 1981, de la mano de Maradona. Él, por su parte, tenía contrato con Nápoli hasta 1993, pero su situación allí era insostenible. Luego del Mundial de Italia 90, en el que Argentina eliminó al local en semifinales, su relación con el club, y con los italianos en general, estaba en su peor momento. Soportaba causas judiciales, algunas iniciadas por la propia dirigencia del Nápoli, que le reclamaba parte del dinero ganado a su jugador estrella. En el verano, Antonio Alegre intentó ir al rescate de nuestro héroe. «Tuve una charla con él durante el Mundial, y me dijo que quería venir a Boca. Ahora depende de su arreglo con el Nápoli. La fecha más lógica sería en junio, pero Boca lo necesita ya. Después de Año Nuevo vienen los Reyes Magos… yo voy a poner los zapatos», se ilusionó el presidente del club durante las fiestas.

Lo que ni Alegre ni Diego sabían era que el plato de la venganza se estaba dejando enfriar en el invierno italiano.

El 29 de marzo se dio a conocer el resultado positivo por cocaína del control antidoping que le habían realizado a Maradona tras un partido ante Bari. Cuatro días más tarde, llegó a la Argentina. El único dirigente de fútbol que se acercó a recibirlo fue Alegre, que lo esperó en las puertas del avión y se puso a disposición para lo que necesitara: «Vine en nombre mío, del club y de los hinchas, que el

domingo corearon su nombre para respaldarlo en este momento que le toca vivir».

Se recluyó en la casa de sus padres en Villa Devoto, sin hacer declaraciones. Durante días, la prensa lo buscó e hizo guardia en la puerta, pero él se mantuvo en silencio, cobijado en el afecto de familiares y amigos.

¿Dónde hizo su primera aparición pública? ¿Dónde iba a ser?

Boca disputaba la ida de los octavos de final de Copa Libertadores contra Corinthians. Los jugadores ya habían salido al campo de juego, cuando Diego, con su *sonrisa de Gardel,* llevando a su hija Gianinna en brazos y con Claudia a su lado, ingresó al palco presidencial acompañado de Alegre y de Carlos Heller.

¡No pasa nada! / ¡No pasa nada! / a Diego lo queremos en las buenas y en las malas.

La Bombonera repasó todo el cancionero, que ya había sumado varios hits a los creados en 1981. Recién a los cinco minutos de partido, comenzaron los cantitos para alentar al equipo, que tendría un gran desempeño y ganaría por 3 a 1. Y Diego pudo tener una noche feliz en medio del infierno.

Lamentablemente, fue solo un oasis en medio de una ruta desértica. Apenas diez días más tarde, el 26 de abril, en un operativo con claras motivaciones políticas, Maradona fue detenido por tenencia de drogas. La policía irrumpió en un departamento del barrio de Caballito, mientras él dormía una siesta, y lo sacó del edificio una vez que arribaron las cámaras de la televisión, cuatro horas más tarde.

«El presidente me utiliza políticamente para desviar la atención de los problemas políticos», diría el propio Diego meses más tarde. El escándalo conocido como «Yomagate» era la novela política y judicial del momento. Un caso de lavado de dinero y narcotráfico, que involucraba a la cuñada de Carlos Menem, Amira Yoma, quien llegó a ser detenida —aunque terminó siendo sobreseída—, y a Mario Caserta, funcionario nacional —condenado a cinco años de

prisión por la causa—. Para sumar contexto, el gobierno nacional había intervenido nueve días antes la provincia de Catamarca, a raíz del asesinato de María Soledad Morales. El gobernador, Ramón Saadi, fue desplazado y respondió con munición pesada: «De Menem para abajo, todos deben someterse a una rinoscopia».

Frente al arresto, el ministro del Interior, Julio Mera Figueroa, realizó unas declaraciones que parecieron darle la razón a Diego: «La detención de Maradona demuestra que en la Argentina no hay impunidad para nadie», expresó con orgullo y calificó a Diego como «un ídolo con pies de barro». Por su parte, en sus primeras palabras, el presidente Menem afirmó que «Maradona es un pobre muchacho enfermo y, como tal, hay que ayudarlo para que pueda salir de este vicio».

El caso tuvo repercusión mundial. Diego pasó un día en la comisaría y fue liberado tras el pago de una fianza, en las primeras horas de un domingo en el que se jugaba la décima fecha del Torneo Clausura. Y los estadios del país se convirtieron en tribunales que juzgaron a Diego a través de cantitos creados *ad-hoc.*

Boca recibió en la Bombonera a Vélez. La hinchada apoyó a su ídolo y alzó su voz de protesta, denunciando que «*en Argentina / hay una banda de vigilantes / que meten preso a Maradona*». También fue respaldado por las tribunas de San Lorenzo y de Argentinos Juniors.

La de River, en cambio, lo condenó al ritmo de «*eso le pasa por ser bostero / es la vergüenza del mundo entero*». Estrenó, además, otro horrible cantito en el que le deseaba a Diego contraer HIV y fallecer a consecuencia de ello, y en el que se refería despectivamente a «los villeros de Fiorito».

En sus primeras declaraciones, el 10 le cerró la puerta al fútbol. «Cuando me llevaron preso me cortaron el sueño de jugar en Boca. Parece que lo hubieran hecho a propósito. No quiero jugar más en Argentina», sentenció.

Sin embargo, su vínculo con Boca siguió más fuerte que nunca. El club se convirtió incluso en el hogar en el que recibía muestras de afecto de terceros, como la noche en la que los jugadores de Flamengo, previo a un partido por Copa Libertadores, salieron a la

Bombonera con una bandera azul y amarilla y palabras de apoyo: «Maradona, Flamengo te ama, hoy y siempre».

Y siguiendo con el «dígalo con banderas», por esos días, Maradona le regaló a La 12 un telón gigante en el que retribuía el afecto recibido: «Gracias N°12, jugadores, cuerpo técnico, Alegre, Heller y C. D. (Comisión Directiva) - Diego A. Maradona». Una bandera que la hinchada de Boca despliega aún hoy, aunque con un parche que reemplaza el nombre de los dirigentes por imágenes de una Copa Libertadores y una Intercontinental.

El primer regreso

Pronto se concretó lo más parecido a una vuelta de Maradona a Boca que se podía dar en las circunstancias imperantes. No podía jugar, pero nada le prohibía entrenar con el plantel.

Todo comenzó la tarde del 28 de julio de ese ajetreado 1991. Boca recibía a Racing por la semifinal de la Liguilla pre Libertadores. A los 14 minutos del primer tiempo, las miradas se corrieron del campo de juego hacia el palco. Allí estaba Diego, junto a Claudia, en su primera visita tras la aberrante detención de la que había sido víctima. Cantó, alentó, sufrió con el gol de Ortega Sánchez de penal y gritó fuerte el del empate de Chicho Gaona. Luego, fue al vestuario a saludar a los jugadores. «Casi me muero cuando lo vi. Es un monstruo, es único. Nos prometió que dentro de poco va a venir a entrenar con nosotros, sería maravilloso», contó Gabriel Batistuta.

Cumplió la promesa dos días más tarde. Llegó a la Bombonera y, camino al vestuario, se detuvo a saludar al recordado Héctor Caldiero, que por entonces relataba la campaña de Boca. «Tenía ganas de conocerte, te escucho en todos los partidos», le dijo a Pancho. El utilero, Mario Ledesma, le dio la primera ropa oficial de Boca que se puso en casi diez años. El césped no estaba en buenas condiciones, por lo que el cuerpo técnico decidió trasladarse en micro a los bosques de Palermo.

Decenas de personas, entre hinchas, periodistas y curiosos, rodearon el lugar y presenciaron esa histórica práctica. Entre ellos estaba don Diego, quien declaró: «Es grandioso verlo entrenar de nuevo con los colores de Boca. Hay que ser hincha para entender lo que se siente. Lo importante es que él está bien, mírelo, no perdió el entusiasmo, es un león». El 10 regresó al día siguiente y se detuvo ante la prensa para hacerle llegar a los hinchas su agradecimiento: «Mi amor por ellos no lo va a matar nadie. Amo esta camiseta, amo a esta gente, porque son pueblo, y eso se siente en la piel».

Entrenó unos días para ponerse a punto para un partido a beneficio del hospital Fernández.

La suspensión por dóping regía hasta el 30 de junio del año siguiente. Cuando la fecha se acercaba, inició su puesta a punto en la estancia de Antonio Alegre en la localidad de 25 de Mayo. El Nápoli quería hacer valer el contrato que aún tenía un año más de validez. Él no quería saber nada, y se debatía entre las opciones de Sevilla y Olympique de Marsella. «Boca va a quedar para más adelante, no quiero que el club ponga un *sope,* porque en este momento se necesita mucha plata. Pero que nadie dude, yo voy a morir futbolísticamente con la camiseta de Boca», anunció en conferencia de prensa.

Efectivamente, Sevilla tuvo que pagarle unos siete millones y medio de dólares al Nápoli para comprarle el pase. Pero Diego seguiría vinculándose a Boca de distintas maneras en ese 1992.

Maradona refuerza a Boca

El *Universo Maradona* siempre corrió las fronteras de lo imaginable. ¿Cuántos otros casos habrá en el mundo de un jugador que compra el pase de otro para dárselo a un club que no es en el que él juega?

Charles Fabian Figueiredo Santos llevaba tres años en primera división cuando, con su equipo, Cruzeiro de Belo Horizonte, llegó a la final de la Supercopa de 1991. Enfrente tendría a un River que

parecía imparable, y que ganó el partido de ida por 2 a 0, como local. Sin embargo, en la revancha, Cruzeiro se impuso por 3 a 0.

Charles no marcó goles, pero fue una de las figuras. Conquistó la Supercopa y también el corazón de Diego, que en junio del año siguiente pagó dos millones de dólares para que juegue en el club de sus amores. Lamentablemente, el brasileño no tuvo una actuación destacada en el club. Jugó apenas cinco partidos y no convirtió goles. Pero su nombre quedó grabado en la historia xeneize, dado que integró el plantel que consiguió el histórico Apertura 92, con el que Boca cortó la racha de once años sin salir campeón.

De Sevilla a su silla

Maradona regresó al fútbol profesional con Sevilla el domingo 4 de octubre de 1992. Y apenas una semana después, estaba en la Bombonera saltando, cantando y alentando a Boca contra River.

Había viajado a la Argentina con el equipo español para disputar dos amistosos contra el Xeneize. El primero sería el lunes 12, pero un día antes Boca jugaba un superclásico que sería clave para ese Apertura 92 y, por lo tanto, para la vida del club. Boca llegaba puntero, River segundo, a solo una unidad de distancia y el clima era de final anticipada.

Diego llegó al estadio junto a su padre, Claudia, el actor Carlos «Carlín» Calvo, y jugadores del Sevilla. Se ubicó en la platea, pero vivió el partido como si estuviera en medio de la popular. Se sumó al «que nacieron hijos nuestros, hijos nuestros morirán» y a todos los cantitos. Enfrente, la de River respondía con el famoso «Diego, compadre…» y una bandera que decía «Sevilla, te llegó el rey de la droga».

Manteca Martínez hizo el único gol de la tarde, lo celebró trepándose al alambrado; Navarro Montoya le atajó un penal a Hernán Díaz, y Boca y Diego tuvieron otro domingo de felicidad juntos.

Tan contento se fue Maradona, que al día siguiente se mandó a hacer una remera con una foto de sí mismo en esa fantástica tarde en la que alentó a Boca junto a sus seres queridos. Y con ella protagonizó una pelea callejera que derivaría en una famosa frase sobre los reclamos de los jubilados.

Había fallecido el relator José María Muñoz y el velatorio era en el Círculo de Periodistas Deportivos, en Rodríguez Peña 628. Maradona estaba alojado en el Hotel Bauen, en Callao al 300, y quería ir a darle el último adiós. Decidió ir caminando, aun cuando tenía que atravesar la calle Corrientes un día hábil a las cuatro de la tarde. Y encima, lo hizo vestido con esa remera con su propia imagen, y una gorra con la inscripción «Diego». Como para pasar inadvertido…

En el trayecto, se cruzó con una marcha a favor de los jubilados, que caminaba por Callao hacia el Congreso. En el tumulto alguien, a quien no pudo identificar, le robó la gorra. Ante su enojo, otra persona lo increpó y le recriminó «que se enojara por una gorra en vez de defender a los jubilados». Frente a las cámaras de televisión, Maradona le respondió: «Esa gorra era un recuerdo, la concha de tu madre», tras lo cual le aplicó un cabezazo en la frente. Y, ante las preguntas de los periodistas, dio una respuesta para la Historia: «Me enojé con un estúpido que me dijo que no grito por los jubilados. Estoy a muerte con ellos, porque hay que ser muy cagón para no defenderlos».

A todo esto, había dos partidos por jugar.

El primer amistoso, el de Córdoba, fue el aperitivo. Boca presentó suplentes, porque apenas habían pasado 24 horas de la victoria ante River. Maradona jugó el partido completo con la camiseta de Sevilla, que ganó por 3 a 1. «Tuve ganas de meter algún pase para que Boca empatara», confesó luego, con la característica sonrisa que iluminaba su cara.

El miércoles 14 de octubre de 1992 fue el gran día en la Bombonera. Diego salió del túnel con el equipo español, pero ya estaba acordado que jugara un tiempo para cada equipo. La 12 desplegó la bandera que él les había regalado el año anterior. En el centro del campo, José Barritta le entregó una plaqueta a él y otra a Bilardo, entrenador del Sevilla. Antes de que empezara a rodar la

pelota, se hizo un minuto de silencio por José María Muñoz, y luego todo el estadio escuchó por los altoparlantes su relato del gol a los ingleses en México 86. Piel de pollo. El 10 se emocionó, se secó las lágrimas y se persignó antes de dar el puntapié inicial.

Diego querido, déjate de joder
ponete la de Boca
que te queremos ver.

*E*l primer tiempo lo jugó más de volante central que de 10, como si no quisiera verse en la obligación de patear al arco… Y en el segundo tiempo, por primera vez en once años, Maradona salió a la cancha con la camiseta de Boca. Uno por uno, todos los jugadores xeneizes esperaron su turno para retratarse con el gran ídolo.

El grito, por fin, llegó. Ahogado, pero llegó. A los 13 minutos, le cayó la pelota tras un mal rechazo del arquero del Sevilla, definió de zurda y apenas lo celebró, por respeto al momentáneo rival. «Nunca olvidaré este partido. Volver a ponerme la camiseta de Boca, jugar en esta cancha, recibir el afecto de esta hinchada maravillosa. Son sensaciones hermosas», declaró antes de interrumpir esa entrevista en el campo de juego para sumarse al «el que no salta es un gallina» que bajaba de las tribunas.

Lepra en La Boca

La estadía de Maradona en Sevilla terminó, literalmente, a las puteadas. Fue en junio de 1993, cuando Bilardo lo sacó en pleno segundo tiempo y él se fue al vestuario con insultos visibles y sonoros dirigidos al Narigón.

Todos creímos que sería el momento de su regreso a Boca. Sin embargo, durante semanas recibió y analizó propuestas de San Lorenzo, de Argentinos Juniors y hasta de Unión de Santa Fe, a través de Miguel del Sel. «De Boca no me llamaron», declaró por esos días. Tenía un gran enojo con el entrenador del club, Jorge

Habegger, por su decisión de separar del plantel a un ídolo: «Estuve hablando con José Barritta, a quien le quiero expresar mi agradecimiento, porque los hinchas de Boca estamos muy molestos con esta persona que echó a Giunta de la institución».

Finalmente se incorporó a Newell's. Debutó a principios de octubre, y a las pocas semanas volvió a jugar un partido oficial en la Bombonera luego de doce años, aunque esta vez en calidad de visitante. Salió a la cancha y la hinchada de Boca ovacionó como nunca a un jugador rival.

En mitad de campo, recibió una nueva plaqueta de Alegre y de Heller y luego otra de Barritta, que lo despidió con un «te esperamos, Diego». Recién después cruzó la mitad de cancha para saludar a la hinchada de Newell's. «El recibimiento de la hinchada de Boca fue sensacional, y no me queda más que agradecer a toda esta gente que se sigue acordando bien de mí. Fue realmente emocionante el momento en que pisé de nuevo la cancha de Boca, el cariño de los jugadores, dirigentes, esa plaqueta que me entregaron, todo fue muy hermoso», dijo el homenajeado del día al terminar el encuentro, que Boca ganó por 2 a 0.

Su ciclo en Newell's duró hasta febrero de 1994. En cuanto finalizó, los dirigentes de Boca anunciaron que las puertas estaban abiertas. Diego, por las suyas, volvió como hincha a la platea de la Bombonera una tarde de marzo, y vio cómo Boca le hacía seis goles a Racing. Con el Mundial de Estados Unidos a la vuelta de la esquina, se enfocó en ponerse a punto con la Selección. Nada hacía pensar que el destino, nuevamente, le metería un planchazo descalificador.

* * *

No fueron las pastillas, fueron los hombres de gris. Pero la motosierra que cortó sus piernas en Estados Unidos, también mutiló las alas de la ilusión de Maradona y de Boca de reencontrarse. Diego, una vez más, no quería saber nada más sobre planificar un

regreso al fútbol. Estaba cerca de cumplir 34 octubres, con más de un año de castigo por delante.

Cuando la FIFA anunció que la suspensión sería de quince meses, Maradona llamó a una conferencia de prensa, y eligió hacerla en la Bombonera. No jugaba ni trabajaba en Boca, no tenía ningún contrato con el club. Simplemente optó por ese lugar sagrado para abrir su corazón y contarle al mundo, en carne viva, el terrible momento que estaba viviendo: «No tengo estímulos para vivir. Me mataron futbolísticamente, pero también como hombre. Estoy destruido. Lo único que me haría feliz en este momento sería que vengan Havelange y Blatter, me den un abrazo y me digan que me levantan la sanción. Pero sé que es imposible».

Sobre un eventual regreso al fútbol, reveló: «Tenía decidido volver a Boca, pero ahora la única posibilidad de que eso pase sería con bastones». A pesar de todo, dejó abierta una puerta para volver al club en otro rol: «Todavía no sé si quiero ser técnico. Me gustaría arrancar entrenando a chicos, pero a lo mejor estudio la posibilidad de ir a hablar con Menotti. Me tiró un par de ideas interesantes, y en una de esas…».

Se refería a una invitación del por entonces técnico de Boca, para que fuera a los entrenamientos a hacer lo que él quisiera. Jugar, patearle a los arqueros, ser ayudante de campo. Todas las opciones estaban disponibles. Si bien en los días siguientes no se volvió a mencionar el tema, Diego demostró una vez más su maestría en el arte de la sorpresa.

El viernes 17 de septiembre, ingresó a bordo de su camioneta por el portón de la Bombonera, acompañado por Carlos Fren. Tuvo una larga conversación con Menotti y, luego, con los jugadores. Habían pasado dos horas desde su ingreso, cuando salió y dio la noticia: «Lo único que puedo anunciar es que voy a estar al lado del Flaco para acompañarlo. Quiero aprender de él. Porque mi idea es, en algún día no muy lejano, ser técnico de Boca». De un día para el otro, sin más preámbulos, Maradona había vuelto a Boca. Y lo hacía en un rol que, como tantas cosas en su vida, no pueden ser etiquetadas con el catálogo de palabras disponible. «Vengo a ser

una especie de sparring. Pero no soy su asesor, ni su sucesor ni nada por el estilo», aclaró.

La experiencia de trabajar al lado de Menotti duró poco, pero por un buen motivo. Dos semanas más tarde, Diego asumió su primer desafío como DT, en Deportivo Mandiyú de Corrientes.

Se terminaba el año 1994. Y todos los hinchas de la mitad más uno del país sabíamos muy bien qué deseo debíamos pedir al brindar en Año Nuevo.

PARTE V
EL MISMO AMOR
1995-1997

El 6 de mayo de 1995, los socios de Racing iban a las urnas para elegir presidente. Ese día, decisivo para el club, Maradona, el Director Técnico de la Academia no vivió la jornada en la sede de la institución. Tampoco siguió los cómputos desde de su casa. Esa tarde, el entrenador de Racing fue a la Bombonera a alentar a Boca, que enfrentaba a Rosario Central.

Diego había anunciado que, si Juan Destéfano no era reelecto, él renunciaría. «A nosotros más de una vez nos dijo que él quería volver a jugar en Boca», sostiene Marcelo Saralegui, volante de Racing en aquellos tiempos. Diego se enteró del resultado de los comicios en el palco. Antes de retirarse bajó al vestuario, saludó a los jugadores xeneizes, y declaró: «A partir de este momento soy un desocupado más». Y en seguida avisó: «En septiembre vuelvo a jugar al fútbol, así que el club que me quiera contratar deberá saber que voy como jugador y como DT, junto a Carlitos Fren».

A partir de allí, comenzarían treinta días vertiginosos, intensos, cambiantes y claves para el futuro de los dos protagonistas de este libro.

En Boca, tras la ida de Menotti en diciembre, había regresado Silvio Marzolini a la dirección técnica. La dirigencia no evaluaba dar un golpe de timón, por lo que fueron a buscar a Maradona para que se incorporara como jugador. Pero pronto surgió el competidor menos pensado. La empresa Pelé Sports Marketing contactó a los representantes de Maradona. Pelé, ese viejo adversario, quería darle la bienvenida al amigo, y contratarlo para que juegue en Santos dos años, con la posibilidad de ser también el entrenador. La oferta económica era muy tentadora. Y en pleno operativo seducción, el brasileño le envió un avión privado a Diego para que viajara a Río de Janeiro y así seguir las conversaciones en persona. Al regreso, apenas pisó el aeropuerto, Maradona fue categórico: «Ya está casi

todo listo. Falta muy poco para que me transforme en el nuevo director técnico y jugador del Santos».

Pero claro, como tantas veces en esta historia, la Bombonera haría su trabajo. Como corresponde al mes de mayo, necesitábamos un cabildo abierto para una revolución que rompiera las cadenas con el invasor carioca. Un golpe al corazón, que obligara a barajar y dar de nuevo. Y así fue. El martes 16, Boca recibía a Argentinos Juniors y Maradona fue a ver el partido. Y durante todo el encuentro, la hinchada entonó los himnos que le agradecen todo lo que Dieguito se merece, que pedían por su regreso e incluso otros nuevos que lo pedían como entrenador.

Lo ocurrido esa tarde sacudió el tablero, aunque en direcciones opuestas. Mientras Diego comenzó a amigarse con la idea de volver a Boca como jugador, la primera reacción de Antonio Alegre le echó nafta al fuego: «Tuve ganas de decirle que su presencia en el estadio fue una falta de respeto. Los dirigentes de Boca merecemos que nos deje en paz», sorprendió. Como en la famosa escena de *Volver al Futuro,* la imaginaria foto de Maradona con la camiseta de Boca comenzaba a evaporarse, mientras en Brasil daban por hecha su llegada al Santos.

Pero, como sabemos, eso nunca ocurrió.

Carlos Heller aprovechó su amistad con Guillermo Coppola para sanar las heridas y encaminar las negociaciones. Luego de marchas y contramarchas, el jueves 8 de junio tuvieron una larga reunión en la que el club realizó una propuesta formal para que Maradona se ponga la 10 de Boca. Esa noche, Coppola se la trasladó a Diego. A la mañana siguiente, Heller declaró que se habían fijado un plazo hasta el martes para retomar las charlas.

Pero Diego volvería a sorprender a todos. A propios y a ajenos. Al mediodía, tras una sesión de entrenamiento en el CENARD, sin anticiparle nada a su representante ni a los dirigentes, se duchó, se cambió, pidió salir al aire por radio, nos endulzó los oídos y nos habló de amor:

> Estoy desesperado. Estoy dispuesto a hacer cualquier concesión por jugar en Boca. Podemos decir un montón de cosas, pero cuando te acordás del

recibimiento que hace la gente de Boca, mueren todas las palabras. Me acuerdo también de los muchísimos esfuerzos que hace la gente para ir a la cancha, porque Boca es pueblo, es algo que va más allá de todo lo que podamos hablar, de todo lo que podamos decir. Estoy muy feliz por la propuesta. Ya me siento jugador de Boca.

El sueño comenzaba a hacerse realidad.

* * *

Pasadas apenas cuarenta y ocho horas de ese «Sí, quiero», declarado por radio, Diego se sacó fotos con la azul y oro, fue a la Bombonera a ver a sus futuros compañeros y tres días más tarde ya estaría entrenando con ellos.

El contrato recién sería rubricado un mes y medio después, pero ¿qué tanta formalidad puede necesitar alguien que entrena con los cordones desatados? ¿Cuánto papeleo puede requerir un club que eligió sus colores mirando barcos en el puerto? «*You had me at hello*», como le dijo Reneé Zellweger a Tom Cruise en *Jerry Maguire,* película que por esos días estaba en preproducción.

Los dirigentes de Boca supieron de la confirmación de Diego al mismo tiempo que los hinchas. «!Yo también me enteré escuchándolo en la radio! —exclama Coppola treinta años más tarde —. Y no teníamos ni el contrato escrito ni la ingeniería económica cerrada». Una vez que terminó la entrevista radial, Diego llamó a su amigo y representante, luego a Heller, y pidió que lo comuniquen con Marzolini. Faltaban casi cuatro meses para que quedara habilitado a jugar y Boca disputaba las últimas fechas del Clausura, con bajos rendimientos y lejos de los primeros puestos. Y tanto Maradona como los dirigentes querían reforzar el plantel para pelear por el siguiente campeonato.

Diego encaró algunas gestiones personalmente. Fue clave para convencer al Kily González de que rechazara la oferta del Real Madrid para venir a jugar con él a Boca. Con apenas 20 años, el Kily tenía un precontrato con el Merengue listo para firmar. Una tarde, llega a su casa y lo recibe su padre:

—Te llamó Maradona, en media hora te vuelve a llamar.
—Sí, claro, y después llaman Moria y Susana para hablar con mamá, ¿no?

La expresión de ansiedad de sus padres lo convenció de que decían la verdad: el que había llamado al teléfono de línea de su casa era Diego Armando Maradona.

—¡Hola Kilyto! ¿Cómo estás? —lo saludó el 10 un rato más tarde, mientras él hacía esfuerzos para poder emitir palabras.
—Hola Diego, un gusto.
—¿Es cierto que te vas a Real Madrid?
—Sí, me voy a jugar a España.
—¿Pero no querés venir a jugar a Boca conmigo?

El Kily sintió derretirse por dentro. Aceptó inmediatamente, y a los pocos días estaba entrenando con su gran ídolo.

Darío Scotto también estaba negociando su pase a Boca desde Central. Bostero desde chico, tenía decidido cumplir su gran ilusión, pero su representante insistía en tratar de convencerlo de que fuera a River, con el argumento de que su estilo de juego se adaptaría mejor allí. «Una tarde estaba jugando al paddle y me dicen que fuera a atender el teléfono, que me llamaba Maradona. Yo recién les creí cuando le reconocí la voz. Me dijo que quería que fuera a jugar con él, que íbamos a armar un gran equipo. Le conté que para mí sería un sueño, que yo me despertaba los domingos a la mañana para verlo en el Nápoli», recuerda hoy el goleador.

Diego también pidió públicamente incorporar a Pablo Lavallén y al defensor estadounidense Marcelo Balboa, llamó personalmente a Renato Gaúcho y le pidió a Navarro Montoya que se quedara. Sin embargo, el objetivo número uno de Maradona, y del club, tenía dos nombres, un apellido y una melena rubia como la franja que atraviesa nuestra camiseta.

Con la llegada de Claudio Paul Caniggia, Boca hizo realidad lo que hasta entonces era un sueño reservado para la Selección Argentina: reunir al mejor jugador de la historia con la gran figura de la celeste y blanca en lo que iba de la década. Diego y Cani fueron presentados juntos en la Bombonera, en medio de ese

hermoso caos organizado tan típico del mundo Boca, con periodistas intentando hacer su trabajo en medio de hinchas cantando por el Xeneize y contra River.

«Boca es el 75 por ciento del país. Por eso tenemos un compromiso especial, debemos responderle sí o sí a la gente», se entusiasmó el 10. «No mentí cuando dije que soy hincha de Boca desde chiquito», fue la declaración de amor al club de Caniggia.

Ambos contratos fueron resultado de una compleja alquimia entre Boca y el grupo América, de Eduardo Eurnekián. Diego firmó un contrato con Boca hasta diciembre de 1997, por un préstamo en el que no cedía su pase, ni los derechos de su imagen. Boca le pagaría una prima y un sueldo que estaban muy alejados del contrato propio de una estrella. Es que la parte más importante era la que vinculaba al grupo América con Maradona y con el club. El grupo de Eurnekián aportaba unos diez millones de dólares al jugador durante esos dos años, a cambio de los derechos de transmisión de once amistosos de Boca con Maradona, cedidos por el club. Y además, él se comprometía a participar de programas del canal América.

En agosto, comenzó el torneo de Maradona en Boca, aunque sin Maradona. La FIFA había rechazado el pedido de acortar la suspensión, que regiría hasta fines de septiembre. Antes de que quedara habilitado, Boca jugó 6 partidos de ese Apertura 95. Ganó los primeros dos —con muchas dificultades— y empató los cuatro siguientes. El clima de ansiedad por la llegada de Diego y por lograr un campeonato era grande, y se retroalimentaba entre las tribunas y los jugadores.

En la primera fecha, contra Huracán en la Bombonera, Manteca Martínez, en el festejo de su gol, le mostró el dedo del medio a un hincha del palco que lo había insultado. Recibió dos fechas de suspensión por parte de la AFA. También fue expulsado Márcico por doble amarilla, y Marzolini por entrar al campo de juego en pleno encuentro y encarar al árbitro para protestar. En la previa, Soñora había declarado a la prensa que no podía creer que el DT no lo pusiera como titular. El clima siguió tensionándose por nuevas quejas

a cielo abierto, como la de Medero por perder la titularidad o la de Caniggia por recibir pocas pelotas.

El caos interno crecía y Diego, aún sin poder entrar a la cancha, intentaba poner orden: «Acá tenemos que tirar todos para el mismo lado. El que venga a entrenar con cara de culo se tiene que ir. Esto es Boca y se necesitan ganas, huevos para defender esta camiseta. Sería feo echarle la culpa a Marzolini ahora. Eso es de cobardes, hay que ponerse a trabajar. Por eso voy a armar una reunión con el Beto Márcico y Carrizo, el capitán. Quiero que las cosas queden claras».

* * *

El regreso estaba programado con un amistoso en Seúl contra la selección de Corea del Sur, el 30 de septiembre, y con su debut oficial contra Colón, el 7 de octubre.

Diego llegó a Corea una semana antes del gran evento. Venía de un viaje que primero lo había llevado a París, para el lanzamiento de la Asociación Internacional de Futbolistas Profesionales, y luego a Turquía, por un partido a beneficio de los chicos de Bosnia. Al llegar a Seúl, tuvo un recibimiento digno del rey que era.

El evento fue literalmente una cuestión de Estado. Los presidentes de ambos países recibieron a los equipos en el campo de juego, se entonaron los himnos y hasta dos enemigos del fútbol argentino, como Carlos Bilardo y César Luis Menotti, depusieron las armas y asistieron al estadio, aunque sin cruzarse. Menotti trabajaba para la empresa de Eurnekián y Bilardo para Torneos y Competencias, de Carlos Ávila.

En los días previos, dio a luz al famoso mechón amarillo, que sería una marca registrada de esa nueva etapa que comenzaba a vivir. El disparador fue que Passarella venía poniendo como requisito tener el pelo corto para jugar en la Selección. Maradona lo había criticado, y quería reforzar su postura. Fue a la peluquería de las celebridades de Seúl y tiñó de amarillo una franja de pelo que recorría su parietal derecho. «Todo en repudio» escribió junto a su autógrafo antes de irse. «Esto es para los pelicortis», agregó.

Cuando llegó el debut, a pesar de su ansiedad, la procesión iba por dentro. Diego entró a la cancha sereno, por momentos serio, por momentos sonriente, saludando al público.

Se mostró activo, movedizo, buscando tocar de primera y asociarse con volantes y delanteros, y metiendo pases certeros. «Estaba bárbaro, impecable. Recuerdo que lo entusiasmaba formar la delantera con Manteca Martínez», rememora Arruabarrena, que ingresó en el segundo tiempo. El primer gol vino de un córner pateado por Maradona, que Mac Allister mandó a la red de cabeza. «Así me gané una camisa Versace suya. Antes del partido me había dicho que, si metía un gol, me la regalaba», recuerda el Colorado. Corea empató justo antes del descanso. El 10 se fue reemplazado por Márcico cuando faltaban dos minutos, justo antes de que Martínez pusiera el 2 a 1 definitivo.

«Estoy muy contento por mis hijas, hablé con ellas y lloré muchísimo. También por doña Tota, que cuando iba al mercado le gritaban "Efedrina". Fue un año y medio muy duro.»

La primera escala del regreso estaba cumplida. Y faltaba lo mejor.

De Brandsen 805 a Segurola y Habana

«Volver a Boca fue como parir después de un embarazo de catorce años», escribió en *Yo soy el Diego.*

Luego de una década y media viéndolo vestir camisetas celestes, blancas, rojas y negras; de madrugar los domingos para ver cómo guiaba a un pueblo a la gloria en Italia; de verlo comprobar cuánto pesa la Copa del Mundo, al fin volvía a ponerse la azul y oro y a pisar la Bombonera.

Las entradas para ese histórico Boca-Colón se agotaron en apenas tres horas, con una fila que se había formado desde el día anterior. La mañana del partido trajo una sorpresa desde la vereda de enfrente. El Beto Alonso le escribió una cariñosa carta abierta a Maradona. Bajo el título «Sos el fútbol sin traiciones», ese viejo

adversario así le daba la bienvenida a un amigo: «Quiero decirte que te voy a respaldar a muerte en este regreso, porque vos sos el último gran sobreviviente de una camada distinta en un fútbol argentino, hoy tan robotizado».

Cuando el plantel salió de la concentración rumbo al estadio, un detalle llamó la atención. Mientras el resto de los jugadores vestía el uniforme oficial del club, Maradona lucía una remera blanca, que tenía estampada una foto suya junto a Caniggia, ambos con la camiseta de Boca, y bajo una lluvia de papelitos azules y amarillos. Y, en su espalda, un número 12. La historia de esa prenda es una pintura de los tiempos que corrían, y de una filosofía de vida de Diego. La protagoniza un matrimonio de apellido Calabria, que tenía una pequeña empresa de pelotas deportivas que estaba al borde de la ruina, como consecuencia de la apertura de las importaciones, según contó décadas más tarde su hijo, Alejandro.

«Mi viejo decidió fabricar esa remera, que se empezó a vender como pan caliente. Una semana antes del regreso del Diego, recibe un llamado con la voz de una mujer. "Hola, ¿hablo con el dueño de la empresa? Usted está usando la imagen de mi marido y no tiene los derechos". Mi viejo, al principio, creyó que era una joda. Luego comprobó que era la mismísima Claudia Villafañe. Le pidió disculpas y le contó la historia de su empresa. Quedaron en volver a hablar. A los dos días ella lo vuelve a llamar y, solamente, le pidió que donara unas pelotas con cascabel para una institución de personas no videntes que amadrinaba. Mi padre donó el doble de pelotas que habían acordado».

A Diego le gustó tanto la remera, que decidió vestirla en ese día tan especial. Ya en el micro, se sentó en la primera fila, en soledad, para contemplar lo que iba ocurriendo a su paso. «Quería escuchar de la gente "hoy vuelve el Diego". Bueno, acá está "el Diego", como me enorgullece que me llamen. En ese trayecto hasta la cancha llegué a ver a algunos pibes que se marcaban la banda de River sobre el pecho y me decían "igual te quiero". Ya está, ese es mi triunfo».

El evento captaba la atención del mundo. Cerca de cien corresponsales de medios extranjeros fueron acreditados. De Suecia

a Colombia y de Francia a Israel. *Sports Illustrated,* el *Financial Times, L'Equipe,* y otros 18 medios internacionales.

La recepción de la hinchada fue verdaderamente única. A la lluvia de papelitos y el «Boca, mi buen amigo», se sumó el humo azul y amarillo —no tan habitual en esos tiempos— que avanzó desde las áreas hacia el resto del estadio. «A mí nunca me habían temblado las piernas en una cancha, y ese día eran un flan. Y eso que yo ya tenía casi treinta años. Fue impactante», recordaría Fabián Carrizo. «Jamás vi la Bombonera como ese día, ni antes ni después. En la popular estaban todos apretados, en la platea había dos personas por butaca», agrega Scotto.

Y en eso apareció Diego. Y, por unos instantes, la vida en la Bombonera transcurrió en cámara lenta.

Emergió del túnel en el mismo estado hipnótico que las 60 mil personas que lo aguardaban. Giró su cabeza para dedicar una breve mirada a quienes lo alentaban desde las primeras filas de la platea baja. Comenzó a caminar con la vista apuntando al suelo. Se persignó apenas sintió el césped bajo sus botines. Contempló por un instante la tribuna que da a Casa Amarilla y corrió hasta el círculo central.

Papelitos, gritos, sonrisas, bengalas, fuegos artificiales, el Diego. El Paraíso en la Tierra.

Giró sobre sí mismo, con los brazos en alto, para saludar a su público. Pateó fuerte una pelota hacia arriba. Arengó a sus compañeros, los llamó con un gesto para que se unieran al retrato grupal y, antes de cruzar sus brazos y mirar fijo a los fotógrafos, cargó energías y descargó tensiones con un «Vaaaaamos Boooocaaa».

«Él estaba muy feliz, vibrando como un niño, era un regreso soñado para él. Diego era feliz en Boca. Era todo para él. Boca era la idolatría del pueblo que él había soñado de chico», recuerda el Colorado Mac Allister, quien salió detrás de él por el túnel.

Mientras decenas de reporteros gráficos ametrallaban al once inicial, su cara de emoción lo expresaba todo. Estaba viviendo el sueño que esperó catorce años. Ni siquiera le importó que un hincha

se acercara e hiciera lo que él más odiaba: agarrarlo del hombro. Siguió en trance, consciente de que nunca olvidaría ese momento.

Volvió al centro del campo con esa particular carrera que es una de sus marcas registradas: Pequeños arranques y frenos, saltitos para un costado y para el otro, sin dejar nunca de avanzar y mareando a los fotógrafos que intentaban seguirlo.

No existe un 10 en el mundo al que el número le quede como a él. El uno y el cero acaparan, gigantes, su pequeña espalda. El cuello amarillo, novedad del modelo de Olan que Boca estrenaba ese día, hacía juego con su mechón *repudiador,* y con el arito de oro, del que colgaban los primeros dientes de Dalma y de Gianinna, que se hamacaban en su oreja con cada movimiento.

Con el estadio en plena ebullición, Diego se inclina para atarse los cordones, pero su mirada no se dirige a los botines. Sus ojos se fijan al frente y su boca se abre, ante la sorpresa de la tarde. Una caja gigante ha sido llevada hasta la mitad de la cancha, escoltada por dos muchachas que le piden que se acerque. Lo saludan con una sonrisa mientras él, desconcertado, intenta descifrar el misterio. Su expresión lo dice todo: no tiene idea de qué se trata. Casi todos los sueños tienen detalles surrealistas, difíciles de entender cuando uno se despierta. Y ahí estaba Maradona, viviendo su sueño de regresar a Boca, pero frente una caja de madera más grande que él mismo, emplazada en el medio de la Bombonera.

La caja se abre y descubre a Dalma y a Gianinna, que sostienen un cartel que dice «Gracias Papá». Su cara se transforma, su alma se quiebra. Las abraza como nunca abrazó a nadie en un campo de juego. Llora como nunca lloró con botines puestos.

Enrique Macaya Márquez, comentarista de la transmisión, advierte en tiempo real: «Él solo sabrá si esta sorpresa le hace bien o no». Por la noche, Diego develaría esa incógnita: «Con toda la buena voluntad, les agradezco a Claudia y a Guillermo, pero le erraron. Yo estaba metido en el partido, listo para encarar a los defensores y esto me sacó. Estas sorpresas no van. Tardé 45 minutos en entender el partido».

Boca salió a la cancha con Navarro Montoya; Soñora, Gamboa, Fabbri, Mac Allister; Saldaña, Carrizo, Kily González; Maradona;

Martínez y Caniggia. «El arma de Chéjov» es un principio de la dramaturgia que el propio autor ruso explicó con un ejemplo: si en una obra se describe un rifle en la pared, ese rifle luego debe ser utilizado. Apelando a ese recurso, por ahora simplemente diremos que en el banco de suplentes se encontraba Darío Scotto.

Los veintidós jugadores ya estaban en el terreno de juego. Los hinchas rebalsaban el estadio y hasta ocupaban el techo de los palcos. Y, finalmente, ocurrió. El árbitro, Francisco Lamolina, hizo sonar el silbato. Y Maradona volvió a jugar oficialmente en Boca.

Sería imposible hablar hoy con los 60 mil hinchas presentes ese día en la Bombonera para comprobarlo, pero, sin dudas, a todos nos pasó lo mismo: no podíamos dejar de mirarlo. No importaba dónde estuviera la pelota, quién la llevaba, si había un lateral o un saque de arco. Todos lo mirábamos a él, todo el tiempo. Tratábamos de convencernos de que eso que veíamos era realidad. Era Diego. Y había regresado.

El juego comenzó parejo y disputado en la mitad de cancha. Los sabaleros quisieron dejar en claro que no venían a ser los testigos del casamiento, y se pusieron ásperos. Enzo Trossero, DT de Colón, dispuso una marca en zona, en la que casi todos los defensores y volantes iban sacando turno para atender al 10 de Boca.

Pronto surgiría el germen de una de las frases más recordadas de Maradona.

A los 24 minutos, Julio César Toresani se hace acreedor de una amonestación por un leve *foul* táctico a Saldaña. Segundos después, Maradona salta a cabecear, Ameli toma envión y lo golpea en la cara con su brazo. Cuando Diego se levanta, por algún motivo, Toresani va a increparlo y provoca una pelea generalizada. El tumulto se desarrollaba a metros del área de Colón, pero incluso Navarro Montoya corrió hasta allí para tratar de llevar paz a ese campo de batalla. Mientras tanto, como banda de sonido, La 12 avivaba el fuego con un «*No pasa nada / adentro pega Boca / y afuera pega la hinchada*».

Lamolina, hombre con una fe en el diálogo que emociona, llama aparte a Maradona y a Toresani. Ambos escuchan al juez, ensayan alguna tibia queja, pero parecen terminar fumando la pipa de la paz.

Sería solo un breve período de calma entre guerras. Minutos después, cae la pieza del dominó que generaría la reacción en cadena que haría famosa la esquina de Segurola y Habana.

Caniggia fue a presionar la salida de Unali con una plancha que, si los bosteros debiéramos declarar bajo juramento, no nos quedaría otra que confesar que merecía expulsión. Pero está claro: Lamolina prefiere revolear su tarjeta de crédito en una joyería de Mónaco, antes que una roja para un jugador local. Y, sobre todo, si se trata de Claudio Paul Caniggia en el día del regreso de Maradona.

Pero incluso antes de que el árbitro le exhibiera el magro cartón amarillo al Pájaro, Toresani ya estaba nuevamente increpando al juez. «Si esto es un partido homenaje a Maradona, avisanos», le recriminaba, según recuerda su compañero Saralegui. Y termina discutiendo, otra vez, con el 10 de Boca. Lamolina los vuelve a juntar, pero esta vez los amonesta a ambos. Toresani ya tenía tarjeta amarilla, por lo que recibe la roja. Se enfurece, pero no con el árbitro. Se la agarra con Diego, que intentaba ser apartado por sus compañeros.

De lo que vino después, solo quedó para la posteridad la furia de Maradona, condensada en la mera verbalización de su domicilio postal. Sin embargo, apenas terminado el partido, esa guerra nuclear no estaba en el horizonte.

Cumpliendo con la máxima de que «lo que pasa en la cancha, queda en la cancha», el primer reflejo de Diego fue bajarle el tono a la discusión. Por la noche, en una cena-fiesta que fue transmitida en vivo en *Fútbol de Primera,* ante la pregunta inicial, elogió a quien pronto fulminaría:

> Creo que nos equivocamos los dos. Lo que pasa es que al Huevo Toresani le habían sacado la amarilla antes y, bueno, la ligó él. Pero yo le pedí a Pancho que no lo echara, por más que eso nos beneficiara, porque el Huevo estaba jugando bárbaro.

Pero claro, Diego aún no sabía que, por la tarde, en los vestuarios de la Bombonera, Toresani había dejado una bomba de tiempo. En una nota grabada para *Fútbol de Primera,* este soldado

raso del fútbol le declaraba la guerra al Gran Almirante del balón mundial:

> A mí me echó Maradona, y lo que él diga cuando escuche esto no me importa un carajo. Quisiera tenerlo enfrente, a ver si me dice las cosas como las que me dijo, que después del partido me iba a agarrar. Yo me la banco. Lo iría a buscar hasta la casa.

Apenas vio y escuchó eso, Maradona respondió con artillería pesada. En uno de sus discursos memorables de todos los tiempos, este barrilete cósmico de la palabra disparó:

> A Toresani le dije en la cancha que yo vivo en Segurola y Habana 4310, séptimo piso. Yo le digo que llevo 20 años en el fútbol y él no se puede hacer el *sheriff* adentro de la cancha. Yo no lo eché a él. Al contrario, a ver si este Toresani, que no existe, le pregunta a Lamolina si no es verdad que yo le dije que no lo eche. Y esto lo juro por mis hijas. Entonces le vuelvo a repetir: Segurola y Habana 4310, séptimo piso. Y vamos a ver si me dura treinta segundos.

Mucho se ha hablado, visto y recordado sobre esta pelea con Toresani. Revisando detalles y archivos, 30 años después, sobresale un asombro general ante la actitud del Huevo. Como si hubiese ido esa tarde a la Bombonera directamente con el objetivo de pelear y provocar al gran protagonista de la tarde. «La actitud que asumió Toresani contra Maradona fue una sorpresa: censuró cada intervención de Maradona, lo insultó de arriba abajo cada vez que se cruzaron», advirtió la crónica de *Clarín.* «Toresani no vino a jugar un partido de fútbol, vino a pelear. Su objetivo era Diego. Analizando bien todas las imágenes me atrevo a decir que Toresani no vino a jugar un partido común», remarcó Quique Wolff en su informe para Telefé.

¿Por qué Toresani actuó así? No lo sabemos. Pero, visto a la distancia, aparece sobre la escena la sombra de Daniel Passarella, por entonces entrenador de la Selección y muy enfrentado con Maradona desde hacía unos diez años.

Marcelo Araujo, en su relato en vivo para la televisión, cuando Toresani tocó una de sus primeras pelotas, soltó: «¿Qué hacés, Huevo? ¿Así que te llamó Daniel Alberto hoy a la mañana?». Passarella había dirigido a Toresani en River. Dos días más tarde, en una declaración que tuvo escasa repercusión, Toresani lo desmintió: «Passarella no habló conmigo, sino con Trossero y él solamente me transmitió sus saludos».

Lautaro Toresani es hijo del Huevo, vive en Italia y lleva la firma de Maradona tatuada en una pierna. Y, a treinta años de la pelea entre su padre y el hombre del autógrafo indeleble, revela las charlas que tuvo con su papá sobre el tema: «Mi viejo me contó que esa mañana Passarella lo llamó para decirle que lo tenía en la lista para jugar en la Selección. Y que lo volvió a llamar unos días después para aconsejarle que parara la mano, que no siguiera la pelea con Maradona. Passarella lo quería mucho a mi papá, tenían una muy buena relación».

¿Qué habrá pasado entonces aquel día? ¿Passarella le habrá pedido que provocara al 10 en ese partido tan especial? ¿Toresani habrá querido quedar bien con el DT peleándolo a Diego? ¿O habrá sido una simple calentura, de un jugador justamente reconocido por su temperamento?

La única respuesta posible a estas preguntas descansa en la memoria del recordado Julio César. Dos cosas sabemos hoy, con este *diario del lunes.* Una, que Toresani nunca fue convocado a la Selección Argentina. Y la otra que, afortunadamente, su relación con Maradona tuvo un final feliz y bostero, como veremos más adelante en estas páginas. Por lo pronto, algo no muy recordado, es que la primera paloma de la paz fue soltada por Diego, apenas cinco días después del partido: «Quiero pedirle perdón a Toresani y a la gente, porque en un momento de calentura dije algo muy feo. Lo voy a invitar a mi casa, pero a comer, con toda su familia».

> Coppola lo llamó al representante de mi viejo para organizar un asado, que al final no se concretó —cuenta Lautaro—. Yo no creo que ese llamado de Passarella haya influido en la pelea que tuvieron, aunque tampoco lo puedo asegurar. Lo cierto es que después Maradona lo pidió a mi papá para Boca y

> que, cuando estaba dirigiendo en Sinaloa, lo quiso llevar a su cuerpo técnico porque se enteró de que la estaba pasando mal. Para nuestra familia, el Diego es lo más grande que hay.

En cambio, hubo dos personas que tomaron como propia la invitación de Maradona y esa semana sí se acercaron a Segurola 4.310.

Uno fue Julio Ramos, fundador del diario *Ámbito Financiero.* Días antes, el periódico había llamado «bocón» a Maradona, quien respondió calificando a Ramos de «cornudo» en la conferencia de prensa posterior al partido contra Colón. El martes, Ramos se acercó al edificio de Villa Devoto para invitarlo a pelear. Lo hizo acompañado de un escribano, para que diera fe de todo lo que ocurriera, y de una médica «por si alguno salía lastimado». Tocó timbre y, como era de esperarse, solo encontró indiferencia.

El otro fue un niño de once años de edad llamado Carlos Alberto Martínez, aunque años más tarde cambiaría su apellido por otro, con el que se haría famoso en todo el mundo: Tevez. Era fanático de Boca y solía ir a los entrenamientos para conseguir autógrafos de los jugadores. Al día siguiente de que Maradona diera su dirección por TV, convenció sus amigos Leo, Rulo y el Colorado, y juntos se tomaron el colectivo con la misión de obtener una firma del DIEGO (10). Tal como cuenta Sebastián Varela del Río en su libro *Tevez, corazón apache,* Carlitos tocó el timbre, pero Claudia Villafañe respondió que su gran ídolo se había ido a la casa de un amigo. Con el tiempo, Boca se encargaría de unirlos.

* * *

A diferencia del incidente con Toresani, hay otro hecho absolutamente trascendental de aquel Boca-Colón, pero que no quedó en la memoria. Y es que ese día, la hinchada xeneize evitó que le hagan un gol a su equipo. Más que nunca, un Jugador Número 12.

Fue en una jugada que comenzó con una rareza: Mac Allister apareciendo en posición de 8. Claro que no se trató de un avance

con pelota dominada, sino que el Colorado se tiró a los pies de un rival para intentar cortar el juego. No lo consiguió y, además, dejó libre su callejón, el del lateral izquierdo. Por allí terminó ingresando al área Saralegui, sin marca. Un mano a mano con Navarro Montoya que, con el encuentro 0 a 0, tenía destino de aguar la fiesta del regreso de Diego.

Intentó definir de primera y al primer palo, pero su remate se fue muy desviado. Sin embargo, lo que pareció simple impericia del volante uruguayo, tiene muchos años después otra explicación por parte del propio protagonista:

«Perdí de vista la pelota porque el césped estaba lleno de papelitos que había tirado la gente. Sé que suena a excusa, pero es la verdad. Yo no solía errar cuando enfrentaba al arco. La verdad que ese día la cancha era una caldera», afirma Saralegui, quien, además, se quedó con una de las camisetas que usó Maradona aquella tarde.

* * *

En ese primer partido oficial, Maradona asumió su rol natural de conductor, asociándose con el Kily, con Saldaña, con Caniggia, con un Mac Allister que se proyectaba una y otra vez. Y no solo mostraba su magia en sus pases milimétricos, sino que también se animaba a encarar y a llegar hasta la línea de fondo para tirar centros.

Pero faltaba apenas un minuto para el final de ese Boca-Colón, y el 0 a 0 parecía indestructible. Hasta que el héroe de la tarde, «el arma de Chéjov» de esta obra, entró en acción.

Darío Scotto había ingresado por Manteca Martínez a los 16 minutos del segundo tiempo. En una de sus primeras intervenciones, saltó a cabecear y Ameli le dio un golpe en la cara. Quedó tendido en el suelo con la nariz sangrando. «Me fracturaron el tabique, después me tuve que operar. Hoy no me dejarían seguir en cancha», rememora treinta años después. Lo sacaron en camilla y, tras ser atendido por los médicos, volvió convertido en nuestro Rocky Balboa

herido y dispuesto a darle el golpe de gracia al Apollo Creed sabalero.

Llega el minuto 90. Al Kily González le queda la pelota por izquierda, y tira un centro esperando el milagro, que por fin sucede. Solo eso explica que, por primera vez en el día, haya un jugador de Boca sin marca en el área chica, y a punto de impactar la pelota.

Scotto cabecea a la gloria, celebra de cara a la hinchada y solo se acordará de volver a limpiarse la sangre de la nariz cuando termine de atender la fila de abrazos.

Maradona corre a festejar el gol hacia los palcos, de frente a una bandera azul y amarilla que lleva grabados los nombres de Claudia, Dalma y Gianinna, que la sostienen entre gritos y llantos. «Cuando vi que la pelota entraba, giré, quise correr y gritar, pero no me salía nada. Desde arriba del palco un pibe me gritaba «¡Sos un animal, sos un animal!» y a mí no me salía la voz… Entonces empecé a pegarle a los carteles con las manos», relataría un rato después. En su camino, abraza a Gamboa, de quien luego dirá que fue la figura de la cancha, y a quien le regalará el premio Chamigo.

Los pocos minutos del descuento pasan, el partido termina y la Bombonera es feliz. Maradona corre dando saltos. Los fotógrafos se arremolinan. En medio de esa marea, dice sus primeras palabras para la televisión. Su voz y su cara irradian felicidad, pero sus palabras aconsejan prudencia: «Tengo que reconocer que Boca jugó mal, pero buscó siempre. Tenemos que corregir muchísimos errores», alcanza a decir antes de que la entrevista sea interrumpida por 60 mil personas que braman: «*Vení, vení / cantá conmigo / que un amigo vas a encontrar / que de la mano / de Maradona / todos la vuelta vamos a dar*».

«Boca es el amor de mi vida. Y quiero agradecerle a toda la gente que vino a la cancha», alcanza a agregar como remate. Aún sobre el césped, se abraza a sus compañeros, y juntos saludan a la hinchada. Sonríe y se retira del campo de juego tal como había ingresado: se acerca al túnel, se persigna, mira a la gente que le agradece desde la platea baja y a punto de sumergirse rumbo el vestuario exclama, aliviado:

«Vaaaaamos Boooocaaaa».

Big Bang Maradona

El regreso triunfal de nuestro crack fue un sismo que, si bien tuvo su epicentro en Brandsen y Del Valle Iberlucea, generó una onda expansiva que conmovió al fútbol argentino y sus alrededores. Y que puso a Boca en carrera, tanto gracias a los tres puntos de la victoria frente a Colón, como al shock anímico de esa jornada inolvidable.

Los primeros en sentir que el nuevo Boca de Maradona les movía el piso fueron los hombres de negro. «Los árbitros van al psicólogo por Maradona», tituló en tapa el diario *Clarín* el martes 10 de octubre. «Van dos veces al mes para hablar de sus problemas, y ahora el tema central es Diego. La mayoría dice que dirigirlo es una presión extra», agregaba la bajada.

Desde la vereda de enfrente, por algún motivo, el entrenador de River, Ramón Díaz, sintió la necesidad de dar una entrevista para expresar que el regreso de Maradona no le parecía trascendente, y que no tenía nivel para jugar en la Selección.

Puertas adentro, las ganas de ser parte del Boca de Maradona siguieron generando quejas privadas y públicas de los jugadores que perdían terreno. La más fuerte fue la de Walter Pico, quien criticó al entrenador con una dureza muy poco habitual: «Si ni siquiera voy al banco de suplentes, no sé para qué carajo juego bien. La verdad es que estoy muy caliente, puedo llegar a decir cualquier cosa. Creo que todos coincidimos en que el técnico no sabe nada», declaró el volante.

Y si hablamos de fútbol y de la década del 90, no podía faltar la opinión del presidente de la Nación. «Maradona deberá mostrar un buen comportamiento en la cancha. Y si comete faltas disciplinarias, deberá atenerse a las consecuencias», opinó Carlos Menem.

Los entrenamientos de Boca eran cubiertos por la prensa casi como si fueran finales del mundo. Se hacían análisis del rendimiento de cada jugador, de las formaciones que disponía el técnico, de las

declaraciones cruzadas y, también, del parte diario de asistencias, ausencias y llegadas tarde de Maradona.

Estaba a punto de cumplir 35 años, y hacía tiempo que vivía tironeado por sus diversas pasiones, gustos, estilos de vida y problemas de salud, con los que le costaba encontrar un equilibrio. Lo intentaba, llevando un ángel y un demonio en cada hombro. Por lo pronto, no permitía que nada afectara su convivencia con el plantel. «Diego tenía el problema de su adicción que lo erosionaba, pero como compañero era excelente. Un tipo afectuoso, de muy buen corazón», recuerda Navarro Montoya. «Él nunca nos hablaba de lo que le pasaba. Igual nosotros tratábamos de cuidarlo siempre todo lo que podíamos, porque no solamente era nuestro líder, sino que aparte era nuestro ídolo», reflexiona Mac Allister.

Para el equipo, la incorporación de Maradona fue una solución dentro y fuera de la cancha. «Él venía siempre muy contento, con muchas ganas. Y nos quitaba toda la presión, se la comía él. Más allá de que Boca siempre mueve multitudes, a partir de que vino Diego nosotros no podíamos salir del hotel, siempre había miles de personas esperándolo», recuerda Fabbri.

Esa primera semana posterior al debut contra Colón fue un buen ejemplo de las licencias que tenía permitidas Maradona. Recién retomó los entrenamientos el miércoles. El jueves llegó tarde, pero, según las crónicas, «dio cátedra, mostró toda su magia, hizo un golazo y los titulares ganaron 3 a 0».

Boca entraba en la carrera por el título, surfeando las olas del tsunami que nuestro ídolo estaba generando en el *Planeta Boca* y sus alrededores.

A vivir, que son dos meses

Los 57 días que siguieron al encuentro contra Colón fueron una seguidilla de emociones y de felicidad como pocas veces habíamos sentido los hinchas en mucho tiempo. Semana a semana, veíamos a un equipo sólido, como Dios manda en la biblia bostera, y que, de la

mano de Maradona, generaba las ocasiones necesarias para convertir, sumar puntos y escalar en la tabla de posiciones.

En cuanto al *Maradona futbolista,* esta versión era bien distinta a la de 1981. Su talento permanecía intacto, pero sus funciones dentro de la cancha habían cambiado. El primer *Diego Nuestro* había sido un número 10 goleador, conformando el mencionado Doble Falso 9 con Brindisi. El que volvió de un largo viaje de mochilas cansadas, en 1995, era un enganche puro. Un elegante crupier que repartía cartas marcadas que se deslizaban hacia sus compañeros con una precisión única.

Su primer gol llegaría en la fecha siguiente, ni más ni menos que contra el club que lo dio a luz como futbolista. Lo curioso fue que, esa tarde, el Bicho tendría a otro Maradona en cancha: Daniel López Maradona, hijo de Ana, una de las hermanas mayores de Diego. Por lo que doña Tota, en ese el Día de la Madre, tendría el privilegio de observar a un hijo y a un nieto jugando un mismo partido.

Apenas comenzado el encuentro, se escucharon silbidos de la hinchada local cuando la pelota descansó en Maradona. Quizás haya funcionado de combustible, porque Diego jugó un buen primer tiempo. Pero los minutos pasaban, y parecía que la tarde nos mandaría a la cama sin postre, y con un desabrido 0 a 0.

Hasta que, a los 25 minutos del segundo tiempo, volvió a hacerse historia frente a nuestros ojos. 5.082 días habían pasado desde el último gol de Maradona en el fútbol argentino, contra San Lorenzo, en 1981.

La oportunidad llegó por un tiro libre en la puerta del área. Maradona acomodó la pelota mientras la hinchada de Boca, desde el arco más lejano, se ilusionaba al grito de «*Maradooooo*».

Es difícil imaginar la intensidad de las emociones encontradas que habrá sentido a partir de que la pelota tocó la red, entrando casi por el ángulo del que —se suponía— era el palo del arquero. Estaba convirtiendo su primer gol en Boca luego de casi 14 años. Su primer gol oficial luego de aquel contra Grecia en el Mundial 94. Lo hacía frente a un club que amaba y que le había dado todo cuando él no era nada. Lo hacía frente a una hinchada que lo silbaba. Era su regalo para el día de su madre, que lo miraba desde la platea. Era

un puñal a su sobrino, que empezaba a sentirse derrotado. Y era, después de todo, un gol de Boca.

Todo eso era y, con todo eso, él debía hacer algo. Y lo que hizo fue trotar en silencio y mirando al suelo hacia mitad de cancha, pidiéndoles con gestos a sus compañeros que comprendieran que, esta vez, su big bang iba por dentro.

Apenas cruzó la línea de cal que divide trincheras en el centro del campo, se arrodilló y se persignó, con la cabeza gacha. Aún en silencio, se levantó para aceptar los abrazos de Carrizo, Márcico y Caniggia.

Su ebullición ardía por dentro. Pero es sabido que lo que hierve no se tapa. Cuando ya todos se disponían a reanudar el juego, explotó. Con la mirada hacia las butacas que ocupaba su familia en la platea, abrió sus manos con las palmas apuntando al suelo, como quien pide calma. Tomó aire dos veces con fuerza y lo exhaló soplando con intensidad. En la tercera, largó por fin el aire con un alarido furioso. Una válvula de escape que liberó la sed de revancha que se había jurado saciar cuando comprobó que sus enemigos todopoderosos de la FIFA lo habían dejado con vida en el quirófano en el que se habían propuesto cortarle las piernas.

Contento y eufórico, se acercó al banco de suplentes y rogó el cambio. En los veinte minutos que quedaban, el equipo siguió dominando y sufriendo hasta que, después de tanto tiempo, pudimos decir: ganó Boca con gol de Maradona.

«Podría haber hecho su gol antes, pero está empecinado en darle pases a Caniggia. Siempre le digo que piense más en él cuando está cerca del área, pero él me responde "ahí salió la periodista…"», respondió doña Tota antes de salir del estadio.

Boca se mantenía a cuatro unidades de los punteros (San Lorenzo y River) con dos partidos menos.

* * *

Los dos viajes de ese Boca al interior del país mostraron la revolución nacional que había generado el regreso de Diego al club

más popular de la Argentina.

La primera fue al norte, para enfrentar a un Gimnasia y Esgrima de Jujuy que peleaba la punta del campeonato. Miles de personas de esa y otras provincias, y también de Bolivia y de Paraguay, viajaron especialmente a San Salvador para ver de cerca al gran ídolo. Las veintitrés mil entradas puestas a la venta se agotaron rápidamente. Los hoteles de la capital provincial, de los alrededores y hasta de la vecina ciudad de Salta colmaron sus capacidades.

«El fenómeno no llama la atención tratándose de Maradona, pero sí teniendo en cuenta la difícil situación que atraviesa la provincia, con mucha gente que no ha cobrado sus sueldos, paros y movilizaciones previstas incluso para hoy», remarcó *Diario Popular* por aquellos días. De hecho, muchos pagaron su entrada con bonos que la provincia, al no contar con fondos para los sueldos, le había entregado a empleados estatales.

Quien no pareció interpretar la alegría masiva y la importancia de la presencia de Diego en Jujuy fue Carlos «el Perro» Santillán. El líder social tildó a Diego de «desclasado» y dijo que su llegada era un show para tapar las protestas de esas jornadas, sin advertir que el efecto fue exactamente el contrario: las noticias sobre los reclamos se amplificaron. Curiosamente, ese mismo día, desde Río de Janeiro, Zico elogió el sindicato de jugadores de fútbol creado por Maradona un mes antes. «Diego ya hablaba de esto desde que fue campeón en el 86. Lo apoyo totalmente», declaró el brasileño.

El partido se transmitió en vivo para Capital y Gran Buenos Aires por Canal 13, que midió 37.3 puntos de rating, y para el resto del país por TyC Sports. Comenzaba a las 22, las puertas se abrieron a las 18, y tal fue el carácter de fiesta popular, que una hora más tarde, el grupo Los Tekis tocó para todos los que ya habían ingresado al estadio.

Boca ganó por 2 a 1, Maradona fue clave en ambos goles y, tras ser reemplazado, terminó siendo un virtual entrenador desde el banco de suplentes. Marzolini había sido expulsado por el árbitro, Javier Castrilli, por lo que Diego dio las indicaciones en los minutos finales: «¡Alphonse, la puta madre, pasá la línea de la pelota!»,

«Beto (Márcico), ¡tenela! ¡tenela como en el papi fútbol!», «¡Hacele *foul,* Alphonse, hacele *foul*!» «¡Aguantemos que ya termina!».

Diez días después, en Córdoba, la duda sobre la presencia de Maradona —que arrastraba una lesión— hacía que la venta de entradas locales para el partido contra Belgrano marchara a ritmo lento. Los jugadores del pirata llevaban meses sin cobrar sus sueldos, por lo que Luis Artime se comunicó con gente cercana a Diego para pedirle que por favor jugara, porque eso generaría una recaudación que les permitiría cobrar la deuda. Le dijeron que no había forma de que Diego llegara al partido, pero que le trasladarían el pedido. El final de la historia no sorprenderá a nadie: «Vino, jugó, cuando me lo encontré en el césped me abrazó como si me conociera de toda la vida y me dijo "si hace falta, vengo todos los domingos con tal de que ustedes cobren"», reveló Artime mucho tiempo después.

Con una recaudación que superó los 800 mil pesos, Boca le ganó a Belgrano por 1 a 0, Diego fue la figura y el equipo se trepó a la punta del campeonato.

* * *

«Cuando el Diego debutó en primera yo tenía apenas un año. Es lo más grande que hay, jugar contra él es un sueño».

«El sueño de mi vida era poder jugar algún día al lado de Diego. Espero, aunque sea, poder sacarme una foto con él».

«Tengo 22 años y nunca lo vi personalmente en una cancha. Es un orgullo enfrentarlo».

«Está varios escalones arriba de los demás. Todavía no sé cómo lo vamos a marcar, es un tema que conversaremos mucho en la semana».

Vélez era el vigente campeón intercontinental en ese momento y, sin embargo, aún desde ese olimpo futbolístico, así declaraban tres de sus jugadores y su entrenador (Moriggi, Pandolfi, Bassedas y Bianchi), rendidos ante la oportunidad de enfrentar a Maradona.

Así como los árbitros iban al psicólogo y el público de todo el país se revolucionaba con su llegada, para los jugadores rivales enfrentar a Diego era un acontecimiento.

Sucedió también en el partido que siguió al de Jujuy, contra San Lorenzo en la Bombonera. El lateral izquierdo del equipo de Boedo fue Damián Manusovich. Fanático de Maradona, antes del partido arregló con un reportero gráfico para que se quedara a su lado apenas los equipos salieran a la cancha, para poder retratarse junto a su ídolo. No consiguió la foto. Consiguió mucho más.

«Junto al fotógrafo empezamos a correrlo a Diego. La cancha era un coliseo romano. Cuando dicen que la cancha de Boca tiembla, es verdad. Y yo no lo podía ubicar. Estaba desesperado, no me importaba nada más. En un momento, con el partido ya empezado, veo que empieza a caminar para mi lado. Lo recuerdo y se me pone la piel de gallina. Pasa, me palmea la pierna y me dice: "Ruso, buen partido". Yo no podía creer que supiera mi nombre, mi apodo. Estuve cinco minutos en otra», recordó Manusovich.

Contra Gimnasia y Esgrima La Plata, en el sorteo inicial, a la hora de elegir cara o seca, el capitán del Lobo, Sergio Dopazo, era sencillamente un niño frente a su ídolo. «Que elija él que es el más grande», le dijo al árbitro sin poder borrarse la sonrisa embelesada de la cara, y sin dejar de mirar un segundo a Diego.

Todo esto estaba generando Maradona en su regreso. Locura en la gente de Boca. Revolución en cada estadio. Y emoción en sus rivales.

* * *

Desde lo futbolístico, la llegada de Diego dio vuelta al equipo. Sin él, el arranque del torneo había tenido dos victorias y cuatro empates. En cambio, de los primeros ocho partidos que jugó con él, ganó siete y empató uno, que fue el 0 a 0 contra San Lorenzo. Diego mantenía su buen nivel, y era elegido figura en casi todos los partidos.

El equipo avanzaba y él vivía a pleno su romance con el club de sus amores. «Me muero por hacer feliz a esta gente. Doy la vida. Hoy la Bombonera rugía, nunca la vi rugir tanto. Porque hoy Boca fue un equipo», contó ante las cámaras, sentado en el piso del vestuario, en calzoncillos, después de ganarle al Vélez campeón de todo.

El último de esa racha de ocho partidos seguidos fue la victoria por 2 a 0 contra Banfield. El día de la tarjeta amarilla más festejada de la historia.

Maradona acumulaba tres amonestaciones en el torneo. Si recibía una más, sería suspendido por una fecha. Y los siguientes dos rivales de Boca eran Rosario Central en la Bombonera… y River en el Monumental. En pleno segundo tiempo, con Boca ganándole por 2 a 0 al Taladro, Diego le protestó un lateral al árbitro Cordero, quien le mostró la tarjeta amarilla. La hinchada de Boca lo gritó como un gol. Era la forma de asegurar la presencia del 10 en el superclásico.

Sin embargo, él se fue enojado. «Juro por Dalma y Gianinna que no le dije nada al juez como para que me amoneste. No es justo. Yo no me quiero perder ningún partido. Se hicieron eco de las encuestas que decían que yo tenía que ser amonestado para jugar contra River. Y ahora no sé si juego contra River. Porque yo soy caprichoso, pero con estas cosas», declaró en el vestuario.

Lo más importante fue que, en esa fecha 14, Boca amplió su ventaja a 6 puntos sobre los escoltas, Vélez y Lanús. Los medios ya hacían cálculos sobre si Boca podría dar la vuelta olímpica en el Monumental, dos semanas más tarde.

La felicidad estaba al alcance de la mano de Dios.

Del Cielo al Purgatorio

«Estoy en el mejor momento de mi vida».

Así definía Maradona lo que vivía por aquellos días. Había encontrado el equilibrio que tanto había buscado.

El jugador que no podía vivir sin el fútbol, el crack que era indispensable para su equipo, el padre que disfrutaba de pasar tiempo con su familia, el joven de 35 años que salía a divertirse por las noches, el mortal que peleaba por mantener a raya a sus demonios internos: todos ellos por fin convivían en armonía en Diego Armando Maradona en esa primavera de 1995.

Sin embargo, ese delicado equilibrio, esa precisa receta de la felicidad, comenzaría a resquebrajarse en la semana previa al partido contra Rosario Central. No sería un único acontecimiento el que pondría en jaque esa armonía. Al barco de la paz y la alegría de Maradona y Boca comenzaría a entrarle agua por varios costados, dentro y fuera de la cancha.

Primero, el periodista Dante Zavatarelli «reveló» que un control antidóping había dado positivo en ese campeonato. Agregó que el jugador «era conocido» y que el caso había sido ocultado «por razones humanitarias».

Por otra parte, Fernando Miele, entonces presidente de San Lorenzo, declaró que el campeonato estaba «armado» para Boca. Y no era el primero que lo decía. Antes que él, los jugadores de Racing Gustavo Costas, Sergio Zanetti y Jorge Reinoso, habían afirmado lo mismo.

Lo cierto es que, desde la llegada de Maradona, Boca no había tenido ningún penal a favor, no había anotado goles que merecieran ser anulados y, por ejemplo, había sufrido la expulsión de Carrizo en Jujuy a la media hora de juego. Y esas acusaciones terminarían por ser desmentidas en los siguientes dos partidos —contra Central y contra River—, en los que a Boca no le dieron un penal evidente en cada uno.

Pero, en esa semana previa al partido contra Central, Maradona se hartó de los rumores y las acusaciones y estalló: «Los que hablan de arreglo para Boca están calentitos. Estaban esperando que hagamos sapo y sucedió todo lo contrario. Y los que hablan de un dóping están más calientes todavía. El que tiene algo para denunciar, que lo haga con nombre y apellido, así le hago un juicio más grande que la cancha de Boca».

El momento de calma y felicidad de Diego se alteró, primero, con esas falsas acusaciones. Y todo empeoró con una tragedia que conmocionó al país. El viernes 17 de noviembre, Sebastián Passarella, uno de los hijos del entrenador de la Selección, falleció luego de que un tren arrollara su auto en un paso a nivel, en Beccar. Maradona envió una corona de flores, y no asistió esa noche a la Bombonera a ver el partido de Boca contra Central.

Sin él en cancha, Boca se pareció mucho al equipo que era antes de su llegada. Buscando el arco contrario, pero sin ideas, no pasó de un 0 a 0. Un encuentro en el que lo más destacado fue un claro penal a Manteca Martínez que, increíblemente, no fue cobrado por el árbitro Carlos Mastrángelo. Ante la victoria de Vélez, Boca seguía puntero, pero la ventaja se reducía a 4 puntos, con el partido contra River en el Monumental por delante.

Mano a mano

El superclásico de ese Apertura 95 tuvo una gran expectativa previa y muchas discusiones posteriores. Se trataba del primero que jugaba Maradona desde su primera etapa en Boca. Enfrentaría a su amigo Francescoli y se reencontraría con su examigo Ramón Díaz.

«Pasé una semana negra, hubiera preferido no jugar, pero lo voy a hacer por la gente», confirmó tres días antes del partido, que tuvo una recaudación de casi dos millones de pesos-dólares. En la cancha, ninguno de los dos arriesgó más de la cuenta, en un encuentro que, desde el inicio, tuvo cara de empate. Fuera de ella, el encuentro se siguió jugando en las declaraciones.

Cuando a Ramón Díaz le preguntaron cómo había visto a Maradona, picanteó: «No sé, me parece que no estuvo en la cancha. A lo mejor no vino». A lo cual Diego respondió: «Que Ramón Díaz hable con sus jugadores, que buena falta le hace. Porque muchos se quejan de que no les habla», haciendo referencia al rumor generalizado, que indicaba que a ese River lo dirigían los jugadores referentes del plantel.

Astrada, quien fue expulsado a los 40 minutos del primer tiempo, también le apuntó al 10 xeneize, al afirmar que «le había manejado el partido al árbitro», hablándole desde el primer minuto. «¿Le sacaron la segunda amarilla por decirle a Ruscio que yo le manejaba el partido? Estuvo bien expulsado entonces», respondió Maradona. Boca también sufrió una baja, la de Gamboa, echado por insultar al juez de línea.

Pero lo más escandaloso de la tarde llegó sobre el final del partido. Caniggia gambeteó a Burgos, que había salido fuera del área, y remató a un arco vacío. Almeyda se arrojó con los brazos, como si fuera un arquero, y mandó la pelota al córner. Ruscio se guio por el juez de línea, que marcó saque de arco, argumentando que Almeyda no había llegado a tocar el balón.

«¿Querés contar lo que te dijo Almeyda recién cuando te lo cruzaste?», le preguntó un cronista de la televisión a Mac Allister, ya en la zona de los vestuarios. El Colorado sonrió. «No, no quedaría bien que yo lo cuente», respondió, dejando claro que Almeyda le había confesado la evidente verdad.

Tanto Maradona como Caniggia criticaron duramente al árbitro y al juez de línea por no haber cobrado ese penal. Pero, en definitiva, con ese 0 a 0 y una nueva victoria de Vélez —por 2 a 0 frente a Argentinos Juniors— la diferencia se achicaba a dos puntos, con tres fechas por jugar.

En esta danza soy rey sin corona

Si a cada hincha de Boca se le diera la posibilidad de viajar en el tiempo para modificar el resultado de un partido en la historia de nuestro club, ¿cuál ganaría la encuesta? ¿La final de la Libertadores contra River, en 2018? ¿La derrota en la Intercontinental de 2001 contra Bayern Múnich? ¿La del Mundial de Clubes de 2007, contra el Milan? ¿Acaso la final más reciente, contra Fluminense, en 2023?

El 4-6 contra Racing del 3 de diciembre de 1995 fue mucho más que una derrota futbolística. Especialmente, para la generación que

no había visto a Maradona en Boca en 1981. Fue el mazazo a la ilusión de verlo dar una vuelta olímpica con nuestra camiseta.

Posiblemente, la palabra que mejor puede definir aquella tarde es *irreal.* Fue un partido fuera de contexto, un viaje onírico a una pesadilla jamás soñada. Nada de lo que pasó en los primeros minutos de partido tenía sentido.

Era la fecha 17. Boca llegaba invicto. En los dieciséis partidos anteriores sumados, el Xeneize había recibido solamente 6 goles. Pero en esa maldita tarde, Capria, Delgado y el Piojo López pusieron el partido 0-3 a los doce minutos del primer tiempo.

Así y todo, nos fuimos al descanso esperanzados. La luz al final del túnel se había encendido a los 30 minutos, cuando Mac Allister cabeceó a la red un centro de Maradona. A los 44 minutos, Diego puso el 2-3 de penal, luego de que Tchami fuera derribado en el área tras un gran pase del 10.

«En el vestuario se escuchaban más los gritos de la gente que lo que nos decíamos entre nosotros. Nunca me había pasado algo así en un entretiempo, la gente siguió cantando como si continuara el partido. Y nosotros queríamos salir a matar», recuerda Scotto. «Hablaron Marzolini y Diego, y todos estábamos con euforia, seguros de que lo podíamos dar vuelta», agrega Arruabarrena. La salida del equipo para el complemento no tuvo nada que envidiarle al recibimiento que tiene Boca en cada inicio de partido. La cancha explotó, Maradona arengó. La remontada era posible.

La esperanza fue lo último que se perdió. La ilusión duró dos minutos. Capria puso el 4 a 2 y luego metió el quinto a los 15minutos. Vélez había jugado un rato antes que Boca, le había ganado a San Lorenzo y quedaba como único puntero.

Maradona jugó con lágrimas en los ojos los últimos minutos del partido. Habría que bucear en nuestra historia para encontrar un momento tan dramático vivido en la Bombonera.

En la conferencia de prensa posterior, le preguntaron si, en caso de no ser campeón, continuaría en Boca. «Ahora tengo más ganas que nunca. ¿Sabés por qué? Porque los boludos que decían que el campeonato estaba arreglado para Boca, ahora ¿qué van a decir? Son más boludos que antes», respondió con énfasis.

* * *

—Todavía podemos recuperarnos, muchachos. No importa lo que pasó con Racing. No es imposible que seamos campeones, no se olviden que hace seis meses San Lorenzo lo consiguió en la última fecha.

Marzolini arrancó la primera práctica posterior a la derrota con Racing con una arenga que resultaría demasiado optimista. Lo que siguió en esos días, previos al partido contra Estudiantes, fue una interminable seguidilla de explosivas declaraciones públicas de jugadores de Boca, que terminaron de dinamitar el sueño de Boca de salir campeón. Y que, en gran medida, explicarían la bronca de la gente, que se expresaría dos semanas más tarde, en la Bombonera, contra Deportivo Español.

Criticar a Marzolini ya se había convertido en un nuevo deporte de varios jugadores del plantel. En los días anteriores al partido contra Racing, había sido el turno, nuevamente, de Walter Pico: «Soy uno de los mejores jugadores del plantel y no juego. Se va Marzolini o me voy yo». Y también de Cabañas: «Voy a esperar que esto cambie, que el técnico se vaya y ver qué puede pasar aquí».

En esta semana posterior a Racing, a medida que el entrenador fue decidiendo cambios para el siguiente partido, las bombas siguieron cayendo. «Estoy muy disconforme, no lo puedo aceptar. Las explicaciones no me parecieron lógicas», se quejó Soñora al perder la titularidad. «En lo táctico no hemos trabajado en todo el año. Marzolini no me impresionó, creí que sabía más», sumó Manteca Martínez, por citar solo algunos ejemplos.

Ni en la lavandería del club quedaba algún trapo sin secar al sol. Un plantel con grandes jugadores, muchos muy queridos por la hinchada, pero que ventilaban sus quejas como pocas veces se ha visto. Frente a esta situación, antes del entrenamiento del viernes, Maradona avisó: «Tenemos que reunirnos todos en una pieza para decirnos de frente lo que nos está molestando. Me sorprendieron las palabras de Cani (que esa semana había dicho que «en Boca pasan cosas raras») y todo lo que salió publicado. De esto se sale de una sola manera, encerrándonos y hablando de frente».

El partido del sábado por la noche frente a Estudiantes le podía permitir a Boca, en caso de ganar, ser puntero y meterle presión a Vélez, que recibía a Belgrano al día siguiente. Maradona no había concentrado el viernes, pero se contaba entre los titulares. Sin embargo, el sábado, horas antes del partido, Coppola fue el encargado de anunciar la mala noticia del día: «Diego pasó una muy mala noche por una gastroenterocolitis. Se siente muy mal por no poder jugar un partido tan decisivo, pero no puede hacerlo. Pasó toda la noche en el baño, sin siquiera poder salir de su casa para venir a la cancha», explicó.

Cada vez que se ausentaba de manera sorpresiva, surgían los rumores que lo vinculaban con su adicción a las drogas. Y esa adicción no siempre se entendía como lo que es: un problema de salud, que afecta principalmente a quien lo sufre. En muchas ocasiones se lo tomaba como un acto irresponsable, como la elección voluntaria de quien prefiere *estar de joda* antes que cumplir con sus obligaciones. Para una parte importante de la sociedad, las evidencias de que las drogas afectaban y condicionaban la voluntad de los adictos no parecían ser del todo relevantes. El adicto era señalado por sus actos como si estuvieran fundados en la maldad, y no en una enfermedad.

En este caso, por ejemplo, un editorial de la edición de *El Gráfico* del lunes siguiente afirmó: «Nadie podrá tomar absolutamente en serio que un cólico vesicular lo hizo desertar […] Desertó en el momento sagrado, cuando el pueblo de Boca esperaba el último gesto». En *Página 12,* bajo el título «¿El rey se suicida?» el periodista, escritor y reconocido futbolero, Osvaldo Soriano, sorprendía: «En lugar de pegar el faltazo contra Estudiantes, más simple y humilde hubiera sido entrenar un poco con sus compañeros, seguir jugando al tranquito, ganarse a la hinchada. En cambio, optó por abrir un frente de conflicto con quienes más lo quieren».

Aún pasadas tres décadas, Coppola sigue sintiendo bronca cuando escucha ese tipo de interpretaciones. «Diego sufría muchísimo el problema de su adicción, peleaba permanentemente contra eso. Hay gente que todavía cree que eso era un carnaval,

pero era todo lo contrario, era algo que lo entristecía, lo hacía encerrarse y no querer ver a nadie».

No es objetivo de este libro derribar las paredes de la intimidad de Diego para hurgar en su vida privada. Tampoco hace falta: él abrió las puertas de su vida y de su corazón como pocos ídolos populares. Por lo que poco importa si el problema de salud que le impidió jugar aquel sábado contra Estudiantes fue un cólico estomacal o un episodio vinculado a su adicción.

*P*or cierto, esa noche Boca perdió 3 a 1, Vélez ganó al día siguiente, y hasta las matemáticas nos soltaron la mano.

Cabildo abierto, fumata blanca

«Ojalá el sábado me putee toda la Bombonera, así me despido».

La frase, no muy presente en la historiografía maradoniana, fue pronunciada por el propio Diego, en la previa del partido contra Deportivo Español en la Bombonera. Era la última fecha del torneo. Él vivía una semana de mil broncas, algunas nuevas y otras acumuladas, y había anunciado que se iba del club.

Mauricio Macri acababa de asumir la presidencia de Boca, y le había ofrecido a Bilardo el cargo de entrenador. La primera reacción de Maradona fue avisar que, si llegaba el Narigón, él se iría. No quería volver a pelearse con él, como había ocurrido en Sevilla. Y se postuló para ser jugador y entrenador, en dupla con Carlos Fren.

Al mismo tiempo, algunos medios publicaron encuestas, supuestamente realizadas entre hinchas de Boca, que arrojaban como resultado que la mayoría quería a Bilardo como técnico, aún si eso ocasionaba la ida del 10. Diego, además, seguía recibiendo críticas por no haber jugado ante Estudiantes.

Hasta que, finalmente, estalló. Ocurrió en Ezeiza, apenas llegado de Chile, donde Boca había disputado un amistoso. Alternando momentos de furia y otros de profunda emoción, Diego se descargó:

> Yo no quiero ser un estorbo, quiero sumar, porque a Boca lo amo. A los hinchas los quieren confundir los boludos. Después del partido con Racing lloré toda la noche. Tanto lloré, que las nenas me dijeron que, si me iba a poner así, no jugara más. Los boludos dijeron que no quise jugar contra Estudiantes, pero yo tuve un tirón el día anterior practicando córners y una colitis que no me dejaba ni llegar al baño.
> […]
> Resulta que ahora es *vox populi* que Maradona traicionó a Boca. ¿Pero de qué traición hablan? Jugué 25 veces infiltrado. Así que ojalá el sábado me putee toda la cancha, así me despido.

Nos pidió odio, le respondimos amor.

Los hinchas de Boca demostraron que estaban fuera de ese *clima de época* que lo condenaba, y que valoraban su sentimiento y su esfuerzo. Y que las encuestas no habían logrado medir la pasión. No bien Maradona puso un pie en el césped de la Bombonera, la hinchada lo invitó a renovar los votos matrimoniales: «*No se va / y Diego no se va*», fue la primera canción de amor que brotó en la cancha.

Apenas terminado el partido —un 2 a 2 con un gol suyo de penal —, un cronista en el campo de juego, le preguntó: «¿Cómo te vas a ir después de esta noche?». Diego río y respondió: «Sí, la verdad que es imposible irse». Antes del encuentro, había avisado que se guardaría la camiseta que utilizaría ese día, a modo de recuerdo de su último partido en Boca. Pero antes de retirarse por el túnel, se la regaló a los hinchas.

Esa misma noche cenó con Coppola y le pidió: «Andá y arreglá todo con Boca. Me quedo, aunque el técnico sea Bilardo». El propio Guillote reveló en esos días detalles de esa conversación: «El apoyo de la gente en la Bombonera fue lo que lo hizo reflexionar».

Hubo otros motivos por los que aquella fue una noche especial en nuestro estadio. Así como Diego fue ovacionado, el equipo en general fue repudiado con diversos cantitos y con la famosa bandera negra que decía «Gracias por el campeonato», de la que Rafael Di Zeo se arrepintió públicamente treinta años después.

Además de la desilusión por el torneo perdido, en los hinchas pesaba enormemente la bronca por el espectáculo de las

declaraciones cruzadas por parte de los jugadores, encima contra un ídolo del club como Marzolini. El propio Márcico hizo un buen resumen de lo ocurrido en esos últimos 14 días: «Las declaraciones que hicimos no nos hicieron perder el título, pero la verdad es que los jugadores que quedaban afuera hicieron un circo terrible. La gente nos quiere matar y con razón. Jamás pensé que pudiéramos dejar escapar este campeonato. Tenemos que pegarnos un tiro».

Los días que siguieron fueron de esperanza. Luego del apoyo de esa noche por parte de los hinchas, Maradona confirmó públicamente que seguiría en Boca.

La Bombonera tuvo su fumata blanca. *Habemus* Dios en La Boca para 1996.

En la salud y en la enfermedad

El Clausura de 1996 fue el torneo en el que el corazón de Diego y el de Boca latieron a la par. Un campeonato electrocardiograma, con momentos de palpitaciones aceleradas por victorias que hacían soñar con el título, bajas de presión por derrotas y lesiones, y picos de hipertensión por arbitrajes arteros. Con su 10 en cancha, Boca subía. Sin él, bajaba.

Fue el campeonato de la goleada a River, sellada con el beso en la boca entre Maradona y Caniggia.

El de la goleada sufrida ante el Gimnasia de Márcico y los mellizos Barros Schelotto.

El del último gol de jugada en la carrera de Maradona, celebrado hasta las lágrimas.

El de los cinco penales errados por Diego.

El de la gloria al alcance de la mano.

El de la gloria alejada a mazazos y tarjetazos, por un árbitro con aires de *sheriff.*

Maradona había comenzado el año a corazón abierto, siendo la cara de la campaña «Sol sin droga», lanzada por el gobierno nacional. Y, en ese marco, reveló detalles de su lucha diaria contra su infierno personal. Un relato íntimo y descarnado, hecho con el expreso objetivo de que sirviera para concientizar a los chicos sobre los peligros de la adicción a las drogas:

> «Si probás una vez y te hace mal, vomitás, te estalla la cabeza en mil pedazos, y no la probás nunca más. Pero a muchos los pone eufóricos. A mí me puso eufórico. En ese momento, es como si ganaras un campeonato».
> «Una vez, yo estaba tirado en la cama, Gianinna me pedía un vaso de agua y yo no se lo podía alcanzar. No me podía levantar. Me sentía pegado al colchón. Y me temblaba la mano. "Y… papi, ¿me das agua?", me decía. Y yo

no podía: "Sí, mamita, sí". Pero no podía. La cocaína me había nublado completamente. No me dejaba libre el cerebro».
«Muchas veces que me he dado un saque, he querido agarrar una pelota y no he podido. Mi cerebro intentaba dar órdenes, pero mi cuerpo no las cumplía».

Empezaba un nuevo año, un nuevo campeonato, y él intentaba ponerse la cinta de capitán de su vida y de su equipo. Convocando a sus ángeles a su lista de buena fe. Intentando que sus demonios no pasaran la línea de la pelota. Quizás por eso, también, haya decidido hablar de frente ese verano. Para que el mundo supiera que estaba intentando ser feliz, pero que daba una pelea a brazo partido. Que el fútbol y Boca eran una tabla de salvación que, a veces, se le escapaba de las manos. Que no quería hundirse. Que haría todo lo posible. Pero que no podía prometer nada.

Se puso de acuerdo con Bilardo para entrenar cuando quisiera y pudiera. Interrumpió sus vacaciones en Punta del Este para encabezar la pelea por los premios cuando Macri decidió cambiar el sistema, priorizando el cobro en caso de obtener campeonatos. Patentó el famoso apodo de «Cartonero Báez» para el presidente de Boca cuando los refuerzos no arribaban —Diego pedía a Trotta y a Basualdo—. Finalmente, llegaron dos que lo conformaron.

El plantel mantuvo la base del campeonato anterior. Se incorporaron Juan Sebastián Verón, que con apenas 20 años venía de brillar en Estudiantes, y José Basualdo, que acababa de salir campeón de todo con Vélez y que conocía a Diego de la Selección. «Me llamaba todos los días para que fuera a Boca, me hablaba de lo increíble que era jugar con esa camiseta», rememora Pepe. Pero el refuerzo más importante fue el regreso de Caniggia al nivel futbolístico que todos esperábamos. El pájaro que aceleraba hasta alcanzar los 1,21 gigawatts que necesitaba el Delorean del Doc Bilardo para teletransportarse a las redes rivales. Diego jugó algunos partidos de los torneos de verano, practicó con el equipo y también pasó unos días con sus entrenadores personales en el Centro Adventista de Vida Sana, en un pueblo de Entre Ríos. Hasta que, a principios de marzo, comenzó el Torneo Clausura 1996.

En las primeras fechas, el alma y los resultados acompañaron. Diego fue a entrenar todos los días de esas semanas iniciales, incluso en las sesiones de doble turno. De los primeros cinco partidos, Boca y Maradona ganaron cuatro y empataron uno.

Todo comenzó con una goleada por 4 a 0 a Gimnasia de Jujuy, en la primera fecha. Diego abrió el camino convirtiendo un penal tras una falta que le hicieron a él, y que festejó de un modo poco habitual en él: besando la camiseta. «La hinchada de Boca demostró que es la mejor del mundo, venimos de perder un campeonato y hoy nos acompañaron todos. Por ellos nos tenemos que matar, para devolverles la alegría que no pudieron disfrutar el año pasado», declaró después del partido.

Con cinco fechas jugadas, el equipo era líder con 13 unidades, seguido por Estudiantes y Gimnasia de Jujuy, con 12. Boca era puntero y Maradona era feliz. Seguía yendo a entrenar y continuaba realizándose chequeos médicos: «A los que sufrimos la droga les digo que hay que pelearla cada minuto. Yo la tengo contra un arco, gracias a la ayuda médica. Salieron todos los análisis bien, puedo seguir entrenando y dándole a Claudia, para ver si por fin queda embarazada y viene el varón», reveló a la salida de un centro de salud.

Boca y Diego venían ganando la pelea por puntos, pero pronto perderían el equilibrio durante algunos rounds.

* * *

Debimos imaginar que aquella no sería una buena noche. El escenario no traía buenos recuerdos. La última vez que Maradona había jugado en el Gigante de Arroyito, había tenido un penal a su disposición para salir campeón del Metropolitano 1981. Pero lo estrelló en el travesaño y recorrió llorando el camino de regreso a Buenos Aires.

Ahora, en esta noche de abril, quince calendarios más tarde, el rival era otro, pero el destino sería parecido. Newell’s hacía de local en la casa de su enemigo, mientras remodelaba la suya. En la tabla

estaba segundo, pero si se la leía al revés: había jugado cuatro partidos y solo tenía dos puntos.

Diego comenzó el partido en línea con el nivel que venía mostrando en el campeonato: toques de lujo, pases gol, y armado de juego. A los 20 minutos, lanza un córner y a Fabbri le cometen penal. Desde su regreso, Maradona había pateado tres y los había convertido todos.

Esta vez, corrió hasta la pelota mirando al palo al que efectivamente apuntó y al que, desafortunadamente, acertó. El arquero Cejas le había adivinado la intención, pero no hizo falta que sus manos alcanzaran la pelota: su parante derecho hizo todo el trabajo.

Diego se lamentó amargamente, a pesar de que ni se imaginaba que sería el primero de cinco penales errados de manera consecutiva en ese torneo. Tampoco podía saber que, minutos más tarde, Newell's se pondría en ventaja, y que un desgarro en la pierna izquierda lo obligaría a salir de la cancha.

En un abrir y cerrar de ojos, Boca perdió el partido, el invicto y a su figura por al menos tres semanas. Apenas pudo mantener la punta, pero ahora la compartía con Lanús y Estudiantes. Y no por mucho tiempo.

La derrota ante Newell's sería el primero de una oscura serie de cuatro partidos en los que Boca, sin Diego, cosecharía apenas un punto. Las esperanzas del equipo de pelear el título se alejaban. Pero pronto regresarían, de la mano de su 10.

Un gol para Gianinna

Quienes asistieron a la Bombonera el 9 de junio de 1996 fueron testigos de un acontecimiento histórico.

No estuvieron French ni Beruti repartiendo escarapelas.

No se firmó ningún tratado de paz, ni se declaró ninguna guerra.

Ni siquiera se levantó una copa, ni se colgaron medallas.

Esa tarde, Diego Armando Maradona convirtió el último gol de jugada de su carrera.

Desde su regreso a Boca, todos sus tantos en partidos oficiales habían sido de penal o de tiro libre. La única excepción fue uno de cabeza en un amistoso contra Universidad Católica de Chile. Pero este último gol de jugada no fue magia ni casualidad. El puntapié inicial lo había dado la pequeña Gianinna, de por entonces 7 años: «Papi, ¿cuándo vas a volver a jugar como en los videos?».

Era la noche del miércoles 29 de mayo y la familia Maradona estaba reunida en el departamento de Segurola y Habana, mirando videos de la carrera del 10, cuando la más chiquita de la casa lanzó esa frase, mezcla de puñal al corazón con invitación a dar lo mejor. «¡Con eso que me dijo me cortó las piernas!» exclamó Diego ante sus amigos la mañana siguiente, minutos antes de empezar una dura sesión de entrenamiento en el Vilas Racket. «Si estoy jugando mi última ficha, quiero hacerlo bien», se juró un rato después, mientras corría en la cinta y le repetía la frase de su hija a quienes lo rodeaban.

Como si fueran dos historias que se desarrollan en líneas paralelas, sin conexión aparente entre sí, las crónicas deportivas de esos días señalaban con sorpresa que, en los entrenamientos de Boca, Maradona practicaba como delantero. Extrañados, los periodistas informaban que el motivo sería que Caniggia estaba suspendido por su expulsión ante San Lorenzo y que entonces Diego podría cumplir sus funciones. Pero lo cierto es que había otros delanteros disponibles en el plantel y que, en casos similares, Maradona nunca había sido considerado para jugar en esa posición.

Diego ya no tenía el mismo físico de las décadas anteriores, y hacía varios años que había dejado de ser el volante-delantero-goleador de sus primeras épocas. Sin embargo, ahora la motivación de cumplir el pedido de Gianinna podía más que la biología. «¿Cuándo vas a volver a jugar como en los videos?», volvió a repetir la frase en una entrevista en *Videomatch.*

Probablemente, ni el propio Bilardo haya hecho la conexión entre la frase de Gianinna que repetía Diego y sus sorpresivas ganas de jugar como delantero. Porque, a la hora de la verdad, el DT optó por

mantenerlo en la posición de enganche y poner a Tchami en lugar de Cani.

Pero Maradona, está dicho, cumple más deseos que órdenes. Desde el inicio del partido, se movió más cerca de Martínez y Tchami que del Kily, Basualdo, Carrizo y Verón. El bastón de mariscal fue cedido a la Bruja, que incluso pateó los córners, con Maradona esperando los centros. Apenas comenzado el segundo tiempo, Basualdo le bajó una pelota de cabeza al 10 en el corazón del área. Diego fue derribado, tras lo cual erró el segundo penal consecutivo de una mala racha que llegaría a cinco.

No bajó los brazos. Siguió buscando y recibiendo pelotas de la Bruja cerca del arco. Cuando faltaban diez minutos y se agotaba la paciencia, en una jugada en la que se tiró unos metros atrás, metió un pase magistral para que Martínez pusiera a Boca en ventaja. Con la victoria, el equipo se ponía a dos puntos de los líderes Gimnasia y Vélez, al que enfrentaría en la siguiente fecha.

Diego corrió a celebrar con Manteca de frente a las tribunas de Casa Amarilla, pero aún tenía una cuenta pendiente con su hija y con la Historia. Y la saldó en la última jugada del partido.

Basualdo rechazó un balón que se fue largo por el sector derecho. El papá de Gianinna corrió como si la pequeña estuviera a su lado, con un VHS en la mano, recordándole su pedido. Le ganó en velocidad al defensor César Laciar, y, desde el ángulo del área, le pegó de primera y de emboquillada, frente a un Labarre que se había adelantado.

Lo festejó como un chico. Como si, en lugar de ser el último, ese fuese el primer gol de jugada de su carrera. Sin una celebración planificada, sin su clásico salto revoleando el puño, comenzó a correr hacia sus compañeros. Abrazó a Tchami, a Pico, al Kily. Luego fue saltando, riendo y agitando sus brazos hacia la tribuna. Gritaba, lloraba, era feliz. Se acercó al banco de suplentes, abrazó a Bilardo, miró al palco, y le tiró besos y más besos a Claudia, a quien le brotaban las lágrimas: «Me emocionó que metiera ese golazo después del penal que había errado», rememora hoy. Señaló y se lo dedicó a Dalma y, por supuesto, a Giannina.

Diego estremeció a toda la Bombonera. Tan fuerte fue lo vivido esa tarde, que conmovió a un joven periodista de veintiún años, llamado Guido Glait, quien ya por entonces se proclamaba hincha de River pero que, en su crónica para la revista *Sólo Fútbol,* reflejó la pasión xeneize:

> Esta vez el partido lo ganó lisa y llanamente LA GENTE. Ese pueblo al que no le importa que el equipo haya estado durmiendo durante todo el primer tiempo. Ese pueblo que no le recriminó a su ídolo haber errado el segundo penal consecutivo y alentó más fuerte que nunca. *¡Diego, Diego!* gritaban con una fuerza que vaya a saber uno de dónde sacaban. Un ejemplo, había que verlo.

Boca y Diego, juntos, volvieron a ganar y a meterse en la lucha por el campeonato. «Esto es para la gente de Boca, se merece esto y mucho más», declaró el 10 con el partido apenas terminado y la voz entrecortada por la emoción. Mientras tanto, la aguda voz de Gianinna, mezclada en el rugir de la Bombonera, avisaba que de la mano de Maradona, aún la vuelta podíamos dar.

Un *sheriff* a los tiros

«Esto fue un robo, una vergüenza. Se estaba jugando el partido del año y Castrilli se encargó de cambiar todo, incitó a la violencia y pudo desatar una tragedia». —Carlos Fernando Navarro Montoya.

«Hace cinco años dije que Castrilli era el peor árbitro de la Argentina. Tenemos que ir a Agremiados y pedir que no dirija nunca más. Y no me importa que me den 50 mil años de suspensión». —Néstor Ariel Fabbri.

«Solo voy a decir que yo hoy no perdí contra Vélez». —Gustavo Fabián Carrizo.

«Yo lo que quiero es que Castrilli tenga una sanción de por vida. No puede ser que le cague la vida a veinte mil personas que vinieron con la ilusión de ver al equipo de sus amores, que es Boca». —Diego Armando Maradona.

El Xeneize visitaba al mejor equipo argentino de esa década, campeón vigente, y puntero de ese Clausura 96. A los 20 minutos, Boca lo dominaba y le ganaba 1 a 0 con gol de Caniggia. A partir de ese momento, comenzó a ser protagonista el árbitro. Le dio el empate a Vélez con un gol que no fue. Sencillamente, la pelota nunca ingresó al arco. Camps la cabeceó, Navarro Montoya la tapó, el juez de línea marcó gol y el árbitro lo convalidó. Luego, cobró un tiro libre en la puerta del área por una no-infracción de Mac Allister a Pandolfi, que Chilavert convirtió en gol. Minutos más tarde, otra no-infracción de Mac Allister derivó en un penal para Vélez. 3 a 1. El resultado fue un partido que se salió completamente de la normalidad y que terminó 5 a 1.

Según su propio informe, el árbitro expulsó:

A Fabbri, por decirle «vos estás loco».

A Maradona, por decirle «vos tenés la culpa de todo lo que está pasando».

A Mac Allister, por decirle «nosotros te paramos a la gente y por tu culpa nos estamos comiendo este baile».

El partido quedó en la memoria de los futboleros, y especialmente de los maradonianos, por el no-diálogo entre Diego y el árbitro, que ni siquiera se dignó a mirar a los ojos al mejor jugador de la historia de este deporte.

Ocurrió luego del tercer gol de Vélez, mientras la hinchada de Boca procuraba mutilar el alambrado para entrar a la cancha. La mayoría de los jugadores xeneizes —entre ellos, Diego— peleaban contra las fuerzas del orden para evitar la represión y les pedían calma a los hinchas. Mientras tanto, en el centro del campo y con la cámara de TV frente a su rostro, Castrilli exclamaba a viva voz: «Conmigo acá, Maradona no sigue». Cuando Diego regresaba desde la tribuna, un cronista le pregunta por qué fue expulsado. «¿Eh? A mí el árbitro no me dijo nada, ahora voy a verlo». Caminó hasta el centro del campo, se detuvo frente al hombre de negro y comenzó a hablarle a la pared.

—¿Por qué me expulsó?

—…

—Pero explíqueme, yo soy jugador.
—...
—Pero, maestro, ¿usted está muerto? No está muerto, explíqueme, por favor se lo pido.
—...
—Estamos hablando como hombres, como seres humanos —insistía Diego ante un ser humano que, parado frente a él, miraba al más allá.
—No te va a contestar, Armando, vení —le dijo Navarro Montoya mientras intentaba apartarlo.
—i¿Cómo que no me va a contestar?! ¡Es un botón entonces! ¡Es un hijo de puta! —respondió Diego, alterado, mientras el Mono lo apartaba de la escena.

Por esos días, a Castrilli le preguntaron qué había sentido cuando Maradona le hizo el gol con la mano a la selección inglesa en 1986. «Me puso triste que la gente celebrara la forma de la obtención de ese tanto», fue su respuesta. No más preguntas, señor juez.

De haber ganado ese partido, Boca hubiera quedado segundo, a un punto de Estudiantes, con seis fechas por delante. «Fue un despojo. En ese momento pensamos que había sido un golpe a Maradona más que a Boca, porque Diego estaba alejado de Grondona por entonces. Y fue muy grotesco lo del árbitro», analiza hoy Navarro Montoya.

Parecía el final. Pero ese Clausura 96 todavía nos daría espacio para un último regreso a la ilusión, con las siguientes victorias ante Banfield y Rosario Central. Boca volvía a acercarse a los punteros.

Un beso para los hijos

«Los piquitos no son cosa de hombres. En el fútbol hay que poner hombres para tener éxito. No comparto esa práctica, hay que ser ejemplo para los niños y los jóvenes».

No habían pasado ni veinticuatro horas del demencial Boca-Vélez, y José Luis Chilavert continuaba arrojando leña al fuego, que lejos estaba de reducirse a cenizas. Maradona y Caniggia venían celebrando los goles del Pájaro con besos en la boca que, hasta ese

momento, pasaban casi inadvertidos. Pero había malas noticias para Chilavert. En pocas semanas, esa muestra de amor pasaría a ser una imagen icónica para la posteridad del fútbol.

Ocurriría en el clásico en el que Boca, que llegaba a tres puntos de los líderes, goleó a River. Para Diego, este partido era una revancha.

—Muchachos, recordemos el 6 a 4 contra Racing. Ese día no entendimos en ningún momento lo que significaban esos tres puntos. ¡Tenemos que estar concentrados los 90 minutos!

Con esa arenga previa a salir a jugar, exorcizó el trauma de aquella derrota del año anterior. River salió a esperar, a defenderse de mitad de cancha hacia atrás, e intentar salir de contraataque. No lo consiguió. Boca lo dominó desde el inicio, con un Maradona digno de sus mejores noches.

El mediocampo de Boca borró a River. Aun así, el primer gol llegó recién a los 43 minutos, con un cabezazo de Basualdo tras un centro de Caniggia. La jugada había nacido de una pared entre Maradona y Tchami. Y, aunque ninguno de los dos había convertido el tanto, Diego y Cani se estamparon el beso que sería fotografiado para siempre.

En el segundo tiempo, Diego disfrutó e hizo disfrutar. Jugó esos segundos cuarenta y cinco minutos volando, en patines, desplazándose sin tocar el suelo, como los discos de tejo de los salones infantiles. Corrió, metió pases cortos y profundos y hasta tiró un centro de chilena al corazón del área.

La Boca era alegría, Maradona carnaval. Y Caniggia estaba por comenzar a animar el show. A los cinco minutos, recibió la pelota de Tchami en la puerta del área, encaró a tres rivales, puso tercera y definió a la carrera, cruzado contra el palo derecho de Burgos. Gol a gol, beso a beso, el partido se convertía en baile, celebración, en un pogo ultraviolento que dejaba a River inerme en el suelo, mientras sonaban grandes hits como «Un Minuto de Silencio» y «Boca No Tiene Marido».

Minutos después, Fabbri metió un pelotazo al área y Caniggia definió por arriba, ante la salida apurada de Burgos. 3 a 0 y partido liquidado. Pero faltaba un cuarto acto. Iba media hora de esa fiesta llamada «Segundo Tiempo», cuando Maradona y Verón armaron una pared por derecha que derivó en una infracción a Tchami dentro del área. Penal para Boca.

En los días previos, Maradona y Burgos habían tenido un amistoso duelo de adversarios. Diego había dicho que le gustaría patearle un penal. Burgos respondió rememorando el famoso tiro que Antonio Roma le atajó a Delem en 1962, que le dio el título a Boca. «Solo que espero que esta vez sea a la inversa», aclaró. El primer cara a cara que tuvieron en el partido fue en el entretiempo, cuando cambiaron la camiseta antes de irse a los vestuarios. «Me hizo un gesto agarrándose la camiseta y yo miré para atrás porque pensé que se lo decía a otro compañero. No lo podía creer. Diego me ha llamado siempre en momentos cruciales de mi carrera. Eran como bendiciones que me daba. La primera vez que lo vi me dijo "yo soy de Boca y vos de River, pero siempre hablaste bien de mí y nunca me pediste nada"», recordó Burgos.

Pero ahora era otra historia. Estaban frente a frente, a doce pasos, sin barrera de por medio y sin saludos amistosos. Burgos sabía lo mismo que sus decenas de colegas que vivieron esa misma situación: si te movés demasiado temprano, Maradona la tira al palo contrario. Nuestro Diez recorrió los cinco pasos de su carrera hacia la pelota con la mirada fija en el poste que estaba a su izquierda, preanunciando que abriría el pie. Burgos le creyó. O, tal vez, jugó a creerle a su héroe rival. Diego lo engañó, pero el palo derecho fue un aliado del arquero. Era el cuarto penal consecutivo que erraba, solo que esta vez Caniggia matizó la bronca al meter el gol de rebote. «Estaba todo calculado, fue una jugada preparada para dejársela a Cani», diría con una sonrisa luego del partido, que finalizó con un histórico 4 a 1.

La alegría era total. Los fuegos artificiales estallaban en el cielo, acompañados por el «*Y dale Boooo*» de la hinchada. En ese instante, la transmisión muestra en el palco a Claudia, que, con la misma melodía, cambiaba la letra por un «*Dale campeón*». Más que

un simple furcio, quizás fuera la muestra cabal de la importancia que tenían el fútbol y Boca en la vida de Diego y de su familia. Ser feliz era su campeonato.

Tras el partido, Maradona asistió a la conferencia de prensa con un buzo que se mandó a hacer especialmente, que en letras doradas sobre un fondo azul marino daba una nueva definición de qué ha significado Boca en su vida:

> «Ser de Boca es como que tu hijo te diga gracias por tenerte como amigo, papá».

* * *

Quizás habría que detenerse a pensar en la posibilidad de que, sin saberlo, le hayamos vendido nuestra alma al diablo aquel 15 de agosto de 1981, cuando hicimos la gran fiesta de casamiento entre Diego Armando Maradona y nuestro club, arrastrando a Racing a ser un convidado de piedra.

Solo así se podría explicar que, en los dos torneos que Maradona disputó completos en su regreso a Boca, haya sido Racing el que sepultó la ilusión de volver a ganar un campeonato juntos.

El plantel llevaba un poco más de una semana en Buenos Aires tras una gira por China, por lo que difícilmente se le pueda asignar mucha responsabilidad al cansancio de la travesía. Así y todo, aquella noche de agosto Boca mereció ganar, y tuvo más y mejores oportunidades de gol que la Academia. Hasta que el Piojo López, a los 36 minutos del segundo tiempo, puso el 1 a 0 con un zurdazo inatajable.

Para demostrar que nuestro Superman estaba orinado por una lluvia de criptonita, faltaba aún el broche de plomo de la noche. A pocos minutos del final, Ubeda le comete penal a Verón. Sin dudarlo, Maradona toma la pelota. Le pega fuerte. Esquinado. A media altura. Al palo izquierdo de Nacho González. En realidad, al puño izquierdo de Nacho González. Y así completó la serie de cinco penales errados en forma consecutiva.

«Estoy muy triste. El campeonato se terminó. Me quiero morir», alcanzó a decir antes de irse del estadio.

Paréntesis (10)

Cuatro días más tarde, Maradona anunció que se iba de Boca. Y cumpliría su palabra.

Lo hizo apenas llegó a la Bombonera, junto al plantel, para enfrentar a Estudiantes, el domingo 11 de agosto, por la anteúltima fecha del Clausura.

«Lo tengo decidido, me voy. Se siguen diciendo giladas y me jode. Dalma y Gianinna ya son grandes, saben leer y sufren. Tengo que estar bien por la hinchada de Boca, que me quiere bien, por mis hijas, por mi mujer y por mis viejos. Dejar Boca es una tristeza enorme», reveló por radio apenas bajó del micro.

Ya en el vestuario, antes de salir a jugar, se lo comunicó a sus compañeros. «Nos dijo que era algo que venía evaluando con su familia, que necesitaba despejarse, curarse, ponerse las pilas, que quería hacerlo por sus hijas. Eso sí, nos dijo que era provisorio, no un retiro definitivo del fútbol», cuenta Pepe Basualdo.

La hinchada, desde ya, lo recibió con una ovación. Verón abrió el marcador para Boca, con un gol contra su exequipo. Y Martín Palermo lo dio vuelta, en favor de Estudiantes, metiéndole dos tantos al que, un año más tarde, sería su nuevo club. Al terminar el partido, Diego saludó a la hinchada, declaró por televisión que le agradecía a la gente de Boca y, antes de bajar por el túnel, le ofrendó su camiseta a quienes lo alentaban del otro lado del acrílico.

Al día siguiente, anunció que viajaba a Suiza para internarse por dos semanas en la clínica La Prairie. «Voy a incursionar en un tema que todos conocen, la lucha contra la droga. Y lo digo públicamente, porque no quiero esconder nada, no quiero que un fotógrafo me espere detrás de un árbol», anunció sin vueltas.

Terminaba un semestre que había comenzado con Diego hablando descarnadamente de su adicción en la campaña «Sol sin

droga». Seis meses de altibajos, de idas y venidas, de altas y recaídas, en los que, como tantas veces, el fútbol, Boca y su familia, eran el salvavidas al que intentaba aferrarse para flotar en las tranquilas aguas de la felicidad, frente a las nubes que no dejaban de atormentarlo.

Vendría, para él, una segunda parte del año 1996 muy difícil. Alejado del fútbol. Afectado por el escándalo judicial, político y mediático conocido como «Caso Coppola», que llevaría a su amigo y representante a la cárcel desde principios de octubre y hasta mediados de enero del 97. Pero con Boca siempre a mano para cuando lo necesitara. Aunque no formaba parte del plantel, tuvo las puertas y los corazones abiertos, así fuera para alentar desde su palco o para sumarse a entrenar, como el día de su cumpleaños número 36. «Fue uno de los más tristes de mi vida. Ya estaba en Buenos Aires y elegí entrenarme con los muchachos de Boca, para que pasara lo más rápido posible», recordó en su autobiografía. Y a continuación, en ese libro, agrega una frase que es un exacto resumen de cómo era su vida en la que, hasta ese momento, era su última etapa en Boca: «Lo confieso, no sabía para dónde salir: un día decía que quería jugar en Boca, otro que me quería retirar para siempre, otro que me quería ir del país. Sonaba contradictorio, lo sé, pero ahora me doy cuenta por qué: no sabía cómo vivir sin jugar al fútbol».

Días después, dijo en televisión «me están empujando a matarme». De inmediato, el frente de su edificio se llenó de hinchas de Boca con bombos y banderas que se acercaron para darle ánimo. Semanas después, hubo otra concentración xeneize para pedirle que vuelva al club. A fin de año, cuando Bilardo dejó de ser el entrenador de Boca, Maradona estuvo cerca de ser DT y jugador al mismo tiempo, en dupla con Carlos Fren, quien recuerda una anécdota que retrata el momento que vivía Diego: «Tuvimos una reunión con el dirigente Roberto Digón en su casa y luego otra con Coti Nosiglia. Regresando, ya de noche, Diego se enojó conmigo porque él quería ir a un boliche y yo me quería ir a dormir. Nos bajamos en la costanera, nos apoyamos sobre la muralla, mirando al río. Me dijo "A ver, vos que te las sabés todas, ¿qué creés que me

pasa a mí?”. Le dije: “Te pasa que en este momento estás entre ir a un boliche y terminar como terminás siempre, o irte a tu casa con tu señora y tus nenas”. Se me puso a llorar, me dijo que tenía razón pero que lo que le pasaba era más fuerte que él».

La posibilidad de ser técnico y jugador no se concretó. Nada hacía pensar que podía volver a jugar al fútbol. Pero, a pesar de que su estado físico se alejaba del nivel profesional, y de su frustración por no ser elegido como sucesor de Bilardo, todavía le quedaba un capítulo en su historia de pantalones cortos con Boca. Porque, como en el tango de Aníbal Troilo, Diego siempre estaba llegando.

Alguien dijo una vez
que yo me fui de mi barrio,
¿Cuándo?… Pero ¿cuándo?
¡Si siempre estoy llegando!
Y si una vez me olvidé,
las estrellas de la esquina de la casa de mi vieja
titilando como si fueran manos amigas,
me dijeron: Gordo, quedate aquí,
Quedate aquí.

Último Eterno Retorno. 1997

E*l eterno retorno es una concepción filosófica del tiempo, postulada por primera vez en Occidente por el estoicismo, que planteaba una repetición del mundo, en donde este se extinguía para volver a crearse. El mundo era vuelto a su origen por medio de una conflagración donde todo ardía en fuego. Una vez quemado, se reconstruía para que los mismos actos ocurrieran una vez más en él. En el pensamiento oriental, el eterno retorno llevará a la perfección del universo, pues en cada reinicio se pulirá cada hecho hasta ser perfecto.* (Definición de Eterno Retorno, Wikipedia).

De la autodestrucción al renacimiento. Entre la fría sombra carcelera de un penal bonaerense y el cálido rugir de la leonera futbolística. Abstinencia, hiperconsumo, el todo y la nada jugados a cada paso. Perder para valorar, caer para levantarse y reencontrar el centro gravitacional de la vida. Si la naturaleza tiene como elementos esenciales el agua, el aire, el fuego y la tierra, el universo maradoniano encuentra su equilibrio cuando, luego de cataclismos y terremotos, emergen los elementos que forman el núcleo básico de su felicidad: la familia, una pelota, una camiseta número 10 y la Bombonera.

El año 1997, que sería de mil batallas, comenzó para Diego girando alrededor de la cárcel de Caseros, donde estaba detenido Guillermo Coppola. Decidido a pasar Año Nuevo con él, Maradona golpeó las puertas de ese infierno cuando a 1996 le quedaban tres horas de vida. Quería recibir el primer día de enero junto a su amigo. El director del penal le permitió una breve visita, pero le aclaró que de ninguna manera podría quedarse hasta la medianoche.

—Y, dígame —lo atajó Diego con bronca y tristeza— si yo le pego una trompada a usted, ¿no me puede meter preso con Guillermo?

A Coppola le cuesta rememorar esa pregunta de Maradona sin que su voz se quiebre. Más aún, contar que su amigo, resignado, se retiró del penal pero se quedó enfrente, sentado en la vereda, llorando con sus manos cubriéndole el rostro.

Catorce días después, Guillote fue liberado por falta de mérito, y Diego pudo volver a pensar en ser feliz. Es decir, en volver al fútbol. Sus tormentas con Macri reducían la visibilidad para un aterrizaje en La Boca. La costa uruguaya lucía un cielo despejado, y Peñarol le abría las puertas. Huracán también apareció en el radar con un ofrecimiento firme para que se convirtiera en su entrenador.

Pero, una vez más, la Bombonera estaba lista para hacer su trabajo.

Boca venía de caer por 4 a 0 contra San Lorenzo. Iban cuatro fechas del Clausura 97 y el equipo sumaba apenas 3 puntos. El siguiente partido era como local contra Huracán de Corrientes, y Diego lo vio desde su palco. Su gente lo ovacionó y el amor le llegó al corazón. «Tengo un bolso con ropa en la camioneta. Puede ser que el lunes a las diez de la mañana esté en el entrenamiento de Boca. Depende de lo que Guillermo pueda resolver este fin de semana. La gente me dio unas ganas locas de jugar», declaró antes de irse, tras una noche inspirada de Manteca Martínez, que metió un póker de goles en el 4 a 1 de Boca.

Terminó reuniéndose esa misma madrugada, a las 4:30 am, en la casa del dirigente Luis Conde, junto a Coppola. Parecía que Diego volvería rápidamente a casa. Sin embargo, lo que parecía un trámite exprés para su regreso, fue apenas el comienzo de una nueva saga de marchas y contramarchas.

La dirigencia de Boca quería que se comprometiera a cumplir con cinco requerimientos: someterse a una exhaustiva revisión médica antes de firmar, armar junto al cuerpo técnico un plan de entrenamientos, asistir a las concentraciones con el resto del plantel, no agraviar a las autoridades del club, y cumplir con los sponsors de Boca.

Este último punto venía generando discusiones desde el año anterior, cuando Boca firmó un contrato con Nike y comenzó a usar una camiseta que tenía una delgada línea blanca entre el azul y la franja amarilla, y que a Maradona nunca le gustó. Además, en su última etapa en el club, si bien la ropa oficial era de Olan, Diego entrenaba con prendas de Puma. Y eso ya no sería posible.

La cláusula que lo comprometía a no atacar a las autoridades tenía como clara motivación evitar nuevos cruces como los que ya había tenido con Macri. Sin embargo, ahora las diferencias parecían haber quedado atrás con la dirigencia, pero no con la marca de ropa. «No vuelvo a Boca y es definitivo. Macri tuvo buena predisposición, yo estaba dispuesto a bancarme las rayitas blancas, pero pusieron otras condiciones. Por poco quieren que haga el amor con Claudia y grite "Nike"», declaró a fines de marzo.

Como en otras ocasiones, las idas y venidas comenzaron a ser diarias. Mientras tanto, Diego seguía siendo explícito sobre la dura pelea que seguía dando su adicción. «Estoy tratando de dejar la droga, pero es una lucha permanente y generalmente me agarran recaídas», reveló. Días después, en plena grabación de un programa de TV con Cecilia Bolocco en Chile, tuvo un pico de hipertensión que lo obligó a trasladarse a una clínica, de la que se retiró en silla de ruedas. La imagen generó impacto y fue para él un llamado de atención. A su regreso a Buenos Aires, decidió internarse unos días en el Sanatorio Otamendi para hacerse estudios. Si bien negaba que esos fueran los análisis que le pedía Boca para volver a jugar, cuando Conde fue a visitarlo, le anticipó en confianza: «Luis, salgo de acá y firmamos».

Efectivamente, luego de cuatro días en la clínica, salió y selló todo de palabra con Macri por teléfono. Sin nada firmado, llamó al Bambino Veira para entrenar por la tarde. El plantel ya había tenido su práctica por la mañana, pero armaron otra de urgencia con juveniles.

El rey había decidido volver a ser el amo de sus dominios. El Club Atlético Boca Juniors y Diego Armando Maradona renovaron sus votos. «Vuelvo porque quiero que mis hijas me vean correr en una cancha de fútbol. Además, cuando veía salir a Boca sin el capitán

adelante, me despertó una nostalgia terrible», expresó en la presentación.

* * *

Acusando ochenta y ocho kilos y medio en la báscula, Maradona ponía en marcha un nuevo milagro fisiológico, un renovado set de fotos «antes y después», que asombraría hasta a los nutricionistas más renombrados. Uno más de esos eternos retornos corporales que lo obligaban a cambiar un guardarropa completo.

La puesta a punto comenzó a mediados de mayo en Córdoba y tuvo su mejor capítulo en Canadá. Diego había viajado para tratarse con el médico del velocista Donovan Bailey, ganador de la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Atlanta 96. Comenzó a ejercitarse en la Universidad de York, y se encontró con que allí entrenaba Benjamin Sinclair Johnson, más conocido como Ben Johnson, protagonista de uno de los más grandes escándalos de la historia de las olimpíadas. Ocurrió en Seúl 88 cuando, tras obtener la medalla dorada en los cien metros llanos batiendo el récord mundial, fue descalificado por dóping positivo por consumo de esteroides. Luego de la suspensión retornó a la actividad, pero fue sancionado nuevamente, esta vez por elevados niveles de testosterona. El por entonces ministro de Deportes de Canadá, Pierre Cadieux, lo calificó de «desgracia nacional» y le pidió que regresase a Jamaica, su país natal. «Es el comentario más desagradable que he oído en mi vida», respondió Johnson y agregó: «En los juegos de Seúl todos corrimos dopados. Competimos en igualdad de condiciones y ganó el mejor». Cuando se encontró con Maradona estaba en proceso de apelación de una suspensión de por vida, y aceptó ser su preparador físico. Dos historias de vida, con claras líneas paralelas, ahora cruzaban su camino.

Diego ya había bajado varios kilos, pero las dos semanas de trabajo con Johnson fueron el broche de oro para un cambio corporal que, de tan asombroso, tuvo una presentación única.

Aterrizó en Ezeiza, junto al velocista y a Coppola, el 5 de julio. Desde allí, fueron en helicóptero al hotel Hyatt, donde los esperaban doscientos periodistas para una inédita conferencia de prensa. «Si la vida es una revancha permanente, Diego se la tomará», anunció el presentador, antes de que el telón se corriera y dejara a Maradona en el centro de la escena. Pero, en lugar de estar sentado con un micrófono, apareció trotando durante veinte minutos en la cinta, con la banda de sonido de *Carrozas de fuego* de fondo. Cuando terminó de correr, se sacó la remera para exhibir su figura y mostrar, cual *David* de Miguel Ángel viviente, que contra todos los Goliat del fútbol, con sus once kilos menos y su capacidad aeróbica afinada, estaba listo para volver a ponerse la camiseta de Boca.

Al Clausura le quedaban cuatro fechas, Boca no tenía ninguna posibilidad de ganarlo, y ya se abría el libro de pases. Maradona quería armar un plantel competitivo, y estaba muy molesto con algunos jugadores de Boca por haber declarado que preferían irse del club si no iban a ser titulares. «Vamos a tener que hacer muchas reuniones, porque este es un equipo tímido, mediocre, pero no por cómo rinden los jugadores, sino porque no hay mentalidad ganadora. No puede ser que digan "si no juego me voy". Esto es Boca». Sobre los jugadores a los que le gustaría traer, nombró a su *Robin,* Claudio Caniggia, a Batistuta y a Martín Palermo.

Diego volvía a sentirse pleno de la mano de su club y de su familia. En sus primeros días de prácticas con el plantel, contó que quería terminar el colegio secundario, trabajar algún día en la Secretaría de Deportes y que su felicidad cotidiana pasaba por llevar a sus hijas a la escuela y entrenar.

El regreso a las canchas estaba a horas de distancia. El 9 de julio, Boca y Maradona celebraron el Día de la Independencia con un amistoso en Rosario contra Newell's, al que Diego invitó a cuarenta familiares y amigos. La victoria de Boca por 2 a 0, con un gol suyo de tiro libre, dejó buenas sensaciones para el futuro. «Este es el mejor de mis retornos, es evidente que tengo línea con el Barba —se alegró el héroe renacido en el Parque de la Independencia—. Estoy tratando mi adicción con el doctor Alberto O'Donnell y la llevamos bien», agregó, ya pensando en el debut oficial.

Lo esperaba el verdugo en el umbral: Racing Club de Avellaneda, el equipo que le había amargado sus dos últimos campeonatos con Boca y que ahora lo visitaba en la Bombonera en las últimas fechas del Clausura 97.

El besamanos del vestuario, previo al partido, fue un fiel reflejo de sus variados afectos por aquellos días. De Alberto Kohan a Antonio Alegre, del Roña Castro a Adrián Suar y excompañeros y amigos con Roberto Passucci, el Chino Benítez y Carlos Fren, todos pasaron a saludarlo y desearle suerte.

Diego se integraba a un plantel en el que muchos jugadores soñaban con poder jugar con él. «Yo no había tenido una educación religiosa, mi Dios era Maradona. Para mí, él era Jesús. Y cuando lo tuve de compañero superó mis expectativas. Sencillamente, fue el compañero más generoso que tuve. Me alentaba, me aconsejaba», recuerda César La Paglia, de por entonces 18 años.

La Bombonera lo recibió a las 6 de la tarde, con la noche azul marina y las luces apagadas para que resalten la pirotecnia, las bengalas, un «Bienvenido Diego» escrito con fuego en el techo de los palcos. Habían pasado 336 días de su último partido oficial —aquel contra Estudiantes en agosto de 1996—, y él mostró que había añejado como el mejor vino que puedan dar nuestras tierras. Activo, movedizo, preciso y punzante en los pases como siempre. Fue clave en el segundo gol de Boca, que puso el 2-0 parcial, con un toque de primera para devolverle una pared a Latorre. «Boludo, te están cantando a vos, disfrutalo porque te lo merecés», le dijo a Gambetita mientras la gente cantaba un ambiguo «*Olé, olé, olé, olé, Diego, Diego*».

La victoria final fue por 3 a 2. «Lo ganó la gente de Boca, que llenó la cancha. Verle la cara de felicidad a los hinchas reconforta. Hoy ellos nos dieron una lección. Si mantenemos el respeto, seremos un serio candidato», comentó, feliz por el regreso.

A pesar de su muy buen rendimiento de esa tarde, decidió no jugar los últimos tres partidos del Clausura. Con Boca a trece puntos de los líderes, prefirió centrarse en terminar su puesta a punto para el Apertura.

Un Dios en la creación de la Santísima Trinidad

Sembrando el futuro de Boca, en ese libro de pases, Diego Maradona jugó un rol indispensable en la formación del trío de jugadores que llevarían a Boca a la gloria máxima en los años por venir.

Juan Román Riquelme tenía 19 años recién cumplidos. Llevaba una temporada en Boca y había debutado en noviembre.

Martín Palermo tenía 23 años, llevaba cinco jugando en la primera de Estudiantes, y era uno de los grandes goleadores del fútbol argentino.

Guillermo Barros Schelotto, misma edad y colegio que Palermo, jugaba en Gimnasia y estaba en la mira de varios equipos.

Antes de que comenzara el partido contra Racing, en el regreso de Maradona, Riquelme recibió en el césped de la Bombonera una plaqueta por haber ganado el mundial juvenil. «Hace unos días dimos la vuelta en Malasia y ahora escuchamos cómo La 12 nos saluda con tanto afecto. En lo personal, solo me falta cumplir otro sueño, que es jugar con Maradona en el mismo equipo. Espero que se me dé la oportunidad», se ilusionó Román.

Esa oportunidad le llegó pronto. Fue un partido amistoso de local contra la Universidad Católica de Chile, el 14 de agosto de 1997. Riquelme, que jugó con el 7 en su camiseta, hizo lo que haría cualquier otro hincha de Boca que tuviera la posibilidad de jugar con Maradona: darle y recibir de él todos los pases que sean posibles. En total, le dio la pelota 29 veces a Diego, quien a su vez le entregó el balón en 17 ocasiones. Román ya tenía ofertas de Europa, pero la posibilidad de jugar al lado de su ídolo le hacía crecer las raíces que lo aferraban al club de sus amores.

En ese mercado de pases Maradona pedía públicamente a los dirigentes que reforzaran un plantel que había quedado a dieciséis puntos del campeón del Clausura, que para colmo había sido River. Sabía que podía ser su última chance de ganar un título, y seguía día a día las negociaciones.

«Me gusta tu locura sana» le había dicho a Palermo en un cruce radial a principios de mayo, en el que el Loco ni se animó a tutearlo. Cuando el libro de pases llegaba a las páginas finales, Palermo se acercaba a River y los mellizos Barros Schelotto a Independiente. Entonces, nuestro capitán se calzó la cinta y levantó el teléfono.

—Quién habla, ¿Guillermo o Gustavo? —preguntó, dado que los mellizos tenían un solo teléfono celular.
—Soy Guillermo, Diego.
—Escuchame, no firmen nada con ningún club, ni vos ni tu hermano. Si Boca no llega con la plata, voy a buscar sponsors. Y, si hace falta, pongo plata yo. Quiero que vengan.

Al día siguiente, Gustavo le confirmó a la prensa el llamado del 10: «Todo lo que diga Maradona de nosotros es muy importante, es el mejor jugador del mundo», se entusiasmó. «Yo no podía creer que me llamara por teléfono a mí, que jugaba en Gimnasia y nunca había hablado con él personalmente. Yo lo escuchaba y le decía a todo que sí… ¿Qué le iba a decir?», recordó Guillermo diez años más tarde.

Luego se encargó de convencer a Palermo de que no fuera a jugar a la vereda de enfrente: «Martín se iba a River, tenía casi todo firmado. Tuve una charla con él y le expliqué lo que era Boca, que él iba a ser ídolo en muy poco tiempo. Le dije que lo hablara con su representante. Y lo convencí, me respondió que le encantaría venir a Boca. Y los dirigentes le mejoraron la oferta de River».

La historia tuvo un final feliz. El triángulo quedó conformado. Con el tiempo, Riquelme, Guillermo y Palermo harían historia.

* * *

Este campeonato es a todo o nada. Si ustedes están acá es por algo. No se olviden de eso. No cualquiera se pone esta camiseta. Hay medio país que sufre por un simple resultado. No defraudemos a la gente. Mañana salimos a la cancha y los pasamos por encima, eh. ¡Vamos carajo!

Las palabras de Maradona retumbaron en la habitación del Hotel de las Américas. Eran las once de la noche del sábado 23 de agosto, y Diego había pedido reunir a todos sus compañeros para hablarles, con alma y vida, sobre el desafío que comenzaría dieciséis horas después.

Los medios anticipaban que jugarían «los cuatro fantásticos» en el debut contra Argentinos, en referencia a Diego, Caniggia, Latorre y Román. Pero Maradona sabía que, para dar pelea, más que creerse un *dream team,* tenían que sentirse más terrenales que nunca, y esperar a que los refuerzos se sumaran al plantel.

Además de llamar a Guillermo y a Palermo, Diego había amagado con irse si echaban a Giunta, había pedido por Chilavert, Trotta, Ruggeri y Batistuta, llegó a hablar con Hristo Stoichkov, y fue clave para que Caniggia regresara al club después de un año de inactividad. A cara de perro, redobló sus críticas a los que estaban en el plantel y declaraban sus deseos de irse si no tenían la titularidad asegurada: «Si se quieren ir, que se vayan. Que piquen, acá no los queremos. No pueden exigir nada, porque no ganaron nada. Esto es Boca, no es joda». En la búsqueda de arqueros, los dirigentes fueron por Ángel Comizzo, quien declaró públicamente que estaba dispuesto a venir a Boca. Finalmente, además de los mellizos y del Titán, en ese mercado llegaron Oscar Córdoba, Jorge Bermúdez, Nolberto Solano, el mexicano Luis Hernández y Walter Samuel.

En el debut contra Argentinos Juniors, Boca ganaba por 2 a 1 cuando, en pleno segundo tiempo, Latorre fue derribado dentro del área. Al comenzar esta nueva era en Boca, Maradona había anunciado que no patearía más penales. El recuerdo de la racha de cinco errados consecutivos del año anterior lo había marcado. En el amistoso contra Universidad Católica, se lo cedió a Rambert, que lo falló, y Diego se sintió culpable. Por eso, en la última práctica antes de jugar contra Argentinos, le pateó cincuenta y un penales a Christian Muñoz. Metió cuarenta y uno. Y decidió que era momento de retomar la responsabilidad.

Cuando el árbitro Giménez señaló el punto penal, la hinchada bramó su nombre. Él se paró frente al arquero y se le dibujó una

sonrisa. La confianza había vuelto a su lugar. Respiró profundamente y con un toque sutil rompió el maleficio. Era su gol número 150 en partidos oficiales del fútbol argentino. Pero, al igual que contra Belgrano el año anterior, improvisó el festejo, como si estuviera dando sus primeros pasos en su club de barrio. Corrió gritando con furia, dio una vuelta carnero y, cuando ya había detenido su marcha, se tentó con una celebración poco vista en su carrera: arremetió contra la tribuna y de un salto se colgó del alambrado. La maldición de los penales había terminado.

Con un contundente 4 a 2 final, se retiró de la Bombonera feliz. Nadie imaginaba lo que se avecinaba.

La oscuridad al final del túnel

Maradona se fue de la cancha saludando a la gente tras su nuevo regreso triunfal. En la escalinata que lleva al vestuario lo esperaba Marcelo Palacios, por entonces cronista de Radio Rivadavia, para entrevistarlo. Diego se sentó en un escalón, se calzó los auriculares y comenzó a quitarse los botines, cuando el periodista le dio una noticia que sonaba de una importancia menor, pero que sería el tictac efímero de una bomba neutrónica: «Diego, no te acomodes mucho que te tocó el antidóping». Él se enojó, más por la molestia que por algún temor: «Viejo, ¡parece que tuvieran la bolilla mía pegada en la mano! Igual, me cago en el control. Hoy a la mañana me hice uno y me dio negativo».

Caminó con tranquilidad hasta el departamento médico de Boca. Saludó a Riquelme, a Fabián Garfagnoli y a Pablo Gómez, que habían llegado antes que él y esperaban a que el llamado de la naturaleza les permitiera completar la misión. «Puedo comer uno, ¿no?» preguntó mientras atacaba una bandeja de sánguches. Se quitó el pantalón, aunque el reglamento solo requería bajarlo hasta las rodillas. Llenó el frasco sin grandes esfuerzos y entregó la muestra. Hizo bromas con los jugadores y el personal que lo rodeaba. Había sido el último en entrar y fue el último en retirarse. El propio Román,

semanas más tarde, declararía frente al juez Claudio Bonadío y al fiscal Guillermo Montenegro, que no notó nada raro en el trámite del control, ni en el proceder de Diego. Y Garfagnoli, al día de hoy, recuerda que Maradona estaba muy tranquilo y de buen humor.

El jueves siguiente, 24 agosto de 1997, marcaría a fuego la historia de Boca. Por la mañana, Guillermo Barros Schelotto realizó su primera práctica en el club. Pasado el mediodía, Martín Palermo, vestido con camisa y corbata, firmó su contrato y fue presentado oficialmente: «Es un halago jugar al lado de Maradona, después de la fuerza que él hizo para que yo viniera. Yo quería cumplir la palabra que le había dado», declaró el goleador.

Pero, cuando se acercaba la noche, una oscura sombra de rumores cubrió el cielo en Brandsen 805. Horas antes, Atilio Bemposta, titular del departamento de control antidóping de la AFA había llamado con urgencia a Julio Grondona, que se encontraba en Suiza. La historia se repetía. Como en aquel fatídico día de junio de 1994, Grondona era nuevamente informado de que a Maradona le cortaban las piernas. Apurado, el máximo dirigente del fútbol argentino llamó a Mauricio Macri. «Andate ya para la AFA o mandá a alguien», le dijo, y pasó a contarle los detalles de una historia que nadie quería escuchar. Luis Conde vio de cerca cómo al presidente de Boca se le transformaba la cara, y minutos después, fue el encargado de contarle la novedad a Coppola. «¡Es imposible! ¡Si el domingo a la mañana le hicimos el control casero y dio negativo!», respondió el representante a los gritos mientras, en su interior, se enfrentaba por enésima vez a la pregunta que atravesó los mejores años de su vida: «¿Cómo le digo esto a Diego?». Decidió ir a contárselo en persona y sin rodeos:

—Dieguito, parece que el antidóping te dio positivo.
—¡No, no, no, no y no! ¡No puede ser! ¡Otra vez no puede ser!

A las 22:05, Washington Rivera, jefe de prensa de la AFA, frente a un grupo de periodistas, le puso palabras formales a lo indecible: «El frasco 011, correspondiente al análisis antidóping realizado al señor Maradona, tras el partido que Boca le ganó a Argentinos

Juniors por 4 a 2, arrojó resultado positivo de sustancias prohibidas por el reglamento».

El sueño parecía, una vez más, haber terminado.

* * *

El mundo de Diego se derrumbó. Su primer reflejo fue recluirse durante tres días en un departamento de la calle Posadas. Días después, confesaría que sentía vergüenza de volver a su casa y enfrentar a su familia, pero que regresó cuando Claudia le dijo que las hijas lo necesitaban. Mientras tanto, las muestras de apoyo iban desde las más esperadas, a las más sorprendentes.

El Bambino Veira llegó a la práctica del día siguiente con un pizarrón, que dejó frente a los periodistas, y en el que había escrito de puño y letra: «Siempre estarás con nosotros. Lo importante es que estás vivo y que tenés una familia maravillosa. Acá solamente te queremos como ser humano».

La 12 colocó un pasacalle de aliento frente a su casa de Villa Devoto, y decenas de hinchas se acercaron para apoyarlo.

Justamente a su domicilio de Segurola y Habana llegó también un telegrama que decía: «En este momento tan especial, te acompañamos con mucha fuerza. Plantel profesional del Club Atlético River Plate».

Ramón Díaz, un adversario muy afecto a las chicanas futbolísticas, esta vez respondió con seriedad cuando fue consultado: «Le deseo lo mejor, que se pueda recuperar. Lo más importante es recuperar al hombre».

Leonardo Favio, el artista que Maradona tanto admiraba, le escribió un poema:

Diego,
en la callada foto
que conservo en mi cuarto
donde desguarnecido
te apoyaste en mi pecho,

vi tu desolación
de niño acorralado.
Diego,
no te puedo ayudar.
hoy he llorado.

El sábado por la noche, Boca jugó contra Platense en cancha de Vélez, por la segunda fecha del Apertura. El resultado fue 2 a 2, pero lo central estuvo en la tribuna visitante, en donde la gente bancó a su líder espiritual con banderas, remeras y cantitos. Recién el lunes, Diego habló por primera vez públicamente, por teléfono, en su programa *Fenómeno real,* que conducía junto a Mauro Viale en América TV. Su voz y sus palabras reflejaron el momento que vivía:

> Ya no tengo más ganas de luchar. Me gustaría que se haga justicia, y poder decirle a los que me están dando por muerto, que ya demasiada cruz tengo con llevar esta adicción, como para que ellos me quieran lejos de una cancha, que es donde soy feliz. Muchos quieren darme un revolver para que me mate.

Pero, paralelamente, sus abogados comenzaron a jugar una final fuera de la cancha y a preparar la táctica de defensa y contraataque. Esgrimieron que Maradona no había consumido drogas en esos días y exigieron que se realice un estudio de ADN a la muestra de orina. Se basaban en los controles particulares que se habían realizado el domingo, y en las actividades públicas de los días previos, en las que se lo vio en perfectas condiciones. Al mismo tiempo, reclamaron que se investigue una denuncia judicial que Diego y Coppola habían realizado un mes antes, y en la que afirmaban haber recibido amenazas de que a Maradona le *plantarían* drogas.

Del otro lado del mostrador judicial estaba Claudio Bonadío, a quien le había llegado la causa por las amenazas. Llevaba cuatro años como juez y antes había sido funcionario del gobierno nacional. La política jugaba su carta.

Maradona se había reconciliado con Menem a principios de 1995, luego de la trágica muerte del hijo del presidente. Si bien nunca dejó

de criticar varias de sus políticas de gobierno, Diego apoyó su reelección. Ese 1997 no era un año más. El 26 de octubre habría elecciones legislativas en las que, más allá del debut de la alianza opositora entre la UCR y el Frepaso, la pelea de fondo era la interna entre Menem y el gobernador bonaerense, Eduardo Duhalde.

El caso Coppola, el caso Cabezas y, ahora, el dóping de Diego, eran piezas en ese tablero de ajedrez. «Todo lo que me pasa ahora está dentro de un contexto político, y no creo que las cosas cambien. Hay plata de la provincia de Buenos Aires para hacernos daño a Coppola y a mí», declararía Maradona por esos días, explícito como siempre. Duhalde, el año anterior, había dicho que Coppola debía «pudrirse en la cárcel» si era culpable en la causa por la que había sido detenido.

Con todas esas barajas sobre la mesa, se descontaba que los jueces tendrían buena predisposición para hacer lugar a los pedidos de la defensa de Diego. Y así fue.

El juez que recibió la denuncia de la AFA por el dóping positivo fue Carlos Liporace, quien sobreseyó a Diego y ordenó investigar quiénes le habían suministrado las sustancias. Luego de ello, Bonadío, en su expediente, ordenó a la AFA «no innovar». Es decir, no aplicar sanciones hasta que estuviera listo el resultado del ADN sobre las muestras de orina, y hasta que se esclareciera la denuncia por amenazas. Eso sí, le impuso a Diego la realización de un control antidóping, en sede judicial, al término de cada partido.

Traduciéndolo al lenguaje futbolero: el martes 9 de septiembre por la noche, mientras la hinchada de Boca copaba las puertas de la AFA, la Justicia autorizó a que Diego siga jugando al fútbol. La medida era provisoria, pero sin plazos definidos. Boca tenía que jugar contra Newell's el domingo siguiente por la tercera fecha del Apertura, y podía contar con su ídolo máximo.

Maradona volvió a entrenar con Boca en la Bombonera, ante miles de hinchas. Y aprovechó la oportunidad para volver a hablar a corazón abierto. «Mis silencios, mis lados oscuros, yo no los comparto con los cincuenta mil hinchas de Boca que van a la cancha. Gracias a Dios, jamás tuve que recurrir a algo para mejorar

mi rendimiento. Por mi adicción estoy recibiendo medicación, y la corto el viernes, antes de cada partido».

La última resurrección

> La hinchada de Boca es adicta a Diego Armando Maradona. Ayer, cualquier jugada intrascendente del Diez era coronada por aplausos. Y después, cuando se fue reemplazado por Latorre, lo ovacionaron, aunque no había jugado muy bien. Pero aplaudían que volvió a volver. Del dóping, de una lesión, de su impotencia.

El fragmento de la crónica de *Olé* sobre el partido que Boca le ganó a Newell's por 2 a 1 refleja, en parte, el sentimiento que predominaba por entonces en esta historia de amor. Entre el reencuentro y la despedida, Maradona y Boca sabían que cada instante juntos podía ser el último. Tal como Jorge Luis Borges definió en su poema, flotaba una «Nostalgia del presente»:

En aquel preciso momento el hombre se dijo:
Qué no daría yo por la dicha
de estar a tu lado en Islandia
bajo el gran día inmóvil
y de compartir el ahora
como se comparte la música
o el sabor de una fruta.
En aquel preciso momento
el hombre estaba junto a ella en Islandia.

Esa tarde de septiembre, los bosteros maradonianos estábamos «junto a ella en Islandia» o, más precisamente, junto a él en el club embanderado con los colores de otro país nórdico.

«Lo de la gente no lo puedo creer. A esa gente le debo todo. Ellos son los que siempre me bancan. Son las verdaderas estrellas de Boca. Y esta tarde realmente los necesitaba», diría Diego por la noche.

La recaudación de ese 14 de septiembre en la Bombonera fue prácticamente igual a todos los otros partidos de la fecha sumados. Y quienes asistieron, tuvieron el honor de presenciar el último gol en la carrera del más grande jugador que haya dado este deporte.

Todo comenzó con una clara mano de Fagiani en el área de Newell's. Penal indiscutible. Pero el destino no le había puesto las cosas fáciles al 10 de Boca. Enfrente estaba uno de los mejores atajadores de penales del fútbol argentino: Sergio Javier Goycochea, el compañero de hazañas en Italia 90, y que debutaba ese día en el equipo rosarino.

Lo curioso de ese penal fue que el juego mental entre pateador y arquero fue transmitido en vivo. Eduardo Ramenzoni era el cronista en campo de la televisión y, mientras Maradona acomodaba la pelota, reveló: «Goycochea antes del partido me dijo que, si hay un penal, se va a tirar a su izquierda. Porque Maradona, cuando practicaban en la Selección, siempre le pateaba a la derecha. Y cree que, esta vez, Maradona le va a patear a la izquierda, a media altura, y fuerte».

Goycochea fue efectivamente a su izquierda, pero Diego acarició la pelota y la mandó al lado contrario. «Decidí a último momento. Goyco me amagó hacia donde la tiré, pero cambió… Y lo festejé con un desahogo inmenso», relató luego del partido.

En la celebración, corrió hasta el palco en el que estaba su familia. En el camino, pasó por delante de Mario Zanabria, DT de Newell's, el mismo con el que en 1977 había cambiado la camiseta de Argentinos por la de Boca. La casaca azul y oro que luego lució en la tapa de la revista *Goles,* y que le valió que el Bicho lo apartara del plantel por unos días. Su gol marcaba el 1 a 0 en un partido que luego definiría Guillermo Barros Schelotto, en su debut con la camiseta de Boca.

Antes de irse de la Bombonera, alguien le preguntó a Maradona si tenía ilusiones de jugar el Mundial de Francia del año siguiente: «Mi mundial es este Apertura con Boca», respondió. Y no había tiempo que perder.

* * *

El sueño de Diego de jugar en Boca finalizaría igual que como empezó: de la mano de su padre.

Había comenzado, como vimos en el primer capítulo, en Fiorito, con los relatos de Bernardino Veiga rebotando en las paredes de la casa de Azamor y Mario Bravo, y con Chitoro festejando o haciéndose mala sangre por el equipo.

Terminó tres décadas más tarde, con la salud de *Diego Padre* complicándose ante cada oleada de rumores sobre lo que le ocurría a su hijo. Su corazón marcó el paso de los últimos partidos que Pelusa jugó en su carrera.

El primer episodio comenzó con el rumor —que luego se comprobaría falso— de un supuesto nuevo antidóping positivo, en este caso en el partido contra Newell's. Comenzó a circular en la tarde del martes y fue difundido por Radio Mitre.

Diego estaba en la concentración de Boca, porque esa noche enfrentaba a Vélez. Se enfureció por la versión y se preocupó porque a su padre la había subido la presión al enterarse. Decidió no participar del partido ante Vélez, pero doña Tota lo convenció: «Tu papá no está bien, pero lo mejor que podés hacer es jugar», le dijo su *mamma.* Hizo el calentamiento previo pendiente del teléfono. Por momentos, con el aparato en la mano para recibir información sobre el estado de su padre.

En el primer tiempo, Vélez, dirigido por Marcelo Bielsa, peloteó a Boca y pegó tres tiros en los palos. «No sabía ni dónde estaba parado, mentalmente estaba en la casa de mi viejo», relataría Diego un rato más tarde. En la segunda parte, quizás nuevamente con *la bronca como combustible,* jugó sus mejores minutos del año. Pases, piques cortos, gambetas, y un imponente tiro libre desde treinta metros, que fue salvado por la punta de los dedos de Chilavert y la unión entre el palo y el travesaño. «Ahora voy a la casa de mi viejo y, dependiendo de lo que él me diga, decidiré si abandono el fútbol o sigo. Hoy la presión se le fue a veintitrés. Si matan a mi papá,

¿quién me lo paga? Me siguen empujando al retiro», declaró antes de irse del estadio José Amalfitani.

Al día siguiente, anuncia que acordó con su papá que iba a seguir jugando, pero que, si se repite un episodio como el del día anterior, abandona: «Cuando se metan con mi viejo o con mis hijas, ahí me gasto toda la plata en granadas, que no le quepa la menor duda a ningún argentino, llámese Duhalde, Menem o quien sea. La gente poderosa está mal porque yo hablo. Les duele cuando les meto el dedo en la llaga porque prometen y no hacen nada».

El partido siguiente se jugaría el domingo, contra San Lorenzo, en la Bombonera. Maradona avisa que puede ser el último. Y, en cierta forma, terminaría siendo cierto. Sería su último partido oficial en cancha de Boca.

Doña Tota y don Diego llegaron al palco del brazo del nieto Daniel López y recibiendo besos, abrazos y ruegos de los hinchas que los cruzaban, algunos con lágrimas en los ojos. Eran altares vivientes frente a los que decenas de fieles pedían que convencieran al Dios del fútbol de que no abandone su tierra. Claudia llegó al estadio luciendo una remera blanca, hecha a medida de las circunstancias, que en una larga inscripción decía: «El día que no estés, nos sentiremos perdidos, se apagará la alegría, se callarán las voces. No te vayas, no dejes nunca. El fútbol no es fútbol sin vos. Gracias Diego por volver».

El partido se definió en los primeros 25 minutos, con dos golazos de *El-otro-Diego,* el Diego Fernando, el Diego Latorre, que fue la figura de la cancha. Su tocayo Armando fue la manija de un equipo, que se llevó un 2 a 1 y tres puntos fundamentales. El grito popular dominante de la tarde, el que decretaba «*y Diego no se va*»*,* fue la banda de sonido de un Maradona que, sin saberlo, se iba. Sin saberlo, se retiraba por última vez de la Bombonera en un partido oficial.

Se fue a los 44 minutos del segundo tiempo de ese Día de la Primavera de 1997. La última pelota que tocó fue en un quite a Ariel Montenegro, cerca de mitad de cancha, del lado de las plateas. El balón se fue al lateral y Horacio Elizondo autorizó el cambio. Mientras Vivas ingresaba al campo del lado del banco de suplentes,

Maradona saludó al árbitro, le entregó la cinta de capitán a su otro tocayo, Cagna, y caminó hacia el túnel. Recorrió esos pocos metros aplaudiendo con los brazos en alto a su gente, que coreaba su apellido omitiendo la última sílaba, como esperando que su nombre y su leyenda no terminaran nunca. Pero Maradona se fue, bajando las mismas escalinatas por las que había llegado, por primera vez, aquella calurosa tarde de febrero de 1981.

El último baile

Diego Maradona se preparó para el que terminaría siendo el partido final de su carrera de la manera en que su historia de amor con Boca lo merecía.

Sacó a relucir sus mejores autos. Renovó su corte de pelo. Comenzó a utilizar unos elegantes anteojos dorados. Se hizo un nuevo tatuaje, de esos que no pasan inadvertidos. Y, por supuesto, disfrutó de sus últimos días como jugador de fútbol, en medio del ruido judicial y político.

La recta final comenzó el 14 de octubre, cuando volvió a entrenar con el plantel tras veinte días afuera por una lesión. Estacionó un imponente Porsche 911 justo en el borde de la cancha del predio del Sindicato de Empleados de Comercio. Se bajó vestido con la ropa de entrenamiento —había pasado ya por el vestuario—, y jugó al fútbol en el mismo equipo que los mellizos Barros Schelotto, Riquelme y Manteca Martínez. Se divirtió con sus compañeros y después anunció que evaluaba convocar a una huelga por cómo se estaba manejando el tema del dóping en Argentina, tras la sanción por dos años al «Palomo» Albeiro Usuriaga.

Al día siguiente, irrumpió en el predio manejando un camión Scania H-113 recién adquirido. «Eligió uno celeste por los colores de Boca», recordó años después Sergio Busnelli, uno de los mecánicos que lo recibió y que intentó enseñarle a Diego a manejarlo. «Si bien la caja tenía más de diez cambios, el pomo de la palanca solo marcaba tres. Quisimos enseñarle, pero él estaba fascinado con el

tablero. Le dimos una explicación rápida, pero no nos entendió», agregó Busnelli. El debut del camión fue algo accidentado: se plantó a pocos metros de haber entrado al predio, antes de llegar a los vestuarios. Es que Diego le había cargado gasoil en el tanque equivocado, el de reserva.

Si bien ese Scania es hoy muy recordado, pocos conocen cuál era el destino real de ese camión: convertirse en un estudio de radio móvil con el que Maradona pudiera recorrer las calles y hablar con la gente. «Quiero conocer sus vidas, ir barrio por barrio. Soy capaz de un día mandarme al microcentro», contó Diego por esos días. «Fue una idea que le propuse y que le fascinó —rememora Coppola—. Y se me ocurrió porque a él le encantaba estar con la gente. Muchas veces íbamos en auto, veía un picado de chicos en una plaza y me hacía frenar para bajarse y jugar dos minutos. Al camión le íbamos a poner un acoplado para armar el estudio y meternos un día en el centro, otro en Fiorito y así recorrer». Lamentablemente, el proyecto no se concretó, y nos perdimos la chance de ver al Diego subido al Scania y hablándole a los transeúntes por las callecitas de la city porteña.

Aquel problema mecánico el día que lo manejó por primera vez no afectó el buen humor que traía. Ya en el entrenamiento, aprovechó el barro que se había formado por la lluvia y, como en aquellos momentos de diversión en La Candela en 1981, chapoteó en el lodo y se lo untó por la cara. «En los partidos era competitivo y mostraba su personalidad, pero en los entrenamientos disfrutaba», recuerda Arruabarrena. «En las prácticas era como un niño al que le regalan su primera pelota. Le encantaba hacer jueguitos. También recuerdo que ensayaba tiros libres con los cordones desatados, porque el nudo podía moverle le pelota. "Ese nudito es muy hijo de puta", me decía», rememora Solano.

En el siguiente entrenamiento, llegó al SEC en una coupé BMW 328i blanca junto a Coppola. Cuando se bajaron, los periodistas les hicieron notar que salía humo y olor a quemado de uno de los neumáticos. «Qué raro, porque veníamos despacito», respondió Guillote con una sonrisa.

Además de los anteojos Cartier dorados y un corte de pelo que resaltaba sus rulos y afinaba su rostro, ese día habló sobre su otra novedad corporal, que era mucho más que simple estética: se había tatuado el rostro del Che Guevara en su brazo derecho. Acababan de cumplirse treinta años de su fallecimiento y un equipo de arqueólogos había encontrado sus restos en Bolivia. «Es el argentino que mejor nos ha representado en el mundo y me duele que acá se siga hablando de él como si fuera un subversivo. Y también me duele que no se hayan pedido sus restos para que fueran velados aquí y le demos el último adiós», afirmó después del entrenamiento del 17 de octubre.

El martes, a las 10:38 de la mañana, los jugadores hacían el calentamiento previo a entrenar, cuando vieron llegar una Ferrari F355 roja. Maradona se bajó, listo para sumarse a sus compañeros. Lo abarajó el Bambino Veira, a quien se le caía la baba al ver el auto: «No podés venir a entrenar con semejante belleeeeeza».

El viernes —nuevamente, sin saberlo— Diego concurre al último entrenamiento de su vida como jugador profesional. Había anunciado que participaría del turno de la tarde, pero a las 10:45 apareció por Brandsen 805 manejando el Scania, que ya tenía el gasoil en su lugar. Entrenó a la par de todos y, antes de finalizar, pateó catorce penales y metió diez.

Luego anticipó que el sábado, antes de empezar el partido, le daría la mano a su viejo rival, Ramón Díaz, por el respeto que había mostrado ante su dóping positivo. Y se imaginó con un largo futuro como jugador del club: «No pienso en el retiro. Pasé por muchas difíciles y estoy todavía pasando por la del dóping, que la estamos luchando a muerte. Estoy seguro de que vamos a festejar mis 40 años en este club pensando en un clásico».

Tanto él como Veira anticiparon que Boca atacaría a River desde el inicio. Diego reconoció que enfrentaban al mejor equipo del momento, pero que ellos no irían de punto. No por nada, River llevaba más de mil días sin ganarle a Boca y siete años sin conseguirlo como local.

* * *

Entre la guerra y la paz. Así vivieron Maradona y Boca ese superclásico del 25 de octubre de 1997.

Un partido en el que Diego ajustaría cuentas con el pasado y dejaría sembrado el futuro. Una tarde con un expulsado en el campo, y heridos y detenidos fuera de él. Con críticas y elogios cruzados, y con un gran clamor por justicia por un crimen aberrante. Con una batalla de afiches. Y sobre todo, con una victoria de Boca, a lo Boca.

«Muchachos, yo no sé ustedes. Pero a mí, para sacarme los puntos, estos hijos de puta me van a tener que matar. Me van a tener que sacar la vida… ¿Entendieron lo que les digo? Vamos a poner los huevos, carajo. ¡Vamos! ¡Vaaaamooooos!».

La arenga de Diego, dentro de la manga, antes de salir a la cancha, tuvo su sello.

El presidente del club de Núñez, Alfredo Dávicce, había dispuesto una curiosa medida de prevención de la violencia: ordenó que la pantalla gigante del Monumental emitiera aforismos de José Narosky antes de que comenzara el partido. Así fue como, desde las tribunas de enfrente, los hinchas de Boca pudieron leer frases tales como:

«La violencia todo lo destruye, incluso a quien la usa».
«El sembrador de espinas es el primer herido».
«El que necesita agredir, necesita curarse».
«La violencia es una debilidad».

La estrategia no fue del todo efectiva. River había instalado butacas en sus populares visitantes un par de semanas antes y era la primera vez que se llenaban de gente. Durante el partido de reserva, varios hinchas de Boca las habían arrancado y arrojado, la mayoría a la pista de atletismo, aunque algunas fueron a parar a un sector con hinchas locales. Afortunadamente, sin heridos de gravedad. En total, fueron destruidas 967 butacas plásticas y 438 asientos de madera de la platea baja. Además, fueron arrancados 67

metros de paravalanchas, 52 soportes, dos carteles y parte del alambrado. Luego del partido, River exigiría cien mil dólares como compensación. La respuesta vino del propio Maradona: «No voy a justificar de ninguna manera la violencia, pero en la puta vida pensamos que las populares iban a tener asientos».

Una vez que salió a la cancha, Diego fue derecho al círculo central, se persignó y levantó sus dos puños para saludar a su hinchada. En realidad, era el segundo saludo del día. Unas horas antes, el micro de los jugadores había cruzado su camino con la caravana de La 12, a la altura de Carlos Pellegrini y Libertador, y Diego había intercambiado besos a la distancia.

Después del sorteo entre capitanes, cumplió la promesa. Saltó los carteles, fue hasta el banco de suplentes de River y saludó a Ramón Díaz, su exsocio futbolístico en el mundial juvenil de 1979, y con quien se había peleado a mediados de la década siguiente. La frialdad del técnico de River fue cualquier cosa menos sorpresiva. Esa mañana, en una entrevista, había advertido: «Si me saludan, yo saludo. Nada más. Soy respetuoso. Pero eso no significa que sea el principio de una reconciliación».

Ya con los jugadores listos para empezar el encuentro, hubo un minuto de silencio. Se cumplían nueve meses del asesinato de José Luis Cabezas y se realizó una suelta de globos negros, con el aplauso de todo el estadio.

En ese último acto en la obra futbolística de Diego, Boca formó con Córdoba; Vivas, Bermúdez, Fabbri, Arruabarrena; Toresani, Cagna, Solano; Maradona; Latorre y Palermo. Cagna jugó de volante central ante la suspensión de Alfredo Berti, y Solano en una inédita posición de volante por izquierda.

Enfrente estuvieron Burgos; Hernán Díaz, Celso Ayala, Berizzo, Placente; Monserrat, Astrada, Berti, Gallardo; Salas y Rambert. El arquero suplente de Boca fue Roberto Abbondanzieri, pero ese día no registró rasguños en su rostro.

En el primer tiempo, River dominó el partido y generó situaciones, con Bermúdez y Córdoba aguantando nuestros trapos. Boca estuvo muy inconexo en ataque. Diego comenzó con movilidad, pero muy pronto la inactividad del último mes y medio se

hizo patente. Tanto, que hasta estuvo impreciso en la pegada de los tiros libres.

En la guerra de cantitos, la hinchada de Boca, como de costumbre, se hacía oír aún ante la superioridad numérica de ser visitantes —15 mil personas contra 45 mil, según las crónicas del día —.

Cuando faltaban cinco minutos para el descanso, y todo Boca pensaba en qué cambios podrían hacerse para la segunda mitad, Sergio Berti puso en ventaja al local. Salas le había bajado la pelota de cabeza, y el volante definió de frente al arco.

En el banco, Caniggia ya hacía el calentamiento previo. Riquelme, sentado al lado de Traverso, se comía las uñas de los nervios. Guillermo miraba de reojo, sabiendo que el Pájaro tenía más chances que él de ingresar en el complemento. Nuestro 10 peleaba con el alma, pero el cuerpo y el equipo no le respondían.

Nueve segundos antes del pitazo de Elizondo, Diego Armando Maradona tocó la última pelota de su carrera profesional.

Recibió el balón de Arruabarrena, que lo había recuperado en mitad de cancha. Diego avanzó con pelota dominada. Ya en campo enemigo, ante un Astrada que se le venía encima, le dio el último balón de su vida con su pierna derecha a Solano.

Una simple jugada terrenal le ponía fin a una carrera cósmica. Desde aquel caño a Juan Domingo Patricio Cabrera, el 20 de octubre de 1976, a este pase corto a Nolberto Albino Solano, pasaron 21 años, cinco días, 692 partidos, 352 goles, una Copa del Mundo, un campeonato Metropolitano, dos scudettos, una Copa del Rey y varios ingleses en el camino para que el país sea un puño apretado.

No se detuvieron los relojes. No sonaron trompetas, no estallaron aplausos, ni fuegos artificiales. Es probable que varios de los asistentes se hayan perdido el momento, por mirar un cronómetro, o quizás al cielo, preguntándose si caería la lluvia tan anunciada. En tiempo presente, fue apenas un pase corto del 10 de Boca a un compañero.

De hecho, casi treinta años más tarde, tanto Arruabarrena como Solano recién reparan en que fueron protagonistas de la última jugada en la carrera de Maradona cuando son consultados para este libro. «La verdad, no recordaba que el último pase de su carrera se lo di yo. Es un orgullo, Diego era especial, lo admiré desde chico», recuerda el Vasco. «Me sorprende, no lo sabía. Mi sueño de chico era que Diego jugara en la Selección de Perú y poder darle la mano. Y haber jugado con él y haber recibido su último pase es un orgullo», dice Ñol.

Quienes lo conocieron, aseguran que Diego no hubiera podido jamás jugar un partido sabiendo que era el último. No le daba el alma para tomar semejante decisión. De hecho, como veremos más adelante, cuando armó su partido final en la Bombonera, en 2001, los organizadores tenían prohibido hablar de «despedida». Era un «partido homenaje». El final no se podía planificar.

Concluido el primer tiempo, Maradona caminó hacia la manga con sus compañeros y fue el último en salir. Con el cansancio de veintiún años de carrera a cuestas, llegó al vestuario, se sacó la camiseta y decidió su propio destino. Sentado en el piso, exhausto y buscando aire, decretó a viva voz:

—Muchachos, no doy más. Salgo yo, sale Vivas y entran Riquelme y Cani.

A Vivas no le gustó la decisión, pero debió rendirse ante el argumento dado por Diego, utilizando la clásica conjugación en tercera persona para hablar de sí mismo:

—Vamos, ¿puede salir Maradona y no puede salir Vivas? ¡Sale Maradona, sale Vivas y entran Riquelme y Caniggia! —insistió con una firmeza que nadie se atrevió a contradecir.

«Le habló a Román, fue como que le dio una bendición. Le dijo que jugara tranquilo. Como para motivarlo y sacarle presión, porque estaba reemplazando a Maradona y en un clásico, ni más ni menos», recuerda César La Paglia.

La transmisión televisiva marcó que quien reemplazó a Diego fue Riquelme, pero tanto los carteles electrónicos del estadio como varios medios escritos indicaron que los cambios fueron Maradona por Caniggia y Román por Vivas. Aún hoy se encuentran versiones encontradas en el *mundo Boca* de las redes sociales. Si le buscamos un sentido poético, de sucesión futbolística y emotiva, situados en ese momento, tendría más lógica que quien tomara la posta de Diego en el fútbol fuera su gran amigo Cani. Con el diario del nuevo milenio, conociendo la historia que escribió luego Román en Boca, el cambio de 10 x 10 adopta un significado épico.

La planilla oficial del partido fue arrojada a los cestos de basura de la AFA mucho antes de que esta duda tuviera algún sentido. Pero quien, casi tres décadas después, le pone fin a la discusión es el árbitro, Horacio Elizondo: «Lo recuerdo perfectamente, quien reemplazó a Maradona fue Riquelme», responde con firmeza para los libros de Historia.

«¡Quiero ac-ti-tud! ¡Actitud, carajo!». Aún en el vestuario, Veira intentaba tocar el nervio sagrado de sus jugadores, con los cambios ya decididos por Diego. «El Bambino le habló mucho a Román para motivarlo en ese entretiempo», recuerda Fabbri.

Boca salió al segundo tiempo con un esquema con tres defensores, que varias veces Maradona había señalado como su preferido. Bermúdez, Fabbri y Arruabarrena formaron la línea de fondo, con Toresani, Riquelme, Cagna y Solano en el medio, Latorre en posición de enganche, y arriba Palermo y Caniggia.

Diego se quedó en el vestuario y vio la segunda mitad del partido por televisión, junto a La Paglia, que había quedado fuera del banco de suplentes. «Estaba como loco, lo vivió como si lo estuviera jugando. Pateaba, saltaba a cabecear, puteaba, se agarraba los pelos, hacía de todo», recuerda Leche.

Los cambios surtieron efecto y, en apenas dos minutos, se vieron los resultados. Quien se vistió de Maradona fue el otro Diego. La jugada comenzó por izquierda entre Riquelme y Solano y terminó por el medio con Latorre que, tras un amague, metió una asistencia magistral al corazón del área, donde Toresani definió de primera ante Burgos. El Huevo, aquél que hizo enojar a Maradona en su

regreso de 1995, lo hacía delirar de alegría en su asintomática despedida.

Pasados unos minutos, Hernán Díaz voltea a Latorre en mitad de cancha y se gana la expulsión por segunda amarilla. Boca queda con un jugador más, y casi al mismo tiempo, el cielo abre sus compuertas. Empieza a caer la lluvia, como si los dioses se decidieran a preparar la escenografía perfecta para una noche de gloria.

Con el partido y la tormenta creciendo en intensidad, a los 22 minutos Solano se viste de «el Diez» y mete un pase de gol al área. Es similar al que Latorre le dio a Toresani, pero ahora quien recibe es Caniggia, y es Burgos quien evita el gol y manda el destino al córner. Y Boca va. Y Boca fue.

Solano lanza el tiro de esquina cerrado, al primer palo. Arruabarrena se anticipa y cabecea alto y hacia atrás, rumbo al área chica. La pelota se suspende en el aire, no se decide a caer y, allá abajo, los jugadores se arremolinan, como niños esperando a que estalle la piñata. Martín Palermo, quien años después convertiría un gol en muletas, ahora lo hace en zancos. Trepado a las puertas de la idolatría, suspendido en el aire de un designio que prescribe a Maradona un retiro vencedor, el Titán le da un golpe al superclásico con su cabeza dorada.

Maradona se entera del gol por el estallido de los hinchas de Boca porque, en la pantalla del televisor del vestuario, Solano aún ni siquiera pateó el córner. Grita y delira: su equipo dio vuelta el partido. Los once jugadores de River le protestan al árbitro, inútilmente, por una supuesta obstrucción de Bermúdez a Burgos, que al día de hoy Elizondo sigue negando.

La media hora siguiente, hasta el pitazo final, fue de aguante y de tensión, como indica nuestra historia. «Boca ganó a lo Boca y River perdió a lo River. Ellos hicieron un gran primer tiempo, pero en el segundo se les cayó la bombacha», sentenciaría Diegote.

En cuanto terminó el partido, se metió en la cancha y festejó de frente a su hinchada, regalándonos una imagen eterna: *en cueros* y

simulando, con las manos de Dios, un coito entre el dedo índice de la derecha y un círculo formado en la izquierda. La gente reía, gritaba, le tiraba besos a Diego, y le cantaba a los de enfrente que nacieron hijos nuestros y que hijos nuestros morirán.

«Le dedico el triunfo a la gente de Boca. Esa gente sufrida, que respetamos y amamos, y que vino a alentarnos», nos dijo minutos después a través de la prensa.

Salió nuevamente sorteado para el antidóping. Volvió a quejarse de que «tienen la bolilla pegada en la mano», pero concurrió sin preocupación. Se fue del estadio hacia su casa. Antes de subir a su departamento, se quedó un rato cantando y festejando en la vereda de Segurola y Habana. «En este barrio son todos de River. Pobres, ¿no? Creyeron que lo tenían en el bolsillo y se los robamos. Tengo otro clásico en el lomo y River hace un montón que no nos gana. Me parece que sigo jugando hasta los 40», auguró mientras el destino, invisible, se le reía a su lado.

Boca había organizado una cena de festejo en el restorán Mirasol, de Puerto Madero. Diego fue el último en llegar, cerca de la 1 de la mañana, y el último en irse. Se paseó por las mesas, le dio un beso en la cabeza a Palermo, lideró los cantitos contra River y uno a favor del técnico: «*Este es el Bambino Veira, que llegó a La Boca para ser campeón*».

La mala noticia del día era que Diego se había vuelto a lesionar. Había sentido un pinchazo en el mismo lugar de su lesión anterior. Por ese motivo, y por el cansancio de un festejo prolongado, ni siquiera fue a votar al día siguiente. Fueron las elecciones legislativas en las que, en la provincia de Buenos Aires, Graciela Fernández Meijide le ganó a Hilda «Chiche» Duhalde.

El lunes, la ciudad se despertó empapelada con un afiche-cargada de Boca. Meses antes, River había colocado unos que decían «Gracias por otra alegría» con sus colores de fondo, para festejar un campeonato. Esta vez, aparecieron esos mismos carteles, pero con un notorio escudo de Boca como firma. Una guerra de memes en tiempos analógicos.

Diego no fue a entrenar, pero por la tarde habló por radio con Marcelo Araujo. Comentó las sensaciones que le dejó el partido

(«me gustó que la gente de River me haya puteado»), y siguió haciendo planes como jugador activo de Boca. «Ahora tengo unos diez días de descanso, por la lesión. Es muy difícil que pueda estar contra Lanús, aunque con Maradona nunca se sabe» dijo un Maradona con quien, efectivamente, nunca se sabía. Boca había quedado puntero y recibía el sábado al granate por la fecha 11.

El martes, sus abogados presentan un recurso en el fuero laboral para que, aún en caso de que el dóping del partido contra Argentinos fuera ratificado, Maradona pudiera seguir jugando. El argumento era que no podía ser discriminado por tener un problema de salud.

Sin embargo, esa mañana comenzó el principio del fin. Nuevamente, surgen rumores en distintas radios sobre que el test del partido contra River había dado positivo. Coppola lo desmiente y advierte: «Estas cosas le hacen perder la paciencia a Diego». El miércoles, en su edición de la mañana, Clarín asegura que las versiones del dóping eran falsas, y que pudo verificar, a las 13:15 del martes, que los frascos con la orina estaban aún cerrados y precintados.

Pero ya era tarde. A Diego le habían llegado, no solo esos rumores, sino otros que afirmaban que su padre había muerto. Al mediodía del miércoles, en el programa de Fernando Niembro en La Red, y luego en el que compartía con Mauro Viale en América TV, sale al aire por teléfono para anunciar que se retira del fútbol:

> «Estoy con mucha desilusión, pero ya lo tengo decidido, abandono. Estuve charlando una hora y pico con mi viejo, yo le había prometido que la próxima vez que saliera algo me retiraba. Y bueno, se ve que un chistoso tiró la información, y como sabe que mi viejo es hipertenso, aprovechó para decir que había muerto. Esto ya no es soportable».
> «Mi viejo me ordenó que largara, me dijo que se lo había prometido y voy a cumplir. Hoy charlamos todo esto y al final terminamos abrazados y llorando».

Y todos fuimos Diego y don Diego.

* * *

El impacto de la noticia recorrió los medios locales e internacionales. Algunos ponían en duda la decisión, recordando todas las veces que él había anunciado su retiro y luego se había arrepentido.

Hacia dentro de Boca, nadie tiraba la toalla. Macri fue cruzado con Maradona al aire en radio esa misma tarde, y le propuso juntarse a conversar para que reviera su decisión. «Mi papá me dijo que, si me llega a ver saliendo a una cancha, me va a buscar él», fue la respuesta del ya exjugador.

Miembros de La 12 llamaron a Diego para anunciarle que iniciarían una investigación propia para descubrir de dónde habían surgido los rumores del dóping y de la muerte de su padre. «Durante las semanas siguientes, varios jugadores seguimos hablando con Coppola para intentar convencerlo de que volviera. Creíamos que quizás era uno de esos enojos que luego se le pasaban», recuerda Fabbri.

Otros se lamentaban, resignados. «Es una pena, porque la magia que tenía Diego no se volverá a ver jamás. Es de esas cosas que uno quisiera que no se terminen nunca», dijo Carlos Bianchi, quien nueve meses más tarde asumiría como DT de Boca.

El jueves era su cumpleaños número 37. Bajo una leve llovizna, Diego salió al balcón a saludar a la gente que se había reunido en la puerta de su edificio para tratar de hacerlo cambiar de opinión.

Los docentes agrupados en la Carpa Blanca que se había instalado frente el Congreso, y a los que Maradona había apoyado, le dedicaron una carta que cerraba con una calificación a su carrera: «Por lo que nos diste, estos maestros ayunantes te ponemos un 10».

Diego se mantuvo inflexible. Y se tomó un tiempo para hablar de la herencia que dejaba en Boca. «Entre los jugadores hay un gran respeto, se creó un ambiente de camaradería bárbaro. No saben cómo me emocioné cuando vi que Abbondanzieri fue a abrazar a Palermo. Yo fui el que insistió en que compren a la mayoría de estos jugadores que ahora le están dando esta alegría a Boca».

Una herencia que ya empezaba a dar frutos.

Tal como ocurrió con Maradona en 1981, Palermo, a poco de llegar, había tenido su primera gran noche de amor con Boca en su

debut superclásico. Y ya se animaba a soñar mirando al futuro: «Recién es mi tercer gol en Boca, y yo quiero ser el goleador del equipo y del campeonato».

También esa misma semana, el diario español *AS* informó que Real Madrid intentaría contratar a Riquelme, a quien definió como «el nuevo Maradona».

Y, de hecho, en la fecha siguiente contra Lanús, Riquelme, Barros Schelotto y Palermo jugarían juntos por primera vez. Martín fue titular, Román y Guillermo arrancaron en el banco e ingresaron a los diez minutos del segundo tiempo. Boca perdió esa noche, pero la Santísima Trinidad quedaba conformada y preparada para bellos milagros.

El balance de los dos años de ese último Diego, entre 1995 y 1997, mostraba que, con él en el equipo, la efectividad había sido del 71,6 por ciento. Sin él, la cifra se derrumbaba al 41,3.

Había cumplido su sueño y el de millones de hinchas con solo volver para ponerse nuestra camiseta. Había quedado trunco el anhelo de salir campeón, tanto en el Apertura 95, como en el Clausura 96, y también en este Apertura 97.

Había soñado con jugar en Boca en su casa de Villa Fiorito, de la mano de su papá. Se despertaba de ese sueño en defensa de ese mismo hombre. En definitiva, la mejor definición del paso de Diego Armando Maradona con la camiseta de su club la dio él mismo, cuando recordó su primera etapa de 1981:

«Jugué como hincha».

PARTE VI
TERCERA EDAD CON EL PRIMER AMOR
1998-Infinito

El romance entre Maradona y Boca, aún con Diego ya fuera de las canchas, creció, la convivencia fue óptima, y la relación nunca cayó en el tedio de la rutina. La originalidad de las citas no se limitó a encuentros deportivos, sino también a fiestas de 15, celebraciones de cumpleaños y homenajes tallados en fibrocemento.

Diego fue guardián, vocero y embajador del sentimiento azul y oro. Con su habilidad dialética —comparable a la de su zurda inmortal— supo poner en palabras las alegrías y las broncas del pueblo xeneize.

Fue dirigente del club y tomó decisiones que fueron claves para un período breve pero muy exitoso.

Hizo del palco su segundo hogar —cuando no el primero—, mientras su lugar de residencia variaba entre Villa Devoto, La Habana, General Rodríguez, Dubai y Culiacán.

Eligió a la Bombonera como refugio de felicidad en sus buenas y en sus malas, como salón de fiestas para su cumpleaños y el de su hija, como sede de su despedida mundial, y como el lugar en el que emplazar la primera estatua en su honor.

Como veremos a lo largo de esta última parte del libro, desde el 26 de octubre de 1997 en adelante, el vínculo de Diego con su club se fortaleció y se ramificó.

Un monoambiente en Brandsen 805

Balcón de Romeo y Julieta, en el que los enamorados de esta historia se juran devoción eterna.

Trono del emperador que, mediante el punto cardinal que indique su dedo pulgar, dicta sentencia a sus gladiadores.

Residencia del embajador de la patria bostera que, despojado de diplomacia, le muestra al mundo la sede universal de la pasión.

Panóptico de observancia («cuidado, boludo, Diego vigila») de una multitud en ebullición.

Aleph infinito que emerge del sótano y contiene, en su punto, todos los puntos de una historia de gloria.

Altar sagrado, destino final de una eterna procesión que venera a su héroe inmortal.

El palco de Diego en la Bombonera es único. No hay otro estadio en el mundo que tenga un lugar de esas características, de cercanía y exposición para el huésped de honor.

> —Lo primero que hago cuando salgo a la cancha es fijarme si vos estás en el palco. Lo deben hacer todos los jugadores —le dijo Guillermo Barros Schelotto a Maradona en 1998.
> —Me vuelvo loco desde ahí arriba, es como si estuviera jugando con ustedes.

La construcción de todo ese sector de la Bombonera tenía el objetivo, declarado y cumplido, de ampliar la capacidad y destinar una parte a palcos VIP. «Ahí el comportamiento de Maradona, alentando con medio cuerpo afuera, para mí fue decisivo. Porque transformó el palco en otra popular. La idiosincrasia pudo haber cambiado, desde los viejos palcos a los nuevos, con aire acondicionado y servicio de catering. Y sin embargo fue al revés, Diego absorbió eso y lo transformó con la idiosincrasia de Boca. *Bosterizó* el palco VIP», reflexionó el escritor Martín Kohan.

Diego celebró desde allí vueltas olímpicas históricas, como la de la Copa Libertadores de 2001, en la que Riquelme, trofeo en mano, le hacía gestos para que bajara a festejar con los jugadores. Les dio la bienvenida a Román y a Tevez, en sus regresos de 2007 y 2015, respectivamente. Despidió a Palermo en su último partido, en 2011.

Así como los jugadores de Boca disfrutaron de su presencia, los rivales supieron sufrirlo. Aunque algunos quedaron en el medio. «Recuerdo que, en la final de la Sudamericana 2005 contra Pumas, se la pasó reputeándolo a Bruno Marioni. Se ve que él no lo escuchó, porque en un momento, de la nada, se acerca a la zona del palco y lo saluda. Y Diego pasó de insultarlo a decirle "te quiero, Bruno". Yo

me reía y le decía que era un caradura, y el me respondía "y qué querés, si me vino a saludar". Era muy divertido, vivía siempre los partidos con mucha intensidad», recuerda su sobrino, Walter «el Chino» Maradona.

También supo utilizar su palco para tareas diplomáticas.

Logró que, en la Bombonera, el que salta también sea un inglés. En marzo de 2006 invitó a Gary Lineker a ver Boca-Quilmes, y el exjugador quedó fascinado con la experiencia: «La atmósfera en la Bombonera es extraordinaria, los hinchas nunca dejan de cantar y no solo por los jugadores que están en el césped, sino por mi pequeño amigo en el palco». Unos años antes, estuvo cerca de lograr un hecho histórico. A través de un amigo, ayudó a que un jugador nacido en las Islas Malvinas se probara en Boca. Su nombre era Martyn Gilson-Clarke, hijo de un inglés veterano de la guerra de 1982. Boca lo probó durante un mes, en agosto de 1999, entrenando con la cuarta y con la Reserva. En cuanto llegó a Buenos Aires, Maradona invitó a Clarke al palco a ver Boca 3 - Independiente 0. Estaba decidido que, si Boca lo incorporaba, sería inscripto en AFA como lo que es: argentino. Una lesión lo terminó complicando y no tuvo éxito, aunque los recuerdos le quedarían por siempre: «Fue genial conocer a Maradona, él fue muy bueno conmigo. Me alentó, me apoyó y me dio el coraje para enfrentar todo esto», afirmó Clarke.

Maradona había accedido a ese palco apenas se construyó, gracias a que el empresario Oldemar «Cuqui» Barreiro Laborda, dueño de Lo Jack, lo adquirió por diez años en 305.000 dólares y se lo cedió a cambio de publicidad. Sin embargo, antes de que se cumpliera ese plazo, en diciembre de 2004, en el entretiempo de la final de la Copa Sudamericana contra Bolívar, el club se lo adjudicó de por vida. «Es el regalo más lindo del mundo», sintetizó Diego, en el césped, con una llave gigante en su mano.

«Ese palco era su lugar en el mundo. A veces, después de los partidos, pedía pizzas y nos íbamos cuando solo quedaba la gente de limpieza. Ahí se reunían sus grandes amores, que eran su familia, Boca y sus amigos. Hemos venido desde Cuba especialmente a ver partidos importantes, íbamos del aeropuerto a buscar a las hijas y

de ahí a la Bombonera», recuerda Omar Suárez, amigo de Maradona y asiduo invitado al *monoambiente* con vista al jardín de Brandsen 805.

Sus hijas, tantas veces preocupadas por sujetarlo de la cintura cuando Diego sacaba más de medio cuerpo afuera, lo sienten presente en ese lugar sagrado: «Hoy en día nos pasa, en el palco, que nos miramos las dos con la sensación de "bueno, ¿cuándo llega papá?, tiene que llegar"», recuerda Gianinna. «Era el lugar en el que sabíamos que éramos felices sí o sí, porque ni importaba el resultado», describe Dalma.

«El palco era como el living de su casa, por eso tenía ahí sus fotos, sus recuerdos», analiza Coppola. Él y Diego, antes de entrar a la cancha, a veces almorzaban en el patio de una de las propiedades que están frente a los palcos, en las famosas manzanas que deberían demolerse si se quisiera ampliar la Bombonera cruzando la calle. «Yo les armaba una mesa apartada, en un patio trasero, y en otra época también llevaba comida a los palcos», cuenta Juan Carlos Zinola, propietario de un histórico restaurante ubicado en la esquina de Brandsen y Del Valle Iberlucea.

Entre el desborde de la pasión y el equilibrio de todo aquello que lo hacía feliz, el Palco 1 Sur será para siempre el alma y la vida de Diego entre nosotros.

Un Dios en la era del Virrey

«Si Latorre dice que Boca es un cabaret, que me diga dónde están las putas. Y si no me lo sabe explicar, le doy un bife y nos peleamos».

Se cumplían apenas seis meses de su último partido en Boca, pero Diego aún se sentía parte del plantel, que estaba en pleno hervor interno. El equipo, aún dirigido por Veira, naufragaba en el Clausura 1998, y los conflictos salían a la luz con la famosa frase de Diego Latorre: «Me parece fuera de lugar ventilar los problemas, esto parece un cabaret más que un equipo de fútbol».

Maradona intentaba, desde afuera, poner un orden que poco después sería implantado, desde adentro, a partir de la llegada de Carlos Bianchi.

Antes del Virrey, el primer candidato a suceder a Veira había sido Daniel Passarella. Y allí Maradona también hizo su llamado de atención: «Mi hija Gianinnita ayer me dijo: "Papi, si viene Passarella dejo de ser hincha de Boca"».

Maradona y Bianchi habían tenido sus idas y vueltas. Como jugadores, nunca fueron compañeros y solo se cruzaron dentro de una cancha durante los Boca-Vélez de 1981. Luego, cuando el 10 jugaba en Nápoli, el Virrey lo invitó a Francia a inaugurar una escuela de fútbol. Pero, tiempo después, Diego se molestó públicamente con Carlitos. Fue cuando Maradona jugaba en Newell's e intentó cambiar la fecha de un partido ante Vélez para que no se le superponga con el repechaje de la Selección ante Australia. Los de Liniers se negaron a modificar la fecha y Diego se enojó con el Virrey.

El enfado le duró, y en el 98 criticó su llegada a Boca. Por supuesto, eso no evitó que alentara al equipo en el palco desde el mismo debut del DT. Y que, incluso, fantaseara con regresar al césped. «Si Bianchi me llamaba, yo me ponía los cortos y volvía a jugar», declaró días más tarde. A fin de año celebró la obtención del Apertura y elogió al entrenador: «Bianchi ubicó las piezas en los lugares correctos y las movió con acierto. Ese es su mérito. También fue una virtud tratar a los jugadores como si fueran sus hijos».

En ese campeonato nació la era más exitosa de la historia del club. Del equipo que se consolidó como titular, nueve de los once habían sido compañeros de Maradona: Córdoba, Bermúdez, Samuel, Arruabarrena, Basualdo, Riquelme, Barros Schelotto y Palermo. Y Diego eligió a su preferido de ese torneo: «Guillermo es el mejor jugador argentino, no hay otro como él. Todos juegan presionados, más preocupados por correr que por jugar. Pero ojo, también está el Loco Palermo, que hizo como dos mil goles y va a hacer dos mil más».

En 1999, en un cruce casual, llegó el reencuentro entre el Diego y Carlitos.

Fue el día que Maradona llevó al jugador de Islas Malvinas a comer a Pizza Cero, luego de ver la victoria de Boca frente a Independiente. Por esos juegos del destino, Bianchi eligió el mismo restorán y, cuando lo vio, Diego se levantó y fue a darle un abrazo, que fue retratado por un fotógrafo de *El Gráfico.*

La Copa que ganó sin jugar

Días después del bicampeonato que Boca logró con la obtención del Clausura 99, el Maradona-jugador pareció volver a abrir los ojos, tras una siesta de más de un año y medio:

> «Quiere jugar la Copa. Es el último gran deseo de Maradona. Quiere la 10 para la Libertadores del 2000. Ya habría hablado con Bianchi».

Con ese título, la tapa de *Olé* sacudió al *mundo Boca.* El artículo citaba a gente cercana a Diego, que aseguraba que ya había tenido contactos con el entrenador.«La noticia es loca, pero está atada a la realidad por algo muy fuerte: el deseo de Diego de jugar por primera vez la Copa Libertadores. Y eso puede romper cualquier análisis», cerraba el texto.

Todo quedó en una hermosa declaración de deseos. De hecho, en enero de 2000, Diego atravesaría uno de los momentos más críticos de su estado de salud, que comenzó con la internación en Punta del Este y siguió con la mudanza a Cuba.

Y como la Bombonera es, para él, fuente de salud y felicidad, se armó una pequeña sucursal en La Habana: pintó la frase «La Bombonerita» en letras azules y amarillas en la pared de un playón de su casa en el que había armado una canchita de fútbol. «Además, logramos hacer que instalen una antena satelital para ver los partidos, nos terminó ayudando Adrián Suar», recuerda Coppola. Y, en una de las paredes de la casa, escribió de puño y letra lo que significaba Boca para él: «Pasión. Sentir. Gozar. Ganar. Garchar a River. Soy de Boca hasta los huevos».

Aún sin jugar, Diego vivió a pleno esa inolvidable Libertadores del año 2000.

En la semifinal, tenía un vuelo de Cuba a México para comentar para la televisión el partido de vuelta contra el América. Pero, ya sentado en el avión, el comandante anunció que no podía despegar debido a una tormenta. «Diego se puso loco. Le gritaba "¡cómo no vas a salir, arrancá que juega Booocaaaaa!". Tanto insistió que finalmente viajamos, el vuelo fue terrible, la gente se descompuso», cuenta Coppola. La demora les impidió llegar a tiempo, y fueron directamente al hotel a celebrar con los jugadores, que habían clasificado sobre la hora, gracias al gol de cabeza de Walter Samuel.

Tenía todo listo para viajar a Buenos Aires a ver la ida de la final contra Palmeiras, pero aceptó a último momento los consejos de los médicos. «Con el resto del corazón que me queda, le deseo a Bianchi y a todos los jugadores la mejor de las suertes esta noche», fue el mensaje que hizo llegar desde La Habana. Esa noche, toda la Bombonera coreó su nombre antes de que comenzara el encuentro.

Con el 2 a 2 de ese primer partido, muchos dieron por perdidas las chances de Boca, comenzando por el entrenador del Palmeiras, Luiz Felipe Scolari, quien declaró que ya se sentían campeones. Con la fe intacta, Maradona viajó a San Pablo y comentó el partido para la transmisión oficial, gritando como un hincha más. Y sobrellevó como pudo los nervios en la definición por penales.

«Yo te digo que no puedo más, no puedo más, estoy parado, no sé ya qué hacer», se angustió cuando apenas habían pateado —y convertido— un penal cada uno. «Ojo, Córdoba lo conoce», avisó justo antes de que nuestro arquero le tapara el segundo penal de la serie a su compatriota, Faustino Asprilla. Estalló en un alarido cuando Córdoba tapó su segundo penal de la noche y cuando Palermo puso el 3 a 1 parcial. Y se abrazó a Coppola cuando Bermúdez nos dio la tercera Libertadores de nuestra historia.

—Hola Carlos, felicitaciones, maestro —le dijo a Bianchi desde la cabina, tras el partido.

—Diego, gracias por haber venido. Sé cuánto querés a Boca, cuánto querés a la Argentina.

—Te felicito y te agradezco con el alma, como hincha de Boca y como argentino.

Luego fue el turno de charlar con Palermo, quien se desahogó de la angustia de los penales apenas escuchó su voz:

—¡Grande, Martín!
—¡Que los remil parió! ¡No sabés cómo se me fruncía el orto! ¡Los penales son una mierda!
—Nos diste la Copa Libertadores, maestro.
—Dieguito, espero que lo disfrutes igual que nosotros, y ya nos vamos a ver para festejar juntos.

Habló con el héroe del arco, Oscar Córdoba, quien le confesó: «Nos hubiera gustado que estuvieras con nosotros dentro de la cancha». Y, por último, de diez a diez, tuvo un recordado diálogo con Riquelme.

—¡Hola, Román! Gracias, maestro.
—Hola, Diego, ¿Cómo anda, *mostro*? ¿Dónde anda?
—Acá estoy.
—¿Dónde?
—¡Acá, arriba!
—¡Y vení para el vestuario!
—Escuchame, Romancito. El arquero no salió ni en la foto cuando pateaste el penal.
—(Se ríe) ¿No? Bueno, mejor.
—Jugaste un partido excepcional. ¡Gracias! Te quiero mucho.
—¡Yo también! Un beso grande.

Antes de irse del campo de juego, los jugadores corearon el «*Maradooo*» de frente a la cabina del conmovido Diego. «Después nos vino a visitar al vestuario, creo que lo disfrutó más él que nosotros», recuerda Arruabarrena. Y efectivamente, las palabras de Diego de ese día confirman su impresión: «Esta alegría la comparo con lo que significó el Mundial del 86. Me emociona mucho que los jugadores me hagan parte de este logro».

Entre Devoto y Japón

Diego Maradona jugó la final de la Copa Intercontinental que Boca le ganó a Real Madrid en Japón, en el año 2000, y dio la vuelta olímpica junto a todos los jugadores.

La frase, leída de manera literal, debería ser considerada como falsa y solo podría ser ilustrada con una imagen generada con inteligencia artificial. Pero en el *mundo Boca,* la realidad se permite licencias poéticas. Diego estuvo en esa consagración en Tokio, solo que lo hizo con su rostro estampado en una remera que José Basualdo transpiró durante todo el partido, y que lució durante la celebración y en la entrega de medallas.

«Traje al *mostro.* Él estuvo siempre con nosotros y sabíamos las ganas que tenía de venir», contó Pepe frente a las cámaras de *Videomatch,* señalándose la remera. El Diego de carne y hueso había querido viajar, pero las autoridades japonesas se lo impidieron debido a sus antecedentes penales. «La idea fue de Claudia Villafañe, que me lo propuso y yo ni lo dudé. Me acercó la remera antes del viaje y fue una forma de que Diego estuviera ahí, acompañándonos. Es un muy lindo recuerdo, muy emocionante», expresa hoy Pepe.

Ese 28 de noviembre del año 2000, Maradona pasó la noche con problemas para dormir por la ansiedad, al igual que la mitad más uno del país. Vio el partido con su familia en Segurola y Habana, enfundado en una camiseta que el Patrón Bermúdez le había regalado días antes. «En ese departamento, cada vez que ganaba Boca salíamos a festejar al balcón, y se juntaba gente abajo. Éramos como la murga del séptimo piso, la gente del barrio ya lo sabía y cada vez que ganaba Boca era el punto de encuentro», contó Dalma en su documental *La Hija de Dios.* Y así ocurrió aquella mañana. Con la tercera estrella intercontinental asegurada, Diego salió al balcón a festejar. «¡¿Ves?! ¡Boca fue y ganó! No como River, que se fue a meter atrás con la Juventus», fue su arenga inicial. Cantó por Bianchi, por Palermo y por Boca, hasta que se quedó casi sin voz.

Luego, a propuesta del periodista Martín Arévalo, del diario *Olé,* les escribió una carta a los jugadores:

> Muchachos, los felicito a todos, sin excepción. Gracias por esta gran alegría. En un momento de preocupaciones, nos regalaron felicidad. En nombre de mi hija Dalma, gran bostera, de mi familia, del tanque mi Gianinna, de mi amigo Guillermo. Gracias. Con el resto de corazón (boquense) que me queda. Un beso. Diego (de la gente).

La carta fue enviada por fax a Japón, en donde la recibió Riquelme, quien a su vez la compartió con todo el plantel. En el siguiente partido en la Bombonera, contra San Lorenzo, pudo celebrar con los jugadores desde el palco y recibió las camisetas de Román y de Guillermo de regalo.

Boca y Diego, juntos, eran campeones del mundo.

Si es Bayern, sería bueno

Los festejos por la Copa Libertadores de 2001 volvieron a encontrar a los jugadores hermanados con Diego. Una de las imágenes imborrables de esa vuelta olímpica en la Bombonera es la de Riquelme, justo debajo del palco, en andas y con el trofeo en brazos, pidiéndole a su ídolo que baje a celebrar con ellos.

La cercanía con los jugadores pudo ser aún mucho mayor cuando, dos meses más tarde, surgió la posibilidad de que Maradona jugara la final de la Copa Intercontinental contra Bayern Múnich.

La versión nació el 12 de octubre. Diego estaba en Cuba, entrenándose para su partido despedida que se realizaría un mes después. Salió al aire en el programa de Fernando Niembro, quien fue directo al grano: «Diego, alguien me comentó que existe la posibilidad de que juegues para Boca el 27 de noviembre contra Bayern Múnich». Maradona no ocultó su alegría:

> Jugar esa final sería como estar al lado de Jesucristo. No sé a qué iluminado se le ocurrió, pero le agradezco, sobre todo por mis hijas.

Esperaré otro milagro. Más no le puedo pedir al Barba.

El rumor corrió más rápido que Ben Johnson, y el Chicho Serna se imaginó en Japón con el más grande a su lado: «Sería un sueño, yo no tuve la posibilidad de jugar con él. Sería algo muy emocionante». La ilusión duró poco. Nadie lo desmintió de manera oficial, pero tampoco volvió a hablarse del tema. Además, a los pocos días, Diego viajó desde Cuba a Colombia para operarse la rodilla izquierda. Los únicos que retomaron el asunto fueron los hinchas, que, en el partido homenaje que se jugó apenas dos semanas antes de esa final contra el Bayern, corearon: «*Borombombón / Borombombón / A Maradona lo llevamos a Japón*».

Igual que en el 2000, Diego seguía impedido de ingresar a Tokio, pero estuvo sentimentalmente con el plantel a la distancia, esta vez compartiendo el dolor y la bronca por una derrota marcada por un mal arbitraje. Al día siguiente del partido, el 10 publicó una columna en el diario *Olé,* ilustrada con una conmovedora edición de fotografía, que bajo el título «Yo también lloré con Román», combinó la imagen de Maradona llorando tras perder la final de Italia 90 con la de Riquelme, desconsolado por haber sido derrotado ante Bayern Múnich.

«Román se tiene que sentir tranquilo: tanto él como el resto de los muchachos se mataron por la camiseta de Boca, y es lo más importante. Verlo llorar a Román, y que todos lloremos con él, hace que nos duela menos la derrota. Ese es el orgullo más grande».

El primer ciclo de Bianchi llegaba a su fin. Él había anunciado en septiembre que no renovaría su contrato, y Maradona había sido nombrado como uno de los posibles sucesores. «Se ve que los dirigentes no tienen mi teléfono porque nunca me llamaron», se quejaría cuando la posibilidad se había diluido. El elegido sería Óscar Washington Tabárez, quien apenas dirigiría un año, hasta el primer regreso del Virrey de La Boca, en enero de 2003.

Maradona, Tevez y el ser xeneize

¿En qué consiste la identidad del hincha de Boca? ¿De qué se compone la cadena de ADN de esta pasión inexplicable? ¿Cuáles son los rasgos que definen la esencia del club?

Estas preguntas han dado pie a ideas y reflexiones plasmadas en libros, artículos, charlas de tablón y cantitos de cancha. Y una de las teorías puede ser encontrada en una conversación pública, aunque perdida en los archivos, entre Diego Armando Maradona y Carlos Alberto Tevez.

Se trata de un diálogo que tuvieron, por radio, la noche del 2 de julio de 2003. Boca acababa de ganar su quinta Copa Libertadores, en San Pablo contra el Santos, en una final que había sido promocionada como la del equipo de Maradona contra el de Pelé. Diego no pudo viajar por problemas con los vuelos y siguió el partido desde Cuba.

Para añadirle contexto a la charla que se transcribe a continuación, vale recordar que River había sido eliminado de esa copa en cuartos de final, contra América de Cali, equipo que luego perdió contra Boca en semifinales. Y algunos jugadores del equipo de Núñez, e incluso su entrenador, Manuel Pellegrini, habían deseado públicamente que nuestro equipo no ganara esa Libertadores. El fin de semana que medió entre los dos encuentros entre Boca y Santos, River se coronó campeón del torneo Clausura contra Olimpo, en Bahía Blanca.

El partido final contra Santos terminó 3 a 1 a favor de Boca, con goles de Tevez, Delgado y Schiavi. En medio de los festejos, Radio Mitre cruzó al aire a Maradona desde La Habana y al Apache en el vestuario del estadio Morumbí. Y durante ocho minutos y treinta segundos, el Diego y Carlitos, de bostero a bostero, tuvieron un diálogo que le pone palabras a su manera de vivir este sentimiento inexplicable:

Diego Maradona: ¡Hola, Carlitos! ¿Cómo andás, maestro?
Carlos Tevez: ¡Hola, papá! Todo bien, fenómeno. ¿Y vos?

D. M.: Y acá, festejando en Cuba, más solo que Kung Fu. Pero con una alegría y un orgullo impresionantes. Porque ustedes mataron al equipo del morocho (por Pelé). Al equipo sensación, que era el Santos. Le metimos la camiseta, le metimos Tevez, le metimos Delgado… No somos gallinas, por sobre todas las cosas.
C. T.: Esa, papá.Son todos amargos esos… ¿Por qué no se fijan en ellos? Se fijan en nosotros y ahora somos campeones de América. Ellos que sigan peleando el campeonato.
D. M.: Son de cabotaje, papá.
C. T.: Nosotros sentimos algo muy grande. Hoy, cuando festejé con la hinchada, se me caían las lágrimas. Es algo impresionante. Esto te lo quiero dedicar a vos porque siempre apoyaste al plantel en las buenas y en las malas. Esto también es tuyo, porque vos sos parte de Boca.
D. M.: Gracias, papi, yo te agradezco con el alma. Me meto en tu cuerpo, porque yo festejé goles con la hinchada. Y esto es lo que ellos, los de enfrente, nunca van a poder festejar. Porque la palabra sentimiento y la palabra huevo no están en su diccionario. No existen para ellos. Vos sí podés sentirte orgulloso de festejar con la gente, algo que ningún jugador de enfrente va a poder hacer.
C. T.: Esto solo se vive como jugador de Boca. Toda la gente, afuera y adentro de la cancha, en el micro, en el avión, fue muy tremendo. Nunca sentí lo que siento en este momento.
D. M.: Porque Boca es pueblo, papi. Porque Boca tiene hinchas dentro de la clase política, de los que tienen mucho dinero robado, pero tiene muchos más hinchas en las villas y en todo el país. Boca es un sentimiento, Boca es lo más grande que hay.
C. T.: Como nosotros, papá, que nunca vamos a cambiar. Como yo, vos, Román, que salimos de una villa y sabemos lo que es pasar hambre. Ellos no saben lo que es pasar hambre y se la creen. Nunca van a festejar como nosotros.
D. M.: Seguro, papá. Nosotros nos preocupamos por hacer feliz a la gente nuestra. Ellos quieren festejar con nuestra derrota. No tienen pasión, no tienen huevos, no tienen corazón. Así que festejá, Carlitos, y dejá a esos comemierda, que no merecen que estemos hablando de ellos.
C. T.: Me da bronca, porque yo nunca me metí con River, nunca lo nombré. Y nunca le deseé el mal a ningún jugador, a ningún colega. Y me da bronca que esa gente hable mal de Boca.
D. M.: Lo que pasa es que ellos en su puta vida van a sentir el perfume de la alegría, de la pasión y del sentimiento que tiene el hincha de Boca. Ellos están muy lejos, papá. Por eso yo te felicito, andá a festejar, Carlitos, y no les des bola a ellos, porque van a ser así toda la vida.
C. T.: Bueno, vamos a hablar de Boca, que es lo más grande que hay en la vida. Así que vamos Boca, somos campeones de América. Es para vos,

monstruo. Te quiero mucho.
D. M.: Yo también. Cuidate mucho. Y si no te cuidás, llamame.

Apenas terminado el diálogo, Roberto Leto, que conducía la transmisión, reparó en lo que acababa de ocurrir: «Hemos presenciado, en esta radio, un hecho que va a quedar grabado, histórico. Un diálogo entre dos hinchas, con un amor terrible hacia Boca, y que también demuestran que el hincha de Boca aguantó, como aguantó Tevez, y ahora explotó. Lo de Maradona y Tevez de recién fue increíble. Dos hinchas hablando con pasión por la camiseta y enojados con un rival que se amparaba en otros para que Boca no saliera campeón».

Tras esas palabras de Leto, Diego dejó su reflexión final: «Al plantel de Boca nunca le importó lo que hace River, porque no somos del mismo palo, no tenemos el mismo sentimiento, no tenemos el mismo perfume, somos totalmente distintos. Y gracias a Dios que somos distintos».

Las despedidas son esos dolores dulces

Con esa frase define el Indio Solari, en una de sus canciones, el extraño cóctel de sentimientos que acompaña a cualquier adiós. Sin embargo, aquella mañana del 10 de noviembre de 2001, a Diego Maradona le costaba encontrar el sabor dulce de la jornada.

Su entorno tenía prohibido hablar de «partido despedida». La palabra clave era *homenaje.* Así como, cuatro años antes, había jugado su último encuentro oficial sin saberlo, tampoco quería resignarse a que ya no habría otras tardes como la que estaba por vivir.

El día del gran evento, amaneció contrariado, de mal humor. Lo que para todo el mundo era la víspera de una fiesta, para él era algo así como el abismo, el fin de la tierra sobre la que siempre pisó, dejando lugar a un vacío que lo esperaba en cuanto diera ese último adiós. Llevaba meses ansiando la llegada de ese evento, pero ahora

deseaba que nunca ocurriera. Su malestar se tradujo también en pesimismo: estaba convencido de que iría poca gente a la cancha, y hasta le aceptó a Coppola una apuesta sobre si se llenaría o no, a pesar de que el propio Guillote le informaba que ya no quedaban entradas disponibles.

La transmisión, que arrancó temprano, estaba a cargo de Mariano Closs y Fernando Niembro desde la Bombonera, y Gustavo López tenía la misión de seguir a Diego, desde la previa en el hotel, hasta el final del partido. «Él no estaba bien de ánimo. Entré a la habitación y estaba acostado en la cama. Le pregunté si podíamos hacer la nota y me dijo que sí, pero el aire se cortaba con un cuchillo. Como al camarógrafo el cable le llegaba apenas hasta la entrada de la habitación, le pedí si podía acercarse. Me respondió un "No" rotundo, casi sin mirarme», recuerda Gustavo López. Finalmente, el camarógrafo consiguió una extensión para el cable, y comenzó la entrevista en la que todos pudimos notar, transparente como era Maradona, el peso que esa despedida tenía en su corazón.

Únicamente sonrió cuando vio la imagen de sus padres entrando al estadio, y cuando lo cruzaron con Dalma, que ya estaba allí. En su primera intervención, Closs cometió el error de decir que Diego tenía 42 años y el pecado de mencionar la maldita frase «partido despedida».

> —Me extraña de vos, Mariano, que sos un profesional serio. Tengo 41 años y lo de hoy es un homenaje. Yo no aceptaría una despedida, porque la pelota no necesita despedirse de mí, ni yo de la pelota.

Después contó que le habían propuesto organizar el partido en el Monumental o en el Amalfitani, para recaudar más dinero. «Pero yo dije que quería la cancha de Boca, y es en la cancha de Boca. La plata no puede comprar felicidad ni gloria. Les agradezco a quienes me propusieron River o Vélez, pero yo estoy en mi casa, en el templo del fútbol argentino, que es la Bombonera». La última de las escasas sonrisas de esa entrevista llegó cuando le pidieron que le diera un mensaje a los hinchas que lo estaban viendo y escuchando en pantalla gigante en la cancha. Comenzó a agitar su mano como si

estuviera en la popular, se le iluminó la cara y agradeció con el alma el cariño de su gente.

Ya en el estadio, cuando apareció por el túnel vistiendo la camiseta argentina y acompañado por sus hijas, su ánimo no había cambiado. Con gesto serio, inhaló de manera profunda, saludó al público muy emocionado, y atravesó todo el campo de juego al borde de las lágrimas, solo despegando la mirada del suelo para admirar la bienvenida que le daban desde las tribunas.

La primera sonrisa se le dibujó cuando se cruzó y se abrazó con Riquelme. Se fue aflojando cuando corrió a saludar a los cuatro costados de la Bombonera, agradeciendo al público por la fiesta que desplegaba. Siguió liberando tensiones y se divirtió cuando la voz del estadio anunció a cada jugador de su equipo, con ovaciones para los ex Boca (Samuel, Verón y el Kily González) y estruendosos silbidos para los riverplatenses (Burgos, Ayala, Sorín, Aimar y Almeyda).

El partido era entre la Selección Argentina de entonces, dirigida por Bielsa, y el Equipo de las Estrellas, entre quienes estaban Ciro Ferrara, Iván Ramiro Córdoba, Nolberto Solano, Riquelme, el Pibe Valderrama, Hristo Stoichkov, Francescoli, Davor Šuker, René Higuita, Lothar Matthäus, Álvaro Recoba, Careca y Eric Cantona.

Aunque Bielsa era parte de la fiesta, y se saludó amistosamente con Maradona, Diego no se privó de saltar y cantar con el público, cuando estalló el grito «*poné a Riquelme / la puta que te parió*».

En un partido en el que el resultado carecía de importancia, las emociones llegaron en el segundo tiempo.

A los quince minutos, Bermúdez empujó a Julio Cruz dentro del área para que Diego tuviera su ansiado penal, frente a las tribunas que dan a Casa Amarilla. Volvió a soltarla como una lágrima, como en su debut de 1981. Luego de recibir el abrazo de todos los jugadores, comenzó su parte más bostera de la fiesta.

La organización del partido había llegado a un acuerdo comercial con dos marcas para las camisetas de los equipos. La Selección vistió un uniforme de Fila, y el Equipo de las Estrellas otro de Diadora. A Diego poco le importó. Cuando terminaba el festejo por su gol, se quitó la camiseta celeste y blanca para descubrir la azul y oro que llevaba debajo. Era el modelo que usaba Boca por entonces,

de Nike, y con el nombre de Riquelme. Allí sí, su alegría fue total. Rio como nunca en la tarde, cantó con toda la gente y dejó esa eterna foto en la que está de espaldas, quitándose la de Argentina, con su apellido aún sobre los hombros y el «Román» ya asomando en su cintura. «Para mí es un orgullo muy grande, Diego es lo más grande que ha dado la Tierra», respondería luego el hombre señalado esa tarde como heredero del 10.

Volvió a ponerse la de la Selección para la reanudación del partido, pero para la hinchada ya no había vuelta atrás. «*Jugá con la de Boca, oh oh oh oh oh*», fue el grito que lo convenció de lucir nuestro manto sagrado durante la media hora que le faltaba al encuentro.

Luego de un gol de Cantoná, la fiesta de las tribunas hizo frenar el partido. Durante varios minutos, las grandes estrellas del mundo del fútbol —incluidos Pelé y Platini, que estaban en un palco—, admiraron al pueblo bostero, que cantaba «*El Diego no se va*» *y* hacía estallar la piroctecnia desde la tribuna Norte media, mientras el homenajeado lanzaba besos. Era parte de lo que él quería para esa tarde: mostrarle al planeta lo que se vivía en ese, su lugar en la Tierra. «Hoy todo el mundo ve lo que es la hinchada de Boca», diría un rato después en su discurso.

«Yo sentí, desde muy joven, una pasión por Boca. Diego me contaba anécdotas sobre aquella camiseta cargada de historia. Cuando pisé el césped de la Bombonera sentí una alegría indescriptible. La gente literalmente se volvía loca por cada uno de sus gestos o palabras», recordó Ciro Ferrara en su libro *Ho visto Maradona.* «Diego jugando en Boca era como si metieras a uno de La 12 al campo de juego. Él tenía ese plus de ser bostero a muerte, como decía él, tenía esa pasión, esa identidad», agrega Ñol Solano.

Los jugadores lo llevan en andas hasta quedar frente a la popular. Él junta sus manos en un rezo y ya no puede contener las lágrimas. Intentan consolarlo. El partido se reanuda, y culmina con un último penal para Diego, sobre la hora. El festejo se transforma en una vuelta olímpica a paso de *El Hombre,* en la que parece saludar a cada hincha, mirándolos a través de sus lágrimas, haciendo cada tanto una escala para arrodillarse y besar el suelo.

«Cierro los ojos y lo puedo volver a ver en ese momento, muy emocionado, conmigo de un lado y Gianinna del otro, y yo pude ver la cara de todos los hombres llorando desconsolados, agradeciendo a un tipo que también estaba llorando. Y recuerdo con mucha ternura que, en su discurso, mientras hablaba, se estaba abrazando a él mismo», rememora Dalma.

Se subió al escenario de la Historia en el que inmortalizaría la frase «yo me equivoqué y pagué, pero la pelota no se mancha» y en la que también dejó sus sentencias sobre el club de sus amores:

> Le doy gracias a este templo del fútbol, que es la Bombonera —dijo con la voz a punto de quebrarse—. Muchos caudillos se cagaron en esta cancha. Decían que jugaban en todas partes del mundo, pero cuando venían acá iban muchas veces al baño. No hay cancha como esta para disfrutar, para presionar al rival. Por eso le agradezco a Dios que haya creado la Bombonera y que me haya hecho hincha de Boca.

El público estalló en una ovación, Diego se prendió a cantar el «Dale Bo» con su micrófono y terminó en un diálogo entre la hinchada y su ídolo:

> —«*Diego, querido, la 12 está contigo*» —bajó desde los cuatro costados.
> —Ya lo sé, y yo estoy con ustedes. A morir.

El exitoso Maradona-dirigente

2005 fue un gran año en la vida de Diego.

Fue el primero sin consumir drogas en más de dos décadas, lo cual le permitió alcanzar un bienestar físico y anímico notable. Volvió a vivir con sus padres en la casa de la calle Cantilo, condujo su espectacular programa *La noche del 10* y viajó por el mundo jugando al showbol.

Y también fue un año muy especial en su relación con Boca. Regresó oficialmente al club como dirigente y tomó decisiones —

algunas conocidas, otras no tanto— que fueron fundamentales para un ciclo exitoso, con títulos y buen juego.

El punto de partida fue el «Xentenario» del club. Diego, en el acto central en la Bombonera, fue el portador de una antorcha que había recorrido todo el país, tras ser elegido en una encuesta entre hinchas. Antes de salir al escenario, tuvo un emotivo diálogo televisivo con Rojitas, aquel ídolo de su padre y de su infancia.

—No sabés lo que significa para mí poder hablar con vos después de tantos años, Diego. Es la satisfacción más grande de mi vida.
—Para mí sos el ídolo más grande de Boca, por más que yo haya ganado la encuesta.
—Dieguito, yo te agradezco. Yo no tengo ninguna duda de que fuiste el mejor de toda la historia del fútbol argentino. Creeme que se me caen las lágrimas. Te quiero mucho.
—Gracias Angelito, te quiero muchísimo, maestro.

En las semanas siguientes, le ofrecieron ser embajador internacional de Boca y coordinador de las inferiores. Pero finalmente, en junio asumió como vicepresidente de fútbol. «Quiero vivir y morir en Boca. No voy a ser un dirigente de escritorio, voy a estar muy cerca del técnico y del plantel», fueron sus primeras palabras.

El Chino Benítez había renunciado como entrenador una semana antes. Hasta la asunción de Diego, la dirigencia tenía a Julio César Falcioni como candidato número uno. Maradona lo descartó de entrada. Su primera opción, en coincidencia con Macri, fue ir a buscar a Marcelo Bielsa, quien rechazó el ofrecimiento. El que seguía en su lista era el Coco Basile, con quien le había quedado un sueño trunco once años antes, en el Mundial de Estados Unidos. Y Diego se la jugó por él, aun cuando parte de la dirigencia no estaba de acuerdo. En ese libro de pases llegaron el Pocho Insúa, Daniel Bilos, el Cata Díaz, Guillermo Marino, Hugo Ibarra y Juan Krupoviesa, este último pedido insistentemente por el Maradona-dirigente.

Curiosamente, el arranque de su gestión estuvo marcado por un conflicto con el plantel, a causa de la negociación de los premios. «Soy jugador de toda la vida y siempre peleé los premios. Pero

también tengo experiencia para decir que es inútil tener millones en el banco y no darle alegría a la gente», avisó Diego.

La situación se tensó cuando el plantel pidió tener mejores retribuciones en la gira de veinte días, por Corea y Europa, a mediados de julio. Allí Maradona fue categórico: «A mí me daría vergüenza perder un partido 4 a 0, como con Chivas, y después pasar por la tesorería a buscar un cheque. Quiero que entiendan que, por darle gloria a Boca, yo pondría plata de mi bolsillo, pero no me hablen si se pierde. Y si los muchachos no están de acuerdo, le agradeceré a Macri y volveré a hacer mi vida. Si soy un estorbo, me voy».

Por suerte, la sangre no llegó al río de Ámsterdam. Allí, en la capital de los Países Bajos, Diego se sumó a la gira del plantel y en la primera charla quedó todo solucionado.

Acompañó a los jugadores en el amistoso contra el Ajax. Alentó al equipo y le hizo una corrección a Morel Rodríguez en el entretiempo sobre cómo patear los tiros libres. «Me dijo que me tengo que parar más en diagonal, no tan de frente a la pelota. Es un orgullo que Diego venga a decirme cómo debo pegarle», reveló el defensor paraguayo. Comenzó a entrenar con el plantel, a jugar con ellos, darles indicaciones, motivarlos, sin invadir el terreno de Basile. Para los jugadores, especialmente los más jóvenes, cada práctica era cumplir un sueño.

Despojado de toda diplomacia propia de un dirigente formal del fútbol argentino, cuando el Corinthians de Carlos Tevez vino a Buenos Aires para enfrentar a River por la Copa Sudamericana, Diego fue a la concentración y encaró al Apache: «Carlinho, hoy hacé un gol y dedicámelo. Y no te olvides de que tu camiseta es para mí». Los compañeros de Tevez miraban azorados al genio del fútbol mundial mientras almorzaban. «Coman bien que hoy tienen que ganar», les dijo antes de sacarse fotos con ellos y recibir una casaca del Timão, que efectivamente eliminó a River con un empate en tiempo de descuento que Tevez celebró bailando cumbia.

El primer título llegó pronto. Boca, por haber ganado la Sudamericana del año anterior, jugó la Recopa contra Once Caldas. En el partido de ida, en la Bombonera, con Maradona en el palco y

Boca goleando, la hinchada dedicó quince minutos a cantar por él, estrenando un cantito alusivo a su reciente debut como conductor de TV:

Atención, atención / hay que mirar al Diego /
que Tinelli es un botón.

Hizo malabares aéreos para poder estar en el partido de vuelta. Viajó once horas, entre aviones y autos, llegó a mitad del segundo tiempo y trajo suerte: Schiavi metió el 1 a 1 justo cuando Diego se sentó en la platea. «Para nosotros es bárbaro, marca un comienzo ganador. Ahora vamos a pensar en el campeonato», avisó tras celebrar en el vestuario.

El arranque en el Apertura fue a media máquina, pero Diego bancó a Basile y a sus *players.* En la sexta fecha, en uno de los palcos, apareció una bandera que lo enfureció. «Gracias Alfaro por mostrar la diferencia entre equipo y plantel», decía el trapo pintado a mano con aerosol. Alfaro dirigía a San Lorenzo, que le había ganado a Boca en la fecha anterior. Dos días después, Diego fue a la práctica del plantel para apoyar al DT y a los jugadores. «Estoy en contra del botón que puso esa bandera. Hay que respetar a Alfaro, pero más al Coco. El del cartel que no venga nunca más a la cancha, porque no es hincha de Boca».

Cuando faltaban apenas dos fechas, Boca era el escolta, un punto por debajo de Gimnasia. Y Maradona terminaría siendo decisivo utilizando su mano de Dios para agarrar su teléfono.

Los triperos debían enfrentar a Newell's, de muy mala campaña. «En ese equipo jugaban Ariel Ortega y el Turco Husain, todos gallinas. Ninguno de los dos quería jugar ese partido, decían que estaban con molestias. Y él los llamó. El Burrito le dijo "pero Diego, yo soy de River" y él le respondió "serás de River, pero sos mi amigo" y lo convenció de que jugara. Y además creo que hubo un regalito para todo el equipo…», revela Omar Suárez.

Newell's logró un empate sin goles en La Plata. Y Boca, con su victoria de local ante Independiente, quedó primero, con un punto

de ventaja, faltando solo una jornada. Maradona estaba a un paso de volver a ser campeón con el equipo de sus amores, en su nuevo rol dirigencial.

El partido final era contra Olimpo en Bahía Blanca. Diego viajó del hotel al estadio en una camioneta que iba detrás de los jugadores, con la ventanilla baja y fumando un habano. La gente enloqueció y lo siguió a pie. Ya en la cancha, se sentó al lado del banco de suplentes, vistiendo una camiseta xeneize.

Boca empezó perdiendo, pero lo dio vuelta y el Pocho Insúa hizo el gol del campeonato. Diego vivió el tramo final del partido en un pasillo, rezando para que llegara la hora de festejar. «Hasta hoy no sabía lo que era temblar», dijo ya con la alegría del título ganado.

De regreso en Buenos Aires, fueron directamente a festejar en la Bombonera. Omar Suárez le tuvo que jurar a Basile que no invitaría a los jugadores a su boliche Cocodrilo. Es que apenas cuatro días más tarde Boca tenía otra final: el partido de vuelta por la final de la Copa Sudamericana, de local, contra Pumas de México. La fiesta sería completa. Con Abbondanzieri como figura en la definición por penales, atajando y pateando el último, Boca se consagró bicampeón de esa copa, que por entonces reunía a los mejores clubes de continente, entre los clasificados y los invitados.

Maradona completaba tres títulos en apenas seis meses de gestión, y Macri ya lo postulaba para suceder a Basile como entrenador cuando finalizara su contrato, a mediados de 2006.

La Bombonera, ese salón de fiestas

En ese 2005, Maradona tuvo uno de los cumpleaños más felices en mucho tiempo. Su Boca iba puntero, *La Noche del 10* era un éxito rotundo, y tenía su *mens sana in corpore sano.* Entonces, decidió darse dos grandes gustos en la Bombonera.

El primero fue celebrar sus 45 años en el campo de juego, tal como había hecho Dalma con su fiesta de 15 en 2002. Diego festejó el suyo el lunes 31 de octubre, como parte de su programa de TV de

ese día. Comenzó en vivo en estudios y, alrededor de las 23:30, después de entrevistar a Roberto Gómez Bolaños, se subió a un helicóptero. La transmisión siguió su viaje de diecisiete minutos hasta la Bombonera. Aterrizó en medio del césped, donde lo esperaban su familia, los jugadores y las tribunas Norte llenas.

La hinchada le regaló un buzo con el número 12 y le cantó el feliz cumpleaños en su cumpleaños más feliz en décadas. Diego intentó agradecerles, pero debió esperar a que la fiesta en la tribuna hiciera una pausa y le diera la palabra. Subido a un escenario similar al de su partido homenaje, solo que de frente a la popular, volvió a dialogar con su hinchada que lo sigue adónde va:

—Gracias por estar al lado mío siempre. Mi corazón es de ustedes, muchachos.
—*Ole lé / ola lá / el que no quiere al Diego / no quiere a su mamá.*

El segundo gran gusto en su templo se lo dio diez días más tarde. El 10 de noviembre, pasados exactamente cuatro años de su partido homenaje, volvió a jugar en la Bombonera con la camiseta de Boca. El Xeneize enfrentaba a Inter de Porto Alegre por la Copa Sudamericana. Como preliminar, se había organizado un encuentro entre veteranos de Racing y la mutual de exjugadores de Boca. Y allí se anotó Diego.

Confirmó su presencia sobre la hora y se sumó al partido cuando ya se habían jugado 30 minutos. Tuvo de compañeros, entre otros, a Esteban Pogany, Richard Tavares, Mac Allister, Alejandro Mancuso, Pepe Basualdo, Claudio Benetti y Walter Pico. Maradona, más delgado que en algunas de sus épocas de jugador, fue la figura, hizo dos goles frente al arco de Casa Amarilla, dio tres asistencias, se enojó con el árbitro y su equipo goleó 6 a 0. Ocho años después de su retiro, la magia seguía intacta.

La Bombonera, días más tarde, cruzaría los destinos de Maradona y de Messi. Diego jugaría por última vez en su vida en ese estadio. Y lo haría junto a Lionel, que pisaba ese césped por primera vez en sus 18 años de existencia. Un partido a beneficio de la

Fundación Pupi, de Javier Zanetti, que de ese modo pasó a la historia de un modo inadvertido.

Maradona cerraba un 2005 al que calificó como el mejor año de su vida y con Boca, siempre Boca, dándole alegría a su corazón.

El gran DT... que no fue

El año 2006 sería el de la consolidación del *equipo de memoria,* el sello de autor de Basile en un Boca que lograría el bicampeonato, y la cuarta estrella de Maradona como vicepresidente de fútbol. Con la ida del Coco, Diego recibiría, al fin, un ofrecimiento concreto para ser el técnico de club.

Terminado el Mundial de Alemania, Pékerman decidió no continuar como DT y Grondona fue a buscar a Basile, a quien Boca le había renovado el contrato tras el bicampeonato. La primera opción de Macri, tal cual había anticipado, fue ofrecerle el cargo a Maradona. Se reunieron el sábado 22 de julio por la noche, en casa del 10, quien agradeció la propuesta, pero respondió que no tendría el tiempo suficiente para ejercer el cargo debido a compromisos ya asumidos, principalmente con el showbol. También aclaró que, si Boca estuviera pasando un mal momento, cancelaría todo para poder aceptar, pero que el equipo había enderezado el rumbo. Su palabra oficial llegó en una entrevista radial, donde aseguró: «Boca necesita un técnico con más experiencia que yo». Y señaló a Miguel Ángel Russo como su favorito.

Macri comenzó a negociar con Ricardo La Volpe, Diego se enojó con Grondona porque no permitió que Basile continuara hasta fin de año, y anunció que dejaba de ser dirigente de Boca. «No voy a tener más injerencia. Voy a seguir teniendo mi relación con los jugadores y con Mauricio, pero es un capítulo cerrado. Me costó muchísimo traer a Basile a Boca. Me parece desprolijo que ahora la AFA se lo lleve», se quejó.

El balance de su paso por la dirigencia fue impecable. Ganó todo lo que jugó, incluyendo la Recopa 2005, que Boca obtendría en San

Pablo apenas dos semanas después de su renuncia, en el último partido dirigido por Basile. El Apertura 2006 ya había comenzado, y Boca había ganado las cinco primeras fechas, entre ellas la del 7 a 1 a San Lorenzo en el Nuevo Gasómetro. Una victoria muy especial, que Maradona celebró pintándole de azul y amarillo la garita de seguridad a Claudio Langelotti, alias «el Vigi», histórico custodio de la casa de la calle Cantilo e hincha del Cuervo.

Aun ante su ida del club, Diego no guardó rencores. Estuvo en el palco el día en que Basile dio la vuelta olímpica con la Recopa en sus manos, para luego dar paso al debut de La Volpe. En la semana previa al partido con River, fue a comer un asado con el plantel en Casa Amarilla, y charló con el nuevo entrenador. «Quería conocer desde adentro lo que piensa Ricardo y me pareció muy serio y muy bueno. Espero que los muchachos sigan creciendo con lo que quiere La Volpe y afianzarse como equipo», se entusiasmó al salir.

Alentó a Boca durante todo ese torneo, incluyendo el desempate perdido contra Estudiantes, que derivó en la renuncia del técnico. En las malas, a todas partes. Las buenas ya iban a venir.

Palco en una clínica y bonus track dirigencial

En 2007, Diego estuvo todo lo cerca de Boca que su salud le permitió. Y un poco más, también.

Comenzó el año dándole la bienvenida a Riquelme desde su palco el día que Román jugó el primer partido de su segundo ciclo en Boca. Pocas semanas después, Diego fue internado. Tras casi dos años sin problemas de salud, esta vez el exceso de consumo de alcohol —tal como él mismo contó en una entrevista— le jugó una mala pasada.

Salió de la clínica el jueves 12 de abril con un objetivo muy claro: «Quiero ir a la Bombonera a ver a Boca contra River este domingo. Con suero o en ambulancia, voy a alentar a los muchachos hasta la última gota de sangre». Pero tuvo que ser internado nuevamente al día siguiente. El plantel le hizo el aguante con una pancarta que

mandó a poner frente al sanatorio: «Diego cuidate, te queremos muchísimo». Maradona mandó a comprar un plasma de 42 pulgadas y, desde su habitación, vio el 1 a 1 entre Boca y River.

Días después, fue trasladado desde Los Arcos a la clínica psiquiátrica Avril para ayudarlo en su problema con el alcohol. Tras ser dado de alta, tuvo un momento de felicidad alentando en su palco el neblinoso día en que Boca le ganó a Cúcuta y pasó a la final de la Libertadores. «Me emocionó verlo a Martín Palermo corriendo y trabando por todos lados como si fuera un recién iniciado», se alegró el Diez.

Volvió a dar el presente en la ida de la final, contra Gremio, y Pablo Ledesma le dedicó la victoria. Para la revancha, aceptó los pedidos de sus médicos y sus hijas de que no viajara a Porto Alegre, y celebró a la distancia. Una copa en la que muchos compararon el rol decisivo de Riquelme con el que tuvo Diego en el 86. Y su opinión fue en esa línea: «Esta Copa la ganó él solo, tenemos que agradecerle a Pellegrini que no lo ponía en Villarreal. Boca tiene que hacer todo el esfuerzo para que Román se quede. A mí me hubiese gustado hacer como hizo él y, en mi momento de esplendor en el Nápoli, venir a jugar un año a Boca».

En ese diciembre de 2007, tuvo por última vez un vínculo formal con Boca. Si es que se lo puede llamar de esa manera…

Como Mauricio Macri se alejaba del club para asumir como Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Pedro Pompilio quedó como presidente. Un día antes del acto de asunción, anunció que Maradona sería asesor *ad honorem* del club. Aclaró que no tendría obligaciones de estar presente en el día a día, dado que tenía compromisos con el showbol.

Tras la final perdida contra el Milan, en Japón a mediados de diciembre, y la oficialización de la salida de Russo, Pompilio fue a buscar a Carlos Ischia, lo que generó la crítica y la renuncia de Maradona a un cargo que apenas duró veinte días. «No me gusta Ischia como técnico de Boca. Russo tiene más nivel que él, y sin embargo lo sacaron. Y si hubiera que elegir reemplazante, yo hubiera apuntado a Veira, pero Pompilio no me consultó. Así que le voy a agradecer la charla de dos horas cuando me ofreció ser asesor

futbolístico, y volveré a mi palco como hincha», declaró cuando ya se acercaba Nochebuena y Navidad.

Un Diego inmortal en la Bombonera

La estatua con la que quedó eternizada la presencia de Maradona en la Bombonera no nació, en realidad, para ser colocada allí. De hecho, su creación no fue impulsada ni por Boca, ni por Diego, ni por los hinchas del club.

Todo surgió de un grupo de maradonianos marplatenses. Julián Chavero y Gastón Amato se habían conocido en enero de 2004, durante una exposición de objetos de Maradona. Chavero ya tenía la fantasía de hacerle una estatua. Al año siguiente, se decidió a llevar adelante el proyecto, con Amato y otros dos amigos.

Antes de comenzar a recaudar los fondos, viajaron a Buenos Aires y le entregaron una carpeta con la idea a una de las hermanas del Diez. Y fue Claudia Villafañe quien los llamó y les dio la aprobación, siempre y cuando no buscaran un rédito económico. Crearon un sitio web mediante el cual se podía colaborar. Decidieron no aceptar aportes de sponsors, ni de nadie que pudiera empañar el espíritu amateur que querían darle al homenaje. Recibieron donaciones particulares de toda la Argentina, países limítrofes y otros más alejados, como Colombia, México, Estados Unidos, Inglaterra y Malasia.

Volvieron a comunicarse con Claudia y le pidieron que le consultara al homenajeado dónde le gustaría que fuera emplazado ese monumento, que era el primero que se le hacía en Argentina. La respuesta de Diego no los sorprenderá: eligió la Bombonera.

La estatua fue inaugurada, con la presencia de Maradona, el domingo 26 de noviembre, horas antes de que Boca goleara a Colón por 4 a 1. «No lo puedo creer, es una emoción muy fuerte. Que Dalma y Gianinna tengan una estatua del padre para venir a ver es algo muy emotivo», les dijo el homenajeado a los presentes.

El Diego humano (¿humano?) asistió a la ceremonia con una camiseta de Boca. El Diego de fibrocemento, creado por la artista Elizabeth Eichorn, con terminación símil bronce, de casi tres metros de altura y 300 kilos, tenía, tiene y tendrá puesta una camiseta argentina. Quizás, ese fue el único error de cálculo de los autores de ese hermoso homenaje: no adivinar que, para Maradona, la inmortalidad se viste de azul y oro.

Buzo celeste y blanco, corazón azul y amarillo

Bostero nacionalizado argentino, Maradona no dejó de lado su pasión por Boca ni siquiera al asumir como entrenador de la Selección. Tampoco sus choques con River. Aunque intentó revestirse de la mesura y la neutralidad que requería su nuevo cargo, su esencia xeneize siempre encontró la forma de manifestarse.

El primer partido al que fue a ver a Boca como DT nacional, fue apenas veinte días después de haber asumido, en noviembre de 2008. Boca peleaba el campeonato con San Lorenzo y Tigre y, faltando tres fechas para el final del torneo, recibía a Racing.

Como ahora representaba a todo el fútbol argentino, sabía que las miradas estarían puestas en cómo se comportaría en su palco de la Bombonera. Y que podría herir susceptibilidades si cantara a favor de Boca o gritara los goles. Pero no contaban con su astucia. A los 40 minutos, mientras Riquelme se preparaba para patear un penal y algunas cámaras lo apuntaban, Maradona salió por un instante y celebró fuera del radar de las lentes.

Para su partido debut, no convocó a jugadores de Boca ni de San Lorenzo, porque estaban peleando el campeonato, pero había avisado: «La número 10 es de Riquelme. Messi y Agüero ya tienen otros números asignados». Ante su segundo encuentro, frente a Francia en Marsella, se quejó de que la AFA no modificara la fecha de un partido de Boca para poder convocar a Román, quien también había declarado que quería estar presente.

De regreso en Argentina, Diego fue a la Bombonera a ver Boca-Huracán. Días después, en los estudios de TyC Sports, brindó la famosa entrevista en la que dijo que quería que Riquelme, en su Selección, jugara más adelantado en comparación a cómo lo había hecho en Boca contra el Globo. Fueron las palabras que detonaron la renuncia de Román al equipo nacional.

Fue la pelea que ojalá nunca hubiera existido. La separación que, para muchos bosteros, fue más traumática que el divorcio de los padres.

Boca recibía a Argentinos Juniors cinco días después del anuncio de Riquelme. Esa noche hubo múltiples muestras de apoyo a Román, con cantitos y banderas. Diego —que no concurrió al estadio — también recibió cantos de aliento, que partieron desde La 12 y fueron acompañados por algunos y respetados por todos. Todo lo que hubo en su contra fueron cinco banderas. Apenas cinco banderas ubicadas entre los palcos y las plateas y que, por sus dimensiones y ubicaciones, no involucraban a más de cinco personas cada una. Cinco banderas, a cuyos creadores les cabe como anillo al dedo la frase que Maradona tomó de Menotti y estampó en una remera en 1996: «Los boludos son como las hormigas: están en todos lados».

Aun así Maradona, cual Jesús compasivo que pone la otra mejilla a sus agresores, fue misericordioso con ellos: «Lo último que haría en mi vida es tenerles rencor. Por la calle me gritan cosas a favor, pero no son los que ponen el cartel. Yo sigo siendo hincha de Boca». Incluso, para calmar las aguas, decidió no volver a su palco por unos meses. Regresaría en un partido contra River. Pero aún antes de que ese día llegara, tendría otros enfrenamientos con su eterno rival.

River, mi buen enemigo

«La cancha está desastrosa, es un pisadero. Es vergonzoso. El campo en el que yo jugaba en Fiorito era mejor que el de River». Los Piojos habían tocado días antes en el Monumental, y las

consecuencias estaban a la vista. Pero además de la queja por el campo de juego, Diego metió otra ficha: «Si es por mí, quiero jugar en la cancha de Boca o de Rosario Central, para meter a los rivales contra un arco, contra las tribunas».

La respuesta de River vino de su presidente, José María Aguilar, quien escribió una nota formal a la AFA, en la que describía los dichos de Maradona como «groseras descalificaciones, absolutamente infundadas, caprichosas y chabacanas», y consultaba si la AFA había solicitado «antecedentes médicos» para su contratación como entrenador. Quien llevó la nota fue el vicepresidente, Julio Macchi, quién agregó: «Yo creo que esta es la Selección Argentina, no la Selección de Maradona. Si fuera la de Maradona, quizás yo no sería hincha».

Diego recogió el guante, y le mandó una carta documento al club de Núñez. Su abogado, Héctor Leguizamón, dijo que Maradona no tendría problema en hacerse los estudios médicos que River solicite, «siempre y cuando también se los realice Aguilar y toda la Comisión Directiva». Finalmente, el DT Nuestro consiguió que la AFA habilite el estadio de Rosario Central para jugar contra Brasil. Y si bien el resultado del partido no fue el esperado (1-3), Diego había ganado su batalla personal contra su gran adversario.

El siguiente encuentro de local fue un mes más tarde, en cancha de River, contra Perú. Y esa vez, quien dio la pelea contra el enemigo riverplatense fue Dalma Nerea Maradona, santa heredera de la pasión bostera de su padre.

Antes del encuentro, se realizó un minuto de silencio por la muerte de Mercedes Sosa. De pronto, alguien grita un sonoro «andate Maradona, la concha de tu madre». Tan fuerte que hasta se escuchó en la transmisión televisiva. «Yo lo tenía cerca y lo vi, tenía una bufanda de River. Lo fui a pelear, lo empecé a empujar y él me apartaba con una mano. Yo mido un metro y medio, era como un hámster peleando contra un gigante. Hasta que vino Goyco, que me vio, me sacó de ahí y me contó que el tipo era barrabrava de River. Yo en realidad a la cancha de ellos no voy nunca, por nada del mundo, ni aunque toquen los Rolling Stones. Pero ese día fui porque

era un partido decisivo y quería bancar a mi viejo», relata Dalma. Gracias a D10S, la manzana nunca cae lejos del árbol.

En aquel partido, Argentina ganó con el inolvidable gol agónico de Martín Palermo. Y el Titán sería protagonista de otro hito bostero de Maradona en su paso por la Selección. Diego lo convocó al mundial de 2010. Y allí, Martín se convirtió en el primer jugador de Boca en meter un gol en un Mundial en 80 años. El anterior —y único hasta ese momento— había sido Mario Evaristo, en Uruguay 1930.

Diego volvió a su palco de la Bombonera antes del Mundial de Sudáfrica. Fue en un Boca-River, en marzo de 2010. Fue ovacionado por los hinchas de Boca, que entonaron todos los himnos que lo homenajean, y que desplegaron nuevas y eternas banderas.

Esta vez, dejó apenas de lado la imparcialidad de ser el DT del equipo nacional. Se sumó a los cantitos de «*no dejen de aplaudir los goles de Palermo que ya van a venir*», e incluso fue captado por una cámara cuando, sobre el final de un «*el que no salta es un gallina*», dio cuatro saltitos muy poco disimulados.

Boca ganó 2 a 0 con dos goles de Medel. Román jugó un partidazo y la gente lo pidió para la Selección. Diego lo aplaudió y lo elogió al salir de la cancha. Riquelme, por su parte, devolvió el centro: «Él vino a ver a Boca ganar, así que debe estar muy feliz como todos los hinchas. A Argentina le va a ir muy bien en el Mundial. Tengo mucha ilusión».

Aún sin reconciliaciones, la casa estaba en orden en el barrio de La Boca.

* * *

Después del Mundial de Sudáfrica, Diego se postuló para suceder al Bichi Borghi. «Me muero por ser técnico de Boca», dijo, y agregó: «Pero primero hay muchas cosas que hablar. Me tendría que juntar con Riquelme, hablar y listo. Sería un tarado si no quisiera tener a Román en mi equipo. Pero no quiero presionarlo y que se termine yendo por mi culpa».

Cuando le preguntaron, Román abrió la puerta: «El presidente es el que decide, y si decide que debe ser entrenador Maradona, él deberá hacer su trabajo de entrenador y yo el de jugador, en el mismo barco, para que las cosas salgan bien. No tengo problemas en trabajar con él, lo ayudaremos. Lo mismo si es Falcioni, Barros Schelotto, Bielsa o Pompei».

El elegido fue Falcioni, y en mayo de 2011 Diego firmó con el Al-Wasl, de Emiratos Árabes Unidos. Desde allí, y hasta 2019, Maradona viviría entre Dubai y Sinaloa —adonde se mudó en 2018 para dirigir a Dorados de Culiacán—, pero siempre, como dice la bandera, «con Boca a todas partes». Su pasión no reconoció fronteras.

«Tiene una locura con Boca, pone las canciones en Youtube y se las enseña a los jugadores. Y mira todos los partidos, sin falta», contó Gaspar Servio, arquero de Dorados y designado capitán del equipo por Diego. Tenía tan presente al club de sus amores que era habitual que los jugadores mexicanos le gritaran «!Vamos Boca, Diego!» a modo de arenga cuando pasaban a su lado, según recuerda Gastón Romero, entrenador de arqueros de sus distintos cuerpos técnicos.

El propio Romero relata una escena de *bosterismo explícito* en Dubai. «Antes de un entrenamiento, le avisaron que había un turista argentino que quería sacarse una foto con él. Diego pidió que se lo presenten a la salida, pero cuando llegó el momento, el tipo apareció vestido con una camiseta de River. Él lo miró fijo y le dijo "¿Con esa camiseta te querés sacar una foto conmigo? No entendiste nada, pibe", y siguió de largo», recuerda entre risas, y agrega que cada vez que le pedían un autógrafo en una camiseta de Boca, Diego besaba el escudo.

Daniel López Maradona cuenta que cuando su hijo, Hernán López Muñoz, jugaba en las inferiores de River, ellos le mandaban a Diego videos de sus goles editados por el club. Él los recibía con gusto, pero les hizo un pedido especial: «sáquenle el escudo ese de River que aparece en el inicio de los videos».

A la distancia, o en sus visitas a Argentina, Diego apoyaba, criticaba e intervenía cuando se lo dictaba su condición vitalicia de

guardián del espíritu xeneize.

«Me parece perfecto que Riquelme no quiera usar la camiseta rosa, el resto tendría que hacer lo mismo. Es como cuando nos agregaron una línea blanca en el medio para vender más camisetas. Que la rosa se la dejen a la Pantera», se quejó cuando Nike intentó seguir la moda europea de utilizar segundas o terceras camisetas con colores distintos a los del club. Y hablando de camisetas, Marcelo Palacios recuerda que durante muchos años tuvo la sagrada misión, asignada por Diego, de conseguirle casaca y número telefónico de cada jugador que llegaba a Boca.

Diego apoyó a Bianchi cuando regresó en 2013 y a su amigo Guillermo, cuando asumió como DT tres años más tarde, sin dejar de expresar sus críticas cuando los equipos no anduvieron bien. En 2016, se convirtió en socio vitalicio de Boca. Y, a la distancia, grabó saludos para el club y para los hinchas en los 12/12 y en los aniversarios del 3 de abril: «Un beso grande a la hinchada más grande del mundo, la que no le pega a los jugadores. Un beso para La 12, que somos el 75% del país nada más», expresó en un video para el Día del Hincha de Boca de 2015. Tres años más tarde, exigió que la Conmebol declare a Boca campeón de la Libertadores tras las agresiones que sufrieron los jugadores xeneizes antes del partido que se debía jugar en el Monumental. «Las sanciones son claras, esto es una gota de agua a cuando nos sacaron los puntos a nosotros», publicó en su cuenta de Instagram. «Tanto mantuvo su enfrentamiento con River, que cuando le ofrecieron comprar un departamento de pozo en el edificio Chateau Libertador, se negó porque no quería vivir cerca del Monumental», recuerda Palacios. Y cuando Boca cumplió 114 años, en 2019, el video que grabó Maradona fue toda una declaración de principios y sentimientos:

> Boca es una enfermedad, no tiene comparación, es pasión, es algo que te corre por las venas y no lo podés entender. Cuando vas para la cancha, a ver a la azul y oro, te tiembla todo el cuerpo, pero te tiembla por amor, no por miedo, como otros. No me importa que no hayamos ganado, soy más de Boca que nunca. Boca, sos el beso de mi mamá.

Decime qué se siente

Nadie creía posible que River pudiera irse a la B. Hasta 2011, junto con Boca e Independiente, eran los únicos tres clubes que nunca habían descendido ni habían jugado en segunda división, desde que comenzó la era profesional, en 1931.

En esa sintonía estaba Diego, cuando en enero le preguntaron por el tema. «River es un grande. No tanto como Boca, por supuesto, pero es un grande. Un grande, si desciende, muere. Y River no debe morir. Deben evitarlo todos. Incluso Julio Grondona y Cristina Kirchner. Si no, ¿contra qué equipo va a jugar Boca?», expresó, con algo de picardía en el remate. Luego, cuando se confirmó que River jugaría la promoción contra Belgrano, siguió mostrándose cauto: «Tiene muchachos de experiencia, lo va a saber manejar».

El 26 de junio de 2011, Belgrano empató 1 a 1 en el Monumental con gol de Guillermo Farré, y mandó a River al descenso —y al *deceso,* siguiendo los conceptos de Diego—. Luego del partido, los jugadores del Pirata cordobés celebraban en el piso de arriba del micro, de regreso a Córdoba. De pronto, aparece por la escalera el entrenador, Ricardo Zielinski. Llevaba en la mano su celular y encaró directamente al delantero Mariano Campodónico:

—Tomá, te quieren hablar.
—¿Quién es?
—Vos atendé.

«Apenas atendí, escuché que del otro lado gritaban "¡gracias, gracias, cómo te quiero, cómo los quiero!", y me di cuenta de que era él. Me dijo "lo que declaré públicamente era todo mentira, yo quería que River se fuera a la B, ¡no sabés cómo grité el gol!"», recuerda Campodónico, quien ya en este entonces llevaba un tatuaje de Maradona en su gemelo derecho.

Diego le pidió que le pase con Farré, que estaba en el fondo del micro hablando por teléfono con su familia. «Dejate de joder, Cabezón, mirá si me va a llamar Maradona», fue la respuesta del

gran héroe del día cuando Campodónico quiso pasarle el celular. Comenzó a sospechar que podía ser cierto cuando vio que se había agrupado todo el plantel para presenciar el histórico acontecimiento. Tomó el teléfono, comenzó a caminar hasta el asiento delantero, seguido por sus compañeros que cantaban por Maradona, y esbozó un tímido: «Hola, ¿Diego?».

—¡Fenómeno! ¡Sos un hijo de puta, no sabés cómo me hiciste gritar el gol!
—Diego, ¿En serio sos vos? —indagó un Farré que aún no podía creerlo.
—Te juro por mis hijas y mi nieto que soy yo, y que tu gol fue el que más grité en mi vida.

«Cuando hizo ese juramento dije "¡es él!". Empecé a temblar, a transpirar, no sabía cómo agradecerle sus palabras», recuerda el sacrificado prohombre, que acababa de mandar a la B al equipo del que había sido hincha de chico.

—En el momento de tu gol estaba encerrado solo en una habitación, me volví loco, saltaba en la cama como un poseído.
—No lo puedo creer, Diego. Hoy hice un gol después de dos años, ascendimos a Primera, y ahora me llamás vos. Ya me puedo morir tranquilo.
—Les mando un saludo a todos, los quiero mucho, lo que han hecho hoy va a quedar marcado en la historia del fútbol mundial. No se dan cuenta de lo que han logrado. Yo lo disfruto como hincha de Boca y me identifico con ustedes.

«Siempre me reproché no haberle dicho que le quería regalar mi camiseta, de no haber generado una oportunidad de ir a conocerlo. Y años después, cuando vi la noticia de su fallecimiento, me recorrió un frío por el cuerpo, sentí la necesidad de darle ese abrazo que ya nunca le voy a poder dar. Me acuerdo y se me eriza la piel», relata Farré, quizás sin advertir que la felicidad que generó en Diego aquella tarde valió por mil abrazos.

Tal fue la alegría que le causó a Maradona el descenso de River que, en 2017, cuando el canal oficial de la FIFA le hizo una entrevista en Zúrich y le preguntaron cuál era su cantito de cancha preferido, no dudó:

—El mejor es el que Boca le hizo a River cuando se fue a la B —respondió con la cara iluminada por su gran sonrisa—. Te entra por los oídos y te pone el corazón a diez mil. Porque, claro, nosotros nunca vamos a pasar por eso. Empieza diciendo «Riveeeer, decime qué se sienteeee, habeeer jugado el Nacionaaal» —comenzó a cantar hasta lanzar una carcajada.

En otra ocasión, en suelo cordobés, cuando fue a jugar un partido benéfico a Río Tercero, dio la real dimensión de lo que significó para él ese acontecimiento:

—Llevo en el corazón que Belgrano haya mandado a River a segunda división. Eso no se olvida jamás, hasta que me muera. Me lo voy a llevar al *jonca.*

A Boca lo llevo en la sangre

¿A qué hemos venido al mundo? Esa sencilla pregunta ha disparado debates desde el inicio de los tiempos. La búsqueda de una respuesta ha motivado a filósofos y artistas a crear algunas de las grandes obras de la Humanidad. Es una pregunta que, a veces, inspira, y otras, atormenta. Quienes buscan la respuesta en el obrar de la naturaleza, sostienen que esa fuerza creadora solo espera una cosa de los seres vivos: que se reproduzcan.

Si existiera tal cosa como una lista de los Diez Mandamientos Bosteros, o de unas Veinte Verdades Xeneizes, que concentren en una biblia los deberes del Ser Azul y Oro, sin dudas, la tarea de la reproducción de nuestra especie ocuparía el primer lugar. Evangelizar, sumar ovejas a nuestro rebaño es el deber de todo buen salvaje que reconozca a nuestro escudo como símbolo de toda grandeza.

Por ese sendero caminó Diego Armando Maradona cuando, en la segunda mitad de los años 80, encaró el camino de su descendencia, en pareja con otra bostera, Claudia Villafañe, que se había hecho de Boca de niña para llevarle la contra a su primo

Román, riverplatense. «Si yo hubiese sido de River, no habría tenido chances con Diego», admite hoy, entre risas.

«Tanto Gianinna como yo dijimos "mamá", "papá" y la tercera palabra fue "Boca". Era algo que estaba todo el tiempo en el aire. Cantaba canciones de Boca cuando bailaba o jugaba con nosotras, cuando nos llevaba al colegio. Yo he encontrado videos caseros de la familia y hasta las canciones de cuna eran cantitos de la hinchada a los que les metía nuestros nombres», describe Dalma Maradona con la voz tan llena de amor como la que seguramente tendría su padre cuando entonaba esos himnos xeneizes para ella.

Ese padre crio de forma amorosa a su hija mayor pero, al mismo tiempo, le impartió una única regla estricta: «Me pidió que nunca tuviera un novio de River. Mi papá no me retaba nunca y la única vez que lo vi enojado fue cuando le conté que, efectivamente, estaba saliendo con un hincha de River. Yo al principio lo tomaba como un chiste, le decía que no era tan importante. "Sí, es lo más importante, Dalma", me decía él», relata, divertida.

Ese novio de River se encontraba en el Monumental el día en que la frustración por el descenso derivó en autoincendio y autorroturas por parte de los hinchas locales. El joven, una vez que estuvo en un lugar seguro, se comunicó con Dalma para llevarle tranquilidad y, quizás, encontrar en su amada algún consuelo a su tristeza. Sin embargo, se topó con un estruendoso «te fuiste a la Beeeeeeee» con el que La Hija de Dios le demostró que, como reza el famoso dicho, «la sangre no es agua». «Ahí me cortó el teléfono y no hablamos por un tiempo». Nada grave, teniendo en cuenta que todos los hinchas de Boca dejamos de ver a los de River durante todo ese año.

«Edad: 3 días». La ficha de solicitud de socia de Gianinna Dinorah Maradona que reposa en los estantes del Centro de Documentación del Club Atlético Boca Juniors es elocuente: fue afiliada al club xeneize en menos de lo que se tarda en cortar un cordón umbilical. Sus primeras palabras públicas también fueron un testimonio explícito de bosteridad en sangre. Cuando apenas tenía 3 años, su padre estaba realizando una entrevista con Enrique Moltoni para *Nuevediario* y le pidió a su hija menor que mirara a cámara y le

mandara un saludo «a todos los argentinos». La pequeña Gianinna se negó con la cabeza y balbuceó: «No, a los de Boca», tras lo cual arrebató el micrófono y gritó un sonoro «¡Dale *uooocaaa*!».

En 1996, mientras entrenaba en Bariloche para comenzar el campeonato con Boca, Diego ejemplificó las distintas formas en que vivían esta pasión cada una de sus hijas —entonces de 6 y 8 años de edad—: «Ayer me mandaron un fax, mirá la diferencia que hay: Dalma me dice "gracias papá por el esfuerzo que vas a hacer, te requiero, te reamo". Y Gianinna me pone "¡Aguante Boca! ¡Gracias por volver a Boca! ¡Mandale saludos al Colorado Mac Allister!"».

Con el tiempo, la efusividad hizo un enroque entre hermanas. «Yo soy hincha, Dalma es directamente enferma de Boca», reconoció Gianinna en 2024. Y fue justamente Dalma quien pasó de *Hija de Dios* a *Tía Evangelizadora,* y fue clave para salvar a Benjamín Agüero Maradona de las garras del Diablo.

Cuando su nieto era niño, el «Babu» Diego Armando había hecho esfuerzos por apelar al libre albedrío, pero su deseo era claro:

> —Hay que llevarlo a que se pruebe en Boca —le dijo Dalma en una entrevista en 2014.
> —No, yo no quiero eso con mi nieto. Que decida él —intentó ponerse serio Diego.
> —Si, claro. Si te llega a decir que se va a jugar a Independiente, te morís.
> —(Sonríe). Si se llega a ir Independiente me la corto. Me corto los chabones (*sic*).

Fue un partido difícil, había que remontar un resultado que venía siendo adverso. Pero Dalma se puso la 10. «Al principio, Benjamín me decía "yo tengo que ser de *ñependiente*" y yo le respondía "no, tenés que ser de Boca". Yo vivía en Palermo, lo iba a buscar hasta Tigre, lo llevaba a la Bombonera y después de vuelta a su casa. Me gané el odio del padre, que más de una vez me ha dicho "cómo me cagaste, esta es toda tuya, ni siquiera de Gianinna". Pero incluso jugando en las inferiores de Independiente, Benjamín es de Boca», relata ese final feliz la tía orgullosa. Y, puertas adentro de su propio hogar, Dalma y su marido bostero, Andrés Caldarelli, también siguieron la tradición: «Roma es de Boca y Azul es directamente una

pequeña barrabrava de tres años. Aprendió a decir "Boca" antes que "mamá" y "papá" y ya nos pide ir a la Bombonera».

Jana Maradona no era futbolera ni hincha de Boca hasta que, a sus dieciocho años, conoció a su papá: «Me dijo "ahora sos de Boca", me regaló una camiseta con mi nombre y el número 10 y me llevó a la Bombonera». Así como en el hogar de Fiorito eran todos bosteros menos una oveja negra —Rita, la hermana riverplatense—, entre los hijos de Diego se replicó un cuadro similar. Dalma, Gianinna, Jana y Dieguito Fernando, son cuatro Maradonas de Boca. En cambio, Diego Jr., el Diego napolitano, eligió el camino a Núñez. «Mucha gente cree que soy de River para llevarle la contra a mi papá. Y eso es una mentira absoluta. Yo me hice de River por Aimar. Cuando era chico se hinchaba por Riquelme o por Aimar, y yo me enamoré del Payasito. Pero eso no me hace odiar a Boca, para nada. Sería una falta de respeto hacia mi padre y hacia mis hermanos, que son fanáticos del club», explicó Diego Jr. en 2024.

Con una emoción que ni sus virtudes de actriz podrían disimular, Dalma define qué significa hoy esta pasión inexplicable para ella: «Boca es la mejor herencia que me dejó mi papá, por lejos. Es mi conexión intangible e indestructible con él. Lo digo de corazón, yo he vivido momentos con Boca y mi papá que no puedo expresar en palabras».

* * *

Al mismo tiempo que su nieto alegraba la vida del Babu, por aquellos años, la familia Maradona sufrió dos grandes pérdidas. Las de quienes trajeron al mundo al protagonista de este libro, ni más ni menos.

El 19 de noviembre de 2011 falleció Dalma Salvadora Franco, doña Tota. La bostera que, en 1981, antes del partido decisivo contra Racing, fue al vestuario a llevarle a su hijo una hoja de ruda, para que la colocara debajo de la media y le diera suerte en su sueño de ser campeón con Boca. Por casualidades del destino, al día siguiente de su fallecimiento, Boca también recibía a Racing en la

Bombonera. Los jugadores xeneizes salieron con la banda del luto en el brazo, se hizo un minuto de silencio y Riquelme pidió suspender el homenaje que el club le había preparado por los quince años de su debut en Primera. Gesto que Diego agradecería a Román en una carta abierta.

Cuatro años más tarde, don Diego, «Chitoro», Diego Padre, el que idolatraba a Rojitas, el que llevó por primera vez a la Bombonera al mejor jugador de la historia, abandonó el mundo que su hijo había conquistado y se mudó a la cuarta bandeja de nuestro templo del fútbol.

Notti magiche

«Dicen que no hay gente imprescindible, pero mirá si me muero y no puedo salir a saludarlos, a agradecerles».

Maradona caminaba por la manga del túnel visitante de la Bombonera, vestido de lobo platense y acopiando en sus oídos la más maravillosa música, la de los hinchas de Boca coreando su nombre, cuando de pronto tuvo ese pensamiento existencial. «Me dijo eso, se le hizo un nudo en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas», relató su querido colaborador en Gimnasia, Cristian Jorgensen, que lo sostenía del brazo.

En tiempo presente, esa noche del 7 de marzo de 2020, no era una despedida, sino una gran bienvenida a Diego, que regresaba a nuestro campo de juego luego de más de diez años. Sus reflexiones acerca del destino habían comenzado la noche anterior, en la concentración: «Me voy a dormir, muchachos, mañana va a ser un día especial para mí, vuelvo a la cancha de Boca a jugar contra Boca. ¿Me aguantará el bobo, che?», había soltado con una sonrisa a sus compañeros de mesa.

El día del partido amenizó la espera disparando con aire comprimido en el campo de Estancia Chica, y recortando su pelo y su barba con su peluquero Leo. «Solía despertarse a las 11, pero esa mañana a las 7 ya estaba arriba. Estaba ansioso», recuerda

Jorgensen. Pidió almorzar una sopa de verduras, fideos y pollo, como la que le hacía su madre.

—Diego, me tiemblan las gambas de solo imaginar tu entrada triunfal en el estadio —le dijo Jorgensen durante la comida.
—Tranquilo, esta noche voy a salir del túnel para comerme la cancha.

Sentado en el último asiento del micro, disfrutó del hermoso caos desatado a su alrededor cuando atravesó las fronteras de la República de La Boca, e ingresó al barrio que le daba la bienvenida. Alcanzó a divisar a Rafael Di Zeo y a Mauro Martín, que discutían con la policía. Como tenían prohibida la entrada al estadio, habían arreglado con Diego que él bajaría del micro y le entregarían una plaqueta en la calle. Pero el acto fue impedido por los agentes del orden.

Ya en el vestuario visitante, recibió a Guillermo Coppola, a quien le había pedido que lo fuera a visitar con Elisabetta, su hija de por entonces once años, a la que no conocía. «Yo había estado con él dos semanas antes en cancha de Quilmes —rememora Coppola—. Aquella vez estaba muy alegre, pero en la Bombonera lo vi entre emocionado y taciturno. Era como que se sentía raro por estar de visita en su casa. Le dije "¡Diego, esta es tu casa!" Y le regalé una camiseta que había mandado a hacer, que tenía los colores de Boca, de Argentina y de Gimnasia, con su número y su nombre».

La cancha explotó cuando él apareció por la manga del túnel. Caminó hacia el centro del campo a paso lento, saboreando el momento y saludando a cada tribuna.

En el círculo central lo esperaban Miguel Brindisi y el Mono Perotti, convocados por el club para el homenaje. «Me preguntó cómo estaba, porque yo había estado jodido de salud. Le dije "yo estoy bien, disfrutá, esto es todo para vos". Le hicimos chistes, le dijimos que estuviera feliz», recuerda Perotti.

Le entregaron una plaqueta y una camiseta enmarcada con su número y su nombre, y Diego se inclinó para acariciar el pasto y llevarle un beso con su mano. De frente a la multitud, hizo los ademanes de un director de orquesta para acompañar la sinfonía:

Hay que alentar a Maradó / hay que alentarlo hasta la muerte / porque yo a Diego lo quiero / porque yo soy un bostero / y lo llevo en el corazón.

*L*uego fue él quien siguió las órdenes de la hinchada, que decretó que había que saltar para no ser un inglés. Se acercó a cada tribuna para saludar a todos mirándolos a los ojos. Acompañó el «*lo quería Barcelona / lo quería River Plate / Maradona es de Boca*» golpeándose el corazón y señalando el suelo que eligió habitar.

Se emocionó con el abrazo que le dio su nieto Benjamín, y Dalma a su lado le secó las lágrimas. «Esto me mató, esto me está matando», le confió a Jorgensen, emocionado en medio de los homenajes.

Se divirtió con el beso en la boca que se dio con Tevez. Se abrazó con Miguel Ángel Russo y saludó a todos los jugadores de Boca que se acercaron. Se acomodó en el banco de suplentes, desplegó delante suyo la camiseta que le había regalado Coppola y desde allí se sumó con los brazos al «suben y bajan, parecen ascensor» con el que la hinchada xeneize recordaba al eterno rival.

Se puso serio en cuanto comenzó el partido. Porque, a todo esto, había un partido. O, mejor dicho, dos. Todos suponían que esa noche se consagraría campeón River, que llegaba a esa última fecha de la Superliga primero, con un punto de ventaja sobre Boca. Visitaba a un Atlético Tucumán que no llegaba ni a mitad de tabla, y con la victoria levantaría el trofeo. Las chances de Boca eran ínfimas. Pero, esa noche, el templo volvería a hacer milagros.

En el partido Atlético Tucumán-River, había un entrenador que invitaba a que nuestra gente crea, porque tenía con qué creer. Ricardo «Ruso» Zielinski, héroe de la gesta pirata de junio de 2011, dirigía ahora a Atlético, que comenzó ganando con un gol de Javier Toledo a los 19 minutos. Hasta allí, la punta del campeonato quedaba compartida, y se jugaría una final en cancha neutral entre Boca y River. Minutos más tarde, Matías Suárez puso el 1 a 1 en el norte argentino. En nuestro estadio, el Xeneize y el Lobo no se

sacaban ventajas. Boca y River se iban al descanso con sus partidos empatados. Si todo terminaba así, los millonarios serían campeones.

En su camino al túnel, Diego dejó su última imagen para la posteridad en la Bombonera. En el momento en que la gente entonó «*se llama Maradona / y todas las gallinas / le chupan bien las bolas*», él flexionó sus codos y agitó sus brazos, reeditando la *gallinita* que hizo famosa Tevez en 2004. El mensaje era claro: los de arriba son gallinas, los podemos alcanzar.

Con excepción de una chance clara errada por Salvio, y otra para Gimnasia que tapó Andrada, la sensación era que podían jugar durante siglos y nada quebraría el 0 a 0. Hasta que le quedó una pelota al hombre que esa noche llevaba el 10 en la espalda.

Iban 26 minutos del segundo tiempo cuando Villa y Fabra tiraron una pared por el costado izquierdo. La pelota le quedó larga a Wanchope Ábila, que se arrojó para salvarla con la punta del pie. El balón le llegó a Tevez en la medialuna del área. La acomodó, apuntó, le rompió las manos a Fatura Braun y desató la locura.

Sin pruebas ni dudas: fue uno de los goles más gritados en la Bombonera.

Diego mantuvo la compostura. Y los 24 minutos siguientes ratificaron a Einstein: el tiempo, de tan relativo, se fue congelando. El reloj no avanzaba, el final nunca llegaba. Si River metía otro gol y ganaba su partido, se quedaría con el campeonato. Purgatorio, cuerda floja, abismo. Un campeonato de veintitrés fechas definiéndose en eternos minutos finales.

«Durante el partido, Diego me preguntaba todo el tiempo cómo iba River», recuerda Jorgensen. Quienes seguían el encuentro por televisión tuvieron la primicia con la recordada frase «Negro Bulos, en Tucumán, contame» del relator Sebastián Vignolo. Segundos después, el árbitro puso fin al tiempo inmóvil en la Bombonera. Los jugadores de Boca comenzaron a mirarse entre sí, a buscar respuestas en el banco de suplentes. No sabían cómo había finalizado River. En las tribunas, todos buscábamos a *gente-con-auricular,* que estuviera escuchando la radio y nos diera una confirmación. Pasaron un puñado de segundos que parecieron milenios. Hasta que Claudio Orellano, contundente voz del estadio,

histórica cara de las noticias que no podían esperar en Crónica TV, anunció la más importante de todas: «Boca es el nuevo campeón».

La Bombonera se unió en un solo grito:

Boca
Boca de mi vida
Vos sos la alegría
De mi corazón
Sabés todo lo que siento
Te llevo acá dentro
De mi corazón.

«Sabía que lo tenía que besar, así me daba suerte. Diego es uno de los tocados, a veces hay que buscar la suerte», se alegró Tevez apenas terminó el partido.

Maradona se fue por el túnel aplaudiendo por última vez a su gente, la de Boca. Ya en el vestuario, se reunió para conversar con los integrantes de su cuerpo técnico. Gastón Romero recuerda que Diego escuchó con atención cómo varios de ellos se lamentaban por la derrota y por alguna ocasión de gol desaprovechada. «Cuando terminamos de hablar, nos miró con una sonrisa y nos dijo: "y, pero salió campeón Boquita, muchachos"».

Fue tal el caos por los festejos en el estadio, que fue suspendida su conferencia de prensa. Terminó saliendo del lugar en medio del tumulto, y se subió a la camioneta de uno de sus asistentes. Atravesó el barrio de La Boca por última vez, entre las decenas de celebraciones que brotaban en las calles. «Boca es pasión pura, es el pueblo expresando su felicidad con el corazón, es la esencia más linda del fútbol», le dijo a Jorgensen, quien cuenta que en ese viaje Diego «rio y lloró como un niño». «Son de esos momentos imborrables que quedan para toda la vida. Boca es gran parte de mi vida. Di todo por esos colores», reflexionó Diego.

«Antes del partido yo le pregunté qué quería él que pasara, porque yo quería que ganara Boca —recuerda Dalma—. Él me dijo que como técnico de Gimnasia representaba a sus jugadores y que

iba a hacer todo para que ganaran. Pero después del partido hablé y estaba contento».

Esa noche, de por sí especial, fue cobrando nuevos significados con el paso del tiempo. La cuarentena por el COVID comenzaría apenas doce días más tarde. Ese 7 de marzo no solo fue la última visita de Diego a la Bombonera, sino también su última presencia en un estadio con público.

Ya en tiempos de pandemia, circuló en redes sociales la que sería la última imagen conocida de Diego vistiendo una camiseta de Boca. Así como la primera había sido en septiembre de 1978, cuando posó para la revista *Goles* luciendo una casaca que había intercambiado con Zanabria, en esa imagen de julio de 2020 se lo veía sonriente, enfundado en una camiseta del equipo xeneize de básquet con el número 12. Se la había enviado de regalo Rafael Di Zeo, con quien había quedado en comer un asado que la pandemia frustró. Diego seguía siendo entrenador de Gimnasia, pero no se privó de mostrar al mundo, una vez más, sin saber que sería la última, cuáles eran los colores que le alegraban el alma.

* * *

El 25 de noviembre de 2020, cerca del mediodía, Diego Armando Maradona comenzó su descanso eterno.

Las puertas, paredes y calles de la Bombonera, en cuestión de minutos, se convirtieron en un santuario, en el campo sagrado en el que darle un último adiós de cuerpo ausente. Misa, velatorio y reunión de una familia bostera que no quería creer lo que estaba ocurriendo.

«Jurame por Dalma y Gianinna que es mentira».

rezaba una de las urgentes banderas, escrita de puño, dolor y letra. Y fue su hija mayor quien se encargó de llevarle una camiseta azul y oro para su último adiós.

Desde entonces, en el estadio Alberto J. Armando, su ausencia se convirtió en presencia.

Esa noche, el mundo vio a la Bombonera apagar todas sus luces, menos las del eterno palco, que irradiaba su recuerdo.

El palco en el que Dalma, en un estadio vacío por la pandemia, recibió el homenaje de los jugadores xeneizes.

El Diego Nuestro está presente en cada partido, en cada telón que obra el milagro de la reencarnación de su rostro, y que lleva su nombre como bandera a la victoria.

Boca será, hasta el fin de los tiempos, su lugar en la Tierra.

Yo soy hincha de Boca, fanático de Boca, muero por Boca y moriré hincha de Boca, con la camiseta puesta. Yo quiero que me lleven a la tumba con la camiseta de Boca.
Y esto es de verdad.
Lo juro por mis hijas.
(Diego Armando Maradona, 1996).

Anexo fuentes

Libros

Yo soy el Diego de la Gente, Diego Maradona.
Vivir en los medios, Leandro Zanoni.
Mis últimas aventuras con el 10 en la Tierra, Cristian Jorgensen y Mariano Fain.
Cebollita Maradona, Francisco Cornejo.
Conocer al Diego: Relatos de la fascinación maradoniana, Daniel Arcucci.
Maradona. L'uomo, il mito, il campione, Guillermo Blanco.
Hija de Dios. No es el Diego, es mi papá, Dalma Maradona.
México 86: Así ganamos la copa. Mi Mundial, mi verdad, Diego Maradona.
Diego dijo, Marcelo Gantman y Andrés Burgo.
Guillote. Acá está, esta es mi vida, Guillermo Coppola.
El Pato. Mi autobiografia, Ubaldo Matildo Fillol.
La Doce, Gustavo Grabia.
Guillermo, el terrible. Historia de un ídolo, Sergio Maffei y Pablo Vicente.
Desde La Boca. Cuando lo extraordinario se vuelve normal, Martín Kohan, Ricardo Cohen.
Boquita, Martín Caparrós.
El Diego en números, Diego Dal Santo.
Lo quería Barcelona, lo quería River Plei…, Eduardo Bolaños y Sergio Barbieri.
Maradona: El pibe, el rebelde, el dios, Guillem Balagué.
Titán del gol y de la vida. Mi autobiografía, Martín Palermo.

Entrevistas citadas de programas de TV

Líbero Versus de TyC Sports; *La boca del lobo* con Jesús Quintero de Antena 3; *Fax* de Canal 13; *F360* y *F90* de ESPN; *Nos quedamos en casa* de TNT Sports; *PH* de Telefé; canal Fansworldtv; canales de Youtube Bondi Live y 805 Stream.

Diarios, revistas y portales

Revistas: *El Gráfico; Goles; Goles Match; Estadio; Sólo fútbol; Así es Boca; Gente; Caras; La voz de Boca; France Football; Guerin Sportivo; Don Balón; Boca un sentimiento; AS Color.*

Diarios y portales: *Crónica; La Razón; Olé; Diario Popular; Clarín; La Nación; Sur; Miradas al Sur; Página 12; La Gazzetta dello Sport; Corriere dello Sport; Il Mattino; La Prensa; Marca; As; El País; Infobae;* archivos sobre Maradona día por día publicados en la red X por Oscar Barnade; portal Historia de Boca.

Artículos especiales citados

«El remate de Macri, disputas familiares y desfile de famosos: historias del palco más icónico de la Bombonera», en diario *La Nación,* 8 de mayo de 2024. Por Leandro Contento.

Entrevista a Diego Maradona, en revista *Gente.* Enero 1996. Por Gabriela Cociffi.

Entrevista a Diego Maradona Jr., en diario *La Nación,* 30 de noviembre de 2024. Por Leandro Contento.

Artículos sobre la llegada de Maradona a Boca de Daniel Guiñazú en *Página 12,* de Pablo Lisotto en *La Nación* y de Juan Miguel Álvarez en *La Capital* de Mar del Plata.

Películas y series citadas

Maradona: vida, palabra y goles, 2004.
La Hija de Dios, 2023.
Estrella 15, 2011.

Agradecimientos

Este libro contó con el invalorable trabajo periodístico en producción de entrevistas de Maxi Értola.

Gracias eternas a los entrevistados por la generosidad de compartir sus recuerdos.

Al personal de las hemerotecas de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, del Congreso de la Nación y del archivo de TEA y Deportea. A Sergio Lodise, Guillermo Schoua y a todo el Centro de Documentación del Club Atlético Boca Juniors, apasionados guardianes de la historia del movimiento popular más grande del mundo.

A Rodolfo González Arzac y a todo el equipo de Planeta por haber confiado en este proyecto.

A Mirta Intelisano y Santiago Fontenla por tolerar con amor mis ausencias durante la elaboración de este libro, y a Natalia Bianchi, porque la batalla por la herencia azul y amarilla aún no ha terminado. A mi compadre, Diego Kolankowsky, y a mi hermana por elección, Mariángeles Gutiérrez, la mesa chica con la que comparto este sentimiento inexplicable. A quienes aportaron opiniones y consejos sobre el rumbo de este proyecto, Mariano Otálora, Gabriel Entin, Sol Rodríguez, María José Pintos, Martín Kazmierski, David Cayón y, muy especialmente, a Celeste Pasculli. A todos mis queridos colegas y amigos de DK Group, con quienes comparto desde hace veinte años la vida dedicada al periodismo. A Eduardo Carbajal, porque esto es mucho más que un libro. A los compañeros de populares, plateas y palcos en todas estas décadas desde que tengo uso de pasión, desde Eduardo y Nahuel Daher, hasta la agrupación Alphonse Tchami.

Y, por sobre todas las cosas, a Diego Armando Maradona por ser bostero como él manda.



Maradona cumple su sueño de salir campeón con Boca y da la vuelta olímpica en la Bombonera. 15 de agosto de 1981.



Lo trajeron al mundo y lo hicieron de Boca. Doña Tota y don Diego Maradona, la herencia bostera del mejor jugador de la historia.



El Boca de Maradona campeón del Metropolitano 1981. Parados, de izquierda a derecha: Mouzo, Krasouski, Ruggeri, Pernía, Rodríguez, Brindisi. Sentados: Escudero, Benítez, Maradona, Perotti, Córdoba.



«Nunca creí que el recibimiento de la hinchada fuera así. Sentí como si se estuviera moviendo el piso. Esto superó lo imaginable», dijo Diego luego de su debut ante Talleres. 22 de febrero de 1981.



Maradona versus River, una enemistad que creció con el paso de los años.



Primera foto pública de Maradona con una camiseta de Boca. Diego quería jugar en Boca, pero los dirigentes de Argentinos se lo impidieron y lo sancionaron, y los hinchas lo insultaron. *Goles*, septiembre de 1978.



JUGO DE FÚTBOL

AREDES

SIETE VECES AREDES

PEDRO Oscar Aredes, centrodelantero riojano más conocido por "El Chivo", actuó en 1976 por Gimnasia y Esgrima de Mendoza, donde el técnico Julio ne le vio condiciones. Por eso este año fue transferido al Pedal Club de San Rafael, y allí recuperó su potencia goleadora. Tanto que en el partido que su equipo le ganó 8 a 1 a Rincón de Atuel, Aredes marcó siete goles en 50 minutos de juego, según esta progresión: 12, 14, 18, 24, 56, 59 y 62 minutos. El Chivo Aredes, además de establecer un record para la provincia de Mendoza, es un destacado jugador de básquetbol, fue integrante del seleccionado de su provincia y hasta hace muy poco jugó en el club AMSA (Asociación Mutual de Suboficiales y Agentes). En este momento el riojano es el niño mimado del técnico Víctor Antonio Legrotaglie, quien lo trajo a Mendoza luego de tenerlo como compañero en el Américo Tesorieri de La Rioja (Regional del 75), con esta carta de presentación: **"Es un cheque al portador".**

GOL DE GORRA

LOS arqueros suelen caracterizarse por sus rarezas. Hubo uno en el equipo que dirigía Carlos Cavagnaro en México, que en materia de locura los jumbo a todos. **"Una vez jugábamos con el Atlante contra el Inter de Guadalajara y nos dieron un penal en contra. Mi arquero se quitó la gorra antes de la ejecución y la tiró dentro del arco. Vino el tiro y lo atajó en forma espectacular. Enfurecos, lo increíble: con la pelota aprisionada contra su pecho, se dio vuelta, entró al arco, levantó la gorra, se la puso y salió para reanudar el juego. El referí marcó el gol, como era lógico, y aunque se trataba de un partido amistoso los compañeros lo querían matar..."**

Jugo de Basurto

Por CARLOS BASURTO

—¿De qué entrenamiento me habla? Les avisaron que allá está el tesorero pagando...

DEL VIEJO PANCHO

POR Colombia todavía se recuerdan anécdotas del inolvidable Pancho Villegas. Una tarde que su equipo iba perdiendo 5 a 1, Pancho lo miró al arquero suplente, sentado a su lado en el banco, y le preguntó: **"Pibe, ¿quiere entrar?"** El muchacho se levantó de un salto y le contestó: **"Sí, señor"**. Villegas lo miró con expresión compasiva y le dijo: **"Pibe, usted está loco..."**

¿QUE PRETENDE?

TERMINO el encuentro Boca - Argentinos y el gordo Muñoz reportea a Ernesto Mastrángelo por Radio Rivadavia. **"Dígame** —pregunta el Relator de América—, **¿quién era el compañero que venía llegando detrás de usted cuando entró para meter el gol del triunfo?"** Y el Inter, con su habitual gracejo, le replicó: **"Pero José María... ¡apenas puedo ver lo que tengo delante de los ojos y usted quiere que vea a los que vienen detrás..."**

PININO COLOMBIANO

OSCAR Más sigue haciendo goles y provocando carcajadas en el América de Cali. Una tarde que marcó dos y se perdió otra, lo reporteaban por radio para que contara cómo fueron. Pininio explicó: **"Pude hacer el tercero, pero me cayó pare la derecha. Y usted sabe: la derecha la uso nada más que para subirme al bus..."**

SE VAN LOS MARADONA

Terminó el partido con Boca. Diego Maradona cambió su casaca roja con Mario Zanabria y se va al vestuario con la azul y oro sobre los hombros. Lo acompaña un pibe que es como él cuando tenía diez años. Se llama Raúl Maradona, es su hermano y juega de 8 para "Los Cebollitas" de la Paternal. El partido terminó, los dos puntos se fueron, los Maradona siguen sonando...

Foto: NORBERTO MOSTERIN

26 • EL GRAFICO

En su primer partido ante Boca, Diego entró a la cancha con una camiseta de Argentinos y salió con una azul y oro. *El Gráfico*, agosto de 1977.



Primera imagen de Maradona junto a un jugador de Boca. Un Diego de apenas once años saluda a Enzo Ferrero, tras ser alcanzapelotas en un Argentinos-Boca de 1972. Foto de la revista *Así es Boca* que durante más de 50 años pasó inadvertida.



El esperado reencuentro. Maradona vuelve a Boca en 1995 y juega las últimas temporadas de su carrera en el club de sus amores.



Diego saluda a la gente de Boca y, sin saberlo, se despide de su palco. Imagen de la última vez que estuvo allí, el 14 de julio de 2016, Boca vs. Independiente del Valle.



Partido homenaje, 10 de noviembre de 2001. Le habían propuesto el Monumental o el Amalfitani para recaudar más dinero. «La plata no puede comprar felicidad ni gloria. Estoy en mi casa, que es la Bombonera».



La leyenda continúa. Maradona sigue vivo en Boca y está presente en cada partido.



25 de noviembre de 2020. Apenas conocida la noticia de su paso a la inmortalidad, los hinchas de Boca convirtieron las paredes de la Bombonera en el santuario de su último adiós.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

